

14^{to} 34/100

EL CAVALLEIRO
DE
LAS BOTAS AZULES.

PRIMO ESTUARO

ROSALIA CASTRO DE MUEGUA

11/11/1857

LUGO

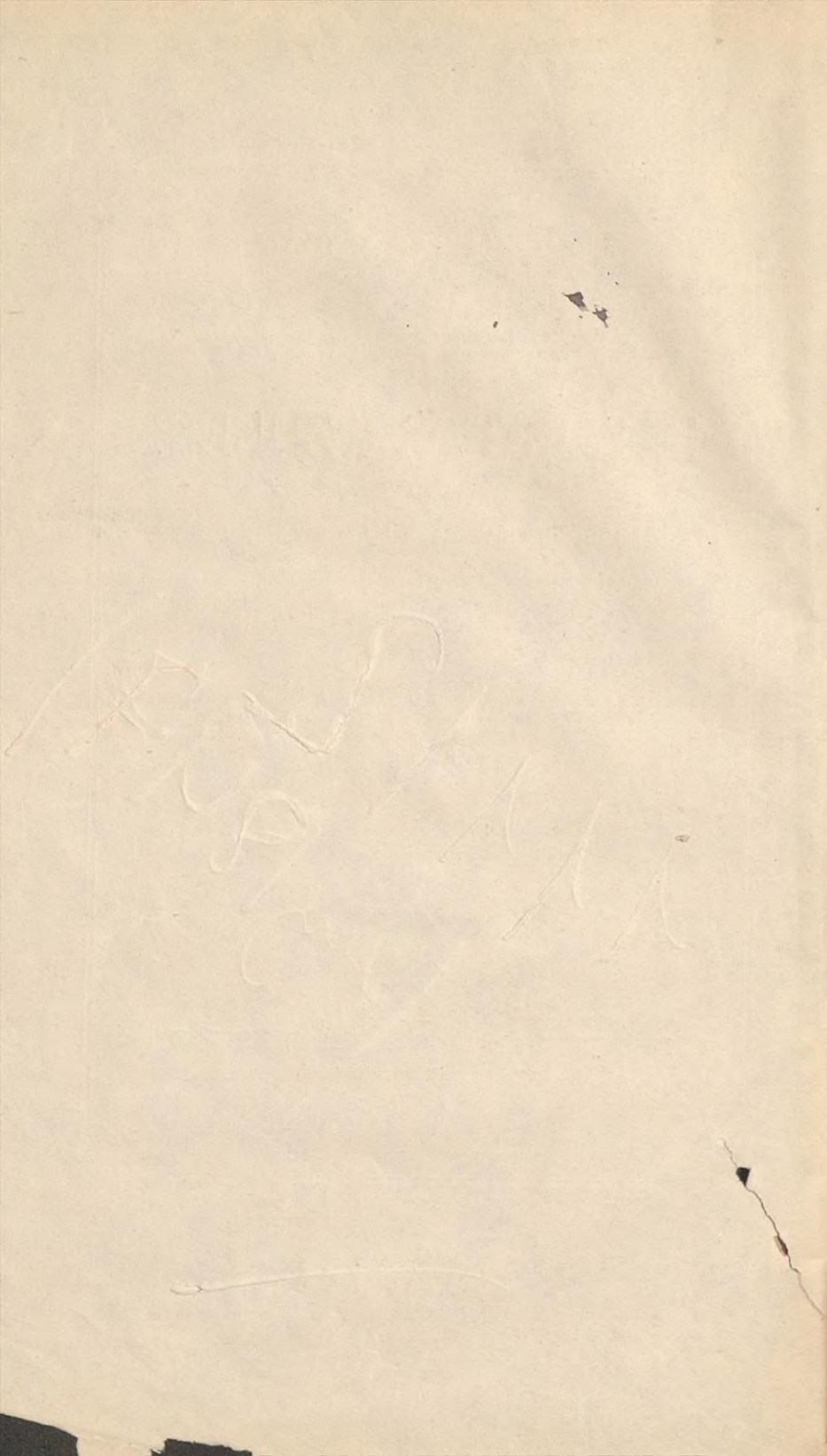
IMPRESA DE SOTO FREIRE, EDITOR.

Calle de San Pedro, número 21.

1857.

42589





EL CABALLERO
DE
LAS BOTAS AZULES.

LE CANTIERO

LAS BOTAS ANTES

25-3^a (biv)

L47-86

EL CABALLERO

DE

LAS BOTAS AZULES.

Cuento extraño

POR

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA.

SEGUNDA EDICIÓN.

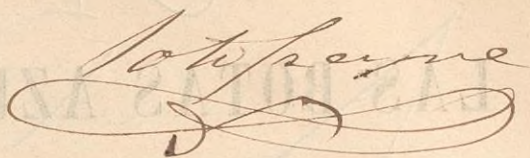
LUGO.

IMPRENTA DE SOTO FREIRE, EDITOR.

Calle de San Pedro, núm. 31.

1867.

Se vende a veinte reales en
das las principales librerías

Not. Reque


ES PROPIEDAD.

EL CABALLERO
DE
LAS BOTAS AZULES.

Cuento extraño

POR

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA.

LUGO.

IMPRENTA DE SOTO FREIRE, EDITOR.

Calle de San Pedro, núm. 31.

1867.

ED. G. CASTILLO

LAS BOTAS AVILES.

Quinto edición

ED. G. CASTILLO DE AVILES

ES PROPIEDAD.

IMPRESA DE SOTO LERENA EDITOR

UN HOMBRE Y UNA MUSA.

I.

HOMBRE.

Ya que has acudido á mi llamamiento ¡oh musa! escúchame atenta y propicia, y haz que se cumpla mi mas ferviente deseo.

MUSA, oculta tras una espesa nube.

Habla, y que tu lenguaje sea el de la sinceridad. Mi vista es de lince.

HOMBRE.

De ese modo podrás conocer mejor la idea que me anima. Pero quisiera que se disipase el humo denso que te envuelve. ¿Por qué tal recato? ¿Acaso no he de conocerte?

MUSA.

No soy recatada, sino prudente; asi que te acostumbres á oirme, te acostumbrarás á verme. Di en tanto, ¿qué quieres?

HOMBRE.

¡Hasta las musas son coquetas!

MUSA.

Considera que soy musa, pero no dama, y que no debemos perder el tiempo en devaneos.

HOMBRE.

¡Qué esquivéz!... pero seré obediente, en prueba de la sumisión que'te debo.—Yo quiero que mi voz se haga oír, en medio de la multitud, como la voz del trueno, que sobrepuja con su estampido á todos los tumultos de la tierra; quiero que la fama lleve mi nombre, de pueblo en pueblo, de nacion en nacion y que no cesen de repetirlo las generaciones venideras, en el transcurso de muchos siglos.

MUSA.

Necio afan el de la gloria póstuma, cuyo lijero soplo pasará como si tal cosa, sobre el esparcido polvo de tus huesos! cuidate de lo presente y deja de pensar en lo futuro, que ha de ser para ti, como si no existiese.

HOMBRE.

¿Y eres tú, musa, á quien he invocado lleno de ardiente fe, la que me aconsejas el olvido de lo que es mas caro á un alma ambiciosa de gloria? ¿Para qué entonces la inspiracion del poeta?

MUSA.

¡Locas aprensiones!... El bien que se toca, es el único bien; lo que despues de la muerte pasa en el mundo de los vivos, no es nada para el que ha traspasado el umbral de la eternidad.

HOMBRE.

¿Qué estoy oyendo? ¿aquella de quien lo espero todo se atreve á llamar *nada*, al rastro de luz que el genio deja en pos de sí? La gloria póstuma ¿es asimismo una mentira?

MUSA.

Cesa!... Cesa!... si quieres ser mi protegido. No entiendo nada de glorias póstumas, ni de rastros de luz. El poder que ejerzo sobre el vano pensamiento de los mortales, acaba al pie del sepulcro.

HOMBRE.

Estoy confundido... ¿Qué respuestas... qué acritud, qué indigna prosa!... Tú no eres musa, sino una gran bellaca, tan cierto, como he nacido nieto de Adan.

MUSA.

He ahí una franqueza poco galante y de mal gusto en boca de un genio.

HOMBRE.

¿También irónica? Oh! ¿de qué baja ralea descienes, deidad desconocida? ¿te pareces por ventura á las otras musas tan cándidas, tan perfumadas, y tan dulces como la miel? ¿Si tendré que llorar á mis antiguas amigas de quienes ingrato he renegado por tí?

MUSA.

¿Tú llorar..? ¿cómo de esos ojos acostumbrados á sostener

VIII

UN HOMBRE

las iras de los tiranos, pudiera destilarse ese fuego de dolor que el corazon del hombre, solo esprime en momentos supremos?

HOMBRE.

¡Taimada! las lágrimas son patrimonio de todos.

MUSA.

Sea, mi pequeño Jeremias; pero tu sabes que has acudido á mi, fatigado de recorrer las obligadas alamedas del Parnaso. Alli, el vibrante son de las cuerdas del arpa, la armoniosa lira, el eco de la flauta, el murmurio de los arroyos y el canto matinal de los pájaros, habian llegado á poner tan blando tu corazon, tan quebrantado tu ánimo, y tu espíritu tan flojo y vacilante, que, pobre enfermo, sintiendo escapársete la vida, te volviste ansioso hacia mi, para respirar el airecillo regenerador, que yo agitaba vigorosamente con mis alas invisibles.

HOMBRE,

¡Una musa con alas!...

MUSA.

Llámales abanicos ó sopladores si te agrada mejor. Vana cuestion de nombres.

HOMBRE.

Horror!... abominacion!...

MUSA.

¡Necio de ti! que buscando mi amparo, no sabes abandonar todavia las antiguas preocupaciones. Mas, por última vez te ad-

vuelto, que si quieres ser mi aliado, dejes de fijarte en las palabras y atiendas solo á los hechos, que rompas con todo lo que fue, porque mal sentarian á tu nuevo traje los harapos de un viejo vestido.

HOMBRE.

Cualquiera diria al oirte, estravagante deidad, que vas á regenerar el mundo.

MUSA.

Hombre de genio; yo pido á mis discipulos que sean menos charlatanes, y mas obedientes y sumisos; di, pues, de una vez si es tu deseo entregarte á mi con el ardimiento de una fe sincera y la lealtad mas acendrada.

HOMBRE.

¿Tambien te atreves á pedir ardimiento y lealtad, cuando pareces la antítesis de cuanto presta aliento y poesia al corazon del hombre?

MUSA, alejándose.

Sigue, pues, tu antiguo camino, mortal pertinaz, contumaz y renitente en pasadas culpas y añejos vicios, y no vuelvas á importunarme. Otro mas afortunado que tu será mañana el que....

HOMBRE, interrumpiéndola.

Espera... ¿te he dado acaso una respuesta?

MUSA, volviendo á acercarse.

¡Cuán penetrante aguijon es la envidia!... Pero acabemos

X

UN HOMBRE

de una vez. ¿Quiéres ceñir la *pensativa y calva frente* con la aureola de la gloria?

HOMBRE.

Y de la inmortalidad.

MUSA.

De la popularidad querrás decir, pues ya te he advertido, que mi poder acaba en donde empieza el de la muerte. ¿Quiéres en fin, ser mio?

HOMBRE.

Tuyo!... tuyo!... es eso, ciertamente, mucho pedir... Pero bien.... seré tuyo. Inspírame ya, musa desconocida, que habitas esas extrañas regiones en donde hasta ahora no ha penetrado el pensamiento humano; inspírame para que pueda cantar en ese nuevo estilo que se me exige, que se espera con avidez, pero que nadie sabe.

MUSA.

No, no se trata de cantar...

HOMBRE.

¿Empiezas á burlarte de nuevo?

MUSA, mudando de acento.

Tú, mi hijo mimado, á quien destino para lanzar sobre la muchedumbre el grito supremo, óyeme con atencion profunda y sumisa. Ya no es Homero, cuyos lejanos acentos van confundiendo su débil murmullo con las azules ondas del mar

de la Grecia; ya no es Virgilio, cuyo eco suavísimo á medida que avanzan los años, se hace mas sordo y frio, mas lento é ininteligible, como gemido que muere; ya no es Calderon, ni Herrera, ni Garcilaso, cuyas nobles sombras cuando la clara luna se vela entre nubes blanquecinas y esparce por la tierra una confusa claridad, vagan en torno de las academias y de los teatros modernos, buscando en vano alguna memoria de sus pasados triunfos. Su nombre no resuena en ellos, el rumor de los antiguos aplausos se ha apagado para siempre, y unicamente les es dado ver salir por las estrechas puertas, á los nietos de sus nietos, que ensalzando sin conciencia palabras vacias, y abortos de raquíticos ingenios, acaban de echar sobre las venerandas tumbas de sus ilustres abuelos, una nueva capa de olvido. Avergonzadas entonces, las nobles sombras, quieren huir y esconderse en el fondo impenetrable de su eternidad; pero el mundo, encarnizadamente cruel con los caidos, al percibir á traves de la noche sus vagos contornos, les grita, — *Ya fuisteis!* y pasa adelante. He ahí lo que queda de lo pasado.

HOMBRE.

Sin duda ¡oh musa! como vives muy alto, se te figura noche tenebrosa acá abajo lo que es purísimo y claro dia. No, ni Garcilaso, ni Calderon, ni Herrera, ni ninguno de nuestros buenos poetas, morirán nunca para nosotros, ni Homero, ni Virgilio dejarán de existir mientras haya corazones sensibles sobre la tierra.

MUSA.

¿Cómo me pides entonces nueva inspiracion, si en ellos puedes hallar todas las fuentes? ¿Si el mundo está satisfecho con lo que posee, si ninguna de esas sombras ilustres ha perdido su antiguo dominio en la tierra, ni ha desaparecido su memoria, ¿por qué me has dicho, — *Inspirame musa desconocida, para que*

yo pueda cantar en ese nuevo estilo que se me exige, que se espere con avidez, pero que nadie conoce?

HOMBRE.

Gustar de lo nuevo no es despreciar lo viejo.

MUSA.

No se desprecia, pero se olvida, no llena ya las exigencias de las descontentadizas criaturas.... no basta á satisfacerlas.

HOMBRE.

¿Qué es lo que basta entonces? ese es el secreto que debes revelarme. ¿Acaso Cervantes?....

MUSA.

El hombre contiene en sí mismo cierta materia, dispuesta siempre á empaparse con placer en la burla á quien un gran génio bañó con la salsa amarga y picante de sus hondas tristezas.

HOMBRE.

Esta es la única vez que te he oído hablar razonablemente. Hé aquí, pues, un buen punto de partida. Búscame á semejanza de D. Quijote, aunque revestido de modernas y nuevas gracias, un caballero, ya que no hidalgo, porque ya no hay hidalgos....

MUSA.

¿Y hay caballeros?

HOMBRE.

¡Injuriosa pregunta! Sino de la Mancha, de Madrid; sino de Madrid de Cuenca; y aun cuando sea un fullero andaluz, un taimado gallego ó un avaro catalan, si te parece que para el caso es igual, le aceptaré de buen grado.

MUSA.

Vuelve la mirada hácia el mediodía.

HOMBRE, lleno de asombro.

¿Qué es lo que me señalas con esa mano blanca y cubierta de hoyuelos que dejas escapar á través de la niebla que te envuelve? ¿No es aquella la figura del cínico Diógenes que lleva una linterna encendida en medio del día para buscar un hombre?

MUSA.

Ella es.

HOMBRE.

Y ¿qué pretendes, mostrándome esa horrible vision?

MUSA.

Tal como Diógenes buscaba un hombre, tendria yo que buscar un caballero, con tal que ese caballero, á la manera que yo le comprendo, no fueras tu mismo.

HOMBRE.

Yo.... ¿qué te atreves á decir?

MUSA.

Tipo acabado de los que hoy por el mundo corren y viven y triunfan, quizá pudieran encontrarse algunos peores que tu, mejores, ninguno.

HOMBRE.

Empiezas á causarme graves recelos, musa ó diablo, y me arrepiento de haberte invocado. Eres voluble y grosera, y jamás, en fin, ha podido soñarse un ser de tu especie, mas insolente ni mas malicioso.

MUSA.

Para darte una severa leccion de filosofia, de una filosofia lúcida y consistente de la cual llevo siempre conmigo la conveniente dosis, no haré caso de tus palabras. Unicamente me dignaré añadir, que, puesta la mano sobre el corazon, te interrogues á tí mismo y me digas despues, si puedes, quienes son tus padres.

HOMBRE.

¿Quiéres bajar un poquito mas y te lo cuento al oido?

MUSA, lanzando una sonora carcajada.

El era, lo era y decíamos que no lo era.

HOMBRE.

Musa extravagante, á quien de buena gana haria saber como duelen los mojicones dados por un débil mortal. ¿á dónde vás á parar con semejante gerigonza?

MUSA.

A la herida que mana siempre sangre en tu corazon ó mas bien dicho, en tu orgullo.

HOMBRE.

¿Y no has reflexionado que te volveré la espalda y te dejaré partir en mal hora?

MUSA.

Ya es tarde, discipulo mio, para que puedas abandonarme sin pena. Yo poseo ese agridulce, patrimonio y encanto de las mugeres que no son bonitas, y que se llama belleza del diablo; de modo que aun cuando en un momento de mal humor me desdénases, volverias en busca mia; no lo dudes.

HOMBRE.

Pretenciosa... ¿Y para qué iria en tu busca? ¿para qué me habláras en esa gerja grosera é infernal que lastima el oido?

MUSA.

¿Es decir que nada mio te gusta? Corriente; pero al menos, no quiero que me niegues el don de haber sabido adivinar tu historia y de haber leído en tu corazon.

HOMBRE.

Si solo de mi historia y de mi corazon se trata, puedes ahorrar palabras inútiles, porque de todo eso me hallo muy bien enterado.

MUSA.

Mucho olvidaste que te hace falta recordar y no imagines que, á semejanza de los ociosos, me ocupo de estas cosas para pasar el tiempo. Toda nueva vida, requiere una confesion sincera de las pasadas culpas y como tu no has examinado todavia tu conciencia, quiero librarte generosamente de tan incómodo trabajo. Ademas, es preciso que te veas *tal cual eres* y que te conozcas perfectamente á tí mismo, sin cuya circunstancia creerias valer mas de lo que vales, y por temor á *descender* no darías un paso, en la escabrosa senda que te espera.

HOMBRE.

Porque no creas que temo las amenazas de un ser como tu, te escucharé algunos momentos mas; pero no aqui; pues si las gentes te oyesen, se escandalizarian de tus palabras.

MUSA.

Vámonos, pues, pudoroso cortesano, al bosque vecino, donde para consuelo tuyo y contento mio, solo nos oirán los lobos y las zorras, que si acertasen á comprendernos, algo podrian aprender de las traiciones é infamias de los hombres.

II.

MUSA.

Ahora que nadie puede escandalizarse de mis palabras, te diré, que quien tiene dañado el corazon, no debe horrorizarse de las culpas de sus semejantes, ni temer que le contaminen, cuando mas bien pudiera contaminarlos.

HOMBRE.

Mi corazon está limpio, y gracias al cielo, no necesito de tus consejos. ¿Por qué te habré buscado, si soy cuanto he ambicionado ser?

MUSA.

¡Mientes! pues antes que todo, hubieras querido nacer príncipe, y eres un hijo de cualquiera.

HOMBRE.

¡Mil veces nécia! ¿Crees que tengo en mas que la mia la sangre de los príncipes, y que no me envanezco de mi humilde cuna?

MUSA.

Nadie debe envanecerse ni avergonzarse de esas cosas, que son, como quien dice, un azar de la suerte; mas no acontece así. Cuando tu lastimada vanidad lo exige, haces alarde de tu oscuro origen, es cierto, pero en el fondo del corazon llevas

clayada esta verdad, como si fuese una dura espina, y jamás puedes acordarte sin rubor de que has tenido que vestir la librea de los que se llaman altos señores, para parecerte á ellos. ¡Cómo si un hombre no valiera tanto como otro hombre!

HOMBRE.

¿Qué estás diciendo? La cuna ni distingue ni engrandece; pero el hombre sabe distinguirse y engrandecerse sobre los demas.

MUSA.

Mostrad como.

HOMBRE.

¿Querías acaso compararme con un imbécil de esos que pasan á mi lado revolcándose entre el fango como las bestias? Y el rico y el noble que no saben hacer mas que comer y gastar sin tasa lo que el diablo amontona en sus arcas, ¿estarán nunca á la altura del poeta y del sábio, cuya existencia se consume en bien de la humanidad?

MUSA.

¡Rutinario! El corazon del hombre es un arcano, que solo Dios comprende, y únicamente podré decirte que así el sábio y el poeta, como el imbécil, el noble, y el rico egoista, creen valer tanto ó mas que el resto de los humanos. Quien tenga ó no razon, es tan problemático como inútil discutirlo.

HOMBRE.

Musa sin seso... si lo que dices fuera verdad, hace mucho

tiempo que hubiera renegado de mi mismo. Un estúpido no pudo ser hecho á semejanza de Dios, y es imposible que me parezca á él.

MUSA.

¡Orgullo y vanidad! ¿Y qué eres tú mas que miseria y polvo como ellos? ¡tú que te llamas génio y grande hombre y que aspiras á la inmortalidad! Algun talento, audacia y ambicion colosal, hé aqui los ejes poderosos sobre que han girado las ruedas de tu fortuna...

HOMBRE.

El pedestal de mi fortuna ha sido el trabajo; la asiduidad y la inteligencia, el escabel que me ha elevado sobre los que me son inferiores.

MUSA.

¡Tú trabajo!... ampollas de jabon para algunos, asi como tu inteligencia.

HOMBRE.

¡La envidia fija siempre en lo alto sus miradas !!

MUSA.

La presuncion en todo vé alabanzas y ojos codiciosos, soberbia criatura.... ¿De qué puedes estar orgulloso? ¿De haber escrito pomposos artículos llenos de la mas acendrada filantropia y de haber desplegado tu mayor ciencia en lanzar anatemas devastadoras contra los *enemigos de la patria*, es decir, contra los mas pequeños y que no podian volver por su honra sino en

bien de tu propia gloria? Pues así fué como empinándote poco á poco sobre los hombros de los débiles, te fuiste irguiendo audazmente con el aplomo y la gravedad de un hombre *que no depende de nadie* y que *todo lo debe á su talento*. Cuando por fin llegaste á la dorada cumbre en donde la gente de *contra* y de *pro* se pasea sin vergüenza, importuna compañera del vano honorcillo que se ha dejado como inútil en el último peldaño de la escalera mágica, te diste de codo con los poderosos, alargaste con llaneza y abnegacion tu dedo meñique al miserable que te habia servido de escabel (esto porque no te llamasen ingrato), jugaste con sus Escelencias (q. D. g.) tu sueldo de un año, que perdiste, pero cuya pérdida valió á tu orgullo que algunas duquesas te hablasen al oído, y con solos cinco mil reales, ¡incomprensible maravilla! diste la vuelta al mundo, reposando despues, allende los mares, sobre una tierra virgen, en las Antillas, en fin, en donde los afortunados refrescan la frente abrasada por el calor del clima, en rios que corren sobre cauces de oro. Cuando despues, perfectamente conocedor de la política, de la estética, de la fisiología, de la mineralogía y de las costumbres extranjeras, te devolviste generosamente á la patria (antes del viage ostentabas una preciosa cabellera, que no daba indicio de tus profundos pensamientos), apareciste en las Cámaras con la cabeza calva y reluciente como la cáscara de un limon verde, interrogaste á los ministros con esa acentuacion cómica, que dá tanto valor á las palabras mas vacías, insultaste á tus adversarios; y tus antiguos amigos viéndote al fin *un hombre*, que no puede dejar de serlo el que ha visto correr en sus cauces de oro los anchurosos rios del nuevo mundo, exclamaron desde el interior de su corazon:—Pésanos, amadísimo compañero, de no haber podido ir delante de tí, pero esperamos fervientemente una ocasion propicia para derribarte de tu frágil sólio.—Entre tanta pompa y tanto brillo, el recuerdo del modesto puchero con que te criaron tan gordo y tan bien dispuesto, tus buenos padres, estaba á cien leguas de tí, ó era como si no existiese: tomando el rábano por las hojas creíste

que eras tú el que habías levantado tu fortuna, y no que era la fortuna la que te había levantado á tí, y descontento ya de victorias que otros ganaban á semejanza tuya, al lanzarte por el camino que habías elegido, fué cuando has dicho:—¿Qué he hecho y que soy al fin? ¡diputado y ministro!... ¡ya no es nada de esto la fruta del árbol prohibido! sino que parece la esperanza de los abogadillos charlatanes, y de todo el que tiene derecho á mandar porque manda. Pigmeos, llegan á alcanzar la fruta vedada, y ministros y diputados suben y bajan del poder, en estos felices tiempos, como suben y bajan en la olla las habas que no han acabado de cocerse. ¡Y qué sustos, qué luchas, qué descabros, que vergüenzas, cuando la patria ó los émulos semejantes al maestro, que corrige al pequeñuelo azotándolo, corrigen asimismo al diputado y al ministro... obligándolo á hacer su dimision, decorosamente por supuesto, pero con látigo!... No; ninguno de estos triunfos, mezquinos como su origen, deja un verdadero rastro de gloria en pos de sí: casi siempre ha sido el poder el palenque de las doradas medianías y el bazar de los honores que se toman por asalto, y no es nada de esto lo que conviene á un espíritu emprendedor como el mio, cuyos triunfos no debieran tener rival en el mundo. Rico ya y dueño de algunos millones, no quisiera seguir las trilladas sendas de la vida, sino emprender algun trabajo desconocido que llenase de asombro la Europa, que me rodease de una gloria inmortal... pero, ¿qué hacer?... ¡Oh! de buena gana escribiría un libro... y lo grabaría con letras de oro... pero se escriben tantos... ¿y de qué trataría en él? ¿quién lo leería? Y aun cuando lo leyese, ¿recordarian al día siguiente su contenido? ¡locura! ¿quién se acuerda mas que de sí mismo?... y sin embargo, esa es mi mas querida ilusion.... mi eterno sueño!!»

Lleno de abatimiento, volviste entonces la mirada hácia las antiguas musas y comprendiste que estabas perdido. ¡Nada nuevo te restaba ya! La inspiracion, esa divina diosa que algun tiempo solo se comunicaba con algunos elegidos, dignos de re-

cibir las celestes inspiraciones, correteaba ya por las callejuelas sin salida, guarida de los borrachos, y se paseaba por las calles del brazo de algun barbero ó de los sargentos que tienen buena letra. Poemas, dramas, comedias, historias universales y particulares, historias por adivinacion y por intuicion, por induccion y deducccion, novelas civilizadoras, económicas, graves, sentimentales, caballerescas, de buenas y malas costumbres, coloradas y azules, negras y blancas... de todo género, en fin, variado, fácil y difícil, habias visto trabajos de deslumbradoras, apariencias y aspiraciones colosales... ¿Qué te restaba, pues, que hacer en ese infierno sin salida, en medio de ese desbordamiento incommensurable en donde nadie hace justicia á nadie, y en el cual los mas ignorantes y mas necios, los mas audaces y pequeños quieren ser los primeros? Hé aquí porque me llamaste, porque no puedes abandonarme, aun cuando ponga en relieve tu vano orgullo, y te diga tan amargas verdades, ¡hé ahí porque me buscarás siempre, pues sin mí, serás *¡uno de tantos!* y nada mas que esto.

HOMBRE.

¡Oh musa! ¡qué mentiras, qué verdades y qué impertinencias, acabas de echar por esa boca, que no sé si es de tinta ó de carmin! Hablaste á tu gusto... ¡vives tan alto!... y aqui me tienes rendido, de desaliento y de asombro. Si lo pasado es un sueño, lo presente caos y confusion, y nada las glorias del mundo, para el que ha atravesado el umbral de la eternidad, ¿qué me resta ya? En tí, donde tenia cifrada mi postrera esperanza, no hallo mas que desencanto, presuncion y malicia, lo cual aumenta en mucho mi profunda pena, pues, aun cuando mi vida, haya sido como la de tantos, apariencia y lodo, y haya dado la vuelta al mundo con un puñado de ochavos, y querido aparecer calvo, lo cual es un abuso de ornato y nada mas, en el fondo amo ardientemente la poesia, amo lo justo y lo honroso, con toda la fuerza de mi corazon, y nada de esto hallo en tí. ¿Si serás ¡oh

musa! un nuevo Melistofeles con su pluma de gallo y sus retorcidas uñas?

MUSA.

¿El diablo?... qué locura! ¿Acaso el inmortal Beranger no ha cantado muy alegremente, *Ha muerto el diablo, el diablo ha muerto?* Y he aquí sin duda por que desde entonces, el mundo que se rogocijó con tan dichosa nueva, ha inventado darse al progreso indefinido y al movimiento continuo ya que no podia darse al caballero de la pata coja.

HOMBRE.

Algo de verdad hay en lo que dices, maliciosa, pero añaden algunos que pasada aquella época de efervescencia en que se cantaba la muerte de todos los tiranos, el diablo, hábil prestigia-dor, ha vuelto á aparecer mas de un vez, sino con su pata coja en una forma mas académica y menos sospechosa para los tiempos que corren. Y en verdad que al oír tu voz, y al notar tus maliciosas tendencias, estoy por creer que el diablo, haciéndose el muerto como la zorra cuando quiere engañar confiadamente á su presa, burló la sagacidad del cantor popular de la Francia.

MUSA.

Inverosímil es, que hombre de tal valimiento se haya dejado embaucar por un personaje tan conocido en sus mañas... y creo mejor, que Beranger, habrá querido llorar con ese estribillo, *Ha muerto el diablo*, el triste fin de alguno de sus amigos! Séale la tierra leve!

HOMBRE.

¡Impía! no quiero oírte mas, pues que tu sarcasmo alcanza hasta los muertos. Ay! triste de mí! Las viejas musas, apenas

hallarian fuerza en sus brazos enflaquecidos para sostener uno solo de mis cabellos, mientras que tu serías capaz de ofrecermelo por única inspiracion, la recoleccion de las cebollas, ó una copa de cerveza alemana... ¡Y todo esto, cuando yo necesitaba una idea virgen, un trabajo penoso, que al traves de vias inaccesibles, y contra la corriente de los rios del mundo, me guiase directamente á la gloria y la inmortalidad!... Todo era un sueño, y en verdad, que la vida es ya para mí una pesada carga... ¡Por qué el suicidio es un crimen!! Se aleja á grandes pasos.

III.

HOMBRE, pensativo pálido y triste, contempla á orillas del rio como corren las aguas.

Así mi existencia... corre y corre monotonamente cansada, y sin acabar nunca... ¡Musa maldita! bien haces en no acudir á mi voz; mi llamamiento es el de la desesperacion, y ¡ojalá me sorprenda la muerte sin volverte á ver! ¿Pero en dónde se encuentra ese ángel sombrío que cierra tantos ojos, que quisieran ver la luz, mientras los míos que la detestan permanecen abiertos? Vuelve á quedar inmóvil y pensativo.

MUSA, Oculta entre la niebla que volteja sobre una pequeña colina, y haciendo resonar sus palabras á semejanza del viento, cuando agita las hojas secas en silenciosos remolinos, ó balancea lentamente las altas copas de los cipreses.

Pasa... pasa presto! estinguete ya, germen de vida, que encierras en tu esencia males agitaciones y desvelos. Tú no eres mas que una pálida y fugitiva sombra, de falsa sonrisa, de aliento impuro, de sangre que miente púrpura cuando rom-

pe la vena irritada, y es veneno que abrasa, cuando circula rápida, del corazon al cerebro, y del cerebro al corazon, que á su impulso late, sin tregua, sin descanso, hasta la muerte, Pasa, pasa presto; que si haces sentir y amar, y gozar y sufrir, y aborrecer, todo sueño al fin, todo mentira, vanidad, ilucion, polvo..... nada..... tu refugio es el hoyo estrecho, en donde el ataud perfectamente encajado, guarda con primor el cuerpo corrompido, que inocentes gusanillos charolados, felpudos, rojos verdes y brillantes, roen con placer infinito, mientras el cadáver reposa inmóvil bajo la elegante losa de mármol, ó la enarenada superficie de un cementerio á la última moda. Oh! que bien se duerme en la tumba!..... que amable intimidad la de los gusanillos de mil colores, la de las plantas en germen, y la de la humedad de la madre tierra!... ¡Oh venturosa calma de los muertos!... ¡Oh angel de tinieblas, bellissimo ángel sin olor, color, ni sabor! ¡Oh tú, cuyo silencioso beso calma segun cuentan algunos, todas las penas y dolores!... ¿Será verdad lo que de ti murmuran los vivos? ¡Los vivos que no han muerto siquiera una vez!... ¿Cómo pues te conocerán? Por conjeturas, por esas hijas de los espíritus inquietos, y dados á toda clase de pensamientos prohibidos... Mas... ¡cuán engañosas son!... Tú, muerte, eres muda, llegas, hieres y pasas, y ya en vano es interrogar al lecho vacio, en donde hace poco, se hallaba tendido un cadáver. ¡*Un cadáver!* ¡qué palabra!... ya en vano es alzar el grito al lado del féretro, alumbrado por los cirios, que arden y chisporrotean impasibles, que oscilan á veces y palidecen como si quisiesen apagarse. ¿Qué es todo aquello? Blandones en medio del dia, llantos... silencio... asombro en torno... *El ó ella* alli, en reposo, sin ver, sin oir, sin hablar, en medio de los gemidos, de los que *son* todavia... A lo lejos, suenan los golpes melancólicos de una campana, y llega por fin la noche, ciérrase una tumba, la gente bulle por calles y plazas... «Rien y cantan mientras la muerte se acerca silenciosa.» Ya no hay féretro ni blandones, ni suena la campana. *El ó ella* ¿en dónde estan? ¿Cuánto pasó fue un sueño? ¡Acaso...!

HOMBRE, levantándose tembloroso.

¿Qué acentos de muerte han resonado cerca de mí?... Vagos eran, como las brisas de una noche de verano, pero entendíalos claros y distintos mi entendimiento, como si resonasen dentro de mi propio ser... ¡La muerte.... ¡Dios mío! llamábala hace un instante, y ahora su solo recuerdo trastorna mi cabeza, y me hace supersticioso y cobarde... pero ¿quién ha murmurado esas palabras aquí... à mi lado? ¿fué el viento quien las trajo hasta mi oído?...

MUSA.

En sus alas te las he enviado...

HOMBRE.

Ah!..., ¿con qué al fin, has atendido à mi llamamiento, musa ó demonio?

MUSA.

No he venido por ti, si no por las melancólicas y terroríficas lamentaciones con que diviertes tus ocios...

HOMBRE.

Pues que caigan sobre tu odiosa existencia, todas las maldiciones, que puedan caer sobre la mas infame de las criaturas; que impía y desnaturalizada como pareces, tengas el fin que à semejantes seres corresponde. Quiere huir.

MUSA, envolviéndolo de repente, entre un humo denso y espeso.

Ingrato!... Me llamas y me rechazas, vuelves à llamarme y

quieres rechazarme otra vez... Esto no puede pasar así... Aunque eres ingrato como todos los hombres, me mostraré benigna contigo, y no te dejaré abandonado á tus caprichos antes de que me conozcas..... ¡Mira! El humo se disipa, y aparece una figura elevada y esbelta, que viste larga y ceñida túnica, calza unas grandes botas de viaje, y lleva chambergo. Su rostro es largo, ovalado y de una espresion ambigua: tiene los ojos pardos, verdes y azules y parecen igualmente dispuestos á hacer guiños picarescamente, ó á languidecer de amor. Un fino bozo sombrea el labio superior de su boca algo abultada, pero semejante á una granada entreabierta, mientras dos largas trenzas de cabellos le caen sobre la mórbida espalda medio desnuda. En una mano lleva un látigo, y en la otra un ratoncito que salta y retoza con inimitable gracia mientras aprieta entre los dientes un cascabel.

HOMBRE, contemplándola lleno de asombro.

Ah! ¿Con qué mi musa, era un mari-macho, un ser anfíbio de esos que debieran quedar para siempre en el vacío?... ¡Qué abominación!

MUSA.

Todo lo que ha sido hecho, es bueno, hombre eminente.

HOMBRE.

Todo, menos tú: un ser semejante, nunca podrá ser bueno.

MUSA.

Tendrá, su contra y su pró, como todas las cosas.

HOMBRE.

Basta ya de discusiones, y dime por piedad, ¿quién fue la buena madre que te parió, y cual es tu origen, que quieres, y á donde te diriges con tan extraño atavío?

MUSA.

Voy á satisfacer tu justa curiosidad, en cuanto me sea posible, no porque lo merezcas, sino á fin de que concluyas por apreciarme en lo que valgo. Sabe, pues, mortal indómito, que mi primer origen fué el *acaso*, esa cosa que anda en boca de graves eminencias y de los hombres de mundo, semejante á un caramelo, al que se le dá vueltas sin poder masticarlo. El *¡acaso!* ¿Entiendes tu algo de esto?

HOMBRE.

¿Para qué lo necesito?

MUSA.

Ya sabia yo que no me contestarias de otro modo, y eso que eres de los instruidos en tales pequenezes. Pero, como iba diciendo, mi primer origen ha sido *esa cosa*, que no se explica; enjendrôme la duda y parióme el deseo. Despues, vuelta de arriba, vuelta de abajo, resbala aquí y tropieza acullá, fuíme criando, á puntapiés, como quien dice; pues mientras los unos me amaban, detestábanme los otros y unas veces viviendo al prestado, y otras vistiéndome de despojos, fuíme criando, como la mala ó buena yerba, (que no solo la mala yerba crece) á la sombra de los pensamientos venales y de las imaginaciones ardorosas. Tenia ademas por mis familiares á la revolucion, dama desmelenada y entusiasta si las hay; á la libertad, matrona honrada como ninguna, pero á quien han dado en vestir con tales jaramallas, que no la conoce quien la crió; al órden, persona un tanto hipócrita, pero de aspecto inalterable y al desórden, que anda siempre á puñadas con su antagonista; al honor desacreditado, y no sin razon, en los duelos.... y al descaro y al *¿qué se me da á mi?* dos seres los mas groseros y mal educados del mundo, pero tambien los mas listos y que saben mejor que nadie abrirse paso por las sendas prohibidas.

HOMBRE.

Infernal conjunto... ¿pero consiste en eso toda tu ciencia, reina de la maldad? El mundo está lleno de truhanes y descaramados, y á fé que tus prosélitos, no alcanzarán gran cosa por ese camino.

MUSA.

¿Qué sabes tu de mi ciencia? ¿Puedes acaso ver como yo las estrechas vias que nadie ha recorrido?

HOMBRE.

¡Nadie!. . Desde que el mundo es mundo, ¿ninguno habrá posado su mirada en donde tu la posas?

MUSA.

Desde que la raza de Cain se extendió por la tierra, recorro el universo, enseñando á mis prosélitos los caminos ocultos, que ninguno encontraría sin mi ayuda. Los hombres tienen un angel que les guia por la senda del cielo, mientras que yo les descubro las del mundo.

HOMBRE.

¡Por eso no distingo en tí el mas leve rayo de celeste luz! Eres puramente una hija del lodo formado por las escorias de las criaturas.... ¿Pero... ser incomprendible.... ¿cómo has acudido á mi voz? ¿No hé invocado la nueva musa? Y, cómo, existiendo desde que la raza de Cain se extendió por la tierra, puedes llamarte nueva?

MUSA.

Hasta que Dios llame á los hombres á juicio, viviré sin en-

XXX

UN HOMBRE

vejecer jamás, ni perder nada de mis encantos: ayer fui el vapor, hoy seré musa; mañana... me llamaré el movimiento continuo ó la cuadratura del círculo... ¿quién sabe lo que de mí saldrá?... pero la ciega humanidad seguirá siempre mis pasos, y me rendirá culto, proclamándome la soberana del mundo.

HOMBRE.

Acaba... dime tu nombre.

MUSA.

¿No has adivinado aun? me llamo la *Novedad*.

HOMBRE.

Ah!... comprendo, musa; soy tuyo en cuerpo y alma. Manda y obedeceré.

MUSA.

No en vano mis ojos te habian seguido desde lo alto. ¡Ea pues! Te haré el mas popular de los hombres y miles de corazones se estremecerán de curiosidad y emocion á tu paso.

HOMBRE.

¿Por qué senda vas á lanzarme?

MUSA.

¡Qué impaciencia! Dificil es, tal como lo has pedido. Lo que no se tolera, lo que irrita, lo que provoca y atrae el ridículo serán tus armas.

HOMBRE.

Cómo... ¿querrás hacer de mí un bribon, ó un verdadero Quijote?

MUSA.

No; porque de lo uno y de lo otro tienes ya tu parte...

HOMBRE.

Siempre provocativa!... Ah! te temo como á un demonio burlon; te estoy mirando, y ya me pareces hombre, ya diablo, ya cortesana. La atmosfera en que te envuelves, es tan vaga, y tus pensamientos y tus palabras suben y bajan con tal velocidad la escala de todos los tonos, que has llegado á causarme pavor.

MUSA.

Déjate de vanos escrúpulos, y rompe de una vez con las pasadas preocupaciones. Te hice ver como eres todo un *héroe de nuestros tiempos*, y ahora añadiré que para que puedas cumplir tus gloriosos votos, solo falta que te instruya en mi ciencia, dándote parte de mi manera de ser y una apariencia estraña y maravillosa. Con esto triunfarás, cautivarás y representarás la mas aplaudida y ridícula y singular comedia de tu siglo. Los espectadores se devanarán los sesos por comprender su argumento, y te juro que no lo conseguirán, asi como nadie los comprende á ellos, sobre todo, cuando con el furor y el entusiasmo con que el Hidalgo de la Mancha emprendia sus hazañas, hacen que su pobre ingenio, se prodigue y desparrame en miles de pliegos, vanamente escritos, pero perfectamente impresos. Valor, pues, para resistir y arrostrar las luchas que te esperan. Valor para reirte de tí mismo y vencer á amigos y enemigos.... ¿Qué mas puede ambicionar un hombre en el si-

XXXII

UN HOMBRE

glo de las caricaturas, que hacer la suya propia y la de los demás ante un auditorio conmovido?... Oh dicha inefable!... Ahora, adios!

HOMBRE.

¿No has de instruirme?

8

MUSA.

Esta noche iré á hablarte en secreto al ladito de tu cabeza... El mundo debe ser espectador de tus maravillas, pero no saber lo que á ti solo revelaré. Adios y no me olvides.... mi genio queda contigo, y ya no eres el mismo. Desaparece.

HOMBRE, caminando lentamente.

Parece que me siento regenerado y que un extraño espíritu, no sublime, pero nuevo y burlon anima todo mi ser. ¡Cuán ridiculas me parecen todas esas gentes que corren y atraviesan la calle, ataviadas á la última moda!... ¡qué peinados!... ¡qué trajes! ¡qué farsa!... Si estuviese dispuesto que yo me salvára... muy horrible debería parecerme en el cielo, el recuerdo del mundo.....

UNO, viéndole pasar.

¿Has visto que rostro el de ese hombre alto y delgado que acaba de tropezarnos?

OTRO.

Si; ¡qué pálido, qué severo y qué burlon!

EL PRIMERO.

No es solo eso, sino que es el retrato de Napoleon I. Me pareció que le estaba viendo en Santa Elena.

OTRO.

Pues qué; ¿sabes tú por ventura que semblante tenia Napoleon en la isla de su destierro?

EL PRIMERO.

Como que le he visto por espacio de una hora entera!..

OTRO.

¿Estás loco? Si no habias tu nacido cuando él ha muerto.... ¿cómo pudiste verle?

EL PRIMERO.

¡Toma! le hé visto en el panorama tan perfectamente como ahora os veo à vosotros... Acababan de colocarle en el féretro y tenia la cara ni mas ni menos que la de ese que acaba de pasar.

TODOS.

Ah! ah! ah! ah!

THE
JOURNAL
OF
THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE
VOLUME 18
PART 1
1888

THE
JOURNAL
OF
THE
ROYAL ANTHROPOLOGICAL INSTITUTE
VOLUME 18
PART 1
1888

EL CABALLERO DE LAS BOTAS AZULES.

CAPÍTULO I.

Hay en Madrid un palacio estenso y magnífico, como los que en otro tiempo levantaba el diablo para encantar á las damas hermosas y andantes caballeros. Véanse en él habitaciones que por su elegante coquetería, pudieran llamarse nidos del amor, y salones grandes como plazas públicas, cuya austera belleza hiela de espanto el corazón y hace crispár los cabellos. Todo allí es agradable y artístico, todo impresiona de una manera extraña, produciendo en el ánimo efectos mágicos que no se olvidan jamás.

A pesar de esto, hubo un día no lejano, en que ni el amor ni la franca alegría encontraban allí asilo, y en que el llanto y la desgracia pasaban á prisa ante aquellas doradas puertas, sin atreverse á traspasar su dintel.

¡Mansion de paz..... afortunada mansion!

El que la poseía en toda la plenitud de su régia belleza, era rico como Creso, sibarita como Lúculo, filósofo como Platon, y á pesar de sus principios ha-

sados en una moral austera, entendia como ninguno el arte de pasar la vida lo mas apacible y dulcemente que puede alcanzar criatura mortal.

¡Oh qué mañanas suavemente arrastrado en una carretela de blando movimiento, mientras un sol templado y cariñoso resplandecía en la altura! ¡Oh qué tardes, pasadas al grato calor de un fuego aromático, y viendo, á través de los anchos cristales, la muchedumbre que se tropieza en las fangosas calles, que sopla los dedos y tiritita de frio..... y ¡oh! qué tranquilas noches, oyendo resonar en alguna habitacion lejana los ecos del piano, mientras el viento pasaba rebramando por entre la hojarasca de los solitarios jardines, y humeaba en la tacilla de oro, el rico café de Moka! Tales hechos, como diria cualquier periodista, no necesitan comentarios.

El señor de la Albuérniga—asi se llamaba tan dichoso mortal—conocido, y no sin razon, por una de las notabilidades mas *ricas* y mas *raras* de la corte, se trataba como una tierna madre trata á su hijo predilecto, queriendo sin duda probar en sí mismo, cuanto podia durar en estos tiempos de decadencia fisica, un hombre cuidado á la *perfeccion*. Por eso, y á fin de que ninguna sedosa ó torpe mano viniese á turbar de cualquier modo que fuera su apacible existencia, habia empezado por cerrar su alma al sentimiento y la ternura.

Vivia célibe, sin amistades íntimas, sin amores, desligado de todo lo que no era su propia persona, y ageno á toda ambicion. Filósofo por entretenimiento, amaba instintivamente el bien y aborrecia el mal; pero

en vano se hubiera esperado que hiciese por el prógimo ni mal ni bien.

Antes que todo estaba *él*, despues *él*, y siempre *él*; *lo demas*, era cuestion de *los demas*. Verdadero anacoreta del siglo en que vivimos, su casa, cuajada de mármoles y obras de arte, era la encantada Tebaida donde vivia en sí y para sí. ¿Qué podia echársele en cara? ¿Conspirára nunca contra el gobierno? ¿Habia dado ó negado su voto, fuesen ó viniesen leyes?

—¡Paz!.... ¡reposo!... bienes sin precio que me ha concedido el cielo.... yo os bendigo!

Esto solía repetir con mesura y recogimiento en los momentos mas caros á su existencia: la hora de la siesta ¡Hora de castas delicias!.... ¡hora dulcísima! Sin ella ¿qué hubiera sido, qué se hubieran hecho despues de la succulenta comida los espíritus apacibles?

Era esta la hora suprema, en que el gran caballero, despues de haber comido con excelente apetito, se levantaba de la mesa, para ir á gozar del mas dulce reposo en un ancho y mullido sillón. Allí, entre despierto y dormido, veía al silencio tender sus alas sobre aquella mansion afortunada, y soñaba tranquilo, ya con lo vano y lo pasajero de los goces de esta vida, ya con la insuperable amargura que la idea de la muerte debe prestar á las conciencias non sanctas, de cuyo número excluía la suya. Y el buen caballero tenia razon en este punto, porque pasaba sus días en una balsa de aceite.

¡Ay de quien entonces osára interrumpirle en su sueño!.... Pero.... ¿pudiera esto acontecer? Admirado,

acatado y respetado siempre, como una notabilidad *riquísima*, ninguno había osado jamás contradecir á la singularidad *rarísima*, muy dueña, por otra parte, de dormir cuando y como quisiera á la estensa sombra de su mansion encantada. Pagárala, era suya, y amen.

Tres fieles y leales servidores velaban y cuidaban día y noche al poderoso caballero, que se hacia entender de ellos por medio de un gesto ó de una mirada. ¡Oh! y ¿quién como él vió nunca cumplidos sus menores caprichos? Atentos á la mas leve insinuacion de aquella dichosa criatura, sus servidores no cesaban de repetir con un entusiasmo siempre igual: «que esté el Señor contento, y desquiciese el universo.»

Mas no vayamos á formarnos ilusiones vanas! Este extraño razonamiento en un criado, y sobre todo en un criado de nuestros dias, no provenia ni de benevolencia, ni de instintos de afecto ó mansedumbre. El caballero de la Albuérniga, pagaba con desusada magnificencia un buen servicio, haciendo que el oro ocupase el lugar de la gratitud y de las consideraciones, y tenia una puerta franca á toda hora para el que cometia la primera falta ¡la primera sin apelacion! porque perdonada esta, solía decir el rico-filósofo-sibarita, quedaba ancho y fácil camino para la segunda. Hé aquí porque sus tres criados eran los mejores criados del mundo, y porque hubieran consentido en sufrir el tormento, antes que pronunciar una palabra en voz alta, cuando su amo y señor dormia.

Despues que el relój del gran salon de mármol negro habia dado las tres de la tarde, el palacio mas si-

lencioso del mundo se convertia en una tumba. Ni el zumbido de un insecto turbaba aquel reposo de muerte.

Como se vé bien claramente, el de la Albuérniga amaba sobre todo la quietud y la buena concordia entre su cuerpo y su espíritu: era idólatra de esa paz interior y exterior que hace del hombre el ser mas perfecto, y gustaba de encontrar lisa y llana la senda de la vida, lo cual habia conseguido y pensaba conseguir, hasta el fin de sus dias.

Mas para probar sin duda que no hay nada en la tierra ni estable ni duradero, y que todo lo que es obra del hombre cambia y perece al menor soplo, un acontecimiento inaudito y no conocido todavia en los anales del palacio de la Albuérniga, vino á turbar tan pura y serena existencia.

En una calurosa tarde de agosto, á la hora en que las mismas flores parecen languidecer de fatiga, y cuando el de la Albuérniga sentia que los cansados párpados se le cerraban blandamente, para hacerle gustar las incomparables delicias de la siesta, en una tarde de verano, un ruido estrepitoso y agudo al mismo tiempo llegó hasta él, haciéndole dar un salto en su asiento, como si hubiese sentido la picadura de un áspid.

Era el de una campanilla de las antecámaras, cuyo repiqueteo prolongado y maldecido heria los oidos, irritaba los nervios, y se estendia por todo el palacio semejante á un trueno.

Tan conmovido quedó el caballero, que pensó por un instante si aquel estruendo atronador seria delirio ó alucinacion de su mente...; pero no cabia duda: al-

guna mano nerviosa, ó endemoniada acaso, agitaba la fatal campanilla, cuyo timbre desgarraba sin compasion el delicado tímpano del hombre mas pacífico de la tierra y hacia estremecer su alma, como si fuese el eco de la trompeta final.

Los criados, en tanto, llenos de asombro, pálidos como la misma muerte, y dando traspiés como beodos, se habian encaminado hácia la puerta para saber quien era el que osaba cometer tan deplorable, tan inconcebible escándalo.

Un jóven y elegante caballero, vestido de negro, que calzaba unas botas azules y deslumbradoras que le llegaban hasta la rodilla, y cuyo fulgor se asemejaba al fósforo que brilla entre las sombras, se hallaba en pié á la entrada de la antecámara, agitando en una mano el cordon de la campanilla, mientras con la otra daba vueltas á una varita de ébano cubierta de brillantes, y en cuya estremidad se veía un enorme cascabel.

Era el singularísimo y nunca bien ponderado personaje de elevada talla y arrogante apostura, de negra, crespa y un tanto revuelta, si bien perfumada cabellera. Tenia el semblante tan uniformemente blanco, como si fuese hecho de un pedazo de mármol y la expresion irónica de su mirada y de su boca era tal, que turbaba al primer golpe, el ánimo mas sereno. Sobre su negro chaleco resaltaba ademas una corbata blanca, que al mismo tiempo era y no era corbata, pues tenia la forma exacta de un aguilucho de feroces ojos, con las alas abiertas, y garras que parecian próximas á clavarse en su presa. A pesar de todo esto, el con-

junto de aquel ser extraño, era, aunque extraordinario en demasía, armonioso y simpático. Sus botas, maravilla no vista jamás, parecían hechas de un pedazo del mismo cielo, y el aguilucho que por corbata llevaba, hacía un efecto admirable y fantástico: podía, pues, decirse de aquel personaje, que mas bien que hombre, era una hermosa vision.

Acometidos de una doble sorpresa, los criados retrocedieron al verle; mas él les preguntó en seguida:

—¿El señor de la Albuérniga?

—Duerme... respondió uno con inseguro acento.

—Sirvase V. despertarle.

—¡Despertarle!... exclamó otro temblando. Antes dejaríamos que el palacio se desplomase sobre nosotros. Nadie despierta al señor de la Albuérniga cuando duerme... Es cosa que sabe todo el mundo.

—Y yo tambien, añadió el caballero con indefinible sonrisa; pero necesito verle en este instante, y si Vds. no me anuncian, lo haré yo mismo. Soy el duque de la Gloria.

Con la voz añudada en la garganta, el mas valiente de los criados, se atrevió á responder todavía.

—Perdónenos el señor duque... pero... nos es absolutamente imposible anunciarle, ni permitir que lo haga su señoría.

—Ah!... no necesito permiso, dijo entonces el caballero con naturalidad. Y cojiendo de nuevo el cordon de la campanilla, hizo que la tormenta anterior volviese á empezar en el grado mas sublime de las tempestades. El escándalo no podia ser mayor; el palacio

parecía estremecerse, y los criados con el espanto retratado en el semblante y mesándose los cabellos, pedían en vano piedad á aquel asesino de su fortuna, por causa de quien iban á ser despedidos de la mejor casa del mundo.

—Caballero!... caballero!... repetían con voz sofocada.... V. nos provoca á que hagamos uso de nuestro derecho... No nos pagan para que permitamos esto... ¿Qué dirá Madrid de semejante atropello?...

Y como el duque de la Gloria se mostraba tan sordo á sus lamentaciones, cual si se hallase realmente en el lugar de los bienaventurados, los leales servidores de la mejor casa del mundo, iban, aunque temblando, á arrojarle sobre el duque, cuando el mismo señor de la Albuérniga apareció de repente en la estancia.

Medio envuelto en una lijera bata de seda negra, al través de la cual dejaba entrever unos calzoncillos de color de carne perfectamente ajustados, hubiérase creído á primera vista que habia equivocado el gran señor la antecámara con la sala de baño. Entre su delicado pié y la alfombra, solo se interponían unos calcetines, hermanos de aquellos hermosos calzoncillos, digna invención de la industria inglesa; cubríale la cabeza un gorro de cachemira blanco y concluyendo en punta, bajo del cual salían con profusión hermosos rizos de cabellos castaños, y como la cólera habia tornado pálido y hosco, el semblante siempre sereno del caballero, escusado es decir, que tenía el aire mas notable y distinguido que imaginarse pueda.

Un tinte sombrío pareció estenderse con su pre-

sencia, por aquella singular escena, á pesar del resplandor brillante y azulado con que la iluminaban las botas del duque de la Gloria.

Alto y corpulento como un hijo del Cáucaso, la hermosa cabeza del caballero, parecia fulminar rayos, mientras lanzaba sobre sus aterrados servidores interrogadoras miradas, que encerraban un tratado de disciplina doméstica. El rico-filósofo-sibarita, estaba imponente, como Neptuno cuando fruncia las arqueadas cejas.

A pesar de esto, el duque de la Gloria, le miró de alto á bajo con una casi inocente curiosidad, parándose á contemplar con suma complacencia, ya el gorro cómico, ya los calzones, ya los casi descalzos piés del irritado caballero... y... ¡cosa estraña! mientras éste se puso á contemplar á su vez, la corbata, la varita negra y las deslumbradoras botas azules del duque, la cólera que antes le habia tornado tan pálido el semblante, pareció reconcentrarse en lo profundo de su corazon, para dejar paso á la admiracion y al asombro.

Un silencio profundo reinaba en la estancia, tomando asi, aquella escena, nueva en el colorido y en la forma, un interés creciente.

¡Como á medida que el duque agitaba distraidamente la varita con el cascabel, la graciosa nariz del señor de la Albuérniga, iba dilatándose... dilatándose... semejante á una amenaza que se ignora hasta donde puede alcanzar!

Fue el duque, quien interponiendo su argentina voz, entre las estrañas iras de un cascabel sonoro, y de una hermosa nariz, dijo el primero.

—Sospecho que me hallo en presencia del señor de la Albuérniga.

—¡De sospechar es! repuso éste, con pausa aterradora.

—En efecto, añadió el duque, con un tono frio y cortés, solo este caballero, podría usar un traje tan adecuado á su persona y á la estacion reinante.

Mirole el de la Albuérniga, al oir tal, como una dama aristocrática miraria un insecto desconocido, que de repente se le hubiese posado en la blanca falda. Adelantó despues un paso, rascó una ceja, echó hácia atrás el gorro, descubriendo una frente espaciosa y lisa como una plancha de acero, y plantándose frente á frente del duque, como si pretendiese medir su altura, dijo, con una calma tras de la cual parece que debia haber, ó un abismo ó muchísimo sueño:

—Sepamos, caballero ¡ó lo que V. sea! que motivo de vida ó muerte pudo obligar á una persona nacida, á hacer tan insolente protesta contra mi voluntad, ¡¡aquí! en el seno de mi propio hogar.

—No me ocupo de protestar contra ajenas voluntades... Otros asuntos mas graves llenan mis horas, respondió el duque con llaneza.

Un silencio mas largo que el primero se siguió á estas palabras. El de la Albuérniga, no acertaba á creer que las hubiese oido, y le hubiesen sido dichas en un tono, que, ¡vive el cielo! no habia sufrido nunca en ningun otro hombre. En el colmo, pues, de la mas sorda cólera, y de un asombro siempre creciente, añadió por fin en voz tan baja que costaba trabajo percibirla.

—¿Sabe V. que estoy en mi casa? ¿qué amo el silencio y el reposo, como el mayor bien de la vida? Qué no permito, ¡jamás! ¡jamás! que se me interrumpa en mi sueño?

—Ese fué precisamente el motivo que me trajo aquí, antes de que pasase la hora, en la cual, sin escepcion alguna, se escluye de esta morada á todo ser que tenga vida y respire.

—¡¡¡Cómo!!! preci...sa...men....te... por eso..! ¡¡¡Ah!!!

Con verdaderas é inequívocas muestras de un pasmo profundo, hizo el de la Albuérniga estas exclamaciones, y por un instante, hubiérase creído que iba á devorar ó convertir en polvo á su adversario.... Mas no sucedió así.

Su mirada se fijó indistintamente, ya en la corbata, ya en la varita, ya en las botas del duque, y con un acento, que ya no revelaba cólera, sino ardiente curiosidad, exclamó despues.

—Tan estupendo me parece lo que acabo de oir con mis propios oidos y ver con mis propios ojos, en mi propia casa, á la hora de mi reposo, me hace un efecto tan extraordinariamente nuevo y singular, que.... se hace forzosa una explicacion entre nosotros. Sírvasse V. acompañarme.

El duque siguió al de la Albuérniga, y al ver los criados el inesperado giro que habia tomado aquel suceso, para ellos aterrador, tomaron aliento, diciendo:

—*Fuego mata fuego.* Es un refran que no engaña.

CAPÍTULO II.

Despues de atravesar, sin detenerse, galerias y corredores, llegaron al inmenso salon, cuya mayor belleza consistia en su severa desnudez.

Nada viene á turbar la enlutada monotonia del negro mármol que reflejaba entonces por todas partes, como un bruñido espejo, la gran figura del señor de la Albuérniga, y la no menos alta, si bien aun mas notable, del duque de la Gloria. Y en verdad que al ver el caprichoso efecto que sobre la lisa superficie del pavimento formaban los calcetines color de rosa del primero y las luminosas botas azules del segundo; mientras los dos caballeros caminaban el uno en pos del otro, mejor que criaturas humanas, creyéraselas extrañas visiones, evocadas por el espíritu misterioso de aquella habitacion silenciosa y negra como la noche.

Callados la recorrieron del uno al otro extremo, en donde, abierta una colosal ventana, se distinguia un vastísimo jardin, fresco como una gruta, silencioso como un cementerio. Solo se veía en él una fuente de

alabastro con una ninfa dormida, mientras rosas blancas asomaban por donde quiera su lánguida corola, rompiendo la monotonía de la menuda yerba, que verde y espesa, como el terciopelo, brotaba en todas partes, cubriendo la superficie.

Butacas de una piel fina y blanca como la espuma, y altos taburetes para colocar los piés, se hallaban esparcidos en desórden al pié de la monstruosa ventana, hasta la cual llegaba, en alas de un viento suave, el agreste aroma de la yerba, mezclado al de las rosas, y el rumor de la fuente, que regalaba el oído con su cadencia monótona y dulce, la mas á propósito para producir tranquilos sueños.

Imposible hubiera sido encontrar un sitio mas apetecible que aquel, para gozar en el estío de un fresco reparador. Mas era al mismo tiempo tan callado y silencioso, tan triste y tan sombrío, que un espíritu aprensivo ó una muger nerviosa, hubiera experimentado allí congojas mortales.

El de la Albuérniga se sentó negligentemente, colocando en el mas alto de los taburetes los pequeños y delicados piés, que vinieron á quedar á nivel de su hermosa cabeza. ¡Postura impolítica y por demas extraña! Pero el duque de la Gloria, sin aguardar á ser invitado, se sentó asimismo, imitándole, mientras decia:

—¡Delicia de las delicias! Hé aqui la postura mas confortable y mas espiritual que han discurrido los hombres que saben discurrir de estas cosas, y la mas á propósito para que el pensamiento tome en sus aspiraciones el vuelo del águila.

Mas asombrado que nunca el de la Albuérniga, al ver tan singular arrogancia, nada respondió al duque, contentándose con dirigirle una mirada á la corbata...

—Si, caballero,—prosiguió diciendo éste, como si estuviese en su propia casa;—cuando descanso de esta manera, me hallo mas empeñado en marchar con ánimo sereno por el camino que he emprendido, camino áspero y escabroso, como todos los buenos caminos, pues tal pintan el del cielo. Pero hé aquí, señor mio, como en donde quiera que existe la mas leve simpatia entre dos personas, se conoce al punto. Ya es imposible que V. y yo dejemos de ser simpáticos... ambos preferimos hacer la figura de una *v* vuelta al revés.

Cuando dejó de hablar el duque, el de la Albuérniga se revolvió en su asiento como si le pinchasen, y sin dejar de mirar, casi con espanto, á su huésped, repuso:

—Prosiga V..... prosiga V. explicándose como le acomode... ¡Hace V. bien! Imagínese V. que nos hallamos en medio del desierto, y que este salon es el interior de una de sus pirámides, ó lo que es lo mismo, una vastísima tumba. Si, por mis dias; podemos hablar sin que nadie nos oiga, matarnos sin que nadie lo perciba.....

—Entiendo... entiendo... y por consecuencia, acceder V. á mis exigencias, sin que nadie lo sepa, concluyó el duque con la mas ingénua naturalidad.

—¡Exigencias!... repuso el de la Albuérniga riendo de una manera como de seguro nadie le habria visto reir. ¡Exigencias!... ¿V. sabe quién soy? ¿Me conoce V.?

—¡Asi tuviera V. la satisfaccion de conocerme!

—Si no le conozco todavia, le conoceré muy pronto, lo aseguro.

—Me llamo el duque de la Gloria. Hé aquí todo lo que por ahora puedo decir.

—¡Oh! juro que no he de contentarme con eso. V. ha venido á provocarme á mi propia casa de una manera que ninguno hubiera osado, porque saben todos que la reparacion seguiria inmediatamente á la ofensa...

—Y sin embargo, le interrumpió el duque, hé aquí que permanecemos deliciosa y tranquilamente sentados en la forma de una ∇ vuelta al revés, el uno en frente del otro sin ceremonia alguna, como buenos amigos que seremos á lo futuro y fieles aliados.

—Silencio! ni una palabra mas sobre este punto, dijo el de la Albuérniga, con ira mal reprimida. Aun cuando por un acto extraordinario y caprichoso de mi voluntad, le permita á V. hablar cuanto se le antoje, para despues obrar yo, como me parezca conveniente, todo lo que toca á mis afecciones es sagrado. Ni tengo amigos, ni formo alianzas con nadie... ni quiero que ninguno...

—Dispense V., caballero, le interrumpió el duque: precisamente hé hi el principio del fin, yo quiero que V. quiera lo que no ha querido nunca... Nada, señor mio; no vaya V. tampoco á extrañarse de lo que estoy diciendo, porque ademas de ser una verdad innegable no encierra nada de ofensivo. Este mundo es un abismo, en donde el que entra no sabe ni lo que

llegará á ser, ni lo que llegará á hacer, ni lo que llegará á ver.

—¡A fé que empiezo á creerlo!...

—¿Cómo no? dígnese V., por lo mismo, descender ó ascender, como mejor le agrade, al terreno de la filosofía, y bajo este punto de vista oirme con la calma y la paciencia de los sábios, y responderme como ellos, es decir, franca, sencilla y noblemente. ¿No es verdad que soy el ser mas extraño que ha pisado jamás las calles de esta córte, ni de otra alguna del mundo?

Tan extraña pregunta dejó completamente parado al de la Albuérniga, quien vencido al mismo tiempo por la fuerza de la verdad, respondió, calándose el gorro hasta las narices:

—No hay duda. Nada puede haber existido que á V. se le asemeje.

—Que haya ó no existido, no lo discutiremos; pero lo que puede afirmarse es que no existe, y que en Europa es V. el primero que tiene la fortuna y el alto honor de contemplarme de cerca y de oír el eco de mi voz.

—¿Cómo no adiviné que hablaba con un loco? pensó entonces el de la Albuérniga; pero, vive el cielo, prosiguió, que si por mí no vuelvo, en loco me convierte tambien. Su rostro pálido se me figura el de un espíritu sutil y burlon; la varita negra que agita entre las manos, haciendo resonar el cascabel mas impertinente de todos los cascabeles del mundo, dijérase la de un mago, y respecto de esa corbata y de esas botas azules, de tal modo excitan mi curiosidad y trastornan mi cabeza, que me hacen soportar á mi enemigo, pe-

se á su locura, á su desfachatez digna de un látigo, y á sus trazas de duende.

—No, no vaya V. á creerme ni espíritu, ni persona demente, dijo el duque, dando en el blanco de los pensamientos del de la Albuérniga y confundiéndole con una fria y severa mirada. Mis modales, son aquellos que me he complacido en adoptar, prosiguió, y mi persona y mi traje lo mas maravilloso que encontrarse pudiera, como V. ha confesado con toda sinceridad. Pero, gracias al cielo, nunca la razon de ningun mortal se ha mostrado mas lúcida y clara que la mia, pues todo me lo hace ver, aun lo mas secreto y misterioso, como al través de un trasparente cristal. De ahí el que yo contemple satisfecho la justa admiracion que mi persona produce en su ánimo, y.....

El de la Albuérniga, dudando ya de su propia razon y convencido casi de la doble vista del duque, le interrumpió exclamando:

—¿Sin duda es V. Mister Hume, á quien nunca he querido conocer? ¿Quizá ha penetrado V. en mi casa con esa apariencia verdaderamente fantástica, en venganza de mi desden? Pues sepa V. que no me amedrentan los espíritus, en los cuales no creo, ni los fantasmas que, como el que tengo delante, alientan y respiran. Sírvasse V., pues, alejarse ahora mismo, con el firme propósito de no volver jamás, ó juro por mi honor, que haré con V. el escarmiento mas grande que haya recibido un mágico á la moderna.

A pesar de que el de la Albuérniga, al decir esto, se habia levantado con aire altanero y amenazador, el du-

que, mientras lanzaba la mas fina carcajada del mundo, no se movió de su asiento sino para colocarse mejor en él.

—Hé dicho que me llamaba el duque de la Gloria, dijo despues, nombre español é infinitamente mas bello que el del célebre espiritista. No, caballero, nada de espíritus ni de duendes. ¿Quién piensa en eso en nuestros dias? Convengo en que hay apariencias deslumbradoras, que fingen historias peregrinas, y pedazos de cristal caidos en el lodo, que heridos por un rayo de luz parecen diamantes finísimos, pero ya nadie se engaña con tan vulgares supercherias. Por lo demas es indudable, que esta corbata y estas botas no son una ilusion engañosa, sino obra relevante y artística del Asia, que dará mucho que decir á la civilizada Europa. Si en verdad. Para que los triunfos que me esperan fuesen seguros, y saliesen de la esfera vulgar, empecé por mandar hacer esta corbata y estas botas, mito hasta ahora incomprensible, y gérmen fecundo de prodigios, naturales sin duda, pero asombrosos... Mas... ya hablaremos de eso....

—Pues hablemos, exclamó el de la Albuérniga, aguijoneado por una curiosidad irresistible que le hacia olvidarse de si mismo.

—Y bien; prosiguió el duque con un acento de conviccion que no dejaba lugar á la duda. Estas botas tan hermosas, tan especiales y tan caras, que bastarian por si solas para hacer una fortuna, llegarán á causar profundas é inolvidables emociones, á producir trastornos de graves trascendencias, y escenas cuyo indescriptible

colorido, será esencialmente conmovedor. Respecto á mi corbata... ¡Misterio sublime! En las orillas del Jordán, en aquellas místicas aguas, cuyas gruesas ondas multiplican las bellezas del cielo que en ellas se refleja, fue en donde por primera vez su fino plumaje se tiñó del color de la nieve, así como estas botas, del eter trasparente y azul. Oh! aquella escena estará siempre presente en mi memoria. Un árabe del desierto me acompañaba y mientras nuestros caballos pacían la yerba de las praderas cercanas, un hijo del Egipto, daba fuertes golpes en el yunque, sobre aquel hierro candente que debía servir para la prueba.

—¿Cual prueba?

—Aquella cuya memoria no se apartará de mí; dura ha sido en verdad, pero no me arrepiento, pues hemos aquí, de enemigos mortales que debieramos ser á juzgar por engañosas apariencias, convertidos en hombres pacíficos, soportándonos con una paciencia heroica, admirándonos sin envidia, y V. sobre todo, haciendo como es natural, respecto de mi persona, consideraciones, que si no le conducen directamente á la verdad, cosa imposible por ahora, disipan por lo menos en su alma la indigna pasión de la cólera, que ciega al hombre, y le induce á error, y á ser injusto y brutal.

Con la extraña conversacion del duque, el de la Albuérniga se hallaba, en efecto, absorto y como desorientado, ya no se atrevia á creer que el extraño ser que tenia delante fuese realmente un loco, ni menos un hombre como los demas: así, aun cuando tuviese al mismo

tiempo vivos deseos de arrojarle por la ventana, reprimiose muy cueradamente, y dijo.

—¿Qué puedo sacar en consecuencia de cuanto acaba V. de decir? ¿Habló V. únicamente para si mismo, ó para los dos?

—Para mi mismo y para los dos.

—Pues esplicuese V. mas claro y pronto, en todo lo que haya hablado para mi, porque no he comprendido nada, y necesito comprender...

—Quise decir para los dos, que nuestras singularidades, se atraen como dos cuerpos simpáticos, y sino dígallo la breve cuanto larga historia de nuestra entrevista. Llego, me anuncio sin preámbulos, como persona que sabe no han de negarle el paso, V. sale á recibirme.....

—Nada de eso, á arrojarle á V. aun cuando fuese por la ventana si se hiciese preciso.

—Si yo me dejaba arrojar... pero adelante. V. me vé, yo le veo; mi corbata, mis botas, y mi varita negra, le dejan á V. absorto en medio de la ira que le domina; yo contemplo asimismo con deleite esos pies sin zapatillas, esos bellos calzones y ese gorro cónico tan perfectamente calado sobre una cabeza inteligente, y henos aqui, á mi, dispuesto á perdonarle á V. sus inconvenientes calificaciones, y á V. sin valor para separarse de mi, antes de haberme conocido mejor.

Semejante á una bomba que estalla, asi el de la Albuérniga bramó entonces, mas bien que dijo:

—¡Por la felicidad de mis dias! que si á tales palabras no contestara de la manera que lo piden, mereciera no volver á gozar las delicias del sueño.

Acabemos... ¿Es V. loco? En ese caso, mandaré á mis criados que se entiendan con su señoría. ¿Es V. cuerdo? Elija las armas, y el lugar en que habremos de batirnos. Cuanto antes mejor...

—Cómo!... V., el hombre de recta conciencia, V., cuya rígida moral y espíritu apacible, le impedirían volverse contra una hormiga, ¿quiere batirse? ¿quiere esponderse ahora, á derramar la sangre de un hombre inocente?

—¡Ola! ¿es V. un cobarde? ¿tiene V. miedo? replicó el de la Albuérniga sonrojándose.

—¡Miedo!... ¡bah! Todo eso es vana palabrería, que demasiado sabemos de que barro son hechos los hijos de Eva.... ¡Miedo! y bien, señor mio, añadió el duque con risa burlona y frente á frente del de la Albuérniga.—Yo me hé batido mas de una vez, y con gloria; pero á la conciencia no se le ocultan nunca, nuestras debilidades y flaquezas. La serenidad en el rostro, el miedo en el corazon, el escándalo y la desgracia, sirviendo de fúnebre cortejo á una comparsa de graves apariencias y horribles resultados; los demonios del orgullo y de la vanidad, batiendo sus alas sobre una tumba llorada.... hé aquí la gran farsa—demos á las cosas su verdadero nombre—la farsa mas ridícula y cruel que se conoce entre las gentes cultas, y tambien la mas abominable y vana que han discurrido las quisquillosas criaturas.

—¡Qué verdades dicen á veces los locos!... pensó el de la Albuérniga, tosiendo. El duque prosiguió:

—Y ahora meditemos. Nosotros que sobrenadamos

entre la multitud, como el aceite sobre el agua, V. moralista y yo moralista, V. filósofo y yo filósofo, V. notable y yo infinitamente mas notable todavia, ¿habíamos de descender como cualquiera á ese terreno vulgar? ¡Nunca! Al menos hasta que nos conozcamos mejor.

El de la Albuérniga, que no habia nacido cobarde, pero que, como ya hemos dicho, amaba, sobre todas las cosas de la tierra, la paz y el reposo, y detestaba el duelo, sobre todas las cosas detestables, pensó, si le era realmente lícito batirse con un ser desconocido y extraño, hasta el punto de haberle parecido un loco, ó un diabólico espíritu. Además, ¿cómo si llegaba á matarle, podria saber el profundo misterio que encerraban aquella corbata, aquellas hermosas y resplandecientes botas azules y aquella varita con un cascabel? Tomó, pues, su partido, y dijo:

—No sé hasta que punto le será lícito á un hombre, en circunstancias como la presente, pedir concesiones, ó admitirlas..... mas..... ¡sea! Aun cuando yo juzgue la proposicion de V., hija del miedo, no nos batiremos, hasta que conozca mejor á mi singular adversario. V. va á decirme, no obstante, ahora mismo, á que ha venido aqui. Lo exijo absolutamente..... tengo derecho á ello.

—Y yo tengo sobrado valor para oir con toda la calma filosófica que á V. le ha abandonado esta tarde, esas palabras que en su ofuscacion me dirige. ¿Desea V. que le matara? pues yo no quiero.

—Lo que V. no quiere sin duda, es morir.

—Y V. mucho menos, caballero, como que no es un bocado sabroso; pero no sucederá. ¿Habia yo de matar á una persona tan estimable, y que ha de consagrarme algunos dias de su cara existencia? ¡No puede ser! V. vivirá, porque en cuestiones de honor tengo mi doctrina, y ademas, he hecho solemnes juramentos, á los cuales no puedo faltar ahora. Lo que si le aseguro á V., bajo mi palabra de caballero, es que, al venir aquí, no traje la menor intencion de ofenderle.

—Basta ya de palabras... ¡basta por quien soy! ¿A qué ha venido V.?

—A verle á V., y á que V. me viera. Necesitaba dejar un indeleble recuerdo de mi persona en la mente siempre despejada y serena del señor de la Albuérniga, y hacerle así consentir buenamente en consagrarme algunos dias de su apacible existencia, porque... ¿cómo despues de haberme contemplado de cerca habia de negarse á una exigencia tan justa y que tanto le honra?

—¡Con que si!... para que yo... accediese... pues! á una... exigencia de V.!

—Y estoy seguro de que V. accederá y anhelará que llegue el momento de cumplir mis deseos, porque, hasta entonces, el recuerdo de mi persona, el de mis botas y el de este cascabel, perturbará su sueño, y no le dejará gozar momento de reposo. V. pensará en mí, mas todavia que una muger enamorada... y esto me basta. ¡Adios, pues, caballero, hasta que volvamos á vernos!

El duque se alejó entonces con la ligereza de una

sombra, pero aun despues que habia desaparecido, veía el de la Albuérniga danzar delante de sí aquellas botas y aquella corbata al compás del cascabel sonoro, como si el demonio estuviese en ellas.

—¡Oh mundo! exclamó entonces con el doliente acento del que se siente herido en medio del corazon. Tus inquietas oleadas llegan á turbar la mas apacible ribera. Mi palacio ha sido profanado... interrumpido mi reposo en el momento en que mis párpados cedian á la mas dulce influencia que domina al hombre. ¡Vida perdurable! y unas botas azules, una corbata blanca y una varita con un cascabel, danzan ahora delante de mi, como si yo fuese dado á las futelezas del baile!.....

El de la Albuérniga se interrumpió de repente por algunos segundos, despues de los cuales, como si el fuego de un volcan hubiese subido de repente á su cabeza, gritó dando un fuerte campanillazo:

—¡*Chis!* ¡*Pun!*--asi llamaba á los criados para ser mas breve;--pronto, un baño tibio ¡qué me abraso!

CAPITULO III.

Murmurábase algunos dias despues, que acababa de llegar á Madrid *el esperado*, un personaje lo mas raro, lo mas insolente, lo mas fino, lo mas extravagante, burlon y maravilloso del mundo. ¡Raro conjunto de diversas cualidades!....

Sepamos algo de lo que en la córte se murmuraba dél.

Pelasgo, director de un afamado periódico, y osado crítico, que falla sin miedo toda cuestion de ciencia, de política, ó de honra, habla con uno de sus emisarios secretos.

—¿Qué pasa Pedro? ¿qué se dice del gran duque? ¿es hombre ó duende? ¿en qué quedamos?

—Es muy rico, señor, inmensamente rico.... riquísimo..... diez veces poderoso! ¡Oh!.....

—Eso ya se sabe: un pobre no hace tanto ruido. Pero esas botas..... ¿qué hemos de decir de esas botas?

—Que son el infierno, señor, que han sido hechas

para quitar á los hombres el poco juicio que les queda..... para apurar la paciencia de los mortales.

—A un lado las chanzas..... Antes que nada ¿procuraste indagar si le será grato al duque que se hable de ellas? Esos hombres excesivamente ricos, suelen ser excesivamente caprichosos, y alguno hay que se convertiría en nuestro mortal enemigo, si alabásemos su persona antes que su casa de campo ó su caballo. Es preciso, en fin, saber cual es su cuerda.....

—No tiene cuerda ese duque.....

—¿Quién no la tiene en este mundo?....

—Tanto y tanto se dice..... por de pronto, aseguran que detesta el baile, y que se rie de los que bailan....

—Pues hé ahí ya un buen tema.....

—Si no detestase mas todavía á los periódicos y á los periodistas.....

—¿Vuelves á chancearte?

—No lo acostumbro, señor Pelasgo; pero es lo cierto, que los detesta hasta el punto de no querer siquiera mirarles al rostro, ni mas ni menos que á las mujeres, á quienes aborrece mortalmente y de las cuales se burla.

—¡Loco de atar! burlarse de ellas, lo comprendo; pero aborrecerlas..... ¿Qué es lo que le place entonces al buen señor?

—Personas bien enteradas me han afirmado que no le place nada.

—¡Peste contigo! ¿Es eso cuanto sabes?

—Repetir todo lo que de él se murmura, seria cuento de nunca acabar.

—Que lo sea.... lo que quedé de hoy se deja para mañana. ¡Habla ya! cumple tu obligacion.

—Pues bien, murmurase á la callada, entre otras cosas, que ese duende de duque, va á publicar *el libro de los libros*.....

—Ola!... ola!... ¡Tambien el duque se mete á escritorillo! pero dime, ¿qué tienen que ver esas botas con *el libro de los libros*? ¿de qué son esas botas?

—Madrid entero no se ocupa de otra cosa, llegando á sospecharse muy formalmente, que son hechas de cuero de diablo....

—¡Qué te lleve!... sin alma, porque no la tienes.

Indignado contra la torpeza de Pedro, Pelasgo se salió entonces á la calle, esperando que la casualidad viniese á mostrársele propicia.

En efecto, al entrar en uno de esos cafés llamados aristocráticos, porque ciertas personas distinguidas se dignan entrar en ellos, para escanciar alguna botella, mientras aguardan á un amigo, el nombre del duque vino á resonar en sus oídos....

Hallábase el salon completamente lleno, y las barbas relucientes, los rostros perfectamente afeitados, las manos delicadas, con larguísimas uñas, los vientres aristocráticamente obesos, los botitos con punta de anguila y las levitas cortas,--¡ay! demasiado cortas!--se dejaban admirar por todas partes. No; nada habia allí de plebeyo, y aquel olor que se notaba á cigarros habanos, á esencia de rosas y violeta, decia bien claramente porque cada uno que entraba traia el aire grave y ceremonioso, cual si fuese á tratar de negocios de Estado.

Pelasgo, cuya persona fea, pero almizclada y lavada con jabon de lechuga, en nada desdecia por su aspecto de las que alli se encontraban, despues de lanzar en torno una mirada desdeñosa, fué á sentarse con circunspeccion en un rinconcito, á quien la brisa que penetraba por un cristal roto hacia permanecer comunmente vacío.

—Hé aqui una conversacion en que yo no pensaba dijo, al sentir el aire demasiado fresco que vino á saludarle.....—Mas ¿por qué hemos de ser los hombres tan quisquillosos y descontentadizos? añadió luego con filosófica resignacion. Hubo una época tormentosa en la cual me pasaba las nocturnas horas al raso, contemplando la luna, hasta que llegaba el dia y el dia hasta que volvía á aparecer la luna, y vuelta á deleitarme con la aparicion de la aurora, sin que por eso me lamentase demasiado de mi adverso destino.... mientras que ahora, se me hace insoportable la brisa mas lijera. ¡Paciencia, Pelasgo, y escuchemos! Si no doy el primero algunas noticias ciertas, sobre ese duque ó diablo, quedará mal parado y mis adversarios me mordearán de lo lindo.

—Yo le he visto, decia uno, y puedo asegurar, que dificilmente exstirá un rostro mas pálido, mas irónico y burlon que el suyo. A no ser por aquella corbata y por aquellas botas maravillosas que llenan de asombro el espíritu mas impasible y sereno, no podría soportársele un solo instante... su mirada es penetrante como la punta de un puñal...

—Te he pinchado?

—Casi lo creí.

—¡Cáspita! en ese caso huiré dél para que no alcancen á verme sus peligrosísimos y asesinos ojos...

—Haz lo que gustes, pero hablemos despacio de estas cosas...

Y prosiguieron murmurando en un tono ininteligible para Pelasgo, pero en cambio, dos editores nuevos en el comercio de las letras, decían en voz alta y sentenciosamente:

—El que le diese cien duros por su decantado libro haría una peligrosa aventura, y por mi parte, ni aun ofreciéndome el triple, consentiría en ser su editor.

—Ni yo lo fuera por todos los tesoros del mundo.

—¿No has oído, que el tal duque, es un pequeño Voltaire, un Voltaire de mal género?

—Pues que... existe algún género peor que el de ese francés, maestro de la impudicia y de la desvergüenza? dijo al pasar, un anciano en cuyo rostro se leía una adusta severidad.

—Estos vejetes jamás progresan como no sea hacia el sepulcro, replicó riendo uno de los editores. Pero Pelasgo fijó su atención en lo que decían dos jóvenes diputados, que acababan de tomar asiento casi á su lado.

—¿No oyes como solo se habla dél? repuso uno.

—Sueño ó cuento parece, contestó el otro. La policía tampoco descansa, pero á pesar de eso, nada cierto se sabe, sino que se llama el duque de la Gloria, y que con los tesoros que posee, puede comprar la Europa y conmover el universo. Oh! los millones son unos conspiradores invencibles.

—¿Pero conspira?

—¿Quién lo sabe? Si viviera Job en estos tiempos, tambien se diria que conspiraba. Mas lo que yo haria es llamar á Macallister, y mandar que le quitase al duque esas botas mágicas, á ver si se convertian en humo, ó se descubria que el misterioso personaje tiene una pata de cabra..... porque, no es broma, las notabilidades mas célebres quedan oscurecidas por la maravillosa claridad de esas botas, que rodean al que las lleva con el brillo fantástico de los cuentos de hadas. Hénos, pues, aplastados bajo la fuerza de un poder desconocido y perturbador, que todo lo conmueve. Madrid hierve á tal hora de impaciencia, se abrasa de ansiedad, por saber quien es el ser extraño que osa deslumbrarle con unas botas azules. El mundo es una mascarada.

—Yo conozco á muchas damas que no cesan de preguntar, en dónde se verá al duque, á qué paseos concurre el duque, á qué teatros asistirá el duque.....

—¡Ah! las mugeres, y sobre todo, ciertas mugeres, se encantan de lo que brilla, ni mas ni menos que las urracas.

—¿Hablas por ella?

—Por la condesa Pampa, quieres decir, ¿por Laura?.... ¡oh! nada de eso.....

—Puedo asegurarte, que no ha sido de las curiosas, que ni siquiera ha despegado los labios para pronunciar el nombre del duende azul.

—Gracias.... mas eso es peor todavia.....

—¿Estás celoso? Carlos.... vá á perderte ese amor.

—Quizá.... pero las pasiones son como los rios que se desbordan.... dejemos eso.

—¿Se ocupan Vds. de él? les interrumpió cierto general, que antes de echar los primeros dientes, se habia encontrado con los galones de coronel pegados á su chaqueta y con un morrion por chichonera.

—De él hablamos, repuso Cárlos. ¿Sabe V. algo nuevo?

—Lo sé todo.... Viene á hacer una gran reforma en el ejército, viene á devolvernos el poder que hemos ejercido en tiempo de Alejandro.

—¿Cómo es eso, general?.... palabras sospechosas.... van á prenderle á V. por conspirador.... Me hallo mejor enterado.

Esto dijo el secretario particular de un opulento banquero, que acababa de formar parte del grupo, y añadió:

—Lo que pretende el duque es establecer en España un Banco universal, y acaso.... acaso.... dar á la propiedad un golpe maestro..... Muchas otras cosas se cuentan, es verdad: dícese tambien que es el autor y el propagandista de cierto credo político, cuyos principios entrañan la colosal ambicion de Napoleon I, y el mancomunismo de los cuákeros.... Mas.... ¡locura! el banco.... el banco.... ¡ahí está el quid!

—Pero, señores.... ¿qué tienen que ver el banco, y la propiedad, y el ejército, con la corbata y las botas que tan célebre hacen al duque, y que no dejan en sosiego ninguna cabeza? replicó riendo el diputado Cárlos.

—Y tiene razon, dijo para sí Pelasgo, encaminándose mas que de prisa hácia la calle.

Mas estaba escrito que el nombre del duque habia de resonar todavia en sus oidos.

Delante iban dos jóvenes, uno de ellos muy conocido suyo, conversando de este modo:

—Llevo tres dias de una impaciencia cruel. Pero no descansaré, no me permitiré reposo, hasta ver de cerca esas botas y ese ente singular.

—¿Qué has oido de su vida?.... Cuenta, mi querido noticiero.

—Oh! yo he bebido en buenas fuentes, y sé que ha desenterrado en la India interesantes manuscritos, y descifrado geroglíficos ininteligibles para todos.

—¿Qué nos importan á nosotros los geroglíficos y la India?

—Poeta, al fin, para dejar de ser fútil.

—Ah!.... perdona! me olvidaba de que sabes griego, y de que quieres alistarte en el número de los anticuarios. Mas ¿por qué te afanas? dentro de cuarenta años todas las niñas de quince abriles te darán ese título, ú otro que se le asemeje.

—Déjate de bromas y escucha. Ese hombre es la inmensidad. En él se hallan personificados los adelantos de nuestro siglo.

—¿Por qué?

—Las ciencias ocultas le han revelado en la China profundos secretos, y un gran génio, un ilustre y sabio escritor de la Moravia, le ha legado, con cincuenta millones de pesos fuertes....

—Demonio! ¡qué falta nos hacian! pertrechado viene!....

—Cállate! le ha legado cincuenta millones de pesos fuertes.

—Ya lo he oído. ¿Si querrás que le envidie?

—Y su último libro, para que lo publique y reparta él mismo por toda la tierra.

—Pues trabajo le mando.

—Y así lo ha jurado el duque en el lecho de muerte del sabio moribundo.

—¿Qué contendrá, pues, ese librito?

—Parece que en él se echa por tierra todo género de literatura, y se abren nuevas y desconocidas sendas al pensamiento humano.

—¡No digo nada con el sabio de la Moravia! No se andaba en pelillos. ¿Qué zurra no le daría Pelasgo si le alcanzára, eh? Y pregunto ¿le ha legado también el difunto á su buen amigo la corbata y las botas, esas dos rarísimas prendas que convierten al duque en el ente mas notable del mundo?

—Pregúntaselo, si puedes, que yo lo ignoro, aun cuando por saberlo daría un ojo de la cara.

—No perderías gran cosa, si era el que tienes vizco.

—Anda, burlon, que el sabio de la Moravia me vengará de ti. Tus versos serán sepultados en el abismo. Adios, Ambrosio, que es lo mismo que no decir nada.

Y el primero entró en un portal obscuro, y el segundo siguió calle arriba cantando una copla, no muy digna, por su poca modestia, de ser trasladada á estas páginas.

Mas hé aquí, que cuando menos lo esperaba Pelasgo, dió la vuelta el poeta y se encaró con él.

—¿Tú por aquí? ¿qué se busca? le preguntó.

—Tomo el fresco aun cuando ya es rocío, repuso Pelasgo haciéndose el disimulado.

—En efecto, hora es ya de irse cada mochuelo á su olivo.... pero.... ¡qué diantre! ese agujero que llamamos casa, no ha sido hecho para los hijos de España, que amamos, mas que una techumbre de oro, el puro azul del cielo.

—Menos cuando nieva ó llueve, ¿no es verdad? Lo mismo les acontece á los habitantes de otros paises.

—Lo mismo no.

—Bah! como te acostumbraste á hacer odas y elegias, todo lo ves de color de rosa.

—Y tú, como te acostumbraste á rebajarlo todo, haciendo excepcion de ti mismo, todo lo ves de color de cieno.

—No vayamos ya á regañar....

—Te empeñas siempre en hacerme la oposicion.

—Tu has empezado ahora, y como es una diversion que me agrada....

—Pues á mi no..... pero atiende, ¿nó reparas cuántas damas encubiertas pasan por aquí? Me parece que conozco á algunas.

—Y yo; sigámos á aquellas donairosas. Probemos si necesitan de nuestra ayuda, para atravesar tan desiertas calles.

—Qué soledad!... dijo Pelasgo aproximándose. ¿Paseamos juntos?

—Mas vale ir solas, que mal acompañadas—respondieron ellas, apretando el paso.

—Gracias.... Prefiero tan dura respuesta á un pretencioso silencio, bellas,—contestó Pelasgo, que era mas docto ciertamente en conversar con las mugeres que en *escribir para ilustrar*, como solia decir pomposamente.

—Tambien preferimos la flexible galanteria á la vidriosidad quisquillosa, respondieron ellas, riendo, y rebujándose mas en sus largas capas.

—Bravo!... Bravo!—exclamó Ambrosio—; Viva la franqueza española!

—Tienen VV. tanta hermosura como talento?—volvió á decirles Pelasgo, poniéndose á su lado.

—Quizá mucho menos talento que hermosura!

—Veámoslo.

—¡Nó puede ser!

—¿Por qué?

—Porque no.

—Y basta; que no tiene vuelta la frase. Pero aunque sea tapadas, deben VV. admitir la compañía.

—¿Por qué?

—Porque si.

—Presto vuelve el caballero lo que adeuda.

—Amo la libertad, y siempre vive encadenado el que debe.

—Vamos, señoras,—dijo Ambrosio—mi amigo tiene razon. Hé aquí una hermosa noche para entretenimientos amorosos. La luna no se muestra ahora demasiado indiscreta.

—¿Qué importa que sea discreta la luna, si no lo son los hombres?—dijo una de las damas con altivez;

y añadió, despues de haber hablado en voz baja al oído de su compañera.

—¡Por favor! Necesitamos caminar solas. Con Dios, caballeros.

—¿Es posible?

—Y tan posible. A no ser que pudiesen VV. decirnos en donde se encuentra lo que andamos buscando.

—¿Qué es ello?

—Un astro que brilla como el azul del cielo, y que es nuevo en el mundo, un ser extraño que huye de todos, mientras todos van en pòs dél.

—Ah!!! tambien VV?

—Por curiosidad, es tan extraño el caso....

Y cual si las damas se hubiesen arrepentido de haber dicho tanto, añadió una de ellas rápidamente.

—Basta de chanzas.... Desde aquí marcha cada cual por su camino.

Y cojidas del brazo, echaron á correr por una estrecha y oscura travesía, diciendo entre sí.

—¡Dios eterno! que sátira nos harian, si nos hubiesen conocido.... huyamos, el coche aun está lejos.

—Son ellas, decian á su vez Pelasgo y el poeta Ambrosio. Es la condesa Pampa y Casimira. Esos dos demonios aventureros, que á nada temen, y que desafian las murmuraciones del mundo: ¿por qué no las hemos seguido?

—Es tarde y necesito volverme, dijo Pelasgo. Mas, ¿qué rumor de voces es ese que se siente? Oigamos.

—Son zapateros.... zapateros que se han reunido para tratar acerca de las botas del duque.

—Demonio de hombre....

—A propósito. ¿Sabes que detesta los periódicos?

—¿Qué me importa? nos veremos.... ¡Agur!

—Agur y no romper lanzas.

Cuando Pelasgo llegó a su casa y se sentó al velador para refrigerar el estómago con una copa de Jerez y un bizcocho, halló en la bandeja un billete perfumado; abriólo en seguida, y vió que, escrito con letras de oro, decia asi:

«El muy grande y poderoso señor duque de la Gloria *no quiere* que se hable del en los periódicos. Se-mejante tarea, corresponde únicamente á *Las tinieblas*.»

Los demas directores de periódicos habian recibido aquella noche un billete igual al que acababa de leer Pelasgo.

CAPITULO IV.

No hay funcion sin tarasca,
ni novela sin amores.

;; *La Corredera del perro!!* ¿Sabe alguno de nuestros lectores en dónde existe esa calle de nombre tan poco armonioso? Es posible que no; imagínense, pues, que se halla situada allá en las afueras de Madrid, próxima á algun elegante cementerio; que es larga y angosta, un tanto sucia, siempre desierta, económicamente alumbrada por algun rayo de sol, á la hora mas alegre del dia, y adornada de cuando en cuando por algun rostro juvenil que asoma á través de una puerta ó de una ventana entornadas, como asoma una rosa por entre la grieta de una losa sepulcral.

Y hé aquí, como en guerra con el sentimentalismo, puerta de escape de todos los escritores tan ramplo-nes como el autor de *El Caballero de las botas azules* y de otros muchos aficionados á las novelas, terriblemente histórico-españolas, nos inclinamos á escribir

ahora algun parrafillo melancólico-poético, tomando por tema, nada menos que la Corredera del perro.

¡Ay! no en vano nos dió el cielo
corazon para sentir.

Larga es la vida, corta la juventud, y sus flores son de una fugitiva belleza, á las cuales hacen guerra tempestades que con ellas viven y mueren. No; no hay primavera para las flores juveniles del alma, solo hay estío y otoño; por eso cuando se han marchitado no queda de ellas ni tallo ni cenizas. Solo queda el recuerdo en tanto no se debilita la memoria.

Y tal le acontecia tambien á las flores del alma de las jóvenes de la Corredera del perro, que no por vivir en tan apartado retiro, están exentas de gozar en la tierra las delicias concedidas al resto de la humanidad por nuestros enemigos mas encarnizados.

Por aquella triste y silenciosa calle se ven pasar cada dia carros fúnebres, cuyos perezosos caballos agitan con lentitud sobre la cabeza, en honor de la muerte, altos penachos negros, y los vecinos de la Corredera del perro, siguen muchas veces el triste convoy para contemplar como el féretro cubierto de nobles insignias, ó bien ostentando cruzadas espadas, emblema de honor y mando, penetra silencioso en su estrecho agujero de piedra para no salir jamas á la luz del dia.

Otros caminan silenciosos tras de la negra y humilde caja de la misericordia, llevada sin pompa ni ruido, por tres hombres groseramente vestidos de negro, quienes dejan caer pesadamente el cuerpo muerto en el hoyo profundo abierto en la madre tierra.

Cuando esto acontece, los vecinos de la Corredera del perro se retiran tristes, diciendo: «Así hemos de ser enterrados nosotros.»

Tales son los acontecimientos mas notables que en el trascurso del año ocurren en aquella olvidada calle, y por esto, sin duda, las pocas jóvenes, que por allí se encuentran, tienen un aire lánguido y meditabundo en demasia.

Cuando se las vé salir, en bien escaso número por cierto, del colegio de doña Dorotea, alguna se cantan, otras ríen, saltan y cuchichean, pero siempre con cierta timidez que inspira simpatía y compasión al que las contempla, siempre mirando hácia la ventana por donde una cabeza enjuta y metida en una especie de escofieta blanca y almidonada, como las que en algunos pueblos ponen á los muertos, aparece figoneando uraña:

—Silencio, revoltosas... ¿Cómo se atreven mis discípulas á caminar tan descocadamente por la calle? ¿qué dirán las gentes de su siempre respetada directora?

Así les grita á lo mejor una voz seca y cascada que sale de la escofieta, y las niñas, semejantes entonces á corderillos, se juntan, se aprietan, y con la cabeza humildemente inclinada, se dirigen á la verja del cementerio para rezar un *Padre nuestro*, lo mas devotamente que pueden.

Después, ya lejos de la vista de doña Dorotea, se atreven á jugar á los alfileres sobre la blanca arena del camino, hasta que suena la primer campanada de la oracion, que las hace correr hácia sus tristes nidos, diciendo al despedirse: *¡Hasta mañana!*

Algunos domingos suelen bajar á la gran babel de la córte, sobre todo en tiempo de ferias; pero sus madres las acompañan siempre y las llevan de la mano, aun cuando hayan pasado de la niñez y sean ya pequeñas mujercitas.

—No hay que enamorarse, queridas niñas, les dicen, de tantas cosas como por aquí se ven. Todas estas fruslerías han sido hechas para hacerles gastar el dinero á los ricos, y á nosotros los pobres nos sentarian como á una vieja una moña colorada..... ¡Oh Dios! ¿qué dirian en nuestra calle si os vieran con esos cintajos y adornos?

—¿Y por qué, madre, nadie se rie en Madrid, de las muchachas que los llevan?

—¡Vaya!! ¿Si querriais compararos con las gentes de *por aquí*? Contádselo á doña Dorotea, y vereis que os contesta. Cada cual es quien es.

El nombre de doña Dorotea basta para poner un sello á los labios de las pobres niñas, y para que lo contemplen todo, como á través de un velo que oculta á medias lo que se anhela conocer. Quizá por la noche sueñan con lo que han admirado en las espaciosas calles y plazas de la gran poblacion y aun se imaginan ser ellas mismas, alguna de tantas engalanadas y preciosas jóvenes como por alli transitan; pero al otro dia la planchada escofieta de doña Dorotea disipa todas aquellas impresiones, como un viento fuerte las espesas nieblas de la mañana. Esta rígida señora, funde las almas de sus discípulas,—si así podemos decirlo,—en unos principios de austeridad, tan fuertes, que

aquellas almas, dócilmente sometidas á su yugo, siguen, con cortas escepciones, una marcha igual hasta la muerte.... quizá la única que debiera seguirse en este mundo!...

Erguida y fuerte todavia como un cedro, doña Dorothea, que cuenta, con especial economia, sus pasados años, dice, que casi.... casi.... tiene sesenta *cumplidos*, y que recuerda los buenos tiempos de la modestia y del recato, tiempos en que ninguna dama ni mujer se faltaba ni á sí misma ni á los demas. Considérese, pues, hasta donde tendríamos que remontar la época de su dichosa juventud, á juzgar por la prueba que aduce, sin admitir la menor réplica.

Pero sea como quiera, aconteció que el cielo, bondadoso, le habia concedido una hermosa sobrina, en la cual pusiera todo su afecto de solterona, proponiéndose hacer de tan bella criatura un modelo de todas las virtudes, un retrato, en fin, de sí misma, y en sus aspiraciones, habia llegado á tanto la buena señora, que hasta recomendaba á la niña las escofietas blancas, como el adorno mas lindo y modesto que podia usar una jóven hacendosa y digna del aprecio de todos.

Y henos, pues, á la espiritual, á la inocente Mariquita, viendo pasar los mejores dias de su juventud, entre una escofieta almidonada, el gato de la casa y la verja del cementerio.

Sin huerto, ni jardin en donde poder pasar alguna hora del dia, Mariquita, amaba las flores nacidas al pié de las tumbas, y el rumor que hacia el viento al

agitar los sauces, la impresionaba tan melancólica y dulcemente, que, siempre que podía, robaba algunos momentos, para ir á contemplar el jardín de los muertos. ¡Extraño placer, solo propio sin duda, de una joven vecina de la Corredera del perro, y acostumbrada á la modesta sociedad de doña Dorotea!

Cuando una lluvia benéfica se habia derramado sobre las losas de mármol negro, que brillaban entonces como espejos sombríos, y sobre las humildes cruces torcidas por el huracan, pensamientos vagos y misteriosos, como el primer rayo del alba, vagaban errantes por la mente de la pobre Mariquita..... Aquel inmenso silencio que se extendia en torno, aquellos pájaros que venian á piar lenta y cadenciosamente sobre la punta de los cipreses, y aquel sol que brillaba tras de una gruesa nube, descolorido como la luna..... la hacian permanecer muda y sobrecogida, con el oido atento, y la mirada incierta... Las ramas de los sauces, barrian desmelenadas el polvo de los sepulcros cobijados bajo su sombra, las rosas deshojándose á cada soplo del viento, parecian conversar misteriosamente entre si, y las blancas arcadas que ocultan millares de esqueletos iban á perderse de una manera vaga allá en donde un ángel, con la cabeza medio oculta entre los pliegues del ropaje, meditaba tristemente sobre un alto mausoleo, rodeado de mirtos y enverjados...

¡Oh!... la contemplacion de aquel cuadro, en donde la naturaleza, siempre alegre y hermosa, parece luchar con la muerte, para vivir y florecer, producian en el impresionable espiritu de Mariquita una angus-

tia indefinible. Sin saber por qué, derramaba entonces copiosas lágrimas, y tornaba despues al lado de su tia con los ojos enrojecidos y el rostro mas pálido que de costumbre.

—¿Te sientes mal? le preguntó la vieja una tarde, al notar la melancólica expresion de su semblante.

—¡Quizá! le contestó la niña con extraño acento, tia, ¿es muy doloroso morir?...

—¿Nó ha de ser?

—Me parece, sin embargo, que debe uno hallarse muy bien en el sepulcro.... A mi me gusta el cementerio, aunque es triste. Si, me gusta mas el cementerio, que el novio con quien quieren casarme.

Doña Dorotea la miró con asombro, y exclamó despues:

—¡Qué desatino! ¡Mocosuela de chica, lo que ella sueña!... ¡No hé oido otra jamás! Ni me admira que no le guste el novio que á mi tampoco me gustó nunca ninguno, aun cuando me buscaban á centenares, pero de esto á enamorarse del cementerio, diferencia va, y no pequeña. ¿Sabes, criatura, que allí solo hay gusanos y despojos de cadáveres?

—Tambien hay mármoles y flores....

—Flores de muerto!.... ¡que horror!.... flores cuyo pernicioso aroma marchita la juventud.... y sobre todo, señorita, le prohibo á V. ocuparse de esas cosas impropias de una niña, y hasta impías en un alma cristiana. Solo debemos pensar en la muerte para librarnos de obrar mal, y en el cementerio para rezar por las almas de los que ya no son de este mundo.

Tan justas razones aterrorizaron por un momento á Mariquita, pero sin quitarle su afición á contemplar el mundo de las tumbas, vasto campo para ella de informes ilusiones, hijas quizá de una imaginacion ensoñadora y ardiente, pero comprimida por la estrechez de la Corredera del perro y la escofieta de doña Dorotea. Todo cuanto se presentaba á los ojos de Mariquita estaba desierto y árido. Todo era mezquino y sin horizontes, menos el cementerio. Allí habia flores, sol y espacio.

Por otra parte, Mariquita, á quien su siempre respetada tia se habia esforzado en darle una educacion demasiado insociable y uraña, y que á los diez y seis años no sabia mas que leer torpemente en el catecismo, escribir sin ortografia, coser un poco y jugar á los alfileres, se halló en extremo mortificada el dia en que su padre, despues de presentarle un jóven de lánguido aspecto, tímido, y de lasos cabellos rubios, le dijo:—este ha de ser tu marido.—

—¡Mi marido!.... se atrevió á murmurar tan pronto como se halló sola.—¿Para qué quiero yo marido?

Y habiéndole preguntado á su tia sobre el particular, ésta le contestó:

—Un marido viene á ser lo que es tu padre para tu madre.

—¿Y qué es mi padre para mi madre?

—¡Qué tontona has nacido! ¿pues no lo vés?

Ignoramos por que doña Dorotea dió tan ambigua respuesta á la inocente Mariquita; pero es el caso, que poco satisfecha la chica, se atrevió un dia á repetir la

pregunta á cierta vecina, que pasaba por discreta y charlatana, cualidades que, á decir verdad, no se hermanan muy bien que digamos.

—Atiende, niña, y atiende como es debido, le dijo aquella por complacerla y complacerse á sí misma con aquel ratito de conversacion. Un marido, hija mia, es ó puede ser, muchas cosas á la vez: amparo y desamparo, amigo y enemigo, mala ó buena fortuna... Verdad es que la Iglesia nos le dá siempre por compañero cariñoso, pero el pícaro mundo, por compañero y por tirano, como me lo ha dado á mi. ¡Perdónele Dios al mundo, y porque no se diga, perdónele tambien á mi difunto, ya que despues de haber sido tan tornadizo y peleon, se aquietó al fin con la muerte! Porque has de saber, Mariquita, que cada cual habla de la feria como le vá en ella. Algunas dicen que un marido es la gracia del cielo, la sal del pan; otras..... yo las conozco y tu tambien, aun le hacen la cruz despues de muerto. Pero es el caso, que se manda que la muger ame y respete al que se le ha dado para ser *apoyo de su debilidad*, —yo siempre he pensado, niña mia, que mejor que eso, fueran dinero y buena salud,—y, en fin, que le obedezca y le cuide, y mil cosas mas que solo la práctica enseña..... pero... ¡qué si quieres! Todo ello, muy bueno para contado y malísimo para cumplido, pues por mas que yo procuraba portarme bien con el mio, niña, nunca pude alcanzarlo. El muy hijo de su madre, todo lo entendia á tropicones, y erre y mas erre con que habiamos de arañarnos: ya se vé, como él mandaba, yo no me podia negar. ¿Entendiste, Mariquita? pues bien,

te diré todavía, porque te quiero, que si el matrimonio es cruz, vale mas andar sin cruz que con ella, que el buey suelto, bien se lame, y que para una boca, basta una sopa.

El discurso de la charlatana vecina, que tan sin conciencia aborrecia los lazos de himeneo, hizo su efecto en Mariquita, que sintió aumentarse en su corazon el instintivo horror, que el jóven lánguido y de lasos cabellos, le inspiraba.

Ademas, su tia Doña Dorotea, le habia hecho formar una idea muy elevada de las mugeres, y no pudiendo comprender la muchacha, en su verdadera acepcion la palabra *debilidad* aplicada á su sexo, pensó muy razonablemente, que no habiéndose sentido nunca ni enferma ni débil, podia muy bien rehusar un *apoyo* que no necesitaba. Permaneció pues tranquila con esta idea, si bien faltando *algo* á su existencia monotoná y uniforme, iba buscar ese *algo* al cementerio. Como ya hemos dicho, el sol, los mármoles y las flores del fúnebre recinto, halagaban melancólicamente aquella imaginacion ensoñadora.

Era un domingo por la tarde. Las niñas de la Corredera del perro, jugaban juntas en un corral vecino, Doña Dorotea habia salido á visitar á una amiga enferma, y Mariquita, como pocas veces le acontecia, quedó sola en la casa.

—Hoy si que podré permanecer mucho tiempo en el cementerio, pensó en seguida. Y echando la llave á la puerta se encaminó ligera hácia el asilo de los muertos. Para mayor fortuna, la puerta estaba entornada;

pero Mariquita, oyó allá dentro ruido de voces, y como era en extremo tímida, se retiró un poco lejos, tomando asiento en una piedra del camino, esperando ansiosa que dejasen libre aquel triste recinto.

Sus deseos se vieron al punto cumplidos. Bien pronto un caballero, alto y delgado como un álamo joven, pálido... pálido... vestido de negro... y con unas botas azules y brillantísimas que le llegaban hasta la rodilla, se presentó á los ojos de Mariquita. Deslumbrada quedó al pronto cual si hubiese mirado al sol, y al notar la uniforme blancura del rostro del desconocido, y aquel resplandor que le rodeaba, llegó á imaginarse que era aquel el fantasma de los sepulcros... mas el fantasma, hablaba y reía, y como no hablan ni rien los fantasmas, se convenció de que tan maravillosa vision pertenecía al mundo de los vivos.

El caballero en tanto, sin cuidarse de quien tan atentamente le miraba, prosiguió hablando con el sepulcrero, y así pudo Mariquita contemplarle á su gusto, desde los pies á la cabeza, y desde la cabeza á los pies, sin pestañear siquiera y sin tomar apenas aliento. Succedíale á la niña que cuanto mas le miraba, mayor placer y encanto le causaba verle, al contrario de lo que le pasaba con su presunto marido, que cuanto mas le veía, menos gusto tenía en mirarle, produciéndole enojos el solo recuerdo de sus lasos cabellos.

No se crea que Mariquita dejó de hacer al punto tan notable comparacion. Al contrario, muy de prisa se le vino á las mientes, y con ella, una así como aversion profunda á la sombría y estrecha calle de la

Corredera del perro, juntamente con la escofieta de Doña Dorotea. Y no hablemos ya de su prometido, infeliz víctima de un ciego destino: ¡ay! quizá en aquellos instantes, para él de ignorada desventura, soñaba amoroso con la adorada de su corazon. ¡Vosotros los que veis tranquilos á una pobre hormiga, perecer bajo vuestra planta, pensad en las incertidumbres del porvenir, y no os fieis de las sonrisas de la felicidad!

Despues que el caballero de las botas azules se despidió del sepulturero, fuese alejando hácia la corte por caminos extraviados y solitarios, y fuele Mariquita siguiendo, como si la atrajese con su resplandor, hasta que ya cerca de Madrid, entró el caballero en un coche, y desapareció.

La muchacha volvió entonces en sí, como asustada, y tornando presurosa á desandar lo andado, no cesaba de decir cual si estuviese loca:

—Pobre de mi ¿por qué he venido tan lejos? y mi tia, que me estará esperando á la puerta... ¡loca que soy! ¡la culpa de todo esto, la tiene ese marido, con quien quieren casarme!

¡Razonamiento extraño el de Mariquita! El prueba cuán injusto es, á veces, el corazon del hombre. Por fortuna, la siempre respetada directora Doña Dorotea, ocupada en hacer horchatas para la enferma, no habia llegado aun y Mariquita no sufrió el castigo de la primera falta, quedando por ello muy contenta. Mas la conciencia, que no duerme si es que no está tranquila, tuvo despierta á la niña toda la noche ha-

ciéndole sentir remordimientos y agitaciones que nunca había conocido.

—Una vez que es preciso casarse—pensaba—¿por qué mi padre no me dará por marido á aquel caballero?

Esta idea no la abandonó ni un instante en los días que trascurrieron, siendo para ella como una fiebre ardiente que consume la vida. Sin poder gozar momento de reposo, soñando, despierta y dormida, con el caballero de las botas azules, empezó á enflaquecer rápidamente.

—¡Si volviese á verle! repetía sin cesar. Y corría hácia la verja del cementerio.

Quince días de estas luchas bastaran para tornar-la pálida y ojerosa, como una verdadera enferma. Las vecinas le decían riendo, que se había quedado sin sangre, y muy inquieta su tía por tal mudanza, avisó al padre de la niña, el cual determinó casarla antes de lo que había pensado, á ver si con la alegría de las bodas se le curaba la melancolía.

—Melchor, le dijo al novio, ponte de tiros largos, y vé á ver á Mariquita, para decirle algo que la contente, y te haga mayor lugar en su corazón; por casta y modesta que sea una jóven, siempre gusta de arrumacos y de galanterías.

¡Qué mas quiso Melchor! Vistióse al punto el pantalón color de avellana, el chaleco verde y la levita negra de los domingos, hizo que le cortasen los cabellos y afeitado como un colegial, calóse el sombrero y se encaminó hácia la Corredera del perro, pensando en

el amorosísimo discurso con que iba á herir de medio á medio el corazon de su prometida.

—¿Cómo ha de estar contenta, iba diciendo el desdichado, si nunca han permitido que le declarase mi sentir? Pero cuando sepa que no hay momento que no me acuerde de ella, hasta olvidarme del bocado que llevo á la boca, cuando sepa que tengo hecho para ella un lindo nido de rosas... y cogiéndole la mano derecha,—que esto está permitido entre dos que se van á casar,—le repita: *quíerote.... quíerote... Mariquita mia, quíerote mas que á todos y no hablemos de ello....* oh! cómo entonces, de descolorida que está ahora, se tornará coloradilla como una manzana!

Loco con tanta felicidad como le esperaba, Melchor no aguardó siquiera á que las discípulas de doña Dorotea hubiesen salido, sino que en su aturdimiento se coló de rondon en donde se hallaban reunidas, quedándose al punto en extremo avergonzado, y dejando á Mariquita mas muerta que viva.

¡Ay! su novio vestido de gala la horrorizó, haciéndole lanzar un grito que no pudo reprimir.

—¿Qué te sucede? le preguntó su tia.

—Me he pinchado, repuso ella tartamudeando.

Doña Dorotea, á pesar de su suspicacia, pareció quedar convencida, y se dirigió á sus discípulas con complaciente sonrisa, diciéndolas:

—Vamos, niñas, hoy os permito salir un cuarto de hora antes de lo acostumbrado, aunque mañana lo estareis demas, porque vuestros padres no me pagan para que os conceda indebidas vacaciones.

Obedientes las chicas, se levantaron unas tras otras pero mientras doblaban la labor, y fingian buscar algo que se les habia perdido, iban aproximandose disimuladamente á Mariquita, y diciéndole en voz baja:

—¡Qué feo es Melchorcillo, Virgen de Atocha!

—Parece un lagarto.

—Mariquita.... ¡Puf! huele á cera este chico.

—Te casas con la pared, y no asistiré á tu boda.

Y otras mil cosas á este tenor, que de rechazo llegaban á oídos del infeliz amante, cuyos ojos se hallaban casi preñados de lágrimas.

—¿Qué cuchicheos son esos, señoritas? gruñó por fin la anciana, cuyo oído no estaba ya muy experto.

—Rezábamos á la hora.

—¿Pues dá hora?

—Ha de dar, y lo mismo ganarán las ánimas benditas con que recemos antes. Beso á V. la mano, doña Dorotea, hasta mañana, si Dios quiere; doña Dorotea, V. descanse. Adios don Melchor; don Melchor quede V. con Dios.

Tenian casi siempre todas aquellas niñas el aire grave, modesto y melancólico que ya hemos descrito; pero al despedirse esta tarde del pobre mozo, vagaba en sus labios una sonrisa, que hubiera hecho honor á la mas experta y burlona cortesana.... ¡Pícara malicia, que con nosotros naces!

—Tome V. asiento á mi lado, Melchor, le dijo la vieja al novio, tan pronto como quedaron solos, y tu Mariquita, levanta esa cabeza, que yo te lo permito. V. no extrañará que se muestre tan tímida y ruborosa, porque,

como yo la he educado á mi manera, apenas se atreve á alzar los ojos para mirar á nadie, como yo no se lo diga. Mejor esposa no podría V. encontrarla en diez leguas á la redonda, porque, aun cuando yo fuera su propia madre, no se me parecería mas de lo que se me parece. Eso sí; no sabe nada de nada, y no como otras, que en todo quieren meterse y aprender lo que no les conviene. De casa á la iglesia, y de la iglesia á casa, siempre á mi lado, y siempre á la sombra de mi brazo; tal fué su vida, y lo mismo entiende de las cosas del mundo, que si no existiesen. Cieguecita la tengo, como un gatito recién nacido... ¿qué mas se le puede pedir? Pues de cuerpo y de rostro bien se la vé; pero ahí la tiene V., Melchor amigo, ¡hace algun tiempo parece que se le acaba la vida!... A ver si V. la contenta ¿eh?

De un tirón echó doña Dorotea este discurso, y tan poseída estaba de su papel de tia y directora, y tan metida en su almidonada escofieta, que no podia ver que así el novio como la novia se hallaban cual sobre espaldas, y muy lejos de atender á sus palabras.

Solo Dios sabe como hubieran salido de tal atolladero Mariquita y Melchor, cuando ocurrió que el gato, que no entendia de bodas, pasó corriendo por la escalera, llevándose en la boca la salchicha reservada para la cena.

Doña Dorotea no pudo entonces conservar su habitual serenidad. Era aquel un lance imprevisto, de esos que vienen á sorprendernos traidoramente, en medio de una ignorancia feliz; por eso, fuera de sí la buena

señora, se levantó acongojada de su gran sillón, exclamando:

—Cógele! Mariquita, cógele, que se huye!... á él! Mariquita.... á él!

Obedeció al punto Mariquita, lanzándose rápidamente en pós del mínimo ladrón; pero dos horas después no habían parecido todavía, ni Mariquita, ni la salchicha, ni el gato.....

Desgraciado Melchor.... ¡Melchor naciste!

CAPÍTULO V.

Aquella misma noche en los salones de la condesa Pampa habia gran reunion, y brillaban á porfia las mugeres y las flores; mas no se sentia, como otras veces, esa ruidosa sinfonia de risas alegres y de voces frescas y armoniosas, que, semejantes al rumor de un torrente, iban á unirse á los acordes de la música. Solo el *rís rás* de los abanicos que las damas agitaban en sus pequeñas manos con la gracia española, unida á la de la mas desdenosa y sutil coquetería, corria en todos los tonos, de divan en divan y de grupo en grupo, como diciendo: *Hoy toda la gloria es nuestra.*

En una palabra, reinaba allí cierta atmósfera misteriosa que lo llenaba todo, prestando doble encanto á cuadro tan escogido; y en vez de amorios y sutilezas de salon, se cuchicheaba con aire grave, de cierto asunto extraño y nuevo en la corte.

Pero, ¡qué elegancia al mismo tiempo!... ¡Qué tocados á la imperial, á la griega, á la japonesa, á la

Pompadour!...—que sepamos, no habia ninguno á la española—¡qué elegancia aristocrática, siempre embelecida por cierto airecillo á la extranjera, y qué rigurosa etiqueta!... habíase llegado al bello ideal del lujo en sus aspiraciones mas grandiosas, y podia decirse que ya no era posible ir mas allá, ni en el fondo, ni en la forma. Sobre todo, la condesa Pampa, al arrastrar sobre la alfombra la larga cola de su vestido de raso blanco salpicado de estrellas de oro, parecia—entre las que como mariposas giraban en torno de ella,—una reina de oriente en medio de un séquito de princesas... ¡Y qué princesas..... Dios mio!

Allí estaba la hermosa, la rica, la simpar y caprichosa Casimira adorada de todos, aunque para ninguno compasiva, que era altiva y tiránica, como toda soberana belleza; allí la biznieta de un emperador y de origen ruso, Inocencia, la sin rival, cuyos ojos negros habian vencido con una sola mirada á mas de un enérgico y fuerte corazon; allí la duquesa de Rio Ancho, mujer que se llevaba la palma en el arte de zurcir con maña inimitable un giron amoroso, y tambien la marquesita de Mara-Mari, criatura la mas pálida y lánguida que encontrarse pudiera en este bajo suelo, se paseaba lentamente cogida al brazo de Marcelina la blonda, formando ambas un contraste encantador; pues mientras la primera murmuraba con desmayado esfuerzo palabras misteriosas, eco imperfecto de sus sentimientos sublimes, la segunda, viva como el pensamiento y despreocupada como todo el que pisa suelo extranjero (era criolla), no hacia mas que hablar en

voz muy alta de su adorada América, cual pudiera hablar del mismo cielo con sus potestades, ángeles, arcángeles y serafines-que eran ellas, las criollas-y de las poetisas cubanas, en cuyo número tenia el alto honor de contarse. Dote que le habia sido trasmitido por sus ascendientes desde la quinta generacion, por ser esta alli costumbre muy añeja y usada con tan suma facilidad, que de serlo tanto, parece ya cosa de poco valer.

Y habia otras y otras mil... pero no enumeraremos mas, por no ser prolijos en donde no importa, que con lo dicho basta, para dejar adivinar que podia decirse de aquel baile: *Non plus ultra*. Faltaba, no obstante, una dama; la gran señora de Vinca Rua no se encontraba alli, luciendo, como de costumbre su arrogante cuerpo, graciosamente vestido de sedas y pedrerías, y todas preguntaban que seria de ella, aun cuando entre tanto y tanto esplendor, se la olvidó bien pronto.

Condes, marqueses, duques, generales y generalas, banqueros y banqueras, diplomáticos, cuyas diversas tintas pudieran formar el mas sorprendente arco-iris, y hasta literatos ilustres se paseaban democráticamente confundidos por salones y jardines, con el aire grave del que espera ver resuelta la solucion de algun difícil problema.

A pesar de esto, transcurria la primer hora sin que el menor acontecimiento viniese á turbar la misteriosa actitud de tan digna concurrencia, y la orquesta, que nada entendia quizá de lo que pasaba mas allá de los atriles, rompió á tocar con la acostumbrada armonia.

Mas algo habia allí de obscuro é incomprensible, al-

go esperaba y temia aquella sociedad elegante y respetable, cuando en vez de la grata confusion que sigue siempre á los primeros acentos de un wals, solo la yacilacion y el desaliento, incompatibles con tan alegres fiestas, cundió por toda la multitud.

Mientras la música proseguia tocando rápida y animada, y un dilatado espacio convidaba á lanzarse alegremente en el loco torbellino, mirábanse los unos á los otros como en una escena de teatro, paseaban en silencio, formaban círculos, y ninguno se atrevia á ser el primero en gustar del placer grato á los amantes de Therpsícore, como si fuese entonces una maldita tentacion.... Oh! nunca una sociedad tan escogida pudo pasar por mas extraña y dolorosa prueba!

¡Qué momentos.... qué dudas.... qué mudas interrogaciones! ¿Qué significaban aquella reserva y aquel forzado encogimiento? ¿Convertíase el baile en una grave ceremonia de córte, y tantas cintas y gasas transparentes no habian de agitarse al aire con gracia, y brillar aquella noche como otras muchas? Ay!.... quizás no! pues mientras todas las armonias que incitan al baile, inquietas y desatadas, revoloteaban como invisibles espíritus en torno de cada corazon palpitante, otro espíritu mas poderoso que ellas parecia atar al suelo todos aquellos pies pequeños y nerviosos, en los cuales una sangre jóven y ardorosa bullia, como los metales en el seno de un volcan.

Cuando calló la música todos respiraron libremente, como si sintiesen el corazon desahogado de algun peso atormentador. ¡Ninguno habia bailado! Y aun em-

pezó á murmurarse en voz alta que era el baile una distraccion harto impropia de personas cultas. Si se trataba del wals, era preciso confesar su inmoralidad; si de la polka, ¡qué ridículos saltos!; si de los lanceros ó el grave rigodon, ¿podia existir nada tan necio como aquellas ceremoniosas cortesias y aquel ir y venir cual si fuese cosa importante? Y por último, la danza americana, con sus languideces y medio desmayados compases, con sus soñolientos paseos y dormidas vueltas, que el amor suele á veces despertar.... y con aquel monotonó movimiento que tan bien imita el eterno mecerse de todos los seres del nuevo mundo, de suyo se dejaba conocer que era un mal ingerto, introducido fraudulentamente en Europa, y que debia relegarse otra vez á los bosques en donde habia nacido.

En vano, pues, la orquesta prosiguió mas tarde haciendo oir encantadores acentos, á cuyo llamamiento se mostraban sordos é inmóviles, aun los mas apasionados. Pero una inquietud creciente, un indefinible malestar, fué poco á poco invadiendo los ánimos. Fatigados de esperar algo que no llegaba, cada uno decia en voz baja:

—No viene; acaso se halle á estas horas en París ó en Viena, pues aseguran que cuando quiere camina con la velocidad del vapor.

—No hay que creer tales patrañas, respondian otros. Lo que hay de cierto es, que pone en práctica la antigua máxima de los sacerdotes paganos y de los reyes de todos los tiempos: se deja ver poco y en momentos dados.

Pero es el caso, que las horas empezaban á caminar pesadamente. Los elegantes á la inglesa no sabian como colocar las largas y enjutas piernas, las damas casi bostezaban de tedio trás del abanico, y cada vez que la música rompía á tocar de nuevo, tornábanse pálidas las unas, rojas las otras, mientras bajo las vaporosas faldas se percibian breves y furtivos compases, repitiéndose en torno con creciente impaciencia, ¡no viene! ¡qué fastidio!....

Por fin.... allá por la media noche, esa hora fatal para toda clase de tentaciones, cuando el sueño no nos oprime y sujeta con su dulce peso, aconteció que, en uno de esos momentos en que la música produce en la mente exaltada el efecto de un vértigo irresistible, un pié atrevido osó resbalar sobre la alfombra, y trás de aquel pié corrieron todos como picados por la maligna tarántula, de cuyo veneno no necesitan ciertamente los hombres para agitarse locamente hasta morir.

La animacion, que antes faltaba, cundió entonces por toda la multitud con la rapidez del relámpago: ya ninguno cuchicheó con reserva, como no fuese de amores, ni dijo que era el baile una distraccion harto impropia de personas cultas. Todo al contrario: los saltitos y vueltas tentadoras que, como otras muchas cosas de la vida, ponen en peligro inminente la gravedad de los mortales, volvieron loca cada cabeza, y fué de ver como aquellas gentes honorabilísimas, á pesar de lo bien nacidas que eran, hubieron de rendir culto esta vez mas á la debilidad humana.

La respetable concurrencia bailaba en masa con

entusiasmo con lé, y condes, duques y marqueses, generales y banqueros, hacian su pirueta en compañía de sus charreteras y brillantes cruces, como la larga cola del vestido de la condesa Pampa hacia tambien su gracioso caracoleo á cada ir y venir del elegante cuerpo de la dama.

Con la animacion y el baile, el calor tomó bien pronto un incremento tropical; podia decirse que reinaba el *siroco* y en vano se bajaba á los jardines en busca de la brisa, que el sol del dia habia convertido en aliento abrasador. El aspecto de cada semblante tornóse desagradable y sofocado; por cada calva y venerable frente, en donde graves cuidados habian impreso su sello, el sudor dejaba surcos que apenas enjugados con la blanca batista, volvian á aparecer importunos, y general habia, que desde el fondo de su corazon acariciaba amorosamente el recuerdo de los campamentos, en donde el mas noble y cauto, puede sin cumplimiento ni rebozo desabrochar su casaca. Las mismas damas se asemejaban á rosas próximas á marchitarse, apareciendo mucho menos frescas y hermosas que antes de empezar á bailar... Y sin embargo, todos eran felices, y se hallaban olvidados de las miserias humanas.. Oh! Therpsicore!..... Therpsicore!..... Eres mas embriagadora que el vino.

.

—Tara! ta--ta! Tara--ta--ta!--Niña cubabana...
Tara--ta!--ta! por ti me muero... eccetera...

No era esto precisamente, pero, poco mas, poco menos, esto era lo que querian decir algunas de las her-

mosas danzas americanas que aquella noche se tocaron, con un son tan dulce y arrullador, que pudiera uno creerse trasportado á alguno de esos virgenes bosques, ó extensas pampas, en donde canta el tan ponderado colibrí, que porque es solo á hacer trinos y gorgoros se lleva toda la fama.

—Tara--ta!--ta! Tara!--ta--ta! una negrita y un negro... eccetera...

—Ah! mi Cuba!... exclamaba al oír tan dulces sonos, Marcelina la criolla, elevando al cielo sus ojos azules... Si V. viera nuestros bailes, general!... ¡Qué danzas, Dios mio! Aquello no es bailar, es un dulcísimo ensueño, una especie de suave remanso, parecido al del mar cuando está en calma; puede decirse que quien baila es el espíritu y no el cuerpo, que apenas hace mas que dejarse arrastrar por quien le lleva.

—Bendita esa tierra, que da criaturas tan bellas como la que en este instante, se apoya en mi brazo con una languidez mil veces seductora. ¡Qué danzas serán esas bailadas por mugeres cuyo talle ligero, se asemeje al que ahora estrecho en el hueco de mi mano..... ¿pero acaso no es V. Mariquita, la mas bella personificación de lo que quiero conocer?

—Ah! Nunca! que por mas que lo desee, no me es dado imprimir á esta danza el carácter nacional de mi hermosa Cuba! Aquello es otra cosa... Pero, general, V. se fatiga y no es extraño, por que esto no es danza, es una galop infernal capaz de dejar sin aliento el pecho mas robusto. Si tal aconteciera en mi pais!...

—No hay que hablar de ello, repuso el general con

brusca franqueza.—Con aquel calor, se hubiera uno muerto como San Lorenzo.

—Si no hay allí calor.....

—¿Cómo?

—Digo, que aunque le haya, vienen las lluvias y refrescan, viene la brisa del mar y templá la atmósfera. Y no como aquí..... que á decir verdad todo se vuelve polvo, y cielo gris.....

—No obstante, el firmamento, suele brillar en Madrid bastante puro..... y los airecillos que bajan del Guadarrama, se dejan sentir á veces harto vivamente...

—Es verdad, siempre contrastes. Pero el cielo americano..... Oh! que cielo.....

—Fuego! exclamó el general interrumpiéndola.

—¿Qué es eso? repuso asustada la criolla. Y como viese que el general se sostenia por algunos momentos en un solo pie, como ave dormida, añadió.

—¿Un pisoton? qué horror!... pues no es este ciertamente el baile de la Camelia, pero en todas partes hay pies torpes.

—No; no ha sido nada—repuso el general cojeando un poquillo,—el pisoton de una dama es siempre grato.

—¿Está V. seguro de que fué de una dama?

—Si no lo estuviese, me haria la ilusion para mitigar el dolor de que la misma Marcelina.....

—Gracias general.... pero no quiero cargar con culpas que no he cometido.

—Seria por demas injusto,—dijo la condesa Pam-pa acercándose con aire medio risueño, medio burlon.

—Yo he sido la agresora, y de ello me pesa.

—Con tales armas, señora, repuso con la mayor galanteria el lastimado, quisiera ser herido toda mi vida.

—Dios me perdone y me libre de hollar otra vez una de las glorias de España.

—¡Qué hollar, condesa! Si esos pies son mas ligeros que el céfiro y la brisa..... pasan y no se sienten.....

—Adulador!..... repuso la condesa con la mayor coqueteria, y añadió en voz baja, casi al oído del que la acompañaba:—Ya lo vé V., poeta, hasta los generales roban á los literatos sus bellas frases. Las musas se ausentan..... dejan la tierra.....

—Y bien, dijo el poeta lanzando un hondo suspiro, mientras queden mugeres como V., condesa, no me faltará inspiracion.

—¿De qué género?

—¡Señora!... juro que si yo fuese Petrarca ó Dante...

—¡No, por Dios!... nada de romanticismo, ni de clasicismo tampoco, ni de..... en fin, no sé yo misma lo que deseo, pero ninguno de esos estilos llenaria mi espíritu. Estamos cansados de esos versos eternamente los mismos, y que se parecen los unos á los otros como una gota de agua á otra gota..... pues..... ¿y las novelas? qué monotonía y que tédio!.... No se comprende como hombres que no hayan perdido la cabeza pueden dedicarse á hacer tales cosas..... Crea V., Ambrosio, que no hay que leer, y apenas sabe una en que entretenerse mientras la peina su doncella.

—¿Será posible, condesa? Tal vez ocupado ese pensamiento en divagaciones extrañas, no puede detenerse á

juzgar las bellezas del libro abierto en la cansada mano.

—Extraño que un hombre de algun talento se exprese de tal modo en una cuestion en que todos vamos conformes..... ¿Por qué no hablar con franqueza? No hay nada bueno, absolutamente nada.....

—Esta mujer me insulta... ¿habráse visto descaro igual? algun talento!....

—V. no ignora, Ambrosio, que falta el buen gusto y la novedad en los libros que hoy se escriben, sin excepcion alguna, y no soy la única que lo dice, pues todos están cansados de esa literatura que han dado en llamar moderna y escelente, y que quizá lo hubiera sido, si á fuerza de tomarla por suya inexpertas medianias, no llegaran á convertirla en fastidiosa y ramplona...

—¿Si esto irá conmigo? al menos no se digna hacer siquiera una justa excepcion y lo advierte.

—Es preciso discurrir algo nuevo que llene y satisfaga: de lo contrario, Ambrosio, la literatura vá á naufragar..... pero mi primo se acerca: V. me dispensará..... tengo que comunicarle una buena nueva.....

—¿Acaso la de que ese ingrato pensamiento se há acordado de él?

—¿Qué dia no me acuerdo de mis amigos?

—Quizá todos aquellos en que V. no los vé..... al menos de los amigos como Ambrosio.....

—Jamás hubiera yo hecho tan injusta excepcion..... mas hélo aquí..... Carlos..... tengo que hablarte.....

—Adios, pues, condesa, y no me olvide V.

Y añadió el poeta tan pronto como aquella se hubo alejado:

—Llévete el diablo, quisquillosa y coqueta muger. ¿Qué entiendes tú de versos ni de prosa? ¿qué otra cosa sabes mas que darte aire con el abanico y fastidiarte de tus amantes? Apuesto á que la muy soberbia no ha echado una sola ojeada sobre mi libro.....

Y el poeta fué á reunirse presuroso con las mas afiladas lenguas que por allí se hallaban, renegando para siempre del elevado estilo de la oda y decidido ya por los acerados epigramas.....

Allá, en uno de los salones de descanso, el primo le decia en tanto á la condesa:

—¿Qué buen ángel ha hecho que te acercaras á hablarme, Laura, tú que apenas te dignas de cuando en cuando dirigirme de lejos una mirada?

—No empieces regañando..... Algunas veces siente el corazon la imperiosa necesidad de restituirse á las personas que mas estima.....

—Engañosa y falsa.....

—Silencio, que aun no he concluido..... y, por otra parte, empezaba á cansarme la conversacion de ese poeta.

—Hé ahí la clave. Lo habia adivinado al mirarte; pues sé leer mejor que ninguno en ese hermoso rostro tus ingratitudes y caprichos, y esto es lo que mas me atormenta. Si me fuese posible correr un velo entre tus veleidades y mi vista de lince, seria mucho mas dichoso porque al menos viviria engañado.

—Deseo fácil de cumplir..... cubre tus ojos con una venda y yo te guiaré.....

—No me insultes, Laura, ni hagas asi escarnio de

un pobre corazon que siempre ha sido tuyo. ¿Crees que esa especie de crímenes no encuentran su castigo?

—Simplecillo..... Si estos fueran crímenes, cuanto hubiera tenido Dios que ensanchar el infierno.....

—Me horroriza oírte hablar así.

—¿Por qué? Te aseguro que estoy perfectamente tranquila y que descanso sin remordimientos como los justos. ¿Qué hubiera sido sino de una pobre muger que se limitase á girar, desde que nace hasta que muere, en el círculo estrecho que los hombres le prescribís...? Formalidad, primo mio, sé juicioso y acostúmbrate á hablar de otro modo con una hija de Eva, que vé mas lejos que las otras, y que sabe hasta donde puede llegar.

—¡Pertenece á la compañía de las independientes! lo veo bien claro. A ese género aborrecible que los hombres detestan, que anatematizan los buenos y que demuestra mejor que ninguno el cáncer que devora la moderna sociedad.... ¡Dios mio.... Laura! no debiera volver á hablarte jamás, aun cuando tal resolución me costara la vida. Mas soy casi tu hermano, y por otra parte, me has atraído hácia ti como la serpiente al pájaro, me has destrozado el alma, y esto me da derecho á ser tu sombra, tu eterno remordimiento....

—¡Cuanta locura y cuanto desvariar!.... Duéleme el ver como los hombres perdeis siempre con las mugeres el mejor tiempo en lo que no os conviene.

—¿Aun mas cinismo? ¡blasfema! y sin embargo, eres aquella á quien no puedo olvidar, á quien amaré siempre....

—¡Cuánto me alegro! pero ámame sin lloriqueos y sin quejas, ámame alegremente como conviene á tu porte y á tus años; que un amante celoso y descontentadizo aburre al alma mas apasionada.

—Es verdad.... asi le acontece á los corazones que, como el tuyo, han exprimido ya toda su sávia juvenil, no quedando en ellos mas que vanos deseos. Deja que me retire.... la ira y el dolor me oprimen, y siento impulsos de ahogarte entre mis brazos, aqui á la faz del mundo....

—¡Qué civilizado salvaje!..... Huye, pues, dulce amor mio, y no pares hasta la Tebaida, que con la penitencia se apagan las pasiones violentas y se dominan los malos instintos. Me sentaré al lado de Casimira, puesto que ella y yo nos entendemos mejor.

Se dirigió entonces hácia el salon principal, y su amiga al verla acercarse le dijo:

—¿Qué es eso condesa? Tus adoradores ¿quieren sitiarte como á inexpugnable castillo?

—Sin duda; pero los detesto cordialmente y juro que no me rendiré.

—Valiente amazona.... si hubiera muchas que te igualaran, mas fecundo seria entonces nuestro reinado.

—Pero, ay! ¡qué miserables somos, Casimira!..... Tener que soportar esos amantes que nos llaman cien veces ingratas, con fieros ó lacrimosos ojos, y que recomiendan la modestia de las mogigatas y lo que ellos llaman decoro y moralidad, ni mas ni menos que un cura de aldea! Ya no se puede vivir alegremente ni en España, ni en Francia, ni en Inglaterra: la misma Ita-

lia ha perdido su tan renombrada originalidad en materia de amores, y una imaginacion ambiciosa y sedienta de algo nuevo apenas encuentra á donde volver los ojos.

—Algo hay de cierto en eso.... pero una imaginacion activa se agita, se revuelve, y concluye al cabo por hallar un recurso.

—¿Cuál?.... todos están gastados, asi para ellos como para nosotras. De ahí el fastidio.... ¿Sabes lo que se me ha ocurrido alguna vez?.... que en Rusia encontraria lo que busco.

—¿Pues cómo?

—Aquellos hombres me agradan: primero, por las pieles en que se envuelven; segundo, porque son todavia mas raros y extravagantes que los ingleses; y tercero, porque tengo entendido que es mas abrasador el fuego que arde bajo la nieve, que el que brilla y chisporrotea á la luz del sol. Lermontof me ha encantado!

—Bravas razones.

—Qué.... ¿no crees que unos amores en el Cáucaso serian magníficos?

—Bah! allí como aquí, condesa, tan vulgares serán aquellos feroces y caprichosos hijos de las montañas, como estos españoles, cuyo instinto, como el de las mariposas, los lleva indiferentemente á donde quiera que ven nuevas flores. ¿No has podido soñar algo mejor?

—¿En dónde?

—Cosas extrañas.... muy extrañas existen, que hubieran podido trastornar la mas fuerte cabeza.

—No comprendo de que quieres hablar.... murmuró la condesa Pampa, inmutándose levemente, mientras fingía mirar con atencion profunda el eje de su abanico de marfil. Despues, con una volubilidad sospechosa para los perspicaces ojos de su amiga, prosiguió:

—Hablando con la franqueza que mutuamente nos debemos, tu sabes muy bien, que para nosotras, que somos ricas y bellas, no es victoria la de una conquista. ¿Y cómo ha de serlo, si ellos son los que triunfan y nosotras las que nos rendimos? La sociedad que los hombres han hecho á su gusto, hasta nos prohíbe pensar....—y la condesa añadió en voz muy baja—de modo, Casimira, que en vano nos llamamos las *independientes*.

—¿Quizá no te crees tan libre y poderosa como ellos?

—¡Qué sé yo! Solo sé decir que el mundo envejece rápidamente y que todo me parece usado y de mal gusto.

Y la condesa empezó á agitar el abanico, con un desdén imponente, mientras Casimira, mirándola á hurtadillas, decía para sí:

—Te veo y te comprendo.... Caminamos á un mismo paso, y por un mismo sendero; falta ahora saber quien llegará la primera.

La música rompió á tocar en el mismo instante, y multitud de caballeros se acercaron en seguida, á invitar á ambas damas.

Tocóle en suerte á la condesa un larguísimo inglés,

embajador y duque, y que no por ser á un mismo tiempo dos cosas tan excelentes, se las componia mejor para bailar aquellas habaneras que hacian suspirar á la criolla Marcelina por su pais adorado. El gran lord al dar cada dormida vuelta, dijérase que bailaba despues de haber cenado, lo cual era muy posible en verdad, ó que tomando por lo sério aquello de *Niña morena, por tí me muero*, etc.... aun cuando la condesa no era ya precisamente una niña, como era morena, iba á caerse redondo á sus piés.

Respecto á la hermosa Casimira, llevaba á su lado nada menos que á la misma España, ó lo que es igual, á un Ministro, que por entonces tenia esta bella pátria en un puño; aunque es seguro, si hemos de juzgar por su apostura de enamorado y galan, que el ministro olvidaba aquella noche la patria por la hermosa y cruel Casimira, que á haberlo querido, se hubiera hecho entonces absoluta poseedora de nuestras carísimas libertades. Mas no era muger política, y la noble Iberia no corrió esta vez el peligro mas leve. Ocupada la altiva y bella en dar bien los compases y en reirse para sí de su adorador, que era casi tan torpe para bailar, como el gran lord inglés, solo se distraia de esto murmurando casi al oido del enamorado ministro.

—¡Qué mala figura hace este diplomático en el baile! Si fuera él con sus botas azules..... ¡ay! ¡pero no ha venido!..... ¡pedante!

CAPITULO VI.

Varios críticos, de esos cuyos juicios se imponen por sí mismos á los ilustrados lectores y algunos literatos de indisputable fecundidad, formaban en tanto círculo aparte, en uno de los jardines mas espléndidamente iluminados; pues, mal que les pese á las musas, son casi siempre sus elegidos, fatalmente inclinados, mas bien que á la sencillez de los campos, á las pompas mundanas, al lujo régio de los salones y á cuanto la perfecta sabiduría condena por boca de Pitágoras, como muelle y enervador.

Arrellenados esta noche en ligeros asientos rodeados de flores y aspirando los mil perfumes que las plantas despedían de sus senos y las damas de sus vestidos, hablaban de las cosas y de las personas, con ese alto desdén, con esa roedora mordacidad, tan semejante á la boca de los rumiantes en despuntarlo todo.

—Hé ahí la condesa de Río Ancho, decían. Se asemeja á una rosa nacida en Otoño, ó á una belleza an-

tigua, resucitada entre las ruinas de un gótico castillo. A ella es á quien dedica sus versos el desdichado coplero Luis.

—¡Copleto! eso es rebajar demasiado á un poeta.

—El no es poeta, aunque se lo llamen las gentes, y la condesa que lo sabe, lee sus versos, riéndose en compañía de su amante napolitano, el hombre mas necio de toda Italia.

—Posee, no obstante, una habilidad que ha traído de su patria. Toca *il violino* con una sedosidad desesperadora para el marido de su *Francesca*, que al oír resbalar el arco sobre las cuerdas, se cura del mal de nervios.

—Silencio.... Ved á Cárlos que se aproxima sombrío y meditabundo.... Se desespera de no poder convertir á Laura en muger honrada, mientras ella, que se halla en un acceso de hastío, como los que le acometen cada Otoño, está pensando en ir á pescar un amante á la Hungría ó la Silesia....

—¿Para qué?

—Para saber cuan dulce es un coloquio de amor entre la nieve, ó como suena en húngaro la palabra *jte amo!*

—¡Loca de atar! Es una segunda Ana Bolena.

—Haz justicia asimismo á las que se le parecen. ¿Te olvidas de la del Puerro, de la de Camba, de la de Carcasol? Ahí está tambien la gran Casimira, esclava de su veleidoso corazon. Se vanagloria, aunque discretamente por otra parte, porque tiene talento, de despreciar todo lo que las mugeres vulgares temen, y dice

que le sobra valor para asemejarse y ponerse á nivel de los hombres. Mas á fé que se engaña al creerse la única valiente.... Las amazonas de amor van estando de sobra en nuestro siglo.

—Rectifico.

—¿Y la de Vinca Rua? Hé ahí otra notabilidad sorprendente.... A pesar de sus cuarenta, cumplidos, gasta en un collar, ó en una diadema veinte mil duros, es capaz de vestirse de diosa, ó de gitana, por poner la primera una moda, y tratándose de regalar á un amante, no temeria, despues de haber recibido la bendicion del papa, en arruinar la silla apostólica. Mas, héla ahí que llega al fin.... miradla, ¡qué maravilla! Ha venido la última para sorprendernos con su fausto, y en verdad lo consigue ¡qué brillo! ¡qué diamantes! Si la plantasen ahora en Sierra Morena..., Señores, el lujo está desatado; cada muger es en nuestros dias una reina, empezando por las costureras.

—Volvemos á los tiempos de Roma.

—Ya desandaremos otra vez el camino. El mundo se asemeja á las mareas, vá y viene.

—Dios santo...! que cara de soledad tiene esta marquesita de Mara-Mari. ¿Reza mucho?

—Mañana y tarde, para que Dios le depare cada semana por lo menos un noble jóven que se mate por su hermosura.

—Tigre hircana! No seré yo.

—Y harás muy bien, pues la orgullosa no hubiera llorado tu trágico fin. Menos desdeñosa es Marcelina, la criolla, á la cual se la tiene contenta, con decirle que

América es el paraíso, que Europa es una merienda de negros, y España semejante á un insecto inmundo, de esos que las boas se devoran á cientos.

—¡Válgate Dios con la criolla!.... pero, Señor.... ¿en dónde está la razón humana?

—Yo creo que cada hombre cogió como pudo su pedacito, y que hizo de él lo que le pareció mas conveniente. Así se vén algunos que han colocado su porción en los piés, imaginando que de este modo no habrían de dar nunca un tropezón, aun cuando, en cambio, anduviesen con la cabeza hueca, concluyendo por rompersela contra una esquina.

—El pensamiento no me parece ni ingenioso ni elegante, pero si verdadero. Mas observo que estás hoy filósofo.

—Porque me aburro.

—Fruta del tiempo.

—Fruta de todos tiempos. Mirad.... mirad que blancos hombros los de esa muger. ¡Malditas apariencias! *¡que no fuera verdad tanta belleza!*... pero todo es arroz. ¿Sabeis qué he llegado á adquirir un triste convencimiento?

—¿Qué es mejor el oficio de marques que el de literato? preguntó Pelasgo acercándose.

—Que las mugeres, no son ni con mucho, tan hermosas como nosotras las soñamos. Quitad de su tocador las pomadas, los afeites, los perfumes, desnudadlas de ese pomposo atavío de flores y sedas, y contempladlas despues.

—Despues... despues mucho mas hermosas toda-

via. El ropaje me ha parecido siempre detestable. Prefero el arte griego.

—Es que tu debieras haber nacido en tiempo de Neron, allá.... cuando se hacian sacrificios en Pafos.... pero la fortuna te ha sido adversa, y hete aquí con frac y largos pantalones, contemplando en vez de jóvenes desnudas consagradas á la impúdica Venus, á nuestras mugeres españolas, metidas en jaulas de acero, y en corsés á la perezosa.

—Atiende, no obstante, añadió Pelasgo, que no lo he perdido todo, y que á ser Fidias, ó cualquier otro escultor de aquellos tiempos, no me hubieran faltado en este baile, preciosos modelos. Esa jóven que cogida al brazo de aquel novel diplomático, acaba de pararse al pie de la fuente, es uno de ellos. No hay duda que oculta bajo la larga cola del vestido, lo que una aldeana de mi pais enseña sin rebozo al pasar un arroyo ó subir un picacho; pero en cambio, nos muestra atrevidamente el seno, hasta mas de la mitad..... dijérase que está á solas en su gabinete. Lleva los brazos completamente desnudos y una trasparente y bienhechora gasa, permite que la mirada contemple sin estorbo hasta tocar la aprisionada cintura, las formas clásicas de su preciosa espalda. ¿No puedo consolarme con esto, de los tiempos del César?

—Hablas como sientes; es decir, de una manera indecorosa, y que pudiera decirse prohibida.

—Me calumnias!... en tal caso, que prohiban los escotes y las danzas, pues yo no hago mas que hablar libremente de lo que aun mas libremente veo.... Ahí las

teneis.... á cientos pasan ante nosotros, dandonos, como quien dice, en rostro con sus perfecciones.... ¿No vienen hoy casi todas, cual si quisiesen servir de modelo para alguna de las tres gracias? ¿Mas cómo suceder de otro modo, si el baile es de toda etiqueta, y sí mientras se envían misiones á los salvajes para predicarles la moral cristiana y el santo pudor de las vírgenes, tan grato al cielo, la etiqueta en Europa, es vestirse medio en cueros?

Reía el crítico Pelasgo al decir esto, con todo su corazón, porque su mayor placer era la burla, aun cuando no soportaba que se burlasen del. Pero el poeta Ambrosio, que sin ser mejor que su amigo, era capaz de convertirse en santo, por llevarle la contraria, repuso.

—Decir crítico, es decir lengua de serpiente. Mas el que quiere echarle en cara á la sociedad sus vicios, debe empezar antes por corregirse á sí propio. Declamar contra el escándalo, y ser escandaloso, son dos cosas que se contradicen.

—Como Pelasgo y tu, añadió otro.

—En efecto, repuso el primero. Cuando yo digo *A*, él dice *Z*, lo cual significa sin duda, que soy la primera letra del alfabeto, y Ambrosio la última. Mas ¡Aaaa! ¡qué sueño me domina!... diríase que no he dormido en un mes.

—Parece que las horas caminan con pies de plomo, añadió otro, haciendo eco como es costumbre al hostezo de su vecino. Y sin embargo..... como se divierten los dichosos..... ¡quién fuera uno de ellos!

—En vano lo deseas y yo contigo, repuso un tercero hostezando tambien. Las mugeres chillan como co-torras, la música resuena como un trueno, el calor hace que la ropa se plegue á nuestro cuerpo, como la túnica cuando salimos del baño..... y ahora pregunto..... ¿A qué se viene á estos sitios, si no es á fastidiarse?

—No venir, dijo Pelasgo.

—¡No venir! ¿que hacer entonces de este pobre cuerpo, que en ninguna parte se encuentra bien?

—Enviarlo al Océano á saber noticias del cable sub-marino, ó á investigar, tierra á dentro, de que son esas botas azules.....

—Silencio, señores.... Esa es cuestion difícil..... No saben Vds. que ese duende de Duque, no quiere que se murmure de él? A pesar de que se le ha esperado toda la noche, con una ansiedad que rayaba en agonía, ninguno se ha atrevido á pronunciar su nombre en voz alta.

—Y por cierto que acaba de dar á esta sociedad el mayor chasco del siglo. ¡Cómo habrá de reirse con su risa á lo Mefistófeles, cuando sepa la ridícula farsa que acaba de hacer representar en vano á tanta noble eminen-cia! Trabajo costaba en las primeras horas de la noche contener la risa al notar el grave recogimiento y parsimonia de todos los circunstantes.

—¿No permanecias tú tambien tieso y empaquetado como un milord?

—*Donde estuvieres haz como vieres.* Sábia máxima es esta que nunca olvido; mas para mi interior mur-murababa del lance como un mala lengua que siempre he sido. Ninguno, aunque le devorase la impaciencia,

se atrevía á bailar, porque iba á venir el gran duque, que detesta el baile y se burla satánicamente—según dicen *Las Tinieblas*—de los que, dando saltos al compás de la música, dejan sueltos al aire, con harto poco decoro, los faldones del frac—son sus propias palabras—mientras las damas, semejantes á rosas en medio de un remolino, se desgredan, languidecen, y marean cual si se hallasen en alta mar.

—Lenguaje es ese digno de quien lo usa.

—A Pelasgo no le complacen *Las Tinieblas*—dijo Ambrosio—y esto es muy natural. ¿Quién es tu enemigo? el de tu oficio.

—¿Quién se cuida de cosas tan ruines? repuso el crítico con desden.... Ni me incomodan, ni temo á enemigos que hieren en la sombra. Ese periódico envidioso, mal intencionado y tan obscuro como su nombre.... es....

—Es la caricatura de la prensa, y ni siquiera teme á los artículos de nuestro amigo, que son los mas terribles que en la corte se escriben; por el contrario, *Las Tinieblas* se muestran verdaderamente atormentadoras con Pelasgo, y algunos otros discípulos ó imitadores de Moratin. Es el látigo de los látigos que nada respeta, es el asesino de las formidables reputaciones, el mordedor de los que muerden, el infierno de la prensa, en fin, la venganza de la venganza, si así decirse puede....

—Vergonzoso es que un poeta ó un escritor cualquiera se digne hacer la apologia de ese cobarde monstruo que lanza sus saetas al abrigo del incógnito.

—Oh! lo mismo hacen casi siempre los imitadores de Moratin. Y por otra parte, tú sabes muy bien, Pelasgo, y lo sabemos todos, que la firma de algunos escritores, al pié de ciertos artículos, no demuestra comúnmente valor, sino osadía.

—De cualquier modo, *Las Tinieblas*, son, entre los demas diarios de la corte, semejante á una mancha en un vestido de boda, concluyó Pelasgo con mal encubierta saña.

—«¡Pedante y follon!.... tú y los diarios si que sois una mancha y veneno.....» dijo riendo una voz, que sin saberse el cómo, llegó hasta ellos.

—¿Quién ha hablado? preguntó el critico palideciendo y mirando en torno. Mas como no fuese posible distinguir bien cada objeto tras los espesos árboles, volvió á aquietarse al parecer, diciendo:—¡Bah! sin duda algun redactor de *Las Tinieblas*. Se le conoce en la manera con que se defiende.

—Ese es alguno que gasta de tu pimienta, añadió Ambrosio.

—A lo que advierto, te vas convirtiendo en campeón de todo lo que no admite defensa.

—¡Qué quieres! *Las Tinieblas* me agradan, sobre todo, porque tiende á derribar el vano orgullo de las medianías, la mentida gloria de algunos malos prosistas, y la lastimosa popularidad que han llegado á adquirir esas novelas, que, para explotar al pobre, se publican por entregas de á dos cuartos.

—En vano encareces, querido Ambrosio, la saludable critica de tu protegido, porque tantos chubascos

se esparcen en los aires antes de llegar al suelo.

—Oh! no solo llegan al suelo, sino que caen como un diluvio sobre las víctimas.

—Imposible! Si así fuese, ya no hubieran existido muchos de mis amigos, pues si mal no recuerdo, no hace muchos días que el tal periódico, con el mal estilo y la mala intención que le es propia, arrojaba sus iras sobre la fecundidad pestilencial de ciertos poetas. ¿Acaso no lo sabes?

—La gloria del poeta está siempre mas alta que todas las críticas, y ningún hijo de las musas publica nunca sus obras por entregas de á dos cuartos, repuso Ambrosio enojado.

—Y hacen muy bien, contestó Pelasgo, porque ni de valde las quieren. Díganlo sino tus romances é interminables leyendas; que en compañía de muchas otras, duermen el sueño eterno, en los estantes de las librerías.

—Señores, dijo uno levantándose, entran Vds. en un terreno impropio de personas de honor. Cada cual vale lo que vale.

—Perdone V., amigo, respondió Pelasgo sin poder contenerse, el señor no vale nada.

—Agradezco tanto favor! contestó Ambrosio con ironía é inclinándose profundamente; mas aun cuando ninguno de los dos pueda dar sentencia en esta causa, me atrevo á decir sin modestia, que el señor Pelasgo vale muchísimo menos que yo.....

—Reparen señores—añadió otro,—reparen el lugar en donde nos encontramos y que no somos niños.

Se parecen Vds. en este instante á dos periódicos, cuando en el ardor de la polémica se llaman *esto* y *aquello* y se dicen tu *eres* y yo *soy*....

Tenia ya Pelasgo la sangre subida á la cabeza, y como tratándose de chistes, no podia soportar otros que los suyos, exclamó con desentonado acento.

—Mal sientan las gracias al que no la tiene.

—Eso es precisamente lo que siempre te ha acontecido, respondió el otro dispuesto á entrar en contienda, y no sabemos lo que alli pasaria, si la misma voz que habia hablado antes no dijese de nuevo.

—«Tal para cual. Entre pedantes y malos escritores la diferencia es leve, pero en estas artes, le corresponde á Pelasgo la supremacia.»

—¿Quién es el cobarde que se esconde para decir tales palabras? exclamó Pelasgo fuera de si.

—«El que ha de ponerle el cascabel al gato» —añadió la voz, dejando oír en seguida una carcajada cuyo eco fue á perderse en lo último de los jardines. Todos se pusieron entonces en pie, diciendo.

—Hay un duende que se rie de Pelasgo, y que, segun parece, quiere burlarse tambien de nosotros. ¡Busquémosle, vive el cielo! busquémosle y aplastémosle en el rostro el cascabel que quiere colgarnos al cuello.

En aquel instante resonó en los salones cierto sordo rumor, que llamó la atencion de todos y en especial de críticos y poetas. Grande era la confusion que alli reinaba; pero pudieron ver al fin al duque de la Gloria, que apareció en lo último de una galeria, magnifico y sorprendente como la vision de un hermoso sueño.

Burlon el rostro y blanco como un pedazo de mármol, la mirada penetrante como una saeta, aunque atractiva y fascinadora al mismo tiempo, el negro cabello agrupado sobre la frente y de una manera extraña, la sonrisa irónica y fina, el aguilucho de fuertes garras y encorvado pico, ostentándose misterioso y simbólico sobre su pecho, y rodeado por el brillantísimo y maravilloso resplandor de aquellas botas azules como el cielo, encanto de las mugeres, tormento de los zapateros y asombro de los sábios, jamás héroe alguno fantástico, apareció mas palpablemente sublime á los ojos de una sociedad civilizada.

Al verle, detuvieronse los literatos y los críticos sin poder dominar la sorpresa que de ellos se habia apoderado, mientras se notaba asimismo en todos los semblantes, la alegría, el asombro, ó la confusion de que cada uno se hallaba poseido.

No hubo quien no se avergonzase de que le hubiese sorprendido el duque entregado al placer de una danza americana, y los hombres de valimiento y de poder, no sabian como volver á su proverbial gravedad, despues de haber dejado harto indecorosamente sueltos al aire, los faldones del frac.

Hubo un momento, en el cual, corriendo todos hacia el tocador, reinaron el desórden y la confusion por donde quiera.

—¡No volveré á bailar en mi vida! decia en alta voz y con despreciativo desden, mas de una dama.—Yo haré de modo, que nadie pueda comprometerme á semejante cosa, como me ha sucedido esta noche.—Y al

tiempo que esto decían, veían con dolor que no acertaban á remediar en su tocador y en su belleza, los descalabros ocasionados por el traqueteo y fatiga de la danza. Los unos aparecieron de repente meditabundos, los otros graves y serios, los demás desdeñosos ó en extremo cortesés, pero ninguno como realmente era. La farsa no podia ir mas allá.....

Contemplaba el duque este cuadro, desde la puerta del salon principal, semejante al orador que espera á que cese el último rumor de los aplausos para empezar á hablar de nuevo. Por último, haciendo un afectuoso y protector saludo, y extendiendo su diestra hacia la multitud, exclamó.

—¡Paz, señores!

Al oír aquel acento, armonioso y dominador como el de las tempestades, se esparció en torno un silencio profundo, y suspendido el aliento, aguardaron todos á oír de nuevo aquella voz, que imaginaban sin duda, habia de conmover los mármoles.

Pero el duque guardó silencio, y con aquel aire de arrogancia sin par, con aquella magestad inimitable y poderosa, y haciendo brillar de una manera que pudiera decirse mágica, sus hermosas botas, atravesó lentamente el salon hasta acercarse á la condesa Pampa, que al verle llegar, se tornó mas blanca que la seda de su vestido.

Hallábase todavia cogida al brazo del gran lord inglés, quien, con el rostro sepultado entre dos enormes patillas rojas, lanzó sobre el duque de la Gloria una mirada de embajador británico. Mas cuidándose este po-

co sin duda de la diplomacia de los hijos de Albion, contestó á aquella especie de mudo desafío, hiriéndole en los ojos con el resplandor de sus botas, con lo cual hizo el lord guiños poco graciosos, mientras el duque le decia á la condesa:

—¡Señora! esto se llama empeñarse en acortar la vida, esto es gastarse sin tregua, como si el tiempo que malamente se pierde, hubiese de volver á recobrarse.....

—¡Cómo, señor duque?.....

—El baile..... condesa.....

—¡Ah!..... el baile.....

—¡Oh es detestable! La fatiga..... la agitación..... la velada..... marchitan la vida, como el hielo las flores. Me causan Vds. lástima..... profunda lástima..... Mas..... mis ojos dudan de la realidad de lo que ven. ¿Cómo he merecido tanto favor? ¿quizá ignoraban ellas que yo vendría? Soy al cabo un desconocido aquí.....

—No entiendo, tartamudeó la condesa, que aun cuando habia perdido la comprometida costumbre de ruborizarse, sintió de pronto que la sangre ya desaparecia, ya se agolpaba á sus mejillas.

El duque dejó caer entonces una de sus mas irónicas y penetrantes miradas sobre el rostro de la condesa, y añadió:

—Yo tampoco comprendo..... lo cual es en verdad un conflicto, pero no importa..... por fortuna he sido siempre discreto, y apenas veo nunca aquello que no debo ver.

—Pero, señor duque.....

—¡Nada! Es á mi, condesa, á quien toca escu-

sarse..... Acaso no he debido penetrar aquí desde el instante en que descubrí desde lejos misterios que el pudor oculta á los extraños..... Esta reunion es en extremo escogida y aun íntima y familiar á lo que entiendo. He sido, pues, un profano, y juro que procuraré resarcir mi falta.

Reinaba el mas profundo silencio, y todos estaban atentos á aquella escena, que á nadie podia ocultarse, como tampoco el asombro y emocion crecientes de la condesa. El duque de la Gloria, sin añadir una palabra mas, y sin mirar á nadie, hizo un profundo saludo á la dama y salió del salon.

Quando el resplandor de sus botas azules dejó de deslumbrar á los circunstantes, y se perdió por completo el sonoro ruido de sus pisadas, se miraron unos á otros llenos de asombro, y un zumbido semejante al que formarian varios enjambres de abejas que cruzasen el aire, se levantó en derredor.

Era asi sordo, asi confuso y como temeroso de ser oido..... Sospechábase si el duque habria quedado oculto tras de las anchas cortinas ó entre el follaje de los jardines.

La condesa Pampa, trémula y nerviosa, retiróse en seguida á su gabinete; las otras damas, circunspectas, pensativas y casi avergonzadas, empezaron á quejarse de la jaqueca, y muchos caballeros se atrevieron á sospechar, mal humorados, que el gran duque de la Gloria, en compañía de las botas mas insolentemente célebres, habia querido reirse de aquella sociedad tan respetable como escogida.

Hubo, no obstante, quien contradijese enérgicamente esta opinion, asegurando que un hombre de tan elevado rango y de tan inmensa fortuna, no podia burlarse de los que allí se encontraban, sin burlarse de sí mismo.

—El duque de la Gloria, concluyeron diciendo, es un ser incomprensible, notabilísimo y casi diabólico, y el querer penetrar el móvil y el fondo de sus extrañas acciones, es cosa tan imposible, como saber al presente si los habitantes de la luna gastan ó no pantalones como nosotros, y se matan legalmente en campaña, con rifles ó cañones de Astromg.

Pasose en estas murmuraciones cerca de una hora, sin que se volviese á bailar ni se soñase en ello siquiera, y los salones empezaron á quedar desiertos á las tres de la mañana, la hora mas animada en las reuniones nocturnas.

Pero, cosa extraña.... al pié de la extensa galeria, por donde habia desaparecido el duque, los concurrentes volvieron á encontrarse reunidos.

Una bellissima estatua, que nadie habia visto hasta entonces, se hallaba colocada á la entrada. Representaba el pudor, que con el dedo índice colocado sobre los labios, una venda en los ojos, y en una actitud sigilosa al par que lánguida y melancólica, daba la espalda á la puerta, como si quisiese huir avergonzada, de un sitio en donde no podia permanecer ni aun vendada.

—¡Magnífico pensamiento! repetian todos. ¡Obra maestra! Hé aquí una sorpresa en que no esperábamos, No hay otra como la condesa para estas cosas.

—No obstante, añadía alguno; ¡haber colocado aquí la estatua del pudor! ¿para qué? ¿No fué acaso una chanza?

—Yes, exclamó el gran lord, que desde que la condesa Pampa le dejara, no había vuelto á desplegar los labios.

—Sin duda que el caso es raro. ¿Y quién será el artista que ejecutó tal maravilla?

—Oh!!!..... *un inglis*, volvió á decir con acento nasal y sonriendo el gran lord, mientras se alejaba acompañado de sus enormes patillas.

Estas palabras despertaron nuevas sospechas en los que eran dados á pensar mal, y cada uno se fué á su casa á dormir, si bien no todos durmieron. Cuéntase al menos de aquella noche y de algunas otras que vinieron despues, que á la incierta claridad de las lámparas de noche, veían vagar las camareras ciertas sombras, que se creyeran las de sus aristocráticas señoras presas acaso de un insomnio cruel.

CAPÍTULO VII.

—No se habla de otra cosa en los círculos aristocráticos y políticos, es la cuestion magna de la época, la que hoy hace el papel principal en la corte, ¡y á fé que el asunto lo merece! ¿No ha oido V. nada?

—Absolutamente nada—respondió el de la Albuérniga á su interlocutor, elegante jóven que montaba un alto caballo inglés y caminaba despacio al lado de la carretela del caballero.—Salgo de mi casa en este instante, prosiguió, despues de un encierro de veinte dias, con el cual he querido curar cierta curiosa mania que atacó mi tranquilidad y mi sosiego de un modo harto inesperado por cierto.

—Y volverá á reproducirse, sin duda, con lo que V. va á oir.

—En ese caso quisiera mejor ser sordo, ó que el señor conde dejase para otro dia su relato. Prefiero mi sosiego á todo.

—No hay que asustarse: solo se trata de un hombre alto y delgado como un mimbre, imperioso como un sultan, de modales distinguidos, que gasta el tren de un príncipe, que ha aparecido como un duende, pues tal parece por su aspecto sin par, entre lo mas escogido y selecto de nuestra sociedad, y en cuyo porte, ademas de las particularidades que tanto le distinguen, se advierte un no sé qué nuevo y extraño, que atrae la atencion general.

—¿Y es eso lo que ha de avivar mi curiosidad?

—No he concluido. Semejantes cualidades no le impedirian, á buen seguro, pasar en nuestro mundo elegante como un brillante y rápido meteoro, á no ser por las raras prendas de que ya hice mencion, y que forman, digámoslo asi, la extraña atmósfera que le rodea. Ese desconocido, cuyo vestir es la perfeccion del buen gusto, trae unas botas altas hasta la rodilla, de un corte inimitable, y tan hermosas y extrañas, que su azul y luminosa transparencia deslumbra al que las mira.

—Rara cosa en verdad—repuso el de la Albuérniga sonriendo levemente;—pero al fin y al cabo ¡que diantre!..... negras ó azules esas botas, ¿qué mas dá?

—¿Qué mas dá?..... ¡Unas botas azules y como aquellas!..... Harto se deja conocer que V. no las ha visto, pues de otro modo no dijera tal.

—Pts! quizás! volvió á decir el de la Albuérniga sonriendo como antes.

—Para que pueda V. formarse una idea de su belleza sin par, y de su maravillosa perfeccion, bastará

decir que ayer se han reunido los zapateros mas ilustres de la corte, con el solo objeto de debatir las siguientes cuestiones. *De que material son las botas del señor duque de la Gloria. En que parte del mundo han sido trabajadas. Cual es su origen. Pueden ó no pueden hacerse iguales en Europa.* Todo esto se ha discutido inútilmente por espacio de tres largas horas que duró la sesion. El uno opinaba que el material tenia semejanza con el mármol, el otro añadía que, por su transparencia, pudiera creerse cristal de roca, y aun hubo quien se atrevió á decir, que como el *cauchout* se adaptaba á tantos usos..... pero el imbécil, no pudo acabar de pronunciar tal blasfemia, unánimemente reprobada desde el momento en que empezó á salir de sus labios. Todos convinieron en que aquellas botas luminosas, eran un impenetrable misterio, la obra de un genio potente y desconocido, y se disolvió la asamblea en el mismo estado de ignorancia en que antes se encontraba. Resolvieron, no obstante, al separarse, hacer una esposicion, rogando al ilustre y misterioso personaje, en nombre de la humanidad, se dignase revelar, en donde y de que habian sido hechas aquellas botas maravillosas, asombro de los inteligentes, á cuyo favor le quedarian eternamente agradecidos, todos los que tienen en algo las ciencias y el progreso.

—Bien ¡muy bien! exclamó el de la Albuérniga sin dejar de sonreir, y frotándose las manos; esas botas deben de ser en verdad un objeto curioso.

—Ya lo ve V.! ademas de su rara belleza, alumbran por donde pasan, con una luz semejante á la del cielo.

Es un adelanto cuyas ventajas no se pueden calcular.

—En efecto..... no hay duda ¿y es V. de los que firmaron?

—Oh! poco á poco..... pero no tome V. á broma, tan interesante cuestion. Por mi parte confieso, que por tener unas botas como aquellas, hubiera dado la mitad de mi patrimonio.

—Bravo!

—¡Es qué son tan hermosas! No puede existir nada mas elegante, ni seductor.... Y sin embargo no paran aquí las maravillas.....

—¿Hay mas todavía?

—El tal personaje, trae por corbata.... quién lo imaginara? nada menos que un aguilucho blanco como la misma nieve.

—Diablo! conde no me diga V. mas. Ese hombre me huele á diablo impertinente.

—Yo le he visto á la distancia en que V. y yo nos encontramos, y es lo raro, que el aguilucho en cuestion hace sobre el pecho de ese hombre singular el efecto mas bello. Ninguna corbata del mundo puede tener la gracia de aquel animal de feroces garras, cuya artística posicion parece simbólica. Oh! si yo poseyese una corbata semejante.....

—Pues poséala V.

—¿Quién pudiera?

—Pero en resumen ¿V. nó sabe quién es ese hombre, ni que significa su extraño atavío?

—Tras de eso andamos todos, aunque en vano;

pero yo juro seguirlo tan de cerca como me sea posible, á fin de conseguirlo.

—Pues amigo, compre, si á tal se arroja, un microscópio ó un antejo de esos que alcanzan á ver las montañas de la luna, porque esa clase de seres se pierden de vista como los átomos ó los buques que doblan la costa.

—Aprovecharé el consejo, mas no será malo que V. no le olvide.

El jóven saludó cortesmente y se alejó, mientras el caballero murmuraba para sí.

—Tengo unas botas azules clavadas en el pensamiento y una águila blanca y una varita negra, que me persiguen hasta en sueños. ¡Curiosidad maldita! tentado estaria, si no temiese las incomodidades de un largo viaje, á marchar al centro del Africa, para alejarme de ese personage ó demonio, que ha deshecho mi tranquilidad y trastornado mi cabeza....

—Eh..... ¡venga V!—le gritó en el mismo instante cierto hombre, que pasaba por persona de altas cualidades parlamentarias.—Le veremos frente á frente y de cerca, pues aun no nos ha tocado tal suerte.

—¿A quién hemos de ver?—preguntó el caballero, volviéndose con negligencia.

—A ese personage notable, al duque de la Gloria, que calza las botas mas bellas del mundo, y lleva puesta la corbata mas singular.

—Gracias, mas juro que no torceré mi camino por ver unas botas y una corbata,

—¿De veras?—añadió otro, deteniendo su caballo al

lado de la carretela del de la Albuérniga—¿de veras no quiere V. conocer á ese ilustre personaje que trae por baston una varita negra, cuajada de brillantes y con un cascabel, que se dice mágico? Perderá V. mucho.

—Pues vaya V. á ganar lo que yo pierda—exclamó el caballero, verdaderamente contrariado.

Y mientras, multitud de elegantes jóvenes galopaban presurosos hácia el camino por donde imaginaban que vendria el duque, el de la Albuérniga se apeó de su carruaje y entró en casa de unas antiguas conocidas suyas, modestas solteronas, que, como el caballero, amaban la soledad y vivian en reposo, gozando de una existencia regalada, ajenas á todos los ruidos profanos, hablando mal del universo entero y chupando aromáticas pastillas, al son de sábios refranes y máximas saludables.

—Aquí,—dijo el de la Albuérniga, al mismo tiempo que se hacia anunciar—no me hablarán de esas malditas botas ni de esa notabilidad endiablada, que un mal espíritu ha arrojado sin duda en mi camino y que en vano..... ¡en vano! pretendo arrojar del pensamiento.

Recibiéronle las dos hermanas con la amabilidad acostumbrada; pero no bien se habia sentado, cuando la mas apacible de aquellas dos benditas criaturas, exclamó á quema ropa.

—Amigo mio; mucho nos alegramos de tan inesperada visita, porque nos hallábamos en este momento muy preocupadas. ¿No ha visto V. por ahí un ca-

ballero singular y elegante, que trae unas hermosas botas azules, que brillan como purísimo éter?

—¡Como!! repuso bruscamente el de la Albuérniga, levantándose al punto de su asiento, cual si le hubiesen pinchado..... ¡Tambien Vds. le han visto!

—Sí, sí, le hemos visto..... ¿pero no se dice de que son aquellas botas? ¡qué primorosas!.... ¡qué encanto! por saberlo hubiera dado mi vajilla de oro ó mi rosario de nácar.

—Pues sépalo V., querida, sépalo pronto..... Será curioso.

—Curiosísimo, como que todo el dia nos estamos ocupando de ello. ¡Pero V. nos deja ya sin decirnos de que son!

—Yo no sé nada, y en este instante me he acordado de un asunto urgente.

—¡Bah! ¡cómo si empezáramos á conocernos! V. no tiene asuntos.....

—Cierto; pero el que ahora me espera es completamente nuevo, y no puedo faltar. Vds. me dispensarán.....

—¡Mire V. en que mala ocasion! porque hubiéramos tenido especial complacencia en hablar con V. de personaje tan distinguido.....

—Muchas gracias..... pero avanza la hora y me es imposible detenerme.

—Bien..... ¡Cómo ha de ser! pero le hacemos á V. el encargo especial de que procure saber de que son esas botas tan extrañas, y quién es el caballero que las lleva, porque á una de nuestras doncellas..... que ¡pás-mese V! tambien se vuelve loca por conocerle, y pre-

gunta á todo el mundo, le han dicho, que dicen que es hijo del gran sol, emperador de la China..... pero eso es una locura..... ¿no es verdad?

—De seguro, ó quizá no lo sea..... pero permítanme Vds. retirarme..... dijo el de la Albuérniga, viéndose casi en la precision de atropellar á las dos hermanas, que á duo repitieron:

¡Por Dios! no deje V. de venir á enterarnos de.....

Pero el caballero estaba ya fuera y no oyó mas. Subió al carruaje verdaderamente irritado, y los caballos corrieron al galope hasta que se hallaron muy lejos de la poblacion.

Empezaba á declinar el sol. Un viento suave que agitaba blandamente los árboles formando un susurro armonioso, venia á refrescar la frente del caballero, medio sepultado en su carretela, y á penas por el largo paseo que atravesaban, se veia alguna que otra muger, cuyo pobre traje le obligaba á buscar los lugares aislados para gozar de las delicias de tan hermosa tarde. El paso de los caballos fatigados por la larga carrera que acababan de dar, se hizo tan lento y acompasado, que se diria se hallan en aquellos instantes poseidos de la filosófica gravedad de su dueño.

—Feliz el hombre—repetia en tanto el caballero saboreando la suavidad de la atmósfera y gozando plenamente del grato silencio que reinaba en los campos,—feliz mil veces el que huyendo de los vanos tumultos, se busca á sí mismo y razona con su propia conciencia. Solo así, alcanzará la paz de las almas justas, solo así, ageno á las inmoderadas ambiciones, á la acritud

de los tumultuosos pensamientos cuya apariencia es de oro, y á la devoradora agitacion de una curiosidad inútil,—si ¡bien inútil por cierto!—podrá conseguir el mas dulce de los reposos y largos dias de puros y castos deleites.....

Decia estas palabras el señor de la Albuérniga con voz cariñosa, lo mismo que si las murmurase al oido de una muger tiernamente querida, mientras aspiraba con delicia las olorosas emanaciones que le traía el viento á grandes ráfagas. Si alguna vez volvía la cabeza para contemplar la vasta llanura sembrada de altos álamos que se estendia á su izquierda, parecia costarle tan fácil movimiento un esfuerzo supremo, semejante al niño que, suspendido del pecho de su madre, se resiste á agarrar con sus manecitas el juguete que con los ojos envidia. Pero el hermoso cuadro que presentaba la naturaleza, le hizo al fin mudar de postura, á fin de poder contemplarla mejor, mientras murmuraba con apasionado acento:

—El sol se esconde lentamente en el horizonte, semejante á un mar de fuego que reflejase encendidos rayos, y yo lo contemplo solo, sin estorbo ni inquietud; nada impide que el aromoso ambiente de las praderas llegue á mí, fresco, puro y regenerador, y mil veces mas vivificante y deleitable que el beso de una muger hermosa; nada impide que el olor de los jacintos me regale dulcemente y acaricie mi olfato sin que precise rogárselo. El llega á mi, en union de la fresca brisa, como si me esperase, y me saluda y me acaricia, como si fuese el suave espíritu de mi ángel guardian. Permi-

ta el cielo que mi felicidad se prolongue en tan suave reposo tantos años como ha vivido el primer anacoreta, y que el estrepitoso campanileo que vino á turbar de una manera horrible mi cara tranquilidad, no vuelva á resonar en mi morada.....! profanacion no vengada todavia, cuyo recuerdo me estremece y me inquieta á mi pesar. ¡Ah! Lejos, lejos de mi la curiosidad maldita..... que desde entonces agita mis dias.....

—Asi sea, respondió una voz armoniosa, mientras un cuerpo ligero saltaba al interior de la carretela, y una viva claridad azulada heria de repente los ojos medio dormidos del caballero, que los abrió entonces tamaños, no pudiendo dudar ya que tenia delante de sí al duque de la Gloria. La sorpresa le impidió pronunciar la menor palabra, pero el duque no permaneció en cambio silencioso.

—Por mi fé, dijo, que no volveré á armar en mi vida el horrible estrépito de que V. conserva tan amarga memoria, mas por ahora, no podré asi renunciar á que V. me recuerde. Al fin y al cabo es indudable que soy un excelente amigo para V., á quien he hecho el alto honor de distinguir y favorecer con mis importunidades. No, no es esto hacer alarde de mi singular mérito, porque siendo V. tambien otra singularidad notable, casi, casi, vamos de igual á igual.

El de la Albuérniga experimentó, como en otra ocasion no lejana, grandes impulsos de arrojar al duque al otro lado del camino; pero la delicadísima gracia y el arrogante porte, que á la par de su osadia ostentaba este personaje incomprensible, lo simpático y

distinguido de su marmórea fisonomía y aquel conjunto inexplicable de toda su persona, en la cual la insolencia se convertía en dominadora franqueza, lo inverosímil en realidad y lo ridículo en maravilloso, despertaban cada vez mas en el alma apacible del caballero una curiosidad mortificadora y mas poderosa que su enojo. En realidad hallábase ya el de la Albuérniga, si bien á su pesar, vivamente interesado, en saber quien era aquel hombre á quien todos deseaban contemplar de cerca, que traía revuelta la corte, y que, segun sus propias palabras, *le hacia la honra de distinguirle con sus importunidades.....* Por esto, aun cuando el rico sibarita prefiriese su sosiego á todo, contuvo los violentos impulsos que le agitaban, y repuso:

—Sepamos, señor duque, si es posible, con mas claridad que la primera vez que nos vimos, que significa este nuevo asalto, pues si como me ha dicho, ve tan lejos, debiera comprender que el amigo que menos veces se me acerca, es el que mas me agrada.

—Eso se deja conocer al punto y sin parar mientes en ello, pero, como yo marchó siempre por un camino opuesto al de los demas, creo firmemente, que solo por medio de un continuado trato y de una amistad tan íntima como difícil, podré conseguir que la interesante cuanto perezosa memoria de V. me recuerde, con emocion profunda; que V. se conmueva con mi presencia, de una manera visible, y que —ni mas ni menos que el resto de los humanos que alcanzan á verme,—V., filósofo eminente y respetable, que de nada mundano se ocupa, llegue á ocuparse

de mi con ardiente afán y loco entusiasmo, luchando día y noche con la idea de saber al fin *quien es el Duque de la Gloria, de que son sus botas y su corbata, que significa aquella varita negra, con su imperitine cascabel*, etc., á todo lo cual tendré yo la generosidad de contestar satisfactoriamente, despues que me haya V. consagrado algunos dias de su carísima y apacible existencia.

Aun cuando el de la Albuérniga se hallase ya algo dispuesto á soportar al duque, como las palabras de este tenian la virtud de exaltarle, repuso, próximo á perder por completo su habitual sangre fria:

—Juro, que ni el duque de la Gloria, ni su corbata, ni sus botas, ni su vara negra, me importan cosa alguna.

—Juro que le importan á V. mucho, muchísimo. V. confesará haberme confesado, que era yo una singularidad sin ejemplo.

—¿Y á mí qué me interesa?

—Inmensamente, primero en su clase de filósofo y de sábio, y segundo.....

—No quiero ser ni filósofo, ni sábio á costa de tantas fatigas, y para acabar mas pronto, vale mas que ahora mismo.....

—¿Representemos la farsa?

—Cabalmente.

—Eso no puede pasar entre nosotros, hasta que sepa V. quien soy. Me atengo á su propia palabra.

—Esa palabra se ha cumplido ya. Le conozco á V. demasiado.

—¿Quién soy pues?

—Sé que es V. un loco impertinente, y basta.

—Pues yo sé mucho mas de V., caballero, repuso el duque de la Gloria, con cierta helada indiferencia, que ya otra vez habia dejado suspenso al de la Albuérniga. Yo sé que en un duelo entre ambos, no hé de ser el que sucumba.

—¡Qué inocencia, señor duque!.... ¿Llegará á tanto el estravío de esa pobre cabeza, que pretenda tratarme como un niño, á quien se quiere intimidar? Vámonos! Loco ó cuerdo, como V. sea, la farsa va á representarse ahora mismo, en ese bosque y sin testigos, porque ellos no harian mas que aumentar lo ridículo de la escena.

—¿Y el sol, caballero? y esos álamos y esas hermosas flores? Y estas deliciosas tardes de verano, en que tan dulcemente se respira..... perder todo esto.....

Pálido como la cera, el de la Albuérniga, iba á arrojarse sobre el duque, mas, recobrando de repente su sangre fria, y mirando en torno la campiña, dijo, con un acento de conviccion, que revelaba claramente el verdadero fondo de sus sentimientos.

—Hermosa es la existencia y agradable, cuando la dulce paz nos rodea, mas, á pesar de esto, ¿qué hacer, si un importuno turba nuestra dicha? jugar la vida, puesto que al fin ha de venir la muerte, á quien no temo.

—¡Baladronada! repuso con mucha naturalidad el duque, mirando fijamente al caballero. No, no es que yo quiera dudar de sus palabras, pero V. y yo sabemos muy bien que los hombres procuramos engañarnos á nosotros mismos. Hace un instante, el señor de

la Albuérniga hacia votos por la eternidad de sus tan apacibles como castos placeres, se deleitaba con el aroma de las rosas y saboreaba con intensa delicia, el calor que un rayo del sol en ocaso, comunicaba á su tibia frente. El señor de la Albuérniga vuelve ahora la espalda con orgullo á la luz de la vida, lanza una indiferente mirada á los suaves placeres que amaba, y solo porque el impertinente duque de la Gloria lo ha querido, se decide á morir.....

—O á matar.

—A morir, caballero, tan cierto como mañana ha de salir el sol.

El de la Albuérniga se arrojó entonces sobre el duque, quien, poniéndole una pistola al pecho, añadió, sin alterarse en lo mas mínimo.

—Un momento mas..... Imaginémonos que el que muere soy yo; y una vez que se trata de vida ó muerte, hablemos con la mano puesta sobre el corazon..... Nadie nos oye..... ¿Lo que ha mediado entre nosotros puede justificar un asesinato?

—No, ciertamente, pero justifica un buen par de mogicones, y tras de los mogicones viene el duelo, es decir el asesinato. Busque V. un medio mejor de concluir el sainete.

—¿V. cree que yo merezco ese par de mogicones por las que llama mis impertinencias?

—¡Qué si lo creo!

—Pues hiera V., repuso el duque, presentándole la megilla.

El de la Albuérniga abrió desmesuradamente los

ojos y se quedó mirándole lleno de asombro.

—Hiera V., y no habrá asesinato, volvió á decir el duque.—No hago mas que pagar una deuda que no quiere perdonárseme.

—Caballero, duque ó diablo, exclamó el de la Albuérniga, pasando una mano por la frente:—si no fuera indigno de mi, por mi honor, que te hiriera como lo pides.

—¡Hiera V.! repitió el duque, con aire provocativo, acercando su rostro al del caballero.

Una nube cubrió entonces los ojos del de la Albuérniga, y el color azul de las botas, aun mas provocativas que su dueño, el corvo pico del aguilucho y el cascabel de la varita negra, armaron tal tempestad en su bilis, que, ciego y airado, levantó el brazo y..... ¡zás! su mano estalló fuertemente dos veces sobre el rostro del duque, que quedó aun mas blanco de lo que era.

—Es lógico,—dijo este entonces sin alterarse, y guardando la pistola.—Allá lejos de Europa, y en donde las gentes se llaman salvajes, he aprendido á pagar así, las ofensas cometidas con premeditacion, y no puede negarse que es una costumbre moralizadora. Y ahora, señor mio, queda V. obligado á admitir mi amistad y á sóportar mi presencia en el hermoso salon de su palacio, en donde estos bofetones me dan derecho á entrar, como si fuese mio..... pero tranquilcese V..... en tanto no llegan aquellos días que V. debe consagrarme, respetaré sus horas de reposo y me verá pasar á su lado silencioso como una sombra, si bien V. soñará

y oirá hablar día y noche *del caballero de las botas azules*.

Al acabar de decir esto, el duque saltó de la carretela, tan ligeramente como habia entrado, y desapareció por la arboleda de los jardines cuya espesura se aumentaba á la luz del crepúsculo, dejando al de la Albuérniga en un estado de estupor que nunca habia conocido.

CAPITULO VIII.

En las novelas, las mugeres son siempre discretas y hermosas, hablan el lenguaje de las musas y escriben poco menos que Md. Sevigne; pero si se descende á la realidad de los hechos, esto no es siempre cierto, y aun estamos tentados á decir que casi siempre es mentira.

Las mugeres hablan sencillamente el lenguaje de las mugeres, y apenas aciertan alguna vez á conversar, como dicen ciertos sábios, útil y razonablemente; mas, á pesar de esto, conservan incólume el indisputable mérito y el atractivo irresistible, con que Dios bondadoso, oculta sus imperfecciones y su debilidad mas imperfecta todavía.

Feas ó bonitas, las unas cargan sobre sus hombros la pesada cruz del matrimonio, viven las otras resignadas, ó alegres, en el estado honesto, propio de las almas recogidas y amantes del reposo; mas, si en verdad

no son tan poéticas ni espirituales, como se desearia, y su belleza fisica tiene, por lo comun, defectos que pueden pasar por no vistos, si no son, en fin, tan perfectas ni escriben tan bien, como las novelas cuentan, no debe culpárselas á fé porque cumplan debidamente su mision, haciendo hasta la muerte su papel de mugeres. Cosa es esta digna de la mayor alabanza, cuando hay tantos hombres que ejecutan el suyo de la peor manera, dándose á divagaciones prohibidas á los entendimientos vulgares, puesto que nacieron para vivir modesta y honradamente, haciendo compás con el martillo ó el azadon, al huso con que hila el blanco lino su buena esposa.

Por lo demas, cuando el amor, la vanidad ó la passion dicta una epístola á la muger, allí vá estampada la prueba mas tristemente palpable de su comun indiscreccion. Ni el mismo talento la escluye muchas veces, en este punto, de rendir culto á su débil cuanto impresionable naturaleza, cuando latiéndole el corazon y con una nube de fuego en el pensamiento, coje la pluma y escribe.

Hé aquí porque ellos, al ver tal, exclaman en tono de protesta: «No la pluma en tu mano, muger nacida, para educar mis hijos: la aguja y la rueca son tus armas.»

Y tienen razon al hablar asi. ¿Pero no han previsto que sus hijos tendrian dos madres? ¿qué la rueca caeria en desuso y que la aguja quedaria relegada á las costureras? ¿En qué han de ocuparse entonces las mugeres?.....

EPÍSTOLA I.

Ojos negros, cabellos negros y rizados, color pálido, alta, delgada, vestido blanco y una flor azul en el pecho. Esta noche en el teatro Real, palco principal de la izquierda.—Se espera al señor duque para hacerle una advertencia particular que le interesa.

EPÍSTOLA II.

En vano he esperado la otra noche que el señor duque se detuviese á mi lado algunos momentos mas que los que ha tardado en saludarme de aquella manera que me dejó tan confusa y como tengo grande interés en saber como las mugeres de la aristocracia rusa visten de mañana, espero de la amabilidad del señor duque, que para enterarme de ello, se digne esta noche pasar á mi palco en el teatro Real, á cuyo favor le quedará eternamente agradecida su admiradora

La Condesa Pampa.

EPÍSTOLA III.

Una hija de la virgen América y ausente de su patria adorada, suplica al duque de la Gloria venga á decirle con sus propios labios, cuanto son hermosos los bosques que la vieron nacer, cuanto es admirable entre todas su tierra natal. La recompensa de tal favor será un afecto entrañable y puro, un agradecimiento eterno, tal como puede sentirlo una descendiente del desgraciado é inmortal Motezuma. Teatro Real, palco segundo de la derecha.

EPÍSTOLA IV.

Caballero: no sé siquiera por donde tengo de empezar para decirle lo que quiero decirle, pues es el caso que mi señor padre quiere casarme, y yo no quiero, con Melchor, y como no

le he visto á V. hace mas de quince dias y no he vuelto á verle hasta anteayer, que pasó V. de mucha prisa, escribo para decirle, que una vez que mi padre quiere casarme, me case con V., que entonces no tendré inconveniente y quedará muy contenta, que sino estaré muy triste, que ya lo estoy. Venga V., pues, á hablar conmigo, porque voy todas las tardes al cementerio y estoy mirando para él desde la verja, porque me gusta. Soy la sobrina de doña Dorotea, la que tiene colegio y que vive en la Corredera del perro, y tambien voy muchas veces por la tarde á la calle del Clavo á ver á mi padre, que está cerca de aquí. Muchas mas cosas quisiera decirle á V., pero no sé decirlas por escrito. Adios, caballero, hasta que nos veamos.

Mariquita.

Mientras el ayuda de cámara le peinaba, tenia el duque de la Gloria abiertos estos billetes delante de sí; mas no tardó en entrar un arrogante moro trayendo una caja de terciopelo que colocó sobre la mesa.

—Dios es grande—dijo, llevando una mano á la frente—Dios es poderoso y justo, y favorece á mi señor, por medio de bellas criaturas, con los mas ricos presentes.

—Favorézcale por largos dias, Zuma..... respondió el duque sonriendo con ironia, mientras lanzaba una mirada burlona sobre la cajita y las cartas.

El moro se puso á avivar el fuego medio apagado de los pebeteros que ardian en la estancia, haciendo resonar despues las cuerdas de un bandolin, con que acompañaba una extraña y melancólica tonada de las que cantan en medio de la noche los hijos del desierto.

Seguia en tanto el ayuda de cámara peinando al duque, ya de esta, ya de la otra manera, ya hácia ar-

riba, ya hacía abajo, ya dividiendo en partes iguales su un tanto indómita cabellera, ya agrupando sobre un lado la mayor porción, hasta que cansado el caballero dijo como si despertase de un sueño:

—¿Te duermes? péiname á la victoria y á prisa.

Ejecutada esta orden con la brusca rapidez con que habia sido dada, la cabeza del duque quedó bien pronto convertida en una pirámide de rizos elevados de tal modo sobre la frente, que en vez de cabellera bien pudiera llamarse aquel agrupamiento de ondeadas y recias crenchas, selva virgen, ó enmarañado laberinto de aliagas visto en una noche oscura.

—¿Te parece que estoy bien? le preguntó á su hábil peluquero, irguiéndose lleno de magestad.

—Oh! si el señor mas ilustre de la tierra me permitiera decirle hasta que extremo.....

—Dí cuanto quieras..... lo mando.

—Pues bien, ya que el señor me lo ordena, me atrevo á asegurarle que su cabeza parece una viva proclama revolucionaria.

—Tú serás algo! exclamó el duque con aplomo..... Tú llegarás, si es que lo intentas, á alcanzar el gran *breveté* del siglo.

El ayuda de cámara, que habia nacido con el particular instinto de adivinar mas de lo que se le queria decir, hizo una reverente cortesía y se retiró, llevando en los labios una complaciente sonrisa.

—Ahora Zuma, dijo el duque volviéndose con aire confidencial hacia el moro, deja en reposo tu bandon y dáme cuenta de lo que has visto.

Obediente el moro, apagó al punto con la mano las últimas vibraciones del sonoro instrumento, y colocándose en una actitud humilde exclamó con la mas ardiente expresion:

—Todas mugeres hermosas, señor, todas bellas como la espuma que salta de la onda cristalina cuando la luna se refleja en el mar, todas frescas y llenas de aroma y juventud, como la rosa entreabierta que en una alborada de mayo recibe el primer beso del sol, cubierta por el rocío, que es el velo con que oculta su rubor. La de la negra y ondeada cabellera, que viste de armiños y se adorna con flores azules..... oh! mi dueño! cándida y virginal, como el manantial de una fuente que brota entre azucenas, la mas humilde mirada parece herirla como un dardo envenenado; aseméjase á las hijas del aire, que tiemblan cuando las alumbra un rayo del sol, ó á un vaporoso espíritu de las nieblas que el menor soplo disipa..... Cuando me divisó entre la muchedumbre, como si adivinase que vos me mandabais contemplarlas, ó cual si de la atmósfera que os rodea llevase en mí el perfume, la ví estremecerse como una gota de agua cuando cae, y mirarme, cerrando casi al mismo tiempo los ojos, como si me dijese ¡bien venido! Pasé y miréla tambien, y comprendióme sin duda, pues alargando la mano, dejó caer el pequeño abanico que en ella llevaba y que es este que os presento.

Zuma sacó entonces de debajo de su caftan el abanico mas primoroso que imaginarse pueda, y lo entregó al duque, que abriéndolo, vió estampado en él la figura de una muger en actitud de consultar su horóscopo.

—El horóscopo de las criaturas, hermosa dama, exclamó el duque, con su habitual sonrisa, se lee en el reverso de lo que se desea. Historia universal.

Y colocando el abanico sobre una mesa, añadió:

—¿Y qué mas has visto?

—Oh! la condesa..... es una hija del cielo, bajada á la tierra é iluminada por el esplendor del mediodia, es un serafin con alas de mariposa y ambarado cutis, un copo de nieve, á quien el sol ha prestado sus doradas tintas, y la aurora el esmalte diáfano de las esferas..... pero tiene el mirar de fuego, que un lánguido y rasgado párpado basta á mitigar á penas.....

—Gusto poco de serafines terrestres, Zuma.

—La que se hace llamar Casimira, ¡ella sobre todas! ¡dueño mio! No es mas magnifica la reina de las flores, cuando con las aterciopeladas hojas, cubiertas de estambres de oro, se levanta altiva, entre cándidas azucenas y desmayados lirios. Verla es amarla, poseerla debe ser una felicidad, tan rara como la que Mahoma promete á sus elegidos en la eterna vida..... debe ser.....

—Pasa..... pasa.....

—Dura es la transicion, señor, lo es tanto como salir de un tibio baño de perfumes para entrar en una piscina.

—No importa..... eso me agrada.

—Tres cardos de esos que el viento de la costa seca con su sopro airado, y azota con la arena de la playa, me han hablado tambien de mi dueño con una curiosidad tan viva, y tan ardiente afán, que me hacian tem-

blar y recordar las hadas negras que vagan por las llanuras desiertas de mi pátria, para chupar la vigorosa sangre de las jóvenes que encuentran en su camino.

—Bienhechores cardos.....—exclamó el duque, con beatitud—háblame de ellos!....

—Fastidioso é insulso, tengo que ser en semejante relato, amo mio. ¡Si mi dueño las viera!.... Semejábase la una, por la hinchazon de las carnes, al higo que, no maduro todavía, parece hidrópico y próximo á reventar de ahito; era la otra, como una de esas manzanas de invierno, cuya piel, de un color rojo oscuro, se arruga cuando ya no está en sazón; y la mas jóven, ¡plugiera á Dios no lo fuera! tal como un caracol alarga los cuernecillos, parecia alargar entre dos párpados infartados, dos pupilas azules, que al mirarme se revolían como inquietos bichillos.

—¿Y qué te han dicho?

—Querían saber de donde viniera el señor duque, cual era su pátria, su familia, su edad, su nombre de pila, de que eran sus botas y su corbata, y sobre todo deseaban oír de los propios labios del señor duque las maravillosas historias de sus viajes.

—Poca cosa..... ¡inocentes criaturas!

—Lechuzas, mas bien, y perdóneme mi dueño si en honor de la verdad me atrevo á corregirle: lechuzas y mochuelos son, de esos que no saben mas que agacharse en su nido, y chupar noche y día, ya que no aceite, pastillas tan empalagosas como ellas.

—Cada cual se ocupa en lo que puede y no porque chupen pastillas las estimaré menos.

—Que Alá os dé felices aspiraciones..... pero, el higo-hidrópico, me decia suspirando—Ay! el caballero de las botas azules, es una verdadera maravilla entre los hombres..... Si V. nos digese señor moro, como nos compondríamos para verle de cerca, la recompensa seria igual á tamaño servicio.—Señor moro, proseguia la manzana de invierno, pestañeando á prisa, como si el sol la hiriese de medio á medio en las pupilas. Oh! qué extraño debe ser mirado de cerca el caballero de las botas azules..... ¿Duerme como los demas hombres? Come? reza?—y como por fortuna no me daban tiempo á contestar, yo fingia oirlas con atencion profunda, mientras añadia á su vez la de los ojillos de caracol.

—Gusta el señor duque de mantequillas tier-nas y de pastelillos rellenos?..... No es que yo lo diga..... pero soy hábil en todo esto, y si el caballero de las botas azules lo tuviese á bien, sabria probarle que hay en España, cocineras dignas de llamar la atencion de un tan grande señor.—Al oir tal, el higo hinchado se levantó de su asiento con indignacion, exclamando:—Eso quiere decir, Mariana, que ya que no de hecho, has pecado de pensamiento, deseando abandonarnos ¡á unas amas que le dieron pan desde niña! para ponerse al servicio del señor duque..... ¡escandalosa idea! ¿Y qué iba á hacer..... explique si puede..... qué iba V. á hacer en casa de un hombre solo?

—Solo no, repuso la doncella algo turbada, tiene en su compañía tres servidores.....

—Todos varones, todos, y ninguna muger..... ¿sabe V. lo que es eso?

Indignada á su vez la doncella, á quien una fealdad guardadora invencible de su pudor, habia hecho, sin duda, realmente casta, repuso:

—Señora, Dios sabe que á entrar en casa del señor duque, no permanecería allí mas tiempo, que el que necesitara para averiguar de que son aquellas botas, que, á decir verdad, me tienen revuelto el entendimiento.

—Disculpable es semejante curiosidad, añadió la manzana de invierno, pero no justifica un paso tan atrevido como el que V. queria dar. Además, no es dado á una muger de la clase de V., Mariana, ocuparse de un personaje que vive tan alto, y el cual tendrá de sobra, si lo desea, quien le haga mantequillas tiernas y pastelillos rellenos. Vaya, pues, á arreglar por allá adentro, mientras hablamos con el señor moro, y no vuelva á meterse en donde no la llaman. —Quedaron entonces solas conmigo las dos hermanas, y reiteráronme sus buenos deseos, y prometieronme con largueza ricas dádivas, pidiéndome que guardase sobre aquella entrevista un secreto profundo, cual ellas lo guardarían, y que mientras no indagaban por otra parte, viniese alguna vez á refrescar su espíritu con alguna esperanza halagüeña. Lo cual les prometí de muy buena voluntad, asi como el que haria cuanto en mi estuviese porque el caballero de las botas azules les dejase oír de cerca su voz armoniosa.

—Contento estoy de ti, Zuma.

—Hónrame mi dueño mucho mas de lo que merece mi humildad. Al salir de allí, la reina de las flo-

res me esperaba en el fondo de un jardín, sentada á la sombra de los naranjos, y me entregó esa caja diciéndolo:—Moro, yo soy la mas fiel amiga de tu señor—y no he corrido, amo mio, sino volado para traeros tan rico presente.

—Bien: oye ahora atentamente mis órdenes. Madrid se asemeja á una olla que hierve, desde que tiene la dicha de tenerme en su seno; pero es preciso que se desborde para que yo esté contento.

—Sea como lo deseais, mas ya poco resta. Despues del baile, no habia entre las gentes de sangre azul una cabeza tranquila, y respecto á la clase media se agita en su estrechez, semejante á un hormiguero. Las mas acomodadas sueñan y discurren como han de hacer vestidos de princesas, y las mas pobres deliran con la seda y los encajes, mientras sus padres se afanan por otro lado en reunir á toda costa tesoros que han de gastar en una noche, con tal de que puedan brillar en ella á los ojos de mi señor.

—Yo soy la causa..... repuso el duque sonriendo, su vanidad el objeto..... Mas ¿qué me importa? que me conozcan, que sientan la fuerza de mi poder, y basta con esto. Atiende ahora á mis instrucciones. Es preciso ante todo, que te pongas en seguida la cara rusa, y que vuelvas á recorrer las principales librerías, comprando en ellas, cuantos ejemplares encuentres, de las obras en esta lista anotadas.

—Señor..... y en donde podré conducir tantas?

—Irás y volverás con el gran carro de la cochera mayor, y las hacinarás con las otras en los sótanos

contiguos al palacio de la Albuérniga..... y á propósito del..... Sigues importunándole?

—Día y noche..... él piensa que sueña y es mi voz la que le habla de mi dueño..... el pobre señor lucha en vano por alejar de sí las importunas visiones que hago danzar en torno dél. ¡Infeliz!

—Todo remedio es modesto..... Ahora bien. Tan pronto como le hayas enseñado á los libreros la cara rusa, y espurgado la mayor parte de sus depósitos de libros, te pones la cara de lord inglés, y en el coche de las yeguas bayas, visitas las sastrerías y zapaterías de gran tono, ofreciendo sesenta mil libras bajo las garantías que pidan, al que haga una corbata y unas botas como las del duque de la Gloria. Despues de esto, terminarás la obra colgando en el frac la gran cruz de la legion de honor, y poniéndote la cara francesa. Con ella debes presentarte ante esos editores mal intencionados y usureros que tratan al escritor como un mendigo. Tu aire, al hablarles, debe ser altanero y misterioso, mientras les dejas entreveer multitud de billetes de banco y buenas monedas de oro español. «Un premio de cincuenta mil francos al que consiga hacerse editor del libro de los libros, y decirme antes de su publicacion lo que ese libro contiene.» Esto les dirás, exigiéndoles la mayor reserva sobre el asunto y despidiéndote de ellos sin saludarles apenas. Ahora retírate y aguarda en la antesala.

Tan pronto se alejó el moro, púsose el duque á escribir á prisa el siguiente billete:

Amable condesa, ni me es posible asistir esta noche al teatro, aunque lo siento, ni menos decir como visten de mañana las mugeres de la aristocracia rusa, porque siempre las he visto por la tarde. Tengo en cambio la fortuna de poseer una magnífica coleccion de flores tropicales, cuya maravillosa virtud consiste en tornar azules las pupilas negras y las negras, azules. La mayor parte de estas flores son venenosas, raras y hermosísimas, pero como perderian su belleza y su talisman al salir de mi invernadero, advierto á V., señora, que este estará siempre abierto para una dama de tan extraños y delicados gustos como mi admiradora la condesa Pampa.

El Duque de la Gloria.

Cerrado este billete, el duque abrió la caja de terciopelo que el moro le habia traído, dentro de la cual habia un retrato y una carta perfumada que decia así:

«En verdad no sé como calificar el comportamiento del señor duque, que así quiere domeñar una voluntad que de suyo se le ha rendido. ¿Sin duda es un tirano que se digna regir á los suyos con mano de hierro? De cualquier modo yo seré siempre su mas fiel amiga, seré su sierva, su esclava, seré, si él lo desea, que á tanto debe llegar un afecto sincero—como la hoja que entregada en alas de los vientos, les dice:—*¡llevadme á donde querais!*—Mi retrato, hélo ahí; si no es del agrado del señor duque, lloraré toda mi vida, porque el cielo no me hizo mas á su antojo..... ¿pero el caballero de las botas azules, será tan malo de contentar?»

Era verdaderamente hermoso aquel retrato, una hija del oriente respirando aromas y perfumes, Casimira, en fin..... la incomparable Casimira. ¡El duque conocia demasiado aquel rostro que en otro tiempo habia adorado en vano!....

Contemplándolo con su habitual sonrisa, exclamó entonces:

—Historia de José..... ven á mi pensamiento, y sé para mis deseos lo que son los diques para las hirvientes olas del mar, que quiere lanzarse impetuoso sobre la prosaica Holanda..... y tu Musa ó demonio, no te burles de mi flaqueza ni me abandones, cuando la serpiente tentadora atraída por mis botas azules, se me acerca presentándome la dorada manzana..... para hacerme perder mi paraíso. El raton roedor ¡oh Musa! que se ostenta en tu mano como un trofeo, inquiete en buen hora el corazón y el pensamiento de mis prosélitos, mas deje libre mi cabeza, cuando mas necesito del valor que me has dado..... Oh! una Marquesita de Maravavi, que es fuente virgen segun Zuma, una criolla agradecida, y poetisa á la vez, una condesa Pampa, racimo de oro en la bacanal del mundo..... una Mariquita en fin, ¡qué Mariquita! ¡oh Dios! y sobre todo, ¡tu! Casimira, añadió lanzando sobre el retrato, una mirada profunda..... Tu..... hermosura provocativa, cabeza de sirena..... Magdalena sin lágrimas ni arrepentimiento..... tu á quien he amado tanto, y cuyas caricias abrasan el corazón..... ¡José..... José..... arrójame tu capa desde el cielo!.....

Al hablar así, digerase que á través de la marmorea palidez que cubria siempre el semblante del Duque, se dejaba percibir otro rostro ardoroso, lleno de pasión y de vida; digerase que el hombre extraordinario, la notabilidad por excelencia, el caballero de las botas azules, en fin, sostenia un combate sangriento, con

el mas terrestre, enamorado y vulgar hijo de Eva.

Despues de algunos momentos de vacilacion, volvió á cojer la pluma, y escribió:

Señora y esclava mia, mi moro Zuma, me ha entregado una cajita cuyo contenido he visto; y ya que V. lo desea, mañana, una hora despues de haber salido el sol nos veremos.

El duque de la Gloria....

Llamó despues á Zuma, y le dijo:

—Vé esta noche al palco de la Marquesita de Maravi, y dile, con reserva, que no voy al teatro, pero que mi palacio, es una especie de sagrado recinto en donde la recibiré con la respetuosa deferencia que se merece.

—¿Sabe ella en donde habita mi dueño?

—Dile tu, que serás su guia, si lo desea. Saluda despues en mi nombre y en el tuyo, á la condesa Pampa, entregándole esta carta, y haz llegar á manos de Casimira, la reina de las flores, este billete, que con tu habilidad artística, colocarás en medio de un ramo de jazmines.....

—Obedeceré ciegamente.....

—Aun mas..... Entregas cada dia, á la hora de comer como te tengo mandado, un número de *Las Tinieblas*, al crítico Pelasgo y sus amigos?

—Sin faltar nunca, mi dueño.

—Muy bien, traeme ahora la capa y el ungüento de mármol, y retirate.

CAPITULO IX.

Despues del último encuentro del duque con el señor de la Albuérniga, huyó este de la corte, refugiándose en una soberbia quinta que poseia, dos leguas mas allá de las encinas del Pardo.

Muy pocos conocian aquel bello retiro, situado en lo profundo de un escondido valle, y del cual el caballero no habia hablado jamás á sus amigos. No..... no iria alli ninguno á despertarle en la siesta! cosa que como en mejores tiempos ya no creia imposible, permaneciendo en Madrid.

Era preciso descender la elevada montaña, para distinguir, semejante á un leve punto blanco, la linda casita, misteriosamente cobijada, bajo un impenetrable laberinto de follage.

Sola, en medio de tan florido desierto, mas bien que habitacion humana, creyérasela blanco vellon prendido en las enmarañadas ramas ó copo de nieve, olvidado por el sol entre la sombra de las hojas.

—En vano serán ahora tus asechanzas, ¡oh duque! exclamó el de la Albuérniga, al instalarse en ella, y añadió con tono imperioso, dirigiéndose á sus imponderables servidores.

—Cerrad las puertas con llaves y cerrojos, y si alguno llamase á ellas no se la abrais, aun cuando lo pida por todos los santos del cielo.

Satisfecho y seguro con esto, durmióse en seguida seis largas horas, si bien soñando con que el maldito duque le perseguía con el resplandor de las botas azules y el retintín del cascabel. En cambio fué inmensa su alegría, cuando vió al despertar que aquello era sueño, y que se hallaba absolutamente solo.

Tomó en seguida un refresco, vistió la bata, calóse hasta las cejas el gorro piramidal, y contento de sí mismo, se encaminó por uno de los mas bellos bosquecillos que adornaban el prado.

Eran las seis de la tarde, y el sol brillaba con esa luz suave y sonrosada, que presta tan bellas tintas al paisaje. Todo era ya misterio bajo las espesas ramas de las encinas, pero los arroyuelos que atravesaban por entre la yerba, parecían sonreír alegremente con las hermosas franjas de oro, que inundaban de resplandor el horizonte. Los pájaros, recogidos bajo las hojas, gorgearan de esa manera confusa y dulce, con que cada ave llama á su compañera, para que la noche no las sorprenda separadas, y la naturaleza exhalaba el aroma fresco y embalsamado, con el cual se diría pretende aun embriagar al sol, para que no se retire tan presto.

En poco estuvo, que las indefinibles armonías de la

tarde, no conmoviesen al de la Albuérniga, mas de lo que convenia á su filosófica circunspeccion, y por eso exclamó en voz alta, á fin de alejar de si tan peli-grosas emociones.

—¡Esto..... esto es lo que pierde y encanta á tantas imaginaciones ardorosas!.... El pájaro que vuela, ó la pintada mariposa.... la fuente que murmura oculta entre los brezos..... la nube que pasa y se deshace en medio del espacio..... ¡Nimiedades tan vanas, tan fugitivas, son las que dan pabulo á la llama, que consume y devora tantas inquietas existencias..... ¡pobres poetas! Vuestra gloria y vuestra felicidad, se asemeja á la espuma, que brilla y se forma sobre la corriente á fuerza de combatir; pero que al fin, no viene á ser mas que espuma..... Por dicha, he preferido siempre á tan locos delirios la fria razon que aconseja el bien y enseña la verdad, y la madura sensatez que precave los escollos. ¡Qué amor..... ni que ilusiones de oro! ¿No vale mas aceptar con juicioso comedimiento, lo que complace el ánimo sin exaltarlo, y cuanto es en fin tan bello como útil? Heme por esto robusto y jóven á los treinta y seis años, cuando las cabezas apasionadas, vacilan ya envejecidas ó decrépitas. Mas..... ¿por qué los pájaros no cesan de cantar? Creeria que sus vagos gorjeos, resueñan demasiado dulcemente en medio de esta soledad, penetrando hasta mi corazon..... ¡Ya se vé!.... Ese demonio de duque, me ha puesto fuera de mi con sus extravagancias y sus botas.....

Despues de algunos momentos de reflexion, el caballero prosiguió diciendo.

—No, aquella no debe ser obra de los hombres..... allí existe algo desconocido para la inteligencia humana..... ¡Qué bello fulgor! qué diáfana y sutil transparencia..... qué luz deslumbradora..... ¡Y qué yo no pueda saber!! Mas..... ¿á qué recordarlas? ¡Habrán de cumplirse las profecias de aquel demonio?.... En él pienso de día y sueño de noche..... ¡dejarse abofetear!.... Vamos..... esto no es natural ni puede olvidarse nunca. Todavía le estoy viendo, tan pálido, como lo estaba antes y despues de que mi mano se posase dos veces en su rostro..... ¿Qué humana criatura no se estremece al recibir tal ultraje? Impenetrable misterio..... ¡No vuelva su nombre á resonar en mi oído.... qué mis ojos no le vean mas!.... Aquí permaneceré oculto, hasta que ese ser incomprensible, abandone el suelo español, ó hasta que haya desaparecido de la tierra!.... Oh soledad..... soledad bienhechora..... guárdame de mi enemigo y de cuantos le buscan y le admiran, ¡insensatos!

No bien habia hablado así, cuando oyó decir á su espalda:

—Gracias á Dios! Buenas tardes, amigo: ahora si que he dado en el flanco.

El caballero, trémulo de asombro, vió entonces que un jóven muy conocido suyo descendia dificilmente por el muro pero sin vacilar en su empeño. Ay! ya no se trataba del insolente duque, sino de una persona bien nacida, que le sorprendia amigablemente á una hora propia para gozar de la frescura del campo! Comprendió que no podia demostrar su enojo como quisiera, y se contentó por lo mismo con desahogar su có-

lera gritándole al recién venido, que ya estaba cerca del suelo:

—Eh! ¿está V. loco? ¿por qué esponerse así? Va V. á romperse los huesos, lo cual merecía por semejante temeridad. ¿No hay puertas por ventura?

—Sin duda han criado hollín los cerrojos, respondió el jóven riendo; pues por mas que he llamado, nadie ha querido abrir.

—Ah!..... es que aqui se apagan los sonidos como en lo profundo de una cueva.

—Lo sospeché, y por eso me decidí á escalar el muro.

—V. comprenderá, sin embargo, que esto es demasiado.....

—¿Atrevimiento? le interrumpió el jóven. Lo sé, y por ello le pido á V. mil perdones.

—No lo digo por mi, repuso el de la Albuérniga con forzada cortesania, sino por la exposicion y por.....

—¿Por qué no es justo, que se penetre de este modo, en cercado ajeno!..... ¿no es verdad? volvió á interrumpirle el jóven, saltando á su lado y añadió en seguida. V. sabe que he respetado siempre la voluntad ó el capricho de mis amigos; pero una cuestion de honor me ha obligado ahora á dar este paso. Ah! esta vez hubiera sido imposible retirarme, sin que hubiésemos hablado.

—¿De qué se trata entonces? repuso el caballero, con muestras de querer acabar pronto la conversacion.

—He emprendido una difícil aventura, hice una apuesta, que perderé sin su ayuda de V.

—Sin mi ayuda..... ¡una apuesta!... pero mi amigo ¿olvida V. que soy un hombre completamente extraño á lo que no me atañe? Ignoro que apuesta es esa, mas puedo asegurarle desde ahora, que mi intervencion en ella será completamente inútil.

—Nada de eso. Solo V. puede ser mi luz y mi guia.

—Le digo á V. que no. A ninguno se oculta mi método de vida; no existo sino incidentalmente en el mundo de los demas. ¿Qué puedo hacer pues en favor de nadie?..... En fin, yo lo siento por V., que se ha tomado la inútil molestia de venir desde Madrid hasta este yermo, en donde me escondo cuando, á mi entender, sobro en la corte, ó sobra ella para mi.

—Oh! mi molestia es lo de menos, y respecto á este yermo, confieso que de muy buena gana me haria en él anacoreta. Posee V. aquí una hermosísima quinta.

—¡Hermosa!.... Asi lo finge ahora ese rayo de sol que la ilumina, mas tan pronto llega la noche todo es aqui desolacion. Los altos matorrales estienden en torno su sombra como fantasmas. Oh! sobre todo la noche..... es insoportable en estos sitios.

—El jóven que conocia demasiado al rico-filósofo-sibarita, fingió no entender lo que este habia querido decirle con aquellas palabras, y repuso sencillamente:

—La noche todo lo enluta..... eso sucede en los lugares mas bellos.

—Aqui peor que en ninguno, recalcó todavía el de la Albuérniga, pero lo que mas me sorprende añadió, es que haya V. acertado con esta especie de abismo tan

escondido de los hombres. ¡Bien dicen que no hay nada oculto bajo del cielo!

—¿Ignora V. que desde cierta tarde, le han seguido y le siguen vigilantes espías?

—¡A quién!!

—A V.

—¿A mi? V. prevarica. ¡A mi!

—¿Qué extraño es? Todos saben que el duque de la Gloria, ha visitado particularmente al caballero de la Albuérniga, y que pasearon juntos no hace mucho, hablando con grande intimidad y franqueza.....

—¡Ola! ¡ola!..... exclamó el caballero cruzando los brazos sobre el pecho, despues de haber rascado una ceja, como acostumbraba, en los momentos difíciles.

—Y bien, como ese señor duque que trae revuelta la córte con sus misterios, no ha hecho á ningun otro tan singular distincion, ya que acercarse á él no es posible, se le busca á V. como al cabo del ovillo.

—¡Del ovillo!.... ya..... ya..... ¡fuego le abrase!

—¿Le quiere V. mal acaso?

—Cáa! ¡permita Dios que se lo lleve un remolino, y que no vuelva á aparecer jamas!

—Caspita! ¿De veras? ¿tan malo es?

—No sé si es bueno ó malo, ni tampoco quiero saberlo.....

—¡Qué no lo sabe!.... ¡Amigo! un poco de franqueza sobre el particular. Este es el favor que vengo á pedir á V. Mi honor se halla comprometido. Hice la apuesta, de que sabia el primero, quien viene á ser ese duque de la Gloria.

—Pues sépalo; por mi parte no puedo decirle absolutamente nada. Vea V. como ha perdido el viaje; se volverá V. á Madrid como ha venido.

—Permítame V. dudarlo.....

—Dude V. cuanto quiera, mas yo no sé otra cosa, sino que no quiero volver á oír hablar de ese demonio, y que, por conseguirlo, seré capaz de dar una vuelta al rededor del mundo.

—Ahora si que pienso que ese hombre es realmente el diablo..... Lo que V. acaba de decirme me asombra.....

—Mas me asombra á mi lo que me está pasando. ¡Ira de Dios! ¡Ser perseguido hasta aquí por causa suya! ¿por qué no me habré decidido á matarle?

—Diablo! eso es mas sério todavia..... ¿á matarle?

—¿Cómo deshacerse de otro modo de un insolente duende?

—Oh! si es duende no puede morir.

—Lo veriamos. Los duendes modernos deben haber aprendido á morir como los hombres.

—¿Pero qué le ha hecho á V., el hombre mas pacífico de la tierra, para despertar en su alma tan mal deseo?

—¡Qué me ha hecho!.... V. me lo pregunta todavia! repuso el caballero, con irónica y amarga sonrisa..... Ha turbado mi reposo ¡mi carísimo reposo! me hace vivir en continua agitacion..... es causa de que se me persiga hasta este yermo..... ¡Iras del cielo! A mi! que amo tanto el sosiego y la tranquilidad.....

—Grandes faltas son esas, repuso el jóven sonrien-

do; mas no me parecen dignas, sin embargo, de ser castigadas con la muerte.

—Hé ahí el enredo de la madeja..... la cadena que me ata, héla ahí..... Si así no fuera, ¿existiría ya el duque? exclamó indignado el caballero.

—No obstante, ni aun matándole, conseguiria V. ahora vivir tranquilo.

—¿Por qué nó? V. se chancea.

—Le pedirian á V. el muerto, y.....

—Y yo se lo entregaria con la mejor voluntad.

—Es que las gentes mas curiosas exigirian ademas que V. les explicase mímicamente, como un ser tan extraño, habia torcido el gesto al despedirse de la vida.

—Déjeme V. en paz; yo sé como se contesta á los importunos.

—Comprendo, amigo mio..... quizá por eso me da V. tan ambiguas respuestas respecto al duque.

—No ciertamente; pero deseando no hablar ya de este asunto, concluiré, diciéndole á V. lo siguiente:— es verdad que el duque me acompañó una tarde en el coche, y que me visitó tambien..... ¡ojalá que así no fuera! pero á pesar de esto, solo puedo decir de él, que es tan insolente como burlon é incomprensible, y que toda persona que tenga en algo su juicio y su reposo, debe alejarse de semejante criatura como de la boca de un abismo..... ¿qué digo? mucho peor..... Entre otras mil raras cualidades que posee, resalta la muy especial de exaltar la bilis, sacarle á uno de quicio, y trastornar la mas clara y serena razon. Esto puede V. decir á los que me crean enterado de mayores miste-

rios, añadiendo que me tendrá por enemigo el que vuelva á mentar en mi presencia, el nombre del duque de la Gloria.

Mientras hablaba de este modo el de la Albuérniga, habia ido conduciendo al jóven hasta el pié de la casa, en donde lo mas cortesmente que pudo le invitó á que subiese á descansar.

Pero ¿no sabía ya su huesped lo terribles que eran las noches en aquella soledad? ¿cómo detenerse mas? Díjole, pues, que precisaba volverse á Madrid en seguida: el de la Albuérniga quedó al punto convencido, y acompañándole diligente hasta la puerta, recorrió con sus propias y sibaríticas manos los gruesos cerrojos para que se marchara. Ay! nunca hubiera hecho tal!

Tras de aquella puerta, que se abria inhospitalaria para deshechar á un huesped, vió el de la Albuérniga aparecer mas de diez cabezas humanas que se inclinaron respetuosamente ante él.

Los zapateros mas afamados de la córte, esperaban hacia una hora, que una mano benéfica les diese libre entrada en aquella mansion.

Inmóvil y asombrado, se quedó al pronto el caballero, pero despidiendo en seguida al jóven, dijo á los que aguardaban.

—Vds. vienen engañados..... aquí, no vive nadie.

Y cerraba la puerta. Mas uno de ellos, se adelantó entonces con respetuosa terquedad, y repuso:

—Dignese V. E. oirnos algunos momentos..... Nosotros somos los maestros zapateros encargados de presentar al duque de la Gloria, la exposicion que.....

—¿Qué tengo yo que ver con ese personaje? les interrumpió el de la Albuérniga, fuera de sí.

—Señor, nos han dicho que estaba aquí.....

—¿Aquí? ¡Iras del cielo! ¿aquí? ¿cómo en tal caso, podría estarlo yo?

—¿V. E. querrá entonces, darnos noticia de su paradero? segun nos aseguraron..... solo V. E. sabe.....

—Se me calumnia infamemente. ¡Qué yo sé de él! sabrá el diablo..... pregunten Vds. en otra parte: ¡Iras del cielo!.....

Y cerró violentamente la puerta. Mas no bien se habia sentado lleno de fatiga y de cólera, sobre un banco de cesped, cuando sintió, que dos manos se posaban sobre su espalda, mientras le decia una voz cascada.....

—¿Con qué así se miente? però no á las amigas ¿no es verdad?

El caballero, vió entonces delante de sí, á las viejas solteronas, que la otra tarde le habian encargado con desesperadora insistencia, supiese de que eran hechas las maravillosas botas azules del duque.....

—Tambien Vds!! murmuró entonces con voz casi ininteligible..... mientras las miraba azorado.

—Si..... tambien nosotras, respondieron ellas, sentándose tan cerca de él, que con las enormes narices casi le tropezaban en los cabellos. ¡Picarillo! V. ya lo sabia todo y se lo callaba..... pero henos aqui, como caidas del cielo. ¿A qué no esperaba V. esta sorpresa?.....

—Oh! si la esperara! repuso el caballero sordamente.

—Y bien; con las buenas amigas como nosotras no se gastan cumplidos..... En este mismo sitio, lo vamos á saber todo ¿eh? y prontito, porque nos volveremos hoy mismo á Madrid. ¡Estamos tan fatigadas!.... como que hace doce años lo menos, que no hemos cometido un exceso como este..... ¡Andar en dos horas un camino tan largo! Creimos que el carruaje se hacia pedazos..... pero en fin..... aqui estamos ya, dispuestas á confesarle á V..... Todito, todito, nos lo va V. á decir, como y para que, y de que manera..... sin olvidar el menor detalle..... en las ocasiones se conocen los amigos..... ¡Vaya! no reflexione V..... empecemos. ¿Quién es..... ese duque de la Gloria? Ese personaje tan íntimo amigo.....

Dióle al de la Albuérniga en aquel instante tan fuerte tos, que las viejas sintieron alterados sus nervios, y creyendo que el caballero se moria, empezaron á gritar pidiendo auxilio. Acudieron entonces los criados, y el infortunado caballero, pudo decirles medio entre dientes, que le desnudasen inmediatamente, y le llevarsen á la cama.

—¡Aqui no..... desnúdenle Vds. arriba! murmuraron llenas de susto, mientras volvían la espalda al enfermo, y corrian hácia la puerta, gritando sin volver atrás la cabeza.

—Qué se alivie!.... qué se alivie!.... Aqui nos tendrá otra vez cuando esté bueno.

Y llenas de cansancio, y tan ignorantes sobre lo que querian saber, como antes lo estaban, tomaron de nuevo el camino de la corte.

En cambio el de la Albuérniga casi quedó completamente aliviado con su ausencia, y al otro día antes de romper la aurora, ya se hallaba camino de Barcelona: pero no iremos á seguirlo en su viaje. Segun parece de Barcelona pasó á Valencia, y de Valencia á Granada, y de Granada á Sevilla, y de Sevilla á Estremadura, y de Estremadura á Santander, y de Santander á Leon, y de Leon á Galicia..... etc. etc..... Le dejaremos pues, hasta que quiera la fortuna que le encontremos de nuevo.

CAPÍTULO X.

Mas triste que la noche estaba la pobre Mariquita esperando la contestacion á la carta que habia escrito al duque, y mas gruñona doña Dorotea que perro viejo en noche de invierno. Dos dias habian pasado desde el desgraciado acontecimiento del gato; pero á pesar de esto, no cesaba la vieja de reñir porque Mariquita, despues de haber tardado dos largas horas en ir tras del mínimo ladron, no habia podido al fin quitarle la salchicha.

—Nunca, nunca lo podré olvidar, decia la vieja, nunca podré perdonarte que se la hayas dejado engullir todita.

—Pero, señora,—respondió Mariquita con los ojos bajos y con las megillas encendidas.—¿Como habia de cogerla si el mismo se huyó con ella al tejado?

—¡Dale, dale!..... ¿en qué te entretuviste entonces dos horas largas? ¿Vamos á ver?

—En esperar á que bajara.

—En esperar á que se la comiera, dí mejor, tontona, mas tonta que Bertoldino, mientras el pobre Melchorcillo se moria aquí de impaciencia al ver que su novia no volvía. Y sabe Dios lo que hubiera dicho para su interior, si tan bonazo no hubiera nacido, al saber que su futura mugercilla á quien cree hacendosa como una hormiga, no tenía siquiera maña para quitarle al gato lo que se llevó entre los dientes.

—De lo que él dijera, poco me cuido yo.

—¿Cómo? ¿descuidada y respondona á un tiempo? y qué descoco!..... y qué aquel!..... Virgen Maria..... ¿Es esta la sobrina que he tenido siempre á la sombra de mi brazo? ¿Si se habrá vuelto loca esta chica?

—Mire V., tia; cada vez que le veo, pienso que si....

—¿Pero á quién?

—A Melchor.

—¡Vamos! de oírla, parece que todo el histérico se me revuelve y se me quiere salir á borbotones por la boca..... ¿Con qué todavía estamos con esas, cuando vais á hacer bodas?.....

—Hágalas él con quien quiera, tia, que yó buscaré quien me ha menester.

—¡Ay! ¿qué es lo que acabo de oír por estos oídos, siempre respetados y honestos? ¡Qué buscará quien le ha menester!! ¡ay! ¡ay!..... que perdidica la tengo, como perla caída en el mar!..... Y yo que le decia la otra tarde á Melchor.—Mas se me parece que si la hubiese parido.—¿Qué murmurará ahora el mozo y las gentes?..... Si á quien la enseñó le imita, mala maestra,

peor discípula. Jesus Maria..... ¡Cómo me vá á envejecer este disgusto!..... A casa de mi hermano voy á contarle lo que sucede para que busque un remedio á tantos males. Y tú, descastada y mas ingrata que Judas, añadió con mayor enojo, cuida en tanto de que el gato no se lleve otra vez la salechicha; pues ya que quitársela de los dientes no sabes, tampoco se la dejes robar.

Dicho esto, salió la vieja, encaminándose derechita á la calle del Clavo en donde vivia su hermano, mientras la pobre Mariquita, inclinando la cabeza sobre las rodillas, se puso á sollozar como una Magdalena.

Oh! y no era aquel llanto de esos que se enjugan cual lluvia de verano! Subyugada la desdichada niña por la tiránica ignorancia de doña Dorotea, y herida en medio del corazon por el fantasma azul, cuya imágen no podia apartar del pensamiento, sola, en fin, con su pasión y su pena, se sentia morir, como planta sin sol ó como insecto, que sin fuerzas para romper el débil capullo, se ahoga antes de haber hecho brillar á la luz sus alas de colores.

¿Qué es lo que veia Mariquita al estender la mirada en torno suyo? Una calle sombría, una tia gruñona é inflexible, y un novio, cuyo solo recuerdo la hacia estremecer de angustia.

Si hay algo horrible y detestable para una niña que empieza á amar, es el marido que la prevision paternal ha sabido desentrañar de alguna mina oculta. Padres é hijos tienen comunmente sobre este punto, gustos diametralmente opuestos, y mientras los primeros atien-

den á lo que ordena una razonada conveniencia, se encuentran los otros subyugados por la voz del corazon, única fuerza que les domina en la edad del amor, la mas bella de la vida.

Mas ni aun en esa edad, rodeada de cuanto hermoso encierra la existencia, ni aun en esa edad en que el fantasma de la muerte solo se distingue como una sombra vana, y en la que el ceñudo rostro del desencanto asoma apenas el contorno de su desgredñada melena, al través de las primeras ilusiones, dejamos de sufrir honda y profundamente..... Ay! tambien entonces la dicha se escurre de entre nuestras manos á prisa y sin sentirla, tal como se escurren las aguas de un rio bajo la helada superficie que el sol abrillanta con sus rayos.....

Mariquita permaneció llorando largo tiempo, hasta que, cansada de gemir, dobló la labor y se encaminó hácia el cementerio. ¿No era allí en donde esperaba volver á encontrar su adorada vision?

—Si mi tia y mi padre vienen y no me encuentran, dijo, me reñirán..... me reñirán mucho, pero ya no me importa.

Era la primera vez que no le importaba á Mariquita que su tia y su padre la riñesen, lo cual da la medida de su dolor.

Con los ojos enrojecidos y pálida como la misma muerte, llegó al cementerio; mas como era una linda muchacha, todavía parecia hermosa con su bata de percal graciosamente ceñida á la cintura, el pañuelillo de seda, descuidadamente caido sobre la espalda, y las

manos cruzadas sobre la cabeza. Al contemplarla inmóvil, al pie de una sepultura que el enterrador abría pausadamente, creyeráse la virgen acabada de levantarse de entre el polvo de los sudarios, y que conservaba todavía en su frente, el sello de divinos y melancólicos recuerdos.

Conocíala el sepulturero, de verla siempre en torno de las tumbas y al notar aquella tarde el abandono de su actitud y la palidez de su semblante, le dijo:

—¿Qué se te ha perdido entre los muertos niña, que siempre andas registrando por aquí? ¿quieres acaso venir á morar con ellos? lo imagino, pues tienes hoy una cara de arrepentida, que á las claras está pidiendo sepultura.

Mariquita no se inmutó siquiera al oír tan brutales palabras, sino que con un acento de ansiedad y de tristeza inexplicables, preguntó.

—Señor Blas, ¿nunca le han hablado á V. los muertos?

—¿Qué dices chica? ¡Ellos hablar! ¿Si pensarás que son amigos de conversacion? pregúntales como les va, y si te responden, que me entierren como les entierro á ellos.

Riose el sepulturero de su grosera chanza, pero como su risa fue á resonar de una manera lúgubre en los nichos vacíos, Mariquita se alejó de él, adelantando un paso, hacia la abierta sepultura.

—¡Eh! añadió el enterrador..... ¿Te ha dado el pasmo? si así prosigues acercándote caerás en el hoyo..... apartate.....

Pero Mariquita tampoco hizo el menor caso de esta advertencia. Se hallaba completamente absorbida en la contemplacion de aquel agujero estrecho y cuadrilongo, que el azadon impulsado por el fuerte brazo que le movia, ahondaba cada vez mas.

Bien pronto el hombre de las tumbas, despues de haber recogido los huesos por alli esparcidos y de amontonarlos sobre una especie de carreta, se alejó por algun tiempo dejando sola á la contristada niña.

Fue de ver entonces, como esta criatura, presa de un melancólico frenesí, saltó, con extraña alegría en el fondo de la sepultura y se tendió alli cuan larga era.

—¡Parece hecha para mi!..... murmuró despues y cerrando en seguida los ojos, y cruzando las manos sobre el pecho, añadió:

—¡Oh! ¡qué bien me encuentro de este modo! Si pudiese ahora dormir, y el señor Blas creyéndome muerta me cubriese con la húmeda tierra, ya no volveria á oir los gruñidos de mi tia, ni á ver la triste figura de Melchor. El ángel de mi guarda llevaria mi alma al cielo, mi cuerpo quedaria descansando en esta cama tan blanda y tan fresca, en esta cama que el sol visitaria cada dia, y la pena que siento no me lastimaria mas el corazon.

Ni un instante el recuerdo del azulado fantasma vino á mezclarse á las lúgubres cuanto locas ilusiones de la triste niña. Dijérase que el ángel que habia invocado para que llevase su alma al trono de Dios, apartaba de su pensamiento, en aquellos momentos que esperaba la muerte, la imagen profana del que despertá-

ra el primer sentimiento de amor terrenal en su inocente pecho.

De repente creyó oír que la yerba se agitaba en torno suyo..... ¿era el viento de la tarde? ¿era el vuelo de un pájaro?..... no..... eran pasos que se acercaban..... Mariquita se incorporó llena de sobresalto, pero en el mismo instante volvió á caer lanzando un grito..... Un rostro blanco como un pedazo de mármol acababa de inclinarse sobre la sepultura.....

—Niña..... ¿qué haces ahí? le preguntó en seguida una voz armoniosa, ¿has resucitado? ¿por qué tiemblas? ¿qué tienes?

—Vergüenza..... mucha vergüenza..... replicó Mariquita con el rostro oculto, bajo una punta del delantal.

—Vergüenza! replicó la voz..... ¿la vergüenza te obligó á ocultarte ahí?

—No señor, porque no la he sentido hasta este mismo instante..... lo que me obligó á meterme aquí, fue el deseo de morir para no ver mas á Melchor.

—Melchor..... ¡sospechoso nombre!..... ¿y qué te ha hecho ese Melchor, para que abrigues en tu corazón tan criminal deseo?

—Se quiere casar conmigo, como ya se lo he escrito á V. en mi carta.

—¡Mariquita! ¡eres tu Mariquita!..... exclamó lleno de sorpresa el duque de la Gloria, pues no era otro el que hablaba, y alargando sus brazos hacia la niña, añadió con cierta expresion de lástima.—Ven; sal de ese horrible agujero..... y hablaremos, ya que me has conocido.

En efecto, solo la perspicacia, ó mas bien dicho, el instinto de un alma por primera vez enamorada, pudo hacer que Mariquita reconociese al fantasma de sus sueños.

Envuelto el duque en una larga capa negra, y sin llevar aquellas botas que le hacian aparecer tan maravilloso y fantástico, apenas podia adivinarse en él al duende extraordinario, sino por la blancura del rostro, la elegancia del porte, y la mirada penetrante y burlona de aquellos negros ojos que chispeaban bajo el ala caída de un sombrero de castor.

No sin esfuerzo, consintió Mariquita en salir de la sepultura ayudada por el que amaba; mas tan pronto se vió fuera de ella, se alejó del duque ligera como una corza, cubierto el semblante, por el mas vivo rubor, que haya teñido jamás las mejillas de una niña.

—¡Muchacha singular!..... exclamó aquel mientras la contemplaba en su carrera. ¿Por qué huye? Mas..... ella se detendrá al fin para hablarme.

Engañosa creencia..... Toda la esperiencia de los hombres, no basta muchas veces para adivinar siquiera los secretos de un corazon inocente.

No huía Mariquita por coqueteria, ni por un vano capricho, sino que sintiéndose de repente avergonzada, por haberle escrito al duque, queria ocultarse de él, como si pretendiese así, mitigar el mal que ya no podia deshacer.

La loca fortuna, habia dispuesto no obstante, que Mariquita, se viese aquella tarde colocada entre dos abismos..... Mientras se alejaba del duque, Melchor que iba

á visitarla vestido con el pantalon color canela y el chaleco verde, le salió al encuentro en medio de la calle.

La niña, quedó por un instante inmóvil..... pero no vaciló largo tiempo, cual si el duque tuviese el poder de conjurar la melancólica vision que acababa de interponerse en su camino, corrió de nuevo hacia él, diciéndole en un acento, que revelaba el estado de su corazon.

—Es él, señor! ¡es él! ¡Véale V. que flaco, y que feo es! Caballero ¡por el amor de Dios! Si V. no quiere ser mi marido, dígame á quien he de pedir permiso para que me entierren viva!

Esta salida, y la triste figura de Melchorillo que les contemplaba desde lejos con la incertidumbre y el asombro pintados en el semblante, le hubieran hecho soltar al duque la mas sonora carcajada de su vida, si la actitud de Mariquita no revelase al mismo tiempo una profunda desesperacion.

—Atiende, niña, le dijo entonces despacio y cariñosamente, no te aflijas de ese modo. Si asi sigues, no habran de enterrarte viva, sino muerta..... sufre y calla por ahora, disimula tu dolor, que pronto he de decirte cosas, que aliviaran tu pena.

—Pues digamelas V. ya. ¿Sé yo acaso disimular? quién me ha enseñado á eso? respondió la muchacha con impaciencia y enojo.

—Las mugeres, sabeis esas cosas sin aprenderlas, repuso el duque sonriendo maliciosamente.

—Eso sucederá en Madrid, contestó Mariquita con la mayor sencillez y desenfado; pero en mi calle, la que

no viene al colegio de mi tia, gracias si sabe rezar.

—Pues bien, añadió el duque sin poder renunciar por completo, á usar con tan simplota niña su tono irónico y burlon. Sea como quiera, ¿por qué tratas tan asperamente á ese pobre mozo? Sin duda parece ser muy sensible á los rigores del frio; pero, al mismo tiempo, debe de hallarse muy enamorado de ti.

La mirada que Mariquita dejó caer sobre el duque al oir estas palabras, fue tan fiera y encerraba tan dolorosa reconvencion, que aquel no pudo menos de cogerle cariñosamente la mano, y decirle con cierta emocion.

—Perdoname..... eres como una sensitiva..... pero, en verdad, no es bueno que una muger sea ingrata. Que dirias de mi, si amandome tu como te ama Melchor, te tratara como le tratas?

—¿Podria eso suceder? no..... no quiero saberlo.... exclamó Mariquita con horror, y se alejó otra vez del duque, yendo á ocultarse en su casa.

Pero doña Dorotea y su padre que acababan de aparecer en lo alto de la calle, habian llegado á tiempo para ver que un caballero, envuelto en una capa negra, habia estrechado entre las suyas, la mano de Mariquita, mientras Melchor, sin atreverse á ir ni hácia adelante, ni hácia atrás, permanecia fijo en medio de la calle, contemplando aquella escena, que alumbrada por el crepúsculo, debia parecerle, iluminada por el infierno.

En cambio, doña Dorotea, que habia adivinado á la primer mirada lo que significaba semejante cuadro,

no pudo menos de exclamar, llena de consternacion, mientras ocultaba el rostro entre las manos.

—Ay!.... Pedro de mi alma, que hemos llegado tarde..... ya buscó..... ya buscó..... lo que le ha menester.

Apoyóse entonces en el brazo de su atribulado hermano, y le impidió así correr tras del seductor caballero de la capa negra, quien, por no comprometer mas á la pobre Mariquita, se deslizó rápidamente por una cercana travesía.

CAPITULO XI.

Lentamente, y como pensativo, iba subiendo el duque las espaciosas escaleras del palacio mas hermoso, si se esceptúa el de la Albuérniga, con su salon monstruo y su jardin tapizado de menuda yerba.

Mármoles, oro y terciopelo se encontraba alli por todas partes..... Mas..... ¿qué venia á ser para el duque aquel misterioso esplendor que rodeaba la habitacion de una muger?

En vano es cubrir un cadáver con flores, en vano esparcir esencias en donde la podredumbre ha estendido su corrompido aliento..... en vano tambien levantar templos á la mentira, y circundar de bosquecillos sagrados, los lugares en donde se rinde culto al oprobio, una soberana hermosura, una criatura peligrosa en sus hechizos, como la voz de la sirena, reinaba en aquella mansion, con todo el poder de la belleza, del talento y de la fortuna..... Mas el duque que llevaba escondidas en el corazon, cenizas no apagadas, de un

amor que habia ardido lenta y profundamente á la envenenada sombra de los celos y de los desdenes, queria acercarse á ella, insensible y frio como una roca, sin piedad, como la misma venganza..... Esto le costaba, no obstante, un supremo esfuerzo que no en vano se atreve un hombre á demostrar al mundo que puede llegar á donde ninguno ha llegado.

La humana naturaleza, siquiera se encuentre fortalecida por la gracia divina, se resiente siempre de su inmensa flaqueza.

A la luz de los primeros rayos del sol, que penetraban alegremente, por los anchos cristales de una galeria, las botas del duque despedian un fulgor que turbaba la mirada y el pensamiento..... quizá nunca habian aparecido mas hermosas.

Un criado que le aguardaba, se apresuró á anunciarle, y el duque se halló bien pronto en el perfumado gabinete de una muger vestida á la antigua romana.

Larga y plegada túnica, pies desnudos, brazaletes en piernas y brazos, seno medio velado, y una corona de mirto, entrelazada sobre la blanca frente, con largas trenzas de cabellos brillantes y de un hermoso color castaño, tal era su atavío. Alta y un tanto varonil, se adelantó con magestuoso paso á recibir al duque, diciendo:

—Hace tres dias que espero, sin desconfiar de mi buena estrella.

—La fé y la esperanza, son dos hermosas virtudes, Casimira, respondió el duque, inclinándose.

—¿El señor duque sabe mi nombre? en su boca suena mas armonioso que en otra alguna....

—Es posible!.... añadió el duque friamente.

—Pero ante todo, prosiguió Casimira sonriendo, quisiera saber si el señor duque ha visto alguna vez una muger parecida al retrato que hice llegar á sus manos, y si ha encontrado en esa muger una esclava digna de él.

El duque miró á la dama de alto abajo, y con la graciosa amabilidad del que dice una galanteria, repuso:

—No son asi ciertamente las esclavas que yo prefiero.

—¡Cómo!... ¿no es artista el caballero de las botas azules? replicó ella queriendo ocultar en vano cuanto acababa de contrariarla tan brusca franqueza.

—Segun, dijo el duque en el mismo tono risueño y galante..... algunas veces el arte es mi encanto, otras tengo en mas la sencillez de la naturaleza y aquella en que el ingenio no ha tomado la menor parte. Pero cuando se trata de una sierva.... de una esclava.... ¡oh! entonces mi severidad no tiene límites, me vuelvo analítico, meticulouso, y mi gusto es tan variado como difícil de comprender.

Mirábale la hermosa Casimira con mal reprimido enojo, y apenas, con la turbacion que sentia, pudo murmurar estas palabras:

—Es demasiada arrogancia..... al fin una esclava que nada exige.....

—Peor que peor, añadió el duque con alguna dureza; cuando yo hago proposiciones y quiero captarme

la voluntad de un amigo, puedo admitir sin réplica toda clase de condiciones, y pasar desapercibida una grave falta ó un leve defecto; mas cuando soy buscado, reflexiono..... vacilo, y..... lo he dicho ya, exijo mucho.

Al oir estas palabras que el duque habia dicho con suma naturalidad, la dama se puso primero roja como las cuentas de uno de sus collares, despues pálida como la flor de cera, y por último, lívida..... la indignacion y el asombro la embargaban á un tiempo, sin dejarle responder á tan extrañas palabras.

El duque la miró entonces fijamente, se levantó, cogió el sombrero, y haciendo una cortés inclinacion ante ella, le dijo con el aire severo de un padre que se permite corregir á su primogénito.

—Nada tengo que hacer aqui, señora, pues la que se dice mi sierva y mi esclava, no conoce todavia la sumision y la humildad que yo deseo.

Y se adelantó hácia la puerta sin añadir mas, pero cuando iba á salir, sintió que una mano ligera le detenia.

—No quiero que el que yo ambicionaba tener por mi mejor amigo, se aleje sin haberme conocido. Mi orgullo lo exige asi.

Dijo Casimira estas palabras con semblante altivo, pero ya sereno, y el duque se volvió para oirla.

—Hábíale ofrecido mi estimacion al caballero de las botas azules, prosiguió ella, y súpalo el señor duque, tal oferta es mayor y va infinitamente mas lejos de lo que pudiera alcanzar un espíritu ambicioso; por esto

me sorprendió al pronto su réplica, pues un alma noble no espera jamás de otra alma, que cree noble también, ser tratada con una indiferencia desdeñosa..... pero si me sorprende, señor duque, no me abato..... soy una muger de espíritu fuerte que sabe hacer frente á las tormentas.

—*De espíritu fuerte*..... repitió el duque con delicada ironía..... apuntaré esta idea en mi libro de memorias. Tengo inmensos deseos de probar hasta donde llega la *fuerza de espíritu* de una muger como Casimira, pues temo, que ó ella ó yo, equivocamos el sentido de estas palabras.

—Por mi parte, replicó la dama con firmeza, no creo equivocarme, que harto convencida estoy de lo que digo. Lo repito; soy una muger de espíritu fuerte á quien ciertas preocupaciones del mundo no importan, y que se adapta buenamente á todo. Seria capaz de ocupar un trono con la majestad de una reina, y de descender sin esfuerzo hasta la esclavitud que yo quisiera imponerme.

—Gran riqueza de recursos por cierto..... ¿y ninguno de esos cambios será violento á la bella Casimira?

—Ninguno..... únicamente..... ¡eso si! soy un tanto victima de mis caprichos.....

—¡Qué lástima!.....

—Esto no lo hubiera otra confesado.....

—Quizá no..... pero no necesito de esa confesion para creer que Casimira, que tan fuerte se imagina, es débil como una niña mimada y voluntariosa, que toma

la terquedad por valor y la tenacidad de un capricho por fuerza de espíritu.

—¡El señor duque me juzga así!..... ¡Ceguedad sin igual!

—Lo veremos; pero ya que la que se ha dicho mi esclava tuvo la amabilidad de detenerme, sentémonos y hablemos ahora con calma. Veo que empezamos á reñir y la cuestion promete ser complicada y difícil.

—Sentémonos, amo mio, tiránico dueño, ¡mas no para reñir! Una amistad que empieza tan encontrada, es fácil que concluya en opuestas regiones.

Daba aquel gabinete á un pequeño jardín, sembrado de naranjos y delicadas flores, y entre ellas fueron á sentarse Casimira y el duque, mientras una camarera cogia lilas y pensamientos, que colocaba cuidadosamente en el regazo de su señora, la cual, como tenia de costumbre, iba formando graciosos ramilletes.

Una hermosa fuente murmuraba entre el musgo, el sol de la mañana, alegre como la juventud, venia á reflejar sus rayos sobre las aguas que jugaban con ellos, formando mil visos de colores, y la brisa, el rocío, el grato silencio y el cielo, mudo testigo de lo que pasa en la tierra, todo convidaba en torno á hablar de cosas íntimas y secretas.

—Hé aquí una flor hermosa como mis esperanzas, le dijo Casimira al duque, presentándole una rosa entreabierta. ¿Podré depositarla en manos del señor duque, para que la cuide como lo merece tan cándida belleza, y la haga revivir cada dia como el cariño de un padre?

—Oh! señora! repuso aquel, acercando la rosa á los labios para aspirar su aroma; todo el poder de los hombres, no seria capaz de impedir que esta flor se marchite.

Y mudando de tono, añadió, con una familiaridad desconocida en él.

—Ahora, Casimira, seamos personas formales, abandonemos las palabras inútiles, y, al revés de lo que hacen las gentes que se dicen castas y modestas, sin que dejemos de serlo, discutamos sobre lo que es casi siempre indiscutible entre dos corazones simpáticos.

—¿Nó fuera mejor obrar en esto, como la experiencia ordena? seguir un camino opuesto al de los demás, es siempre peligroso y pudiera acontecer.....

—No lo dudo..... pudieran acontecer muchas cosas..... mas..... yo amo los escollos, y lo que es aun peor, voy á su encuentro.....

—¿Un temerario? que porvenir de luchas se me prepara, exclamó ella riendo.

—Hé ahí un medio de probarme que Casimira tiene fuerza de espíritu. Si lo desea, puede no obstante retroceder todavía.

—Discutamos, discutamos, pues.

—Discutamos..... ¿V. ama?

Suspensa quedó Casimira al oír estas palabras, mas no tardó en decirle á su vez al duque:

—¿Y V. ama?

—Las esclavas no preguntan.

—¡Oh! eso es demasiado..... ¿El caballero de las botas azules será realmente un tirano?

Por única respuesta, el duque sacó de una cartera el billete que ella le habia escrito, y despues de haberlo leído en voz alta, añadió, fijando en Casimira una mirada extraña, que la llenó de turbacion.

—¿Rectificamos? de una vez para siempre.....

—Indigno fuera que desmintiese mi labio, lo que mi mano ha escrito.

—Pues bien, repuso el duque, sin apartar de ella los ojos: desde hoy, Casimira es mi esclava, y por que yo lo deseo, hará mi voluntad, y me obedecerá ciegamente, como hoja que desprendida del árbol vá á donde la llevan los vientos.

Mientras el duque decia estas palabras, tenia su mirada una expresion amargamente irónica, que una galante sonrisa podia apenas dulcificar. Casimira, la muger valerosa, no pudo menos de pasar una mano por la frente y cerrar los ojos, para preguntarse que clase de abismo se estaba abriendo á sus pies. Para ella, rica, hermosa y despreocupada, ¿podia existir alguno en el terreno en que se habia colocado? ¿Nó eran estos patrimonio exclusivo de las mugeres pobres, débiles y susceptibles de vanas aprensiones?

Y sin embargo, un vago temor acababa de despertarse en su corazon, pero ya no habia remedio. Además de que deseaba con mayor ardor conocer á fondo la misteriosa existencia del duque de la Gloria, una muger que se habia dicho *de espíritu fuerte* no podia retroceder en el escabroso y difícil camino que habia emprendido. Era preciso que pusiese á prueba el valor de que sabia hacer alarde.

—En el terreno de la amistad, pensó locamente, puedo ir tan lejos, como imposible me fuera, dar un solo paso en una cuestion de amor. Pues bien, le probaré á este duende desdeñoso, que soy capaz de ponerme á su nivel en lo absurdo, en lo incalificable..... quiero hacerme así dueña de sus secretos..... adelante pues! Y tomando su partido, dijo:

—Muy bien, señor mio; todas las exigencias humanas llegan á un punto del cual no se puede pasar; allí me detendré, y allí tendrá que detenerse mi dueño.

—Estamos conformes, y así volveremos á la empezada conversacion. ¿V. ama?

—Si!..... repuso Casimira con esfuerzo; pero ¿á qué viene esa pregunta? añadió con mal encubierta altivez. Yo quiero ser para el señor duque, inviolable como una sacerdotisa del sol, franca como no lo ha sido otra alguna, amiga verdadera y esclava humilde y fiel entre todas las esclavas, quiero, en fin, que el señor duque halle en mí cualidades que las mugeres no suelen poseer..... para esto, he humillado voluntariamente á sus pies mi orgullo, dejándole conocer á mi dueño todo el arrojo de mis pensamientos, todo el valor de mi espíritu y la flexibilidad de mi carácter, que en sus manos será como la blanda cera en las del inspirado artista.

—Indudablemente soy un artífice sin rival en esa clase de obras..... mas ¿con qué objeto me regala V. con tantos favores?

—Pienso que lo he indicado ya..... con el de captarme el amistoso afecto del ser mas extraordinario y

misterioso que he conocido, con el de ser mirada por él como superior á las demas mugeres, y digna de que se muestre conmigo menos incomprensible que con los demas.

—¡Ah!!!

—Para eso he osado penetrar en la densa atmósfera que rodea por todas partes al caballero de las botas azules; mas al hacerlo así, facilmente se comprende, que me he cubierto antes con la coraza de las amazonas, y que he dejado á la puerta al amor con sus caprichosas veleidades y graciosas tonterias, que ejercen sobre la cabeza el efecto del vino.

—¡Cuántas palabras inútiles! se ha mostrado V. ahora elocuente, pero bien en vano. ¿No comprende la reina de las flores que soy adusto y severo como el mismo Caton? Se diria que mi hermosa esclava teme á cada instante—pese á su valentia—verse cogida en algun lazo, traidor! ¡Locura! gusto, si, algunas veces, de saltar de rama en rama como los pajarillos, y por eso, ora discuto sobre cosas graves, ora sobre amorosas cuestiones, de las cuales suelo volver sin transicion alguna á las ciencias ó la filosofía. Señora, pienso que no debe aconsejarle á V. el valor de que está llena; prosigamos, pues, nuestra truncada conversacion. ¿Ha leído V. por casualidad ciertos cuentos de los tiempos medios en los cuales brilla una poesia algo salvaje, sin duda, pero hermosa?

—No.

—Me alegro y lo siento á la par..... Allí hubiera visto como obedecen las esclavas, pero sobre todo las

esclavas de amor..... Algunas veces, el noble caballero, montado en soberbio corcel, deja que su amada, le siga á pie y jadeante. Desgarrados los pies de la pobre niña, tiñen de roja sangre las piedras del camino, y las blancas margaritas nacidas al pie de los pantanos, se coloran tristemente, cuando su planta fatigada las huella. Sus sienes laten con fuerza, le parece que va á faltarle con su apoyo, la tierra, que en torno de ella gira y se desvanece, confundiéndose con el cielo, y apenas le quedan fuerzas, para respirar el aire suficiente que le hace conservar un resto de vida. Mas él le dice *¡Si-gueme!* y ella amenazando á la muerte, todavia corre y corre tras él, hasta que llegan al castillo, y casi moribunda, da á luz, en el pesebre en donde descansan los caballos, un hijo del noble castellano. Solo entonces, él consiente en hacerla su esposa, y manda á tres nobles damas que laven con esencias, los ensangrentados pies de la madre de su primogenito.

—Barbara, horrorosa historia es por cierto, reputo Casimira con disgusto. Qué amante salvaje, que *hurron* debia ser el tal caballero.

—¡Oh! como él hay muchos, que solo pueden vivir en medio de esas escenas conmovedoras, pues no todos hemos nacido con pacíficas y suaves inclinaciones. Hasta tal punto llegan, Casimira, las exigencias humanas, y aun van algunas veces mas allá.

—Pero bien, señor duque, ¿qué tenemos que ver con todo eso? Dos amigos como espero que lo seamos ambos, no necesitan de tan terribles pruebas para creer en su mutua estimacion.

—¡Qué, señora!..... La amistad es un sentimiento mas grave que el amor, y mas comprometido, si se trata de un ser como yo y de una muger como Casimira.

El semblante del duque parecia de frio mármol al decir estas palabras, y Casimira que lo contemplaba con miedo casi, dijo, despues de algunos momentos de silencio:

—Voy á ser franca, amo mio: como he dicho ya, soy una muger valerosa y lo probaré muy pronto; mas no negaré, que las palabras del que se ha liecho mi señor, me producen una especie de triste confusion y de graves recelos. Digerase que se ha propuesto intimidarme, subyugarme como el alcon á la paloma, y hacerme entrever, en medio de mi risueña vida, un mundo de tinieblas.

—Y si eso fuese cierto, ¿que haria la muger de espiritu fuerte?

—Qué haria?..... jamás pude pensar que llegase un hombre á ponerme en semejante tortura, ¿qué haria? ... pues bien, señor duque, seguiria adelante..... siempre adelante.

—No soy el solo temerario.

—Pero señor duque, ¿tras de esas botas que admiro, se ocultará por ventura una pata de cabra, ó tras de esa corbata simbólica y llena de misterio, la escamosa garganta del diablo?

—¡Quién sabe, esclava mia! ¡tiene ese caballero chanzas tan singulares! ¡usa de tan extraños recursos para engañar á las almas cándidas!

—Mi alma no es cándida.

—En ese caso, podría hacer que se volviesen contra ella las espinas de su propia malicia, ó que se consumiese en la llama de sus deseos.

—Bah! para eso no necesito del diablo, que de suyo se quema quien al fuego se atreve. Pero veamos señor duque: me hallo muy impaciente y quisiera que conviniésemos en algo. ¿Me será permitido hacer una proposicion? lo pido con la mayor humildad.

—¡Proposiciones!..... muy lejos vamos en breve espacio; mas vale tanto mi esclava, que consiento.

—Bien, yo prometo probarle á mi incrédulo dueño toda la fortaleza de mi espíritu, todo el valor y la abnegacion de que es capaz una muger como Casimira, obedeciéndole en el terreno de la amistad, con la sumision que enseñan esas bárbaras leyendas.

—Señora..... señora..... prometer es mas fácil que cumplir.

—No importa, lucharemos en ese terreno á ver quien vence á quien..... mas si salgo victoriosa—ya he dicho que no pretendo ser la amante ni la esposa del señor duque—lo que si pretendo, es que en tal caso me haga su confidenta, la depositaria de sus secretos.... que me mire, en fin, como su amiga predilecta, como la única digna de ser llamada fuerte y fiel guardadora de los misterios que nadie sino yo entienda. Si, señor duque, quiero saber su historia, quiero saber que significan esa corbata y esas botas..... y en que seno de muger ha sido engendrado un ser á un tiempo tan amable, tan burlon y tan frio.

—¡Y no es poco á fé! Mas..... ¿quién me asegura de la discreccion de V., señora?

—Mi amor propio.

—Vulnerable es por cierto, y bien meditado, añadió con cierta sonrisa impertinente, reparo que mi atavio preocupa demasiado esa imaginacion. Qué tienen que ver mis botas y mi corbata, con nuestra amistad, señora?

—Verdad es, dijo la dama, conociendo justo el reproche, y añadió con bastante torpeza:

—Esto consiste, amo mio, en que desconfiando ya de llegar á adquirir esa amistad sin precio, ya que he ido tan lejos, no quisiera perderlo todo. El señor duque extraña ademas, que quiera saber cuanto á él toca, ¿por qué? esto mismo prueba el inmenso interés que me inspira.

El duque se rió mucho al oir estas palabras, sin ocultar que le parecian ridículas en boca de una persona de tanto ingenio como Casimira.

—No, caballero, no es esta ridícula ficcion, añadió ella con resentimiento; V. mismo no podrá comprender acaso el doble interés que me inspira con sus misterios. Esas botas excitan en alto grado mi curiosidad. ¿Cómo no? ¿qué ánimo no se sorprende al contemplarlas? pero la singular persona que las lleva, me tiene mas inquieta todavia. Algunas veces..... lo diré: se me figura reconocer ese semblante, que una leve máscara parece desfigurar á mis ojos, otras el eco de esa voz penetra en mi corazon semejante á una lejana reminiscencia. ¿Será esto ilusion? Casi lo he creido, al ver que el duque pa-

saba al lado de la rica, de la hermosa, de la envidiada Casimira, como si no la viese, ¡sin mirarla siquiera!.... No por esto se apartó de mi pensamiento la idea de hablarle un día con una franqueza que le sorprendiera, y por medio de la cual, si en otro tiempo nos hubiésemos visto, pudiese reconocermé al punto. Le enviaré además mi retrato, dige, y sabré por Zuma, si al contemplarlo se ha conmovido. Mas el resultado no ha sido en verdad satisfactorio para mi orgullo. Mi dueño, prosigue siendo un misterio, así para mi como para los demás. Hé ahí porque no quisiera perderlo todo.

—Es justo; pero V. dijo que amaba, ¿á quién, esclava mía?

—Eso es llegar al colmo de la tiranía: ¡exigir confidencias sin haber hecho ninguna! Ya veo que he dado mi libertad á un tirano como el de las bárbaras leyendas.

—¿Qué importa? ¿á quién, Casimira, á quién ama V? repitió el duque con la misma impasibilidad.

Por el semblante de la dama pasó entonces como un relámpago de impaciente ira, y respondió con firmeza.

—Me amo á mí misma.

—;Cosa extraña! y yo á Casimira, añadió el duque, deshojando de un golpe la rosa que ella le había dado.

Casimira palideció al ver esta acción que el duque ejecutara con una indiferencia desesperadora para ella; mas, recogiendo en seguida las hojas de rosa por él esparcidas, las guardó cuidadosamente, mientras decía con ironía:

—Y yo, señor duque, aun cuando no puedo corresponder á un sentimiento, que no me hubiera atrevido á sospechar siquiera en tan adusto Caton, sé agradecer ese amor que no merezco.

—¡Cómo, señora! ¿y nó se indigna V? ¿Hace tal cosa quien, como Casimira, se ama á sí misma? Oh! si para probarme su discreccion contaba V. con su amor propio, hélo ya comprometido y tornándose en humo.

—¡Cuán rígido y cuán amargamente irónico es V., caballero! exclamó Casimira, sin ocultar que se hallaba casi rendida por la lucha. ¿Quiére V. olvidarse de que una esclava á la cual se le pide ante todo, respeto y sumision, debe recibir sonriendo los desprecios de su dueño?

—Esa esclava, antes que á sí misma, debe de amar al que se hace servir por ella de rodillas.

—Pero, ¿qué es esto? hemos dicho que no se trataba de amor entre nosotros.

—Pero, señora..... la amistad no es amor? ¿El corazon no abriga á la vez cien amores distintos? ¿Quizá esa profunda simpatía, esa adhesion que hace morir á un amigo por otro amigo, no puede llamarse amor? Por lo demas, esté V. segura de que su coraza de amazona, me amedrenta, de que no estoy enamorado de mi esclava, oh! no! ni quiero que ella se atreva á enamorarse de su dueño..... Para qué, si esto seria contrario al buen órden, y soy yo ademas tan adusto y tan invulnerable para el amor como la coraza de las Amazonas? Mas las esclavas, para obedecer ciegamente, para no quejarse de la planta que las pise, pa-

ra sufrir la tiranía y los caprichos de su señor, necesitan amarle con la firmeza del valor y de una amistad á toda prueba.

—Es ese el punto de partida?

—Cómo dudarlo? V. ha hablado ademas de hacer sacrificios..... ¿cuáles? he aqui el primero que yo podria exigir. ¿Qué esclavo no viste la librea de su dueño? Esta es una cosa esencial..... Pues bien, la que asi ataviada se atreva á acercárseme en medio de un banquete, será la depositaria de mis secretos, sabrá quien soy y el misterio que encierran mi corbata, y estas maravillosas botas azules.

—Pero eso, es espantoso!

—Muger de espíritu fuerte, la valerosa..... la des-
preocupada..... ¡Adios, pues!

—Señor duque, V. es un demonio.

—¡Adios! repitió él con voz suave y amorosa!

Besóle entonces una mano que ella le abandonó sin esfuerzo, y se alejó lentamente.

—¡Nos separamos asi! murmuró todavía Casimira con voz ahogada.

Pero el duque, ni siquiera volvió la cabeza. Sabia, sin verlo, que el rostro de Casimira se hallaba bañado en lágrimas.

En efecto, aquella muger cuyo talento era tan grande como su despreocupacion, aquella muger reina siempre y tirana, aquella muger que habia envenenado para siempre el corazon de un hombre, acababa de pagar en un momento las culpas de toda su vida.

Todo su ingenio y su hermosura, no habian podido

comover, ni aun levemente, el carácter de hierro del duque.

El singular caballero, no habia salido, sin embargo, incólume de aquel combate. ¿Qué penetrante mirada puede distinguir algunas veces la llama abrasadora que dentro del pecho está consumiendo el corazon, mientras la sangre parece congelada en las venas? Por eso todo se vuelve ilusiones y vanas congeturas en este mundo.

Tu oyes amigo mio, los secretos que mi labio te confia, pero ¿sábes acaso, lo que queda todavia en el fondo de mi pensamiento? ¡y bien! yo no sé tampoco lo que en el tuyo escondes. ¡Asi rueda la vida!

El duque de la Gloria, sufria al alejarse de la dama. El peso de antiguos recuerdos, recuerdos de esos, que como dice Chateaubriand, quedan como una eterna ponzoña reposando en el fondo del corazon, le agobiaban el alma, y al reirse de aquella muger se reia tambien de si mismo. ¡Oh! en su frio dolor hasta maldijo de la inspiracion de su musa.

Mas esta, le llamó cobarde, le amenazó con abandonarle á su destino, y el duque volviendo en si se preparó para nuevos combates.

¿Podía al fin vivir sin luchar?

CAPITULO XII.

Hallabase la gran señora de Vinca-Rua, casi disgustada de la vida, desde que habia asistido al baile dado en casa de la condesa Pampa.

¡El duque de la Gloria habia pasado á su lado, sin reparar en ella!.... ¡desgracia sin igual!....! ¿Cómo apartar de la mente idea tan infausta? Dia y noche torturaba su pensamiento, para buscar un medio de llamar sobre sí la atencion del duque, sin que ninguno le pareciese bastante oportuno y de buen gusto. Por eso no tenian límites su mal humor y su displicencia..... no queria recibir á nadie, y apenas llamaba á su doncella para que la peinase mas de dos veces cada dia.

Con el alma sombriamente triste, estábase una tarde reclinada sobre el sofá, pensando en su desgracia, y en las rarezas de Adriana de Cardoville que habia sabido hacerse amar de Jdalma, cuando vió entrar precipitadamente á su doncella quien, inmutada y pálida, le dijo:

—Señora..... señora..... á poco me desmayo..... *El* esta ahí! le hé visto.....

—¡A quién! muchacha, ¿te has vuelto loca? atreverse á entrar así.....

—Perdóneme V., señora..... pero acaba de apearse á la puerta..... Oh! qué maravilla!

—¿Qué quieres decir? Habla pronto..... ¿A quién has visto?.....

—Al caballero de las botas azules.....

—¡Será verdad!.... Dios mio!.... *El aquí*.....

La señora de Vinca-Rua, la reina de la moda, se puso entonces en pié rápidamente, y cogiendo llena de confusion una mano de su doncella, prosiguió diciéndolo con voz conmovida:

—Rosa mia..... ¿Estás cierta de lo que dices? Ese personaje, admiracion y asombro de la corte, y que á penas se digna mirar á nadie, ¿se ha apeado á nuestras puertas?

—Yo le hé visto, señora..... pero el ayuda de cámara se acerca..... es que viene á anunciarle..... Estoy temblando.

En efecto, un criado se presentó diciendo, que el gran duque de la Gloria queria ver á la señora en aquel mismo instante.

—¡Con qué Rosa, no se ha engañado!.... murmuró la de Vinca-Rua, como si no pudiese creer todavia en tanta felicidad.—Que espere en el salon de las flores, —le dijo al criado—y en medio del mas completo trastorno, añadió, tan pronto como quedaron solas:—Esto parece una ilusion..... un sueño..... pero ¡qué fa-

talidad! ¡en qué momentos me sorprende!..... tan desaliñada, tan ojerosa.....

—Nada de eso, señora..... está V. perfectamente.

—¡Qué he de estar!.... sin rizos, sin bandós, con un miserable vestido de glase liso..... ¿por qué no se me habrá ocurrido poner el verde á listas blancas ó cualquier otro? Vaya!.... ¡es para desesperarse!

—Pues yo..... ¿qué voy á parecer con esta bata tan llena de manchas y tan súcia? añadió la doncella.

—¿Qué importas tú?.... habrase visto la insolente!...

—No lo digo por mi, señora, sino por honor de la casa.

—Es verdad, ¡cómo si mi casa fuese á perder ahora el honor, porque mi doncella no tenga limpio el vestido!..... poco falta para que estas miseras criaturas se crean tanto como sus señoras.....

—El señor duque tiene prisa, dijo el ayuda de cámara, acercándose muy agitado.

—Oh! no lo sabia..... ¡qué desgraciada soy! Dile que voy ahora mismo. Pronto, Rosa, arrégrame estos cabellos y deja de pensar neciamente en tu bata..... pero, ¡qué aturdida estás!.... ¡qué torpe!.... ¿quieres colocarme ese rizo sobre las narices?

—Hacia el medio de la frente, como la señora lo manda otras veces.

—Suelta..... suelta, me peinaré yo misma, pues lo echarás todo á perder..... ¡qué tormento! Llegar al extremo de arreglarme el cabello con mis propias manos, como la mas miserable de las mugeres!.... ¡Y en qué trance!.... Pronto, un vestido cualquiera, con tal

que no se asemeje al que tengo puesto, y que llevarás para tí, á condicion de que no he de volver á verlo jamas, porque le tengo aversion.

El ayuda de cámara, mas sofocado que nunca, se acercó de nuevo, diciendo, que el señor duque se impacientaba en extremo, y que no queria aguardar un momento mas.

—Detenle..... detenle, que ahora salgo.

—Pero, señora, si no quiere..... si.....

—Te digo que le detengas, ¿nó has oido ?

El criado volvió á alejarse todo confuso, mientras la de Vinca-Rua iba y venia por la estancia con una impaciencia difícil de describir, pero sin olvidarse, á pesar de esto, del menor detalle de su elegante peinado.

—No hay una muger mas desgraciada que yo, proseguia diciendo con una irritabilidad creciente; nada me sucede como lo deseo. Venga ese vestido..... ¿qué me traes ahí? el color punzó, ¡qué estupidez! ¿no sabes que me torna morena y macilenta? Tampoco el color malva, ni 'el azul porque son demasiado chillones. El blanco, el blanco con flores lila. Todo hay que decirselo á estas gentes. Cualquiera, menos tú, comprende que esta hermosa tela dá al rostro cierto aire de frescura y de juventud. Bien; la gola..... ahora el alfiler de perlas, los pendientes largos..... la red, porque estos cabellos se me escapan por todos lados: ¡ya se vé! he tenido la desgracia de peinarme con mis propias manos..... Dios me lo tome en descuento de mis culpas. Pero, ahora recuerdo..... quizá me siente mejor el prendido á la Benoiton: tráele.....

—¿El prendido al boton, ha dicho la señora? ¿cuál es?

—¡Que boton ni que torpeza! ¡Vaya! tambien será preciso ir sin él. Como si el francés no fuese ya una lengua casi española, y que entiende todo el mundo, menos estas gentes, que solo saben la suya..... dejemos el prendido y vengan las ligas celestes.

—Pero si no se vén, señora, y.....

—¿Qué importa? ¿habia de ir sin ellas? ¡qué horror! se me hubiera conocido en el semblante. Vamos, las ligas azules y los zapatos de moña blanca.

—El señor duque se aleja ya; no puedo detenerle, repitió por última vez el criado con dolorosa entonación.

—¡Dios mio! ¡que servidores tan estúpidos me ha deparado la fortuna!.... pues corre á decirle que ya estoy en el salon; no hay remedio..... Rosa, dame ese abanico y el pomito de esencias..... ese no..... el de jazmines.....

—Señora, falta un zapato, lleva V. uno blanco y otro negro.....

—No importa, voy..... ¿qué tengo de hacer? ¡Qué criados..... santo Dios!.... ¡qué criados me rodean!....

La señora de Vinca-Rua se lanzó entonces apresuradamente hácia el salon, en el mismo momento en que el duque de la Gloria, venciendo la política resistencia que le oponia el ayuda de cámara, iba á levantar uno de los grandes portiers, para alejarse. Pero al oir el ruido que formaba el largo vestido de la dama, se volvió hácia ella, diciendo con la irónica, cuan-

to delicadísima galantería que le era propia y con la cual hacía soportar todas las impertinencias y todos los insultos que salían de sus labios.

—Al fin, señora.....

Al oír la de Vinca-Rua, el eco de aquella voz que por segunda vez llegaba hasta ella, se conmovió visiblemente, y apenas pudo exclamar llena de aturdimiento:

—No sé como expresar mi asombro y mi satisfacción, caballero, al verle á V. aquí, si bien ignoro todavía á que debo tamaña fortuna.

—¿Me conocía V., señora?

—La noche del baile..... oh! ¿y quién no conoce á una persona tan distinguida y tan..... El que la ha visto una vez, no puede olvidarla ya..... por lo demás, sé que muy pocos tienen la dicha que yo tengo ahora.....

—Si á verme llama V. dicha, confieso, señora, que estuvo á punto de dejar de serlo.....

—¿Por qué causa?

—No me agrada esperar, y cuando V. llegó iba á alejarme, aburrido, muy aburrido de pasear solo por este vasto salón.

—Oh!.... cuanto lo hubiera sentido—dijo la de Vinca-Rua entre sorprendida y confusa—no me consolaría jamás, si V. se hubiera alejado así..... Crea V. que me devoraba la impaciencia, pero mis criados son lo mas torpes del mundo, y yo no estaba vestida todavía.....

—¿Todavía no?.... á las tres!.... afortunadamente hace calor..... si bien mucho mas hace en el corazón

del Asia, y las gentes se visten allí desde que dejan la cama.

La señora de Vinca-Rua apenas supo que responder al pronto á tales palabras, que la hicieron ruborizarse; pero pasados los primeros momentos, repuso, casi tartamudeando:

—¿Quizá ignora el señor duque que hacemos aquí lo mismo que se hace en el corazon del Asia, es decir, que nos vestimos cuándo nos levantamos del lecho?

El duque, eludiendo la pregunta, y tomando un aire cada vez mas atractivo y misterioso, repuso:

—Es decir que es V. perezosa..... que acababa V. de levantarse cuando yo entré..... V., la reina de la moda, el modelo del buen tono!.... Qué lástima! Si las señoras se levantasen con la aurora, y se acostasen con el sol, conservarían mucho mas puras la frescura del rostro y la del corazon..... pero está visto, Europa ha degenerado y se vuelve salvaje y ridícula, por la perversion de las costumbres.

Sacó entonces su cartera del bolsillo, y sin el menor reparo, escribió en ella algunos apuntes, murmurando casi en voz alta, mientras hacia resbalar el lapiz sobre la hoja: «Siempre el gato; dormir de dia, cazar de noche, no comer lo que caza, si no lo que roba.» Ah! gato..... gato!..... como van á ponerte el cascabel!

La de Vinca-Rua al oir estas palabras, no supo si enojarse juzgándolas una indigna burla, ó si reirse de ellas..... pero el rostro del duque estaba tan grave, y tan severamente hermoso, que no era posible contemplarle sin enmudecer. Henos pues á la orgullosa señora, en

el lance mas apurado de su vida, y sin acertar á salir de él.

Comprendiendo no obstante que le era forzoso decir algo, pues el duque guardaba el mas profundo silencio, repuso.....

—A mi pesar caballero, acaban de sorprenderme esas palabras que no comprendo.....

—Aluden señora, á la mala costumbre de levantarse á las tres de la tarde, las elegantes damas de estos paises.....

—Veo que no nos entendemos..... yo no acababa de levantarme cuando V. llegó, únicamente no estaba en traje de recibir.

—Ah!..... *en traje de recibir*..... V. me perdonará mi ignorancia; pero ¿tendria V. la amabilidad de decirme, como es el *traje de no recibir*?.....

—He ahí una pregunta que parece tan irónica como atrevida.

El duque se puso en pie al instante y dijo:

—No lo creo yo así..... pero una vez que mi lenguaje le desagrade á V., me retiro.....

Estas palabras resonaron como una amenaza en los oídos de la gran señora, que replicó vivamente.

—No es que me desagrade su lenguaje de V. caballero, todo al contrario, le encuentro lleno de atractivo, mas no puedo negar, que me pareció notar en él, una así como osadía inexplicable, que disuena en mis oídos: mas, lejos sin embargo de mi pensamiento, el creer, que hubiese V. abrigado la menor intencion de ofenderme..... no me tengo en tan poco señor duque.....

—Por mucho que V. pudiera valer, señora, jamás falta un atrevido que ose poner su mano en donde nadie la ha puesto. ¿Quién existe en este viejo mundo, que no pueda ser herido y ultrajado por otro? así hace V. muy mal en creer que yo no podría ofenderla.

—Se acusa V. mismo, repuso la de Vinca-Rua palideciendo.

—Esto no es acusarme, es decir únicamente, que quizá no se haya V. engañado al juzgar sobrado atrevidas mis palabras. Es mi deber, pues, retirarme y no pasar adelante en mis investigaciones..... V. lo ha dicho antes, no nos entendemos.

—Y aun cuando no nos entendamos, ¿cumple V. caballero con alejarse así..... sin haber dicho el motivo de su visita?

—Imposible me fuera, señora, explicarme sobre ese punto.

—Imposible!.... no puedo creerlo..... Cuando un ser tan interesante y misterioso se nos acerca por su voluntad, para abandonarnos luego sin haberse dignado darse á conocer mas que como un extraño, no sé que viva emocion, que profunda ansiedad se apodera del corazon y le desasosiega; por mi parte ya no podria quedar tranquila.

—Lo comprendo..... pero nada de cuanto á mi atañe puede tener, por ahora al menos, una explicacion satisfactoria. ¿Vé V. señora esta corbata y estas botas, admiracion de las gentes? pues ellas así como mis investigaciones y mis visitas, son completamente hermanas ó lo que es lo mismo, incomprensibles.

—Eso raya en lo insoportable..... es irritante..... impolítico..... ¡Haber venido y no decir á qué!.....

—¿Le pesa á V. mi visita? cosa singular; hace un instante, se hallaba V. muy complacida de ella y conceptuaba una dicha el verme: ¡vanas futilidades! He venido..... esto ya no tiene remedio; me alejo..... V. quedará así satisfecha.

—¿Cómo he de quedar satisfecha? Necesito una explicacion caballero; oh! eso si..... apenas hemos hablado algunos instantes.....

—Se ha puesto V. tan grave á las primeras palabras, que me seria imposible esperar mejor resultado de las que se seguirian; por eso he renunciado á proseguir mis investigaciones..... V. no podria sostener una conversacion en mi estilo.

—¡En su estilo! lo procuraré al menos aun cuando sea tan difícil, que hasta ahora no haya acertado á conseguirlo. Sé que existen estraños caracteres, en extremo francos, que hablan de las cosas no como comunmente se habla, si no como ellos las sienten y quizá el señor duque sea uno de ellos.

—Quizá si..... ó quizá no.....

—Y bien, no podré al fin decidirme á tolerar en V. lo que á otro no podria perdonarle?

—Tampoco vamos conformes en esto. Yo no mendo tolerancias, impongo siempre en el ánimo de los demas mis pensamientos: así, cuando hablo, no se me tolera, señora..... se me escucha.

—Veo que es V. tan severo como incomprensible, tan misterioso como difícil de contentar. Mas, ¡cosa

extraña! esto mismo aumenta en mi el deseo de alcanzar sus amistosas simpatías, y de que no nos alejemos como enemigos: oh! un enemigo como el señor duque, debe ser tan implacable como invencible. No extrañe V., pues, el que le suplique me diga como dejaré de incurrir en su desagrado.....

—Difícilmente se me contenta: V. lo ha acertado; y es porque no voy nunca en pos de lo bello ni de lo que ambiciono.

—¡Qué monstruosidad!.....

—¿Por qué? los que van en pos de esas cosas no obtienen comunmente mejores resultados que yo. Lo que aman y desean, se aleja de ellos, mientras les sale al paso todo lo que detestan..... por eso busco siempre lo contrario de lo que me complace..... Oh! si así no lo hiciera, ¿seria digno de calzar estas botas?..... pero ya vé V. como no podemos entendernos; ¿á qué cansarnos mas?

—Es decir que se empeña V. en alejarse, sin haberse dignado decirme..... ¡Señor duque! medítelo V. bien; eso seria abusar! qué digo? seria insultar, hollar mi dignidad, jamás ofendida, seria..... en fin..... no sé lo que me digo. Señor duque, apelo al honor de V. que él decida.

—Tanto rendimiento, no puede menos de conmovirme, señora, y me excederé á mi mismo. Veamos, pues, probemos si es V. realmente capaz de soportar alguna de mis revelaciones. Hila V? ¿la tela trabajada por esas manos, semeja la batista?

—Hilar!!!! hilar yo!..... Una muger de mi clase ha-

bia de llenarse de aristas y oler á lino como las criadas de aldea! qué burlon es V., Dios mio!

Y la señora de Vinca-Rua se rió mucho, pero con una risa de aquellas que ocultan una profunda desconfianza. El duque la interrumpió al punto, añadiendo con la severa gravedad que á veces daba un carácter inmutable y sombríamente respetuoso á su pálido semblante.

—No es burla, señora. Mi visabuella, que era condesa y muger de talento, hilaba rodeada de sus sirvientas que hilaban tambien. Hilaban las reinas en otro tiempo, en que no se habia olvidado, que dijo Dios la hombre: «Comerás el pan con el sudor de tu frente;» pero es cierto que tampoco se suda gran cosa hilando..... Adelante! ¿Hace V. calceta?

—¿Tambien habia de hacer calceta?

—Asi vá el mundo. Despillarros domésticos, gastos supérfluos, trabajar para derrochar, heredar para holgar..... ¡Ah! pícaro gato! En fin, señora..... preferirá V. coser, ¿no es verdad? Es una de las mas bellas ocupaciones de la muger. Cuando con la cabeza inclinada sobre la labor piensa en Dios ó en sus hijos, mientras á cada ir y venir de la ligera mano, hace estallar contra el dedal la fina aguja que brilla entre sus dedos, no hay corazon de hombre, que al verla, no se sienta conmovido.

—Las costureras parecen muy bien asi, han nacido para eso, dijo la de Vinca-Rua con cierta lastimosa benignidad.

—Y V., ¿para qué ha nacido?

—Oh! para vivir y morir sin duda.

—Ah! lo mismo que las costureras.

—Pero no para coser. Cuando las mugeres de mi clase cojen alguna vez la costura, se pinchan los dedos de una manera horrible, señor duque.

—Pobrecitas! entonces, ¿qué clase de ocupaciones llenan sus horas? ¿cómo cumplen aquella sublime misión, que todo ser que nace, trae á la tierra?

—¿Necesito decirlo? Válgate Dios! una muger de mi clase, ¿no tiene bastante con cumplir los deberes de sociedad y del gran mundo?

—¿Cuales son esos deberes, señora?

—Señor duque..... se diria que ha vivido V. en la India.

—Quién sabe? Acaso en el Africa, ó en la Siberia.

—Pues, bien: el piano, el dibujo, las visitas, los paseos, los bailes, el teatro, ¿nos dejan acaso un instante de reposo?

El duque volvió á sacar su cartera y se puso á escribir en ella, diciendo en voz alta: «Deberes que ocupan la existencia entera de las mugeres de la alta sociedad en la civilizada Europa: el piano, el dibujo, los paseos, las visitas, los bailes, el teatro» ¿Hay algo más, señora?

—Tambien la equitacion, las lenguas extranjeras.

—«La equitacion, las lenguas extranjeras.» ¿Y la nacional?

—Oh!.... esa se sabe sin aprenderla.

—Muy bien; el arreglo de la casa, el cuidado de la familia, ¿todo eso se halla encomendado á otras manos? ¿no es así?

—Por supuesto. ¿Qué tiempo nos quedaria para eso señor duque? Llega una del paseo, por ejemplo, se tiende en la butaca llena de cansancio, y cuando se encuentra mejor, ya es hora de ir al teatro, y á vestirse otra vez. Viene una del teatro, y cuando quisiera descansar son las doce, la hora del baile y..... á vestirse de nuevo; deja el baile, se acuesta, duerme casi nada, hasta las dos de la tarde, y cuando quisiera una estar un instante sola, hay que vestirse otra vez, ó para visitar ó para recibir.

—Que fatalidad, señora.

—Oh! es una eterna fatiga..... ¡Cuántas veces, Dios mio, tengo ambicionado la tranquilidad de los campos..... la vida de la aldea!

—¿Tiene V. mas que emprenderla?

—Ya lo hé probado en mas de una ocasión, pero ay! me aburro en seguida, y tengo que volverme á la corte.

—Y sigue V. fastidiándose?

—Por supuesto!

—Desgracia sin igual! hé ahí el gato, siempre el gato!....

—El gato ¿qué significan esas palabras extrañas?

—Hablo del gato, al que hay que ponerle el cascabel. Tantas criaturas devoradas por la miseria y el trabajo, tantas otras devoradas tambien por el fastidio y el ocio..... es una terrible calamidad, y en vano se habla de adelantos, de progreso; las mugeres siguen atormentadas, las unas teniendo que hacerlo todo, que trabajar para sí y para los demas; las otras haciéndose vestir y desnudar la mitad del dia, teniendo el deber

de asistir al baile, á la visita, viéndose obligadas á aprender la equitacion y las lenguas extranjeras..... ¿Cómo no sufrir? cómo no cansarse y aburrirse de todo eso? El que ha de ponerle el cascabel al gato, procurará buscar un remedio eficaz para tan grandes males; pero en tanto, señora, oiga V. mi opinion sobre el particular. Dicen que las mugeres no deben ser ni literatas, ni politiconas, ni bachilleras, y yo añado, que lo que no deben, es dejar de ser buenas mugeres. Ahora bien, ninguna que no sepa hacer mas que andar en carretela, tumbarse en la butaca y decir que se fastidia, por mas que sepa asimismo la equitacion, las lenguas extranjeras y vestirse á la moda, nunca será para mi otra cosa, que un ser inútil, una figura de carton indigna de oir la mas pequeña de mis revelaciones. Estas solo son dignas de ser confiadas á cierta muger hacendosa como la hormiga, semejante á mi vis-abuela, aquella que era condesa, é hilaba en medio de sus doncellas. La ando buscando por todas partes..... no sé si la encontraré.....

Al acabar de decir esto con un acento que hizo asomar lágrimas de asombro y de despecho á los ojos de la de Vinca-Rua, el duque de la Gloria se alejó á grandes pasos, antes de que ella acertase á darse cuenta de si aquella escena, tan ridícula como extraña, habia sido realidad, ó sueño atormentador, que el recuerdo de las botas azules y de aquel duque misterioso habia creado en su imaginacion.

CAPITULO XIII.

En una casa de la calle de Atocha, cuarto principal de la izquierda, habia dos dias á la semana gran tertulia, de confianza los jueves, y de etiqueta el domingo.

Asistian á ella, aparte de las siete señoritas de la casa, hijas de un médico afortunado, otras cinco, que habitaban el cuarto de la derecha, hermosas niñas, hijas de un abogado mas afortunado todavia; otras seis, hijas de un empleado en hacienda, el cual si seguia soplando el viento de la fortuna pensaba ascender á director del ramo, y otras dos, que porque su padre era familiar del conde de A..... y esperaba obtener muy pronto, la efectividad de teniente coronel, querian asi como las del empleado en hacienda, contarse en el número de esa aristocracia, que, semejante á ciertas tisis pudiera llamarse *incipiente*. Solian concurrir tambien, algunas vecinas de la misma categoria, y en aquel salon,—pues aunque se decian salones, las demas habitaciones no eran sino antesalas—se reunian por lo

general, como unas veinte jóvenes, bonitas las unas, graciosas la mayor parte, y todas con aspiraciones á un buen partido. Respecto á ellos, eran lo que se dice, jóvenes de *grandes esperanzas* y si las damas aspiraban á un brillante acomodo, ¡no digo nada los galanes!

Es de advertir no obstante, que por entonces, ninguno habia pensado todavía en el santo matrimonio, lo cual formaba un gran contraste con el afecto cariñoso, que aun las mas ligeras y coquetillas de aquellas niñas profesaban desde el fondo de su corazon, á las dulces alegrías que proporciona un hermoso dia de boda.

Y esto es bien natural por cierto. Los hombres se casan muchas veces, se casan con la toga, con la política, con las ciencias, con la cartera de ministro, mientras que las mugeres, solo se casan una vez en la vida. Si llegan á dos, ya sienta mal en los ojos que lloraron á un muerto, el rayo de alegría, que ha venido á iluminarlos en las primeras bodas. Es una repeticion de ceremonias que se asemeja algo á un remordimiento, y parece, que tras de las blancas cortinas que ocultan el lecho nupcial, debe hallarse escondida una sombra.

Mas volviendo á coger el hilo de nuestro relato, que al parecer se enreda y desenreda como suelta madeja, diremos que era la vispera de un domingo, ó lo que es lo mismo, un sabado por la tarde, y que las jóvenes que habian de asistir á la reunion de la casa de la calle de Atocha, se hallaban muy afanadas arreglando sus trajes de baile y de paseo para el siguiente dia.

Deciase que el duque de la Gloria habia de atravesar á las siete el salon del prado, y quizá dar por el mas

de una vuelta. ¿Cómo no llevar entonces las mejores galas?

Las del médico, las del abogado, las del empleado en Hacienda y las del teniente coronel, se hallaban igualmente inquietas, todas iban y venían en medio de muselinas, tules y gasas, esparcidas en el desorden propio de los cuartos de labor.

Una viva impaciencia las devoraba por ver concluidos sus vestidos, y aunque algunas querían sostener, sin menoscabo, el estado de aristocracia incipiente en que creían hallarse, pusieronse á coser ellas mismas, para terminar mas pronto la tarea, cubierto el dedo índice de la mano izquierda con una calza de piel, á fin de que la aguja con su acerada punta, no dejase, en el cutis la marca de sus picadas, porque..... ¿qué mal efecto no hubieran hecho, á los ojos de un jóven bien nacido y de porvenir?

Por lo demas, como ninguna de estas familias, podía sostener, pese á sus buenos deseos—gran número de servidores, hasta la cocinera tuvo que dejar mas de una vez las cacerolas, para venir á dar su puntada. Esto no suele acontecer en las casas verdaderamente aristocráticas, es verdad, ¿pero acaso tan pequeño inconveniente, seria bastante para desalentar á nuestras heroínas?

Las del médico, que eran siete hermanas, tenían la casa revuelta de arriba abajo, no siendo posible dar un paso, sin tropezar con algo que no debía pisarse. Estaban estas señoritas empeñadas en presentarse con los mejores trajes, en lucir algo, que escediese en mag-

nificencia á lo que llevasen las demas, y como sus padres, aun quando consintiesen en irse arruinando de dia en dia por cumplirles todos sus caprichos, no pudiesen satisfacer ahora sus deseos, buscó cada una el medio de poder arreglarse un poco, sin tener que acudir á la bolsa paterna.

Tratábase de competir con las de Hacienda, en donde hay comunmente tantos negocios, y con las del teniente coronel, de las cuales podia decirse que llevaban todo el caudal sobre si, y era preciso sacrificarse para conseguirlo.

En efecto, la mas vieja, para estrenar un collar que la habia encantado, mandó vender ocultamente, un juego de cama, y dos camisas de fina tela, que su padre le habia regalado el dia de su natalicio. Súpolo la segunda, y para no ser menos, quiso estrenar tambien unos brazaletes y un lindo cinturon, para lo cual, hizo vender asimismo un manguito de preciosas pieles, y la crucecita de oro de su rosario. La tercera quitó los encajes á un vestido de su madre, para adornar el suyo, y no sabemos de que medios se habria valido la cuarta, para hacerse con una moña de rizos, y un sencillo pero elegante prendido. Solo las tres menores, que ignoraban todavia semejantes artimañas, no tenian que estrenar otras cosas, que las que sus padres les habian dado.

Aconteció, pues, que la mas jóven observó por la cerradura de la puerta como una de las otras se probaba, mirándose al espejo, el precioso cinturon, y llena de sorpresa, y con un si es no es de envidia, exclamó con acento un tanto amenazador.

—Ola! gatita, ¿quién te ha comprado eso?

—¿Quieres callarte, mocosuela? ¿qué estás diciendo que no te he comprendido? repuso la otra sin abrir la puerta y desnudándose á prisa.

—No te le quites, que ya le he visto.

—El qué?

—El cinturon.

—Y bien, dijo la delincuente presentándose al fin, me lo ha arreglado mi amiga Concha, que me estima mas que á sí misma.

—Quién.... ella? para sí lo hubiera querido. No, no me engañas..... yo adivino, no sé que cosas, y ya no es esta la primera vez; pero descuida, que voy á contárselo á Lola y á Juliana, y despues á mamá.

—No hagas tal, chismosilla, y te regalo mi alfiler de plata que tanto te gusta.

—Pero ¿quién me dá en cambio un cinturon como ese?

—Para el jueves próximo te permitiré ponerlo.

—Y á mi?

—Ya está ahí otra? picarona! por qué tienes la costumbre de andar con el oido atento á todo cuanto se habla!

—Y por qué tienes tu cosas que yo no tengo?

—Anda! he de pedirle á Dios que te deje sorda.

—Y yo he de pedirle que te deje ciega.

—Silencio ,gruñona, que ván á enterarse por allá adentro.

—Eso es lo que yo quiero.

En efecto, con estas voces, acudieron las otras y

armóse una baraunda como de siete hermanas; mas, las pecadoras, á fin de que no se enterasen sus padres de lo que pasaba, halagaron con promesas á sus hermanas menores, para que guardasen el secreto, al menos hasta que hubiese pasado la noche del domingo, porque despues, si no bastasen las disculpas, ya de suyo tenia que estallar la tempestad.

Las del abogado, hallábanse tambien plegando los bullones de sus vestidos, con parsimonia tan delicada, como si se tratase de una obra de arte. No podia ir esta tabla mas ancha que aquella, ni este lazo discrepar una línea del que le seguia, y de haberles sido posible, hubieran medido con un compás las distancias.

Nada estaba á su gusto. La falda, ó era demasiado corta ó demasiado larga, la cola no imitaba como debia, un abanico abierto, el cuerpo hacia arrugas, y se lo probaban cien veces, diciendo siempre:

—No puede ser, no puede pasar asi. En el vestir se conocen las verdaderas señoras. Descosa V. otra vez.

Y mientras perdian el tiempo de este modo, su madre, muger activa y trabajadora á pesar de sus aspiraciones, calados los anteojos, y con delantal blanco, estaba bate que bate, haciendo cold cream.

—¿Estará ya bastante, hijas? les preguntaba á cada momento.

—Mas batido, mamá, mucho mas.

—Es que se cansa el brazo, queridas.

—Pero mamá, ya lo ves..... es preciso!

Y la madre volvía á su trabajo. Otras veces dejaba el cold cream para ir á cernir harina de arroz, despues

dejaba el arroz para ir á revolver el almidon cocido, y de este modo andaba la buena señora como la rueda de un molino; pero andaba contenta, pues en un esceso de amor maternal, queria hacerlo todo, porque sus hijas no se estropeasen las manos, consintiéndolo las niñas como si fuese de justicia.

Por lo que toca á las del empleado en hacienda, la escena variaba un poco, aunque el tema era el mismo.

La madre y las hijas eran todas unas, en el vestir, en el discurrir y en el hablar. Reunidas en un elegante gabinete, conspiraban á la sazón, la una contra el que era apoyo de su debilidad, y las otras contra el autor de sus dias.

—Seria vergonzoso el que nos presentáramos con sombreros sin águila, decian las niñas. ¿Qué diria el duque de la Gloria que irá mañana al Prado, al ver-nos asi? que pertenecíamos á la última clase de la sociedad, que éramos hijas de un cualquiera.

—Cierto que lo diria; pero no temais. Aun cuando sepa de reñir para siempre con vuestro padre, llevareis mañana al Prado sombrero con aguilas, y por la noche adornos de encaje en los vestidos.

—Ay! pero papá es incorregible, y no quiere nunca comprender que, para que se fije en una un jóven de porvenir, se necesita no tener que avergonzarse de pasar al lado de las condesas..... que es preciso vestir como ellas, para que no nos desdeñen.

—Desdeñaros!.... Ah! eso no lo soportaré jamás..... Aguardad, voy á hablar con vuestro padre, y todo se arreglará.

Las hijas suspiraron dolorosamente, como si dudasen del buen éxito de la empresa, y pusieron oído atento á lo que hablaban los dos esposos en la habitacion contigua.

—Aguarda siquiera á que me nombren director del ramo, decia él.

—Pero no reflexionas que el duque de la Gloria irá mañana al Prado?

—¿Y qué tiene que ver ese ente ilustrísimo y singular con nuestras hijas? ¿Entre la muchedumbre que habrá en el salon, las distinguirá siquiera? ¡Qué tontas sois las madres!

El padre se reia al decir esto, mientras ella esclamaba llena de rabia:

—Jamás te nombrarán director ¡no! eres demasiado estúpido!

El marido se rió mas todavia, diciendo:

—Peor para tí en ese caso, querida.

—Si; ya lo sé: qué horror!.... ¿En dónde tenia yo la cabeza cuando me casé contigo?

—Sobre ese blanco y redondo cuello, Andrea mia, en el mismo sitio en donde la tienes ahora. Ay! ojalá no fuera asi.

—No aumentes mi desesperacion con tus chanzas, porque ya me siento mala; esto asesina!

—Pero muger, no me vengas atormentando en vano. Te hé dicho que para lo que deseas no nos llegaria el sueldo de un mes.

—Te quedan aun los negocios.

—Qué negocios! Mi casa es un abismo en el cual

se hubiera consumido todo el producto de los negocios de España, que es cuanto hay que decir.

—Siempre echándole á uno en cara la miseria que gasta.... ¡qué desgraciada soy! pero no retrocedo. Es preciso, absolutamente preciso, que mis hijas vestan mucho mejor que las del medico, y que no desmerezcan en nada á las del coronel. Es preciso que lleven mañana al prado sombreros con águila, y vestidos que correspondan á nuestra categoria.

—Si no tengo mas que cien duros para pasar el mes, ¿quieres emplearlos en encajes?

—Vaya; está visto que serás siempre el mismo. Un hombre á quien poco le falta para que cuente los maravedís que ha de gastar al dia, como los contaba el tacaño de Alforjon. ¡No sé como no te avergüenzas, al leer las descripciones de los bailes de la condesa Pampa! Tus hijas parecerian fregonas al lado de aquellas orgullosas mugeres.

—Ya lo creo ¡cómo que mis hijas no son condesas!....

—¿Valen menos por eso? ¿Si querrás decirlo tambien? Pues sabe, que, aun cuando me arruine, he de probarle á esas señoras que valgo tanto como ellas.

—No lo conseguirás. Te mirarán siempre mucho peor de lo que tu miras á las hijas de los médicos y los abogadillos, como sueles llamarlas.

—¿Qué es lo que vocíferas? ¡Jesus que hombre! Déjame..... déjame por piedad; no parece sino que te complaces en atormentarme.

Y la mamá se puso á llorar, mientras su esposo

se dispuso á dejarla sola; y entonces en el colmo de la desesperacion la buena señora volvió á gritar:

—¿Con qué es decir que no se comprará eso?

—Ya lo ves, añadió el marido con calma; ¡no puede ser!

Salió entonces de la sala, y su esposa se arañó la cabeza, para desahogar el dolor que sentia. Mas reponiéndose pronto, sacó una llave del bolsillo, y abriendo una cómoda, desenterró del fondo de una cajita un antiguo, pero magnífico aderezo, recuerdo de su difunta madre, y lo llevó ligera al Monte de Piedad.

Sus hijas adornaban dos horas despues los vestidos de baile con los deseados encajes y se probaban los sombreros con águila, hallandose con ellos muy hermosas.

A costa de vergüenzas y sacrificios tales, va soportando la clase media, el aparente fausto que la desdora y la pone en su último trance!...

Las dos hijas del coronel, infatuadas con la amistad que sostenia su padre con el conde de A., y creyendo pisar ya régios salones, apenas se dignaban cuidarse demasiado de los trajes con que debian asistir á la tertulia del médico. De día y de noche soñaban con títulos y honores, y repetian sin cesar que pertenecian á la clase de la sociedad, mas noble entre todas, la de las armas. ¿Qué no eran hoy los militares? ¿Qué no lo fueron en los antiguos tiempos? ¿Podía ninguno decirles, yo soy mas?

—Mamá, murmuraban aquella tarde, ¿cuando piensa papá presentarnos en casa del conde? Si supie-

ras que aburridas estamos de la empalagosa sociedad de las de Hacienda, que creen ¡infelices! valerlo todo, cuando se hallan á merced de los gobiernos, que pueden darles ó quitarles los medios de vivir!..... Además, ¿no es ya vergonzoso, que estemos reducidas á frecuentar la sociedad de un médico y de un abogadillo?

—Lo comprendo, hijas mías, pero no se puede romper de pronto con antiguas relaciones: al fin, en su casa pasábamos alegremente las noches cuando vuestro padre era teniente, y no recibia yo mas que sonrojos de las capitanas y comandantas. Poquito á poco las iremos dejando, cuando vuestro padre sea teniente coronel efectivo.

—¿Qué falta ya para eso?

—Que lo sea.

—¡Válgate Dios!..... Pero, mamá, es un tormento sufrir á esas médicas, que tienen la medicina por la mas honorífica y útil de las ciencias, mientras se atreven á decir insolentemente, porque se lo han oido á cierto abuelo suyo, que el arte de matar, así llaman á la carrera del ejército, debiera ser tenuta por la mas ínfima de todas.

—¡Necias que son! la ignorancia..... ¡ya se vé!

—Pues las del abogado tampoco cesan de encarecer, cual si quisiesen contradecirnos con ello, que no existe nada igual á la carrera de jurisprudencia. ¿Qué fuera del mundo, dice la madre con aplomo, si no hubiera quien hiciese justicia á los hombres? se despedazarian unos á otros como las fieras.—Pero les respondo confundiéndolas, que si no hubiese ejército casi no podria

haber mundo; porque ¿quién habia de defender los territorios, y las haciendas, y las naciones?

—Muy bien dicho, hija mia, perfectamente dicho, Dios te conserve la inteligencia que te ha dado. Y tu, Margarita, debias aprender de tu hermana á salir en defensa de los militares.

—¿Para qué, mamá, una vez que tienen ellos espadas?..... pero ¡cuánto deseo que llegue el dia de mañana! será una delicia recorrer el Prado, casi todas vestidas de azul..... ¡qué bello efecto! la modista ha dicho, que las damas de palacio y toda la aristocracia vestirá mañana de ese color y llevará sombreros con águila. Es una especie de obsequio indirecto que el pueblo de Madrid quiere rendir á ese personaje, á quien tanto admira. Muchos elegantes calzarán tambien altas botas de color azul, aun cuando ningunas podrán imitar la sin igual belleza de las del duque.

Sintiose en aquel momento ruido de pasos por la escalera, y exclamó una de ellas:

—Es papá..... le conozco en la manera de pisar, alguna noticia nos trae.

—¿Le habrán dado ya la efectividad? repuso la madre levantándose para salirle al encuentro con sus hijas.

Y en efecto era el teniente coronel, que entró agitado diciendo:

—Venid..... venid, si quereis verle, dicen que acaba de entrar en el Retiro..... un coche nos espera.

Mas cuando llegaron al Retiro, que se hallaba lleno de gente, de sol y de pajarillos que cantaban deliciosamente entre los árboles, ya no estaba el duque.

CAPÍTULO XIV.

—Tres bellas hurís esperan á mi dueño, dijo Zuma al duque cuando le vió llegar.

—Tres! oh mudanza!..... ¿esperan juntas?

—No estamos en Oriente, amo mio; cada una en su aposento.

—Digno eres de servirme. ¿Sabes quién son?

Una es la juguetona criolla, tan enamorada de su ardiente pais como del mas magnífico de los hombres.

—No soportaré siquiera por rival el amor de la patria. ¿La otra?

—Es aquella que ama hasta el aroma que llevo de vos en mis vestidos: la que tiembla cuando alguna mirada se posa en ella, como tiembla una yerbecilla cuando las aguas quieren arrebatarla al pasar, la del abanico, en fin.....

—Ah! ¡la marquesita de Mara-Mari! Vendrá á decirme que me vigilan nocturnos espías, ó á saber su horóscopo. ¡La lánguida niña es tan dada á la magia

cuando se trata de su sensible corazon!.... Y quién mas?

—Aquella de los treinta años, cuya régia belleza es comparable al sol de mediodia.

—En efecto, la condesa Pampa no tiene rival en el brillo deslumbrador de su radiante majestad. Pero ay! existen corazones mas duros que el pedernal. Condúcela al invernadero, y dila que hé llegado.

—¿Y á las otras?

—Que llegaré muy pronto.

—¿Haré vibrar cerca de su oido las cuerdas de mi bandolin para entretener su inquietud?

—¡No en vano has nacido en Oriente! Mas, sea: cántales aquella cancion que dice:

Como la flor del mirto es la inocencia
El soplo mas ligero se la lleva.

y la otra que concluye:

Sobre la ardiente arena del desierto,
Me sigues paso, á paso,
Cual sediento camello
De misteriosa fuente sigue el rastro.

¿Quieres beber la hiel de mis desdenes,
Muger, á quien no amo?
Dime, ¿por qué me buscas,
Si nunca te he buscado?

—Amo y señor, repuso el moro inclinándose profundamente, mi voz temblará al entonar esa cancion que el mas cruel de los hombrás dijo á una desgraciada, cuanto hermosa muger. ¡Es tan compasivo mi corazon!....

—Pero la compasion no niega la verdad ni escluye el buen consejo.

—¡Obedezco!!!

Zuma condujo á la condesa Pampa al invernadero, en donde flores desconocidas y hermosas ostentaban vivos colores y exhalaban acres y penetrantes aromas, capaces de producir el vértigo. La alta y bella figura del moro armonizaba perfectamente con aquellas plantas gigantescas, y quizá hubo de notarlo al punto la condesa, con rápida é inteligente mirada.

Parecia, no obstante, exclusivamente ocupada en contemplar las flores, algunas de las cuales iba cortando Zuma, y haciendo con ellas un artificioso ramo, que le presentó despues, doblando en tierra una rodilla y colocando una mano sobre el corazon.

No sabemos si por la mente inquieta de la condesa pasaria entonces rápidamente y semejante á un sueño, la novelesca historia de alguna noble cristiana y un aguerrido musulman; pero es lo cierto, que fijaba sus ojos con curiosidad é interés sobre el semblante del moro, semblante traidoramente bello, á la manera que el de Don Juan, de Byron.

—En nombre del mas admirable señor de la tierra, le dijo él, con aquella ampulosa y pródiga magnificencia de lenguaje que le era propia,—y si me es permitido, en nombre tambien del último de los esclavos,—añadió—me atrevo á ofreceros este ramo, que en el lenguaje de las flores quiere decir *Sultana del paraíso*.

—No puede dejar de aceptarse tan delicado presen-

te, mas..... dime, moro, ¿los esclavos en tu patria son todos tan galantes como tú?

—Todos, tratándose de una reina tan hermosa como vos.

—Y se atreven á llamaros salvajes! pero, dime, ¿dejarías el servicio del duque por el mio?

—Preguntadle á una madre si consentiria en abandonar á un hijo para seguir á otro.

—Moro, ó eres artificioso en demasía, ó amas mucho á tu dueño.

—Le amo, como á serme permitido, os hubiera amado á vos.

—Oh!..... basta!..... ¿y él á quien ama?

—El, señora! su corazon y su pensamiento son una inmensidad, en donde la mas penetrante mirada no encuentra límites. ¿Quién sabe lo que hay alli? pero va á llegar; señora..... adios!

Alejóse entonces Zuma, no sin haber acercado antes sus dedos al borde del vestido de la condesa, y besándolos con apasionada vehemencia y la condesa se quedó sola un momento, pensando en las veleidades de su corazon, en el moro, y en el señor mas magnifico de la tierra. Desgraciados aquellos que todo lo ambicionan, y nada les basta!

Sintieronse á poco unos pasos sonoros, percibióse un perfume aun mas punzante que el que exhalaban las flores, y una viva claridad azul anunció que se acercaba el duende que traía revuelta la corte y sus alrededores, sin excluir la Corredera del perro.

La condesa se estremeció toda y mudó de color,

no olvidándose, sin embargo, de arreglar con gracia los pliegues del vestido. El duque, que la sorprendió en esta ocupacion, le dijo saludándola:

—Lástima es condesa, que no sea costumbre colocar espejos en los invernaderos, pero yo aseguro, que debe V. parecer hermosa, por que Zuma lo ha dicho, y entiende de esas cosas.

—Ah! exclamó la condesa algo confusa. ¿Zuma vé por el señor duque?

—Pts! algunas veces, sobre todo si Zuma fué visto.

—Oh!..... no en vano se murmura, que esas botas azules, son un abismo, asi como vuestro corazon replicó la dama, mas confusa todavia, y evitando las miradas del duque.

—Y el de V. señora, ¿no será acaso otro abismo?

—Mi corazon, es un corazon sensible, impresionable, quizá demasiado inquieto, y nada mas.

—¿Nada mas? pues hay bastante con eso, para formar tres abismos por lo menos, condesa; uno, de sensibilidad, y he ahi acaso el mas peligroso para una muger, otro de impresiones quizá mas peligroso todavia, y otro de eternas inquietudes. ¡Señora!... ¡quién pudiera medir el fondo de esos tres abismos!

—Nunca lo he pretendido, pero á buen seguro que será lo que suele decirse una pequeñez.

—¿Por qué entonces, esas ambiciones y deseos que no encuentran término?

—¿Qué sabe el señor duque de mis ambiciones? ¿por ventura es un mago?

—¿No lo parezco al menos?

—Tanto, que necesita una hacer un esfuerzo para alejar de sí tan loca creencia. Mas ello, no es fácil cosa y heme aquí por lo mismo sumida en una duda de la cual solo V. puede sacarme.

—Pero no lo haré, señora....

—¿Es posible?

—Dicen que es insoportable la duda; pero hay ocasiones, en que la certidumbre es mas insoportable todavía..... infinitamente mas! ¿Por qué nos empeñamos siempre, en descorrer el velo que oculta algo á nuestros ojos? ¿Sabemos acaso si ese algo es la muerte?

—Que lo sea, ¿no hemos de conocerla al fin? Señor duque, á lo que entiendo, pensamos en esto, de un modo distinto. Yo solo encuentro hermoso y solo amo el rayo de sol, que aparece á mis ojos despues que se ha ocultado tras de la espesa nube. Solo me encanta lo desconocido, lo vago, lo imposible..... Las mas preciadas perlas perderian completamente su valor si pudiesen cogerse entre las arenas, como las margaritas.

—¡Funesta pasion, señora! Amar lo que no está á nuestro alcance! buscar lo desconocido, y solo encontrar hermoso, lo imposible, equivale á amar la desgracia, á buscar una sombra, y á adorar la nada. Condesa, si es tiempo aun, retroceda V. en tan traidora senda, pues á cada paso que el hombre adelanta por ella, se aleja de la razon, de la verdad, y del bien.

—¿Qué estoy oyendo? ¿Tambien los magos se han vuelto misioneros? Pero es en vano; yo no habré de curarme de mi pasion por lo desconocido, aun cuando el

mismo señor duque á quien tan particularmente estimo, la condene, y la llame funesta.

—Quizá lo sea para V. condesa.

—Terrible augurio.....

—No hay que inquietarse..... Me agrada á veces darme aires de profeta; pero es seguro, que no se cumplirán mis profecias, como no esté decretado que hayan de cumplirse.

—Lo supongo, pues no he nacido aprensiva, y después de todo, séame ó no funesta esa pasion, que es mi encanto, ¡nada importa! Apenas recuerdo haberme sentido nunca realmente desgraciada, y no me pesaria de llegar á serlo una vez siquiera en la vida ¿No es al fin ridículo, no saber una, lo que tantos millones de mugeres saben?

—Esas palabras me recuerdan involuntariamente los bárbaros estravios de los emperadores romanos.

—Sepamos por qué.

—Pienso que en esa naturaleza caprichosa, robusta y mimada por la fortuna, deben existir principios semejantes, á los que contenia la extraña levadura con que aquellos fueron formados.

—Gracias, duque. Desde ahora ya no tengo derecho para decir que es V. hipócrita ni galante, y le bendigo por ello con todo mi corazon.

—Amable condesa..... ¡Imposible me hubiera sido hablarle á V. en el mismo lenguaje que á las demas! Por ventura ¿no ama V. lo vago y lo desconocido?

—Mi presencia en este sitio lo confirma.... Solo semejante pasion pudo conducirme aquí para contemplar

esas magníficas flores nacidas en otros climas, y cuyo aroma, á decir verdad, empieza á marearme.....

—¿Desearía V. respirar por algunos momentos un aire mas puro?

—Lo necesito, que es mas. Esos perfumes son demasiado fuertes para una hija de Europa.

—Renuncie V. entonces á que esas pupilas negras se vuelvan azules.

—Renuncio de buen grado. Hasta el presente no me ha ido mal con el oscuro brillo de mis ojos, y si en lo futuro siguen siendo negros, no lloraré por ello.

—En hora buena, condesa, pues de cualquier manera siempre parecerán hermosos. Dirijámonos entonces hácia el estanque y bajo aquel toldo de hojas, gozaremos de una temperatura tan dulce, como la que reinaba eternamente en la isla de Calipso. Hé aquí la gruta.....

—Una gruta parece en verdad, esa bóveda sombría, formada por las espesas ramas. ¡Lugar hermoso es este para oír historias maravillosas como las que debe saber el señor duque!

—Una sola he aprendido, y es la mia.

—Precisamente, la que yo escucharía con mayor placer.....

—La que no he contado todavía á persona humana.

—Por lo cual sería mas interesante para mi. Oh! señor duque..... si V. quisiese hacer hoy la felicidad de una muger, que sobre todas las cosas de la vida, desearía ver descorrerse ante ella, el velo que oculta ciertos

misterios, me contaría V. algun episodio de esa historia no revelada á ninguno.

—¡Que pide V., señora!.... Mis palabras resonarían dolorosamente en esos oídos, solo acostumbrados á las confidencias del amor.

—Tan terribles serían?..... no importa. Las confidencias amorosas han llegado á cansarme con su monótona dulzura, y ya hé dicho que no me pesaría de conocer el dolor.

—Hablar de la hiel, no es gustarla.

—Abandone V. las excusas, señor duque. V. ha podido comprender ya hasta que punto me encanta lo extraño, lo desconocido y lo absurdo, si posible fuera, pues bien..... esa sonrisa que vaga de continuo en los lábios del duque de la Gloria, ese *no sé que* que le rodea, me prometen sin duda revelaciones tan ignoradas como los mundos en donde ya ha penetrado su mirada de águila. Por favor, no se burle V. de mi ansiedad, ¿no es esto natural en una muger como yo, al ver tan cerca, sin poder comprenderlo, un misterio, velado entre nubes deslumbradoras como el sol?

—Pero, señora, aquí para entre nosotros, ¿con qué derecho iría V. á penetrar los recónditos misterios que solo el cielo y yo sabemos, y á hacerse dueña de secretos, para siempre sepultados bajo la nieve que cubre las estepas de la Siberia, y allá..... en el Cáucaso..... entre aquellas montañas y aquellos abismos tan salvajes como mi corazón!

Al oír estas palabras la condesa se inmutó visiblemente, murmurando con trémula voz.

—¡Ay! no me ha engañado el corazón.

—¿Se siente V. mal? le preguntó el duque.

—Es preciso que yo sepa eso de las estepas..... eso del Cáucaso..... Oh! el Cáucaso!.... repuso la condesa, aun mas conmovida.

—Sin duda ha visitado V. tambien aquella region casi glacial, en donde hasta el alma parece resentirse de la influencia del clima?

—Quisiera que hubiese asi sucedido.

—¿Para qué? Hace ya tiempo que desapareció de alli el ave errante, que cantaba armoniosamente canciones que ella sola entendia. Yo la hé visto en otros dias bajar por las cumbres mas altas, saludando á las nubes impelidas por el austro, y sonriendo hácia el abismo, que parecia atraerla con su profundidad tenebrosa. Mas vino despues una tempestad, y arrebatándola en sus alas, aseguran que la condujo á la muerte. En realidad ella la buscaba á cada paso y ese á quien llaman ángel sombrío, debia acudir á su voz.

Hablando de este modo, el acento del duque era tan amargo y melancólico, tan sonoro y profundo, que se dijera arrancaba su armonia del fondo de un sepulcro.

—Oh Dios! ¿Es un fantasma ó un ser real? ¿es él ó su sombra? exclamó la condesa, mirándole con interés y con espanto.

Por única respuesta, el gran duque se sonrió, de la manera que se sonreía Petchorin, el héroe de cierta novela rusa, y casi fuera de sí, la condesa se acercó mas á él, diciéndole:

—Señor duque..... yo sé quien es V..... ay! conozco demasiado ese espíritu escéptico, ese carácter sensible y áspero á la vez, ese pobre corazon, nacido como el mio, ambicioso y descontentadizo. ¡Lo hé estudiado largos dias, cuando no hallaba nada á mi alrededor que me curase del hastío!

—Todo eso me sorprende. Conocerme V. tanto, condesa!.... Haber estudiado mi corazon por espacio de largos dias!.... en verdad, no comprendo como ni cuando han podido suceder tantas cosas.

—Oh! señor duque, el génio semejante al sol, estiende sus resplandores por el universo, Aquella dolorosa amargura, vertida en un raudal de poesia, respondia á las quejas de mi corazon, como un eco lejano y escuchandole me quedaba dormida, despues de evocar una imágen que venia á aparecérseme en sueños, confusa y vaga al principio, conocida y distinta despues.

—Pero, señora.....

—Fué entonces cuando el caballero de las botas azules apareció en la córte..... y al verle le reconocí.

—¡Cosa extraña! ¿Será V. sonámbula, condesa?

—Acaso..... pero es lo cierto, señor duque, que yo habia visto á aquel hombre, por eso aguardé, temblando, que se acercase á hablarme; mas desde que oí su voz temblé mas todavia..... Ay! casi no dudaba ya! La estatua colocada á la entrada de la galeria me hizo comprender despues que aquel poeta adorado podia tener tanto de Dios como de demonio. Desde entonces empecé una lucha á muerte con mi pensamiento. ¿Era él, ó no era él? Al resplandor de esas

botas, señor duque, yo veía ese rostro, y lo veo todavía, pálido y frío, irónico y delicadamente burlón, como he visto el suyo.....

—¿El rostro de quién, condesa? ¿Puede existir algún hombre que se me parezca, con tal que no lo haya devuelto el sepulcro?

Volvió á sonreír el duque como sonreía *Petchorin* y la emoción de la condesa no tuvo entonces límites. Creyendo reconocer en el duque el fantasma de sus locos delirios, cruzó las manos en actitud suplicante, diciendo:

—Señor duque, sufro horribilmente: V. y él son uno mismo, ¿no es verdad? Por salir de tan penosa duda, estoy pronta á sacrificar la vida y el porvenir.....

—No dispondré de esa vida ni de ese porvenir, señora, ¿sé por ventura quién es el fantasma, de quien V. habla?

—¡V. lo sabe!..... Allá en la Rusia ha nacido un poeta, cuyos cantos estaban en armonía con su semblante y con su corazón, podía compararse al ruiseñor, que busca la noche, para dejar oír sus gorgeos, y que solo en las tinieblas sabe entonar el himno de sus amores. El era sombra y luz, y al decir ¡no creo! ¡no amo! decía á la vez ¡amo y creo! ¡quiero creer y amar.....!

—¡Ah! basta, señora, la interrumpió el duque sin dejar de sonreír, adivino..... V. delira como una pobre enferma, y si quisiese la loca fortuna que fuese yo la sombra de Lermontoff.....

La condesa lanzó un grito ahogado al oír este nombre, y el duque prosiguió:

—Si quisiese la loca fortuna que yo fuese la sombra de Lermontoff, le aconsejaria á V., condesa, que antes de hablar con el mal espiritu de un hombre esceptico y muerto en desafio, se pusiese V. á bien con Dios.

—Lermontoff no ha muerto, señor duque.....

—Quién lo há dicho?

—No há muerto..... V. lo sabe..... ¡Nó me haga V. padecer mas!

—Lermontoff nació el año 11.

—Pero vive todavia! En fin, señor duque, acabemos. Necesito saber con certeza quien es V., ó seré yo quien realmente muera.

—¿Y si despues de saberlo muere V tambien?

—Que muera ¿acaso hé nacido eterna?

—Oh! delirios humanos!.... pues bien, condesa, lo sabrá V. todo, pero con una condicion.

—Cuál?

—Es muy extraña.....

—Sea cual sea, la acepto.

—Será preciso que V. se humille ante mi, para besar mis botas, antes de haberme oido.

—Oh! ahora mismo.....

—Ahora no puede ser: Zuma le dirá á V. cuando.

—Pero que sea pronto, porque voy á sufrir demasiado..... ya estoy sufriendo.

—Mejor, condesa.....

—¡Mejor!

—Tanto mejor. ¿Nó deseaba V. conocer el dolor y el sufrimiento?

—¿Quiére V. asustarme, señor duque?

—¡Qué asustar! Valor, señora, no en vano vamos buscando lo desconocido. La espera á V. una sorpresa. Oh! qué sorpresa! Hasta entonces, adios.

Cuando la condesa llegó á su casa, tuvo intenciones de volver otra vez al lado del duque y no apartarse de él hasta saber la verdad.

Zuma, que la fuera acompañando, le habia dicho cosas tan terribles y extrañas!.... Mas, cuando una imaginacion como la de la condesa va en busca de lo desconocido, no para hasta el infierno.

CAPITULO XV.

La marquesita de Mara-Mari, habia llorado de impaciencia y de ira al ver la tardanza del duque.

Ella cuidada como una delicada flor, ella adorada por los galanes mas imberbes quizá, pero tambien los mas elegantes de la córte, ella en fin, la heredera de la nobilissima casa de Mara-Mari, y á quien todos servian casi de rodillas, tener que esperar tanto tiempo á un hombre!

El caso, era poco menos que increíble.

¡Haberse dignado ir hasta la casa del duque, saber este, que ella le aguardaba y no apresurarse á venir! ¡Infeliz! mil veces infeliz caballero, si llegaba á amarla!

Cansada la linda marquesa de pasear por la estancia, y de morder las sonrosadas uñas, se habia reclinado sobre un divan, medio ahogada por la cólera, cuando sintió que una puerta se abria suavemente. ¡Al fin se ha acordado de que me encuentro aquí! pen-

só la jóven suspirando sordamente, mientras su rostro, momentos antes sombrío, tomaba de pronto aquel lánguido aspecto que le era peculiar, aquella espiritual melancolia, que la hacia asemejarse, á esos angeles á quienes pintan derramando flores sobre la tumba de un niño.

La hermosa, no se dignó siquiera mirar al duque, esperando con aire un tanto altivo á oir sus excusas; mas su admiracion no tuvo límites, al ver que el delincuente, arrastraba un sillón, y se sentaba familiarmente á su lado diciéndola.

—Bella marquesa, que extrañas cosas voy á contarle á V., por mi nombre, he visto, lo que no pensaba ver.

—Muy extrañas serán ciertamente, cuando tanto tiempo han entretenido al señor duque;—repuso la jóven dando á sus palabras un marcado acento de frío desden.

—Como que la estuve á V. contemplando amigamia, mientras V. se creia lejos de toda mirada.

—Cómo! exclamó la jóven con temblorosa voz; Caballero! ¿se me ha espiado?

—Contemplado he dicho, señorita.

—Es lo mismo Señor duque, eso es indigno....

—¿Por qué, marquesa? ¿quién no se goza en contemplar la belleza?

—Por que yo estaba sola..... y.....

—¿Y qué? «Cuando estés solo, haz lo mismo que harías si no lo estuvieras.....» Por mi parte tengo siempre presente esta máxima, y pienso que una dama, nun-

ca la olvida. Además, no era esta una habitación reservada, en donde mis ojos pudiesen sorprender traídoramente secretos de muger: en fin marquesa, ¿por qué fijarse en tales nimiedades? Sabido es, que impertinentes miradas vienen de cuando en cuando, á perturbar nuestro sosiego, y que todo en la vida, es lodo y miseria, todo farsa y mentira. ¿Qué hacer, sin embargo, si esto al fin no tiene remedio? resignarnos, con nuestras propias flaquezas, y no enojarse á cada instante una vez que todo es en vano.

—¿A qué viene eso señor duque?

—No nos apresuremos, bella marquesa; rodando rodando, llegaremos al fin. ¡Qué mundo este, amiga mia! No hace mucho, que yo me hallaba contemplando en dulce éxtasis la mas pálida y bella de las criaturas, la que como una flor de débil tallo, se creeria que va á romperse al menor soplo, la que parece en fin cándida como las azucenas, cuando de repente, la he visto convertida en una muger de pasiones violentas altiva, llena de si misma, implacable, colérica y vengativa como el mismo rencor. Lleno de sorpresa, consulté entonces al horóscopo, para que me revelase los secretos que encerraba la existencia de aquella muger..... y el antro de su corazon apareció á mis ojos, semejante á un abismo.....

—Señor duque! exclamó la marquesa inmutada, yo no he venido aquí para oír historias de magia, sino para hacer una revelacion salvadora.

—Gracias, marquesa, sé lo que V. tiene que decirme, porque nada pasa en la corte, que se oculte á

mis ojos. Lo que de mí se piensa y se murmura, las asechanzas de que soy objeto, las inquietudes que despierto en cada corazón, todo lo veo claro y distintamente. ¿Para qué, pues, hablar de eso? Al fin proseguiré tranquilo mi camino, y sin pedir permiso á ninguno, haré que mis botas sean el tormento y la dicha de los curiosos, que van en pos de una luz que les ha de dejar entre tinieblas. Dejémonos pues de tales cosas, y ocupémonos únicamente de lo que ha dicho el horóscopo.

—¿Que me importan á mi las revelaciones del horóscopo caballero?

—¿Qué imaginacion juvenil, no se encanta con ellas? La marquesita de Mara-Mari, ha pretendido mas de una vez, leer su destino en el fulgor de las estrellas, y en verdad que esas hermosas hijas de la noche, se le han mostrado siempre propicias. ¿No es verdad?

—¿Para qué interrogarme? ¿No lo sabe V. todo?

—¡Todo!.....

—¡Hombre afortunado! En ese caso, señor duque, nada tengo que hacer aquí. Mi sacrificio ha sido inútil, y solo siento haber importunado con mi presencia á un ser tan sublime, que para nada necesita de sus semejantes. ¿Será que un nuevo Dios ha aparecido en el universo?

La marquesa habia pronunciado estas palabras con sonrisa irónica y nerviosa, mientras se disponia á alejarse; pero el duque, con una naturalidad llena de gracia, le dijo:

—Oh! el orgullo de la raza! pero crea V., marquesa, que todo ese aire de altivez y todo ese enojo son

un recurso inútil para mi. Desde que he prescindido de mi propia vanidad, desde que he abandonado mi amor propio entre el lodazal de antiguos recuerdos, las demas vanidades y orgullos de la tierra no han conseguido mas que hacerme reir con su hinchada figura. En fin, marquesa, esa actitud altiva y un tanto cómica, no es bastante para ocultar á mis ojos lo que pasa en ese corazon.

—¡Vamos! el señor duque pretende sin duda que yo le adore como á una divinidad suprema, que me prosterne á sus pies adorando su inmensa sabiduria, que le pida la revelacion de mis propios secretos, ¡qué insensatez, caballero! no, ¡señor duque! ¿qué me importan esa sabiduria y esos misterios?

—¡Calma, por Dios, marquesa! Veo que se pone V. mala, porque no quiero rendirme ante tanta arrogancia y tanta belleza. Mas ¿puedo hacerlo acaso, cuando el horóscopo me ha revelado, que aquella muger á quien he visto convertirse de azucena en serpiente, no conoce el amor, y que ese dios muchas veces cruel, siempre implacable, que todo lo sacrifica á sí mismo, el dios de los ricos, el capricho, ha tomado asiento en su corazon?

Muda quedó la marquesa al oir estas palabras y semejante en su actitud á la leona que vacila en arrojar-se sobre un poderoso enemigo; mas él prosiguió sin detenerse:

—V. se asombra..... oh! pues el horóscopo me ha revelado cosas mas terribles todavia. Esa muger vana como la misma vanidad, no se contenta con ser ado-

rada por los jóvenes mas ricos y elegantes de la corte, sino que con sonrisas de diosa despierta en el corazon de sus servidores pasiones envenenadas, que renovándose cada dia, no pueden verse jamás satisfechas. No hace tres meses que un desgraciado jóven, de esos á quienes una suerte adversa arroja como un despojo en medio del camino, para servir humildemente á los que acaso sirvieron como villanos á sus nobles antepasados, despues que una pasion maldita se cebó en su pecho, fué á espirar tísico á su pais, bendiciendo la mano traidora que le arrancaba la vida. Pues bien, *ella* se sonreía en tanto dulcemente, al saber que aquella infeliz víctima moria pronunciando un nombre.

La marquesa con las manos crispadas adelantó un paso hácia el duque, murmurando con lengua balbuciente:

—¡No tengo fuerzas!.... pero la venganza será tan grande como el ultraje.

—¿Qué ultraje, amiga mia? repuso el duque con candidez. ¿Ha osado nadie negar que la marquesita de Mara-Mari, es bella como la misma aurora? Pero que esa muger cuyos secretos me ha revelado el horóscopo, es asimismo pérfida y vana, que se goza en el tormento de los que la adoran, y que hubiera hecho resucitar el culto de los ídolos, para ser la diosa del mundo, que hubiera, en fin, recibido propicia, sangrientos holocaustos? todo esto, tambien es verdad, marquesa.

—Y si lo es, ¿qué tiene que ver con ello el señor duque? prorumpió al fin la de Mara-Mari, semejante á una furia. ¿Con qué derecho se atreve á insultarme.... ¡á

mi! que soy servida de rodillas, que desciendo de régia estirpe, que.....

—Que me he dignado ir sola á visitar al duque de la gloria—le interrumpió este riendo.

—Y me lo echa en cara: qué horror!.....

—¿Por qué no, señorita? continuó el duque implacable, ¿por qué no, si esto no deben hacerlo las mugeres que descenden de régia estirpe?

—Ah! me muerdo!.... gritó entonces la jóven marquesa cayendo sin sentido.

El duque le roció el rostro con agua: y salió de la estancia, diciendo: ¿Por qué, musa, me obligas á ser tan cruel? ¿Tiene ella acaso toda la culpa? ¿No le han enseñado desde niña el esclusivo aprecio y la estimacion de sí misma y el mas altivo desden hácia los demas? Sin embargo!..... ella ha pecado; ella ha hecho morir de amor á aquel infeliz jóven, y yo no la he matado todavia..... Duro ha sido el castigo, pero mas dura ha sido la falta.

Musa mia, adelante!

CAPÍTULO XVI.

¡Qué aspecto nuevo y deslumbrador presentaba el Prado el domingo por la tarde, qué mágica y extraña perspectiva!

El cielo estaba completamente azul; ráfagas de un viento suave oreaban de cuando en cuando graciosamente hojas, velos y cintas, y flotantes y leves faldas ondulaban, por donde quiera, en grata confusion: no de otra manera el mar, cuando al caer de la tarde, se agita suavemente acariciado por las brisas.

Desde que la raza de Cain se extendió por la tierra, nunca como aquel día habian rendido los hombres tan ciego culto á la moda, ¡loca deidad que se hará adorar por ellos, hasta la consumacion de los siglos! El mismo Hoffman, al contemplarlos con aquel atavio, superior sin duda al de las muñecas pintarrajeadas y al del caballero que andaba con pantuflos sobre la nieve, hubiera comprendido que los caprichos de los hombres esceden muchas veces en su realidad, á cuanto la

mas ardorosa y creadora imaginacion haya podido soñar de extravagante y de fantástico.

Si habeis seguido alguna vez con la mirada esas ligeras nubes, que voltejeando en el espacio, ya son castillos, ya piñas de oro, ya extraños mónstruos que hacen pensar en remotas edades ó en mundos ignorados, podreis formaros una pequeña idea de lo que parecían aquella tarde las mugeres. Ay! ¿por qué permite el cielo, que esas criaturas tan hermosas nazcan algunas veces feas y que la moda venga á desfigurar sus naturales encantos con novedades traidoras á toda belleza?

Vedlas luciendo el alto y revuelto peinado, llamado *montaña alpina*, sobre el cual, un disecado aguilucho tiende las nevadas alas y posa el encorvado pico, cual si fuese á dormirse embriagado por el aroma que exhala su nuevo nido.

El talle de cada muger, luce estrechamente ceñido bajo las celestes *ravi-moras*, chaquetillas cuyo nombre está en perfecta armonia con su corte extraño: multitud de cascabeles sirven de adorno al vestido, formando caprichosos dibujos, y los pabellones de la trasparente falda, entre cuyos pliegues parecen jugar los amores, van recogidos con grandes botas azules, que sustituyen á los broches de oro, á los elegantes camafeos, y á los medallones de pasamaneria.

Pero, ¿qué diremos de ese otro sexo, no vano, no ligero, no inconsecuente y frívolo como la muger, sino fuerte, grave y majestuoso como la misma nobleza?

¡Ay! ellos como ellas, pobres hijos del pecado, ¿de que se envanecen? Al menos por esta vez no pudieron echarles en cara,—á las que, pese á sus defectos, son el encanto de la tierra,—sus fútiles y vanas inclinaciones.

En donde desde antiquísimos tiempos han ocupado los botones su puesto dignamente, llevaban entonces cascabeles; en vez de corbata lucian aves disecadas, cuyo corvo pico parecia protestar contra tan ridículos antojos y la holgada campana de una hermosa bota azul,—mas no trasparente y luminosa como las del duque,—se levantaba hasta sus rodillas, sobre el ajustado pantalon, insultando al verano.

El cuadro era en verdad sorprendente. ¡Qué bella uniformidad en el conjunto, qué armonia en los detalles, qué novedad en la forma! Suspensa se hallaba aquella multitud en la contemplacion de sí misma; todo era animacion, todo alegria, y muchos de los que pasan su existencia ocupados en vestirse con arreglo al último figurin, no cesaban de repetir, que los cascabeles eran el adorno mas bello de todos los adornos y que los aguiluchos disecados hacian mucho mejor efecto sobre las cabezas de las damas y sobre los diminutos sombreros—duque, que las aves del paraíso y los hocicos de conejo.

—Gracias al cielo! exclamaban algunos con ferviente entusiasmo; esta es la primera vez al cabo de largos años, que España no ha tenido que mendigar una moda al infierno de París!

Solo faltaba, para que el cuadro fuese verdaderamente magnífico, que el que lo habia inspirado viniese

á realizarlo con su presencia; ¡era ya tan tarde!

Mas, ¿qué carruaje es aquél que se acerca?

Todos se conmueven: sin duda es él, que llega al fin, ¡ya era tiempo en verdad! Oh! cómo va á sorprenderse al contemplar..... Pero, ¡Dios santo! la portezuela se abre, y en vez del magnífico duque aparece una muger!

Un pobre vestido de lana oscura se ciñe á su cuerpo, como una túnica, y un sencillo velo le cubre la cabeza. Creyéranla alguna viuda indigente, que viene á implorar la caridad pública, si no se viese brillar en sus cabellos una herradura de oro, cuyos brillantes valen una fortuna. La sorpresa de cuantos la contemplaban no pudo ir mas allá, cuando reconocieron en aquella muger á la gran señora de Vinca-Rua.

Seguida de sus lacayos, atravesó el Prado con aire modesto, casi humilde, y despues de haber dado una vuelta por el salon, volvió á entrar en el coche, no sin haber dirigido antes una mirada de descontento en torno suyo. ¡Es qué sus ojos no habian distinguido al gran duque! ¡Tampoco esta vez pudo conseguir lo que tan ardientemente deseaba!

En tanto, todos leian con asombro un impreso que otro de sus lacayos acababa de repartir entre lo mas escogido de la nobleza, y en el cual se leia:

La señora de Vinca-Rua suplica á sus conocidos y amigos, se dignen asistir á la reunion que dará desde mañana en su casa, bajo el título de *Tertulia económica del trabajo*. Demanda este favor en nombre de las buenas costumbres, casi olvidadas, á fin de dar buen ejemplo á las clases pobres, y hacer que

la verdadera nobleza vuelva á marchar por el virtuoso sendero que le han señalado sus ilustres antepasados.

La sorpresa que su lectura produjo en tanto fashionable, poseído de la elegancia y novedad de su traje, no puede describirse.

Hubo risas, tumulto, olvidóse por un instante al duque de la Gloria, y el mayor desórden se estendió por el salon. Los aguiluchos, los cascabeles y las transparentes faldas, con sus botas azules, iban y venian en todas direcciones, formando un laberinto extraño y una confusion admirables. ¡Oh año 3,000! tu no sabrás nunca las maravillas que cierto duque ha hecho, en cierta córte, á la cual, sin embargo, te atreverás á llamar bárbara. ¡Osado charlatan!!!

Cerró por fin la noche, y como el esperado no apareciese, aquello, que ya podia decirse mar turbulenta, se deshizo, y tornó cada aguilucho, no á las altas regiones, á donde eleva el gigantesco vuelo, sino á la elegante sombrerera que se le tenia destinada.

Las hijas del médico, las del abogado, las del empleado en Hacienda y las del teniente coronel, se retiraron tambien á sus casas, disgustadas, de no haber sido envidiadas las unas de las otras, y muy descontentas de no haber visto al duque.

Cuando se hallaron reunidas en la tertulia, no acertaron á hablar, sino de los sucesos de aquella tarde memorable. Las del teniente coronel decian en voz baja, al oído de su madre, que si su padre las hubiese presentado ya, como debia, en casa del conde, se hallarian cansadas de ver al caballero de las botas azules.

y no se quejaban menos las de Hacienda al verse precisadas á frecuentar una sociedad á donde no iban los duques.

—¡Qué hay que hacerle, hijas mías! respondía la madre, mordiendo desesperadamente los labios. Vuestro padre me dejará morir, antes de hacer que le nombren director. El desgraciado apenas acierta á manejar algunos negocios de escribientillo, mientras nos lleva atadas al carro de su infortunio. Hijas mías, libraos de enlazar vuestra suerte á la de ninguno que no se halle ya en sus plenos derechos de hombre de buena sociedad.

—Explíquese V. mas claramente, mamá.

—Yo me entiendo, hijas. ¿Podemos llevar nunca sino es por mis sacrificios, adornados los vestidos con encajes, ó salpicados de grosellas, de uvas, ó de gusanillos de luz?.... puéde vuestro padre arrastrar siquiera un miserable coche? pues bien, á esta clase de hombres debiera la sociedad condenarlos al celibato.

Con estas y otras conversaciones sostenidas á media voz, hallábase el salon casi en silencio, cuando en la cercana antesala se oyeron resonar pasos acompasados y sonoros. Dijérase que unos tacones de vibrante metal herian el suelo con sigilosa precaucion.

Todas las miradas se volvieron hácia la puerta. Un secreto presentimiento, hacia latir á prisa cada corazón. Aquellas pisadas tenian tan extraño sonido.....

—Tris!.... tris!.... tris!....

—Quién podrá ser? qué ruido singular! Veamos. ¡Ah! ¡sorpresa inesperada! ¡Es él!

— ¡El duque de la Gloria acababa de presentarse en la puerta!

La alegría mata como el dolor; así poco faltó para que damas y caballeros se desmayasen con tan inesperada novedad. Solo se veían allí rostros pálidos y llenos de emoción.

La señora de la casa, en vano quiso pronunciar en los primeros momentos, algunas palabras para recibir á la enormidad que acababa de presentarse ante sus atónitas miradas.

—Sin duda me he engañado! dijo el duque pausadamente y sin pasar de la puerta.

La señora de la casa, hizo entonces un supremo esfuerzo para salir de su estupor, y adelantándose hacia el duque con vacilantes pasos, dijo acompañando sus palabras, con la mas fina, risueña y atenta de las sonrisas.

—Es aquí caballero..... aquí mismo..... Sirvase pasar adelante el señor duque..... sentimos una profunda satisfaccion al verle.....

—Gracias señora—repuso aquel—mas me he engañado, estoy seguro de ello.

—¿Buscará el señor duque á los del cuarto de la derecha? preguntó la mamá de las del abogado, levantándose.

—Sin duda pregunta por papá, añadió en voz bastante alta la del teniente coronel.

—¡Qué petulantes y que necias! dijo á su vez la de Hacienda torciendo el gesto—había el duque de ocuparse de ellas. A no ser que tenga algun asuntillo en Hacienda..... y que.....

El Caballero de las botas azules, repuso entonces.

—Venía buscando una reunion de familias modestas, y de mediana fortuna, mas, á lo que entiendo, me hallo entre personas de la mas alta sociedad.

—Oh! caballero! exclamó la señora de la casa sin poder ocultar su satisfaccion—es V. muy amable al calificarnos de ese modo, y solo siento que mi esposo, médico muy conocido, no se halle aqui en este momento, para.....

—¡Médico! repuso el duque con admiracion.

—El inventor de las pildoras *cartelarias* á las cuales ninguna enfermedad se resiste..... Yo le daré al señor duque una cajita para que juzgue de su eficacia.

—Agradezco la atencion, señora, pero precisamente, yo suelo tambien administrar en pildoras varios medicamentos, muy saludables.

—¡Tambien el señor duque! las pildoras que ha inventado mi esposo estan premiadas.

—Las mias no, señora; mas, á pesar de eso, mis enfermos toman cuantas les receto.

—Oh! se hallarán convencidos del talento y penetracion de su médico.

—Quizá.....

—Qué muger mas impertinente!—murmuraban las otras. Solo sabe hablar de su marido y de sus pildoras: esto hace daño.....

—Señora—siguió diciendo el duque,—pienso que V. se digna chancearse conmigo, lo cual me lisongea, mas como me urge el asunto que aqui me ha traído, preciso retirarme para buscar en otra parte, lo que

en esta distinguida reunion, no podria encontrar.

—Hable V. caballero, hable V..... ¿quién sabe si hallará aqui lo que desea? Está V. en su propia casa y nos conceptuáramos muy honradas en servirle.....

—Imposible, señora, voy en busca de modestas jóvenes, que necesiten ganar con el trabajo de sus manos, algunos miles de pesos para ayuda de la dote.

—¡Miles de pesos! murmuró la señora de la casa con interes—¿qué trabajos, pues, serán esos? ¿pueden saberse?

—¿Para qué, señora? Las condesas no necesitan de esas cosas..... ni tampoco las ricas y asi.....

—Es que nosotras no somos condesas, ni podemos llamarnos ricas.

—¡Mire V. que salida! replicó en voz baja la de Hacienda.

—¡Vaya! no puedo comprender porque se empeña V., señora, en querer aparecer á mis ojos, una cosa que no es.

—Pero, señor duque, ¿por qué se ha imaginado V. que se le engaña? ¿podríamos permitirnos semejante libertad?

—Pues bien, ya que V. se empeña, hablaré, si bien convencido de que será en vano. ¿Querrian estas señoritas, calcetar doscientos gorros de dormir, hechos con merino y listas de seda, á seis duros el par?

—Jesus..... ¡qué horror!..... ¡nosotras calcetar gorros! ¡Trabajar por dinero, como si fuésemos miserables obreras!

Estas palabras, acompañadas de desdeñosas sonri-

sas, resonaron de repente en los cuatro ángulos del pequeño salon, todos se habian escandalizado de la proposicion del duque, que repuso en seguida:

—Hé ahí como tengo razon. Yo venia buscando algunas modestas jóvenes de la clase media, de esas que sin dejar de ser señoritas saben pensar en el porvenir, no desdeñándose de aumentar con el trabajo de sus manos su pequeña dote: mas desde que he entrado en este sitio, comprendí que me hallaba entre personas de la mas elevada esfera, á las cuales mi proposicion hubiera parecido una afrenta, como acaba de suceder.

—No porque no seamos condesas nos ofendemos, caballero, dijo la señora de la casa con cierta altivez. No necesitamos *trabajar para comer*. Ya le he dicho al señor duque que soy la esposa del señor Cartelí, médico muy conocido en la corte.....

—¿Por qué, entonces, ese enojo, señora? le replicó el duque, mientras todos le miraban con cierto aire de asombro y de indignacion. Si su esposo de V. fuese un médico, como se me quiere hacer creer..... ¿acaso el médico no trabaja para ganarse la vida? ¿No trabaja el abogado, el empleado?.... pero concluyamos, señora condesa, añadió el duque con cierto aire confidencial, si un médico, un abogado, ó un empleado cualquiera, desplegase en su casa tan faustoso boato, podria decirse de él, que hacia pagar demasiado caro á la Hacienda, á sus clientes, ó á los enfermos, lo que los unos llaman *¡mi trabajo!*, y lo que los otros dicen ridícula y pomposamente *¡mi ciencia!* palabras con las

cuales, mientras se toleren los abusos, seguirán saqueando y vaciando la bolsa ajena, muchos hombres que se dicen honrados.

—Caballero! esas palabras! exclamó alguno entre dientes, ¡qué insulto! esto es insoportable.....

—Jesus!.... yo me ahogo de indignacion, exclamaron muchas mamás.

—¡Sin duda está loco! murmuraba temblando algun fashionable al oido de las irritadas señoras..... El duque añadió entonces con el aire mas natural:

—¿Perteneceerán Vds. realmente á la clase media? pues en ese caso, señoras ¿por qué no querer calcetar gorros de dormir, cuyo par, da de ganancia seis duros? ¿no trabajan sus papás? pues trabajen Vds. tambien, señoritas, y déjense de esas apariencias de riqueza que ocultan una miseria vergonzosa y un orgullo tan ridículo como inútil.

—Salga V. inmediatamente de aqui, caballero; salga V., prorumpió la señora de la casa.

—Oh! con mucho placer.... jamás me han gustado los oropeles..... ¡qué no estuviese aqui mi amigo el misionero!

Y el duque se alejó riéndose de tal modo, que muchas de las señoras rompieron á llorar de cólera, mientras decian los caballeros con un furor que ocultaba su miedo y su despecho:

—Insolente! conspirador!..... pero á pesar de sus botas azules, le buscaremos y le desafiaremos!.....

CAPITULO XVII.

—Vamos, Perico, vamos á casa de Ricardito Majon, para que nos dé un consejo y nos guíe, que como aun me decia la tarde anterior á la de nuestra desgracia, con aquel pico de oro que Dios le ha dado—pues nunca le he oido pronunciar, como á otros muchos, *Madrid, salu, ciuda*, sino ciudad, salud, Madrid, y á este tenor cortadita y arreglada cada palabra, como lo ordenan la gramática y el diccionario—de todo entiende hoy dia un maestro de escuela, porque han llegado á ser los civilizadores del mundo.

—Calla, Dorotea, no me digas tal cosa, que yo con mi corto entender pienso al revés, que nunca servirán sino para lo que siempre han servido, y es para enseñar á los niños el *a e i o u y*, y un poquito de otras cosas, que á tener yo tiempo tambien se las enseñara.

—No blasfemes, Perico, que siempre has sido mas

testarudo que una cabra, y atiende que deprimes mi digna profesion. Vamos, como te decia, á casa de Ricardito Majon, y riete del abogado que no sabe hacer mas que cobrar consultas, y de los que, porque escriben en periódicos y componen libros y novelas impías, se creen sabios consumados cuando ignoran muchas veces lo que es sintáxis, prosodia y ortografia, aritmética, geografia y otras ciencias, que los maestros de escuela saben manejar como si fuesen habas contadas.

—Grandes cosas me cuentas!!..... de sintáxis y prosodias está lleno el mundo desde que nació mi tatarabuelo, y tambien yo las manejara si hubiera querido, porque aprender, querida, tambien aprenden los loros si les enseñan. Ay! si consistiese solo en eso el busilis del talento! pero el caso está en discurrir bien y con provecho.

—¡Cómo si no discurrieran ellos!.... y mucho que discurren y de todo..... Tengo leído cada décima y cada cuento en verso, no hablando de amorios y otras cosas profanas, sino útiles y morales, que me parecia estar oyendo las santas letanias. El mismo Ricardito, sin ir mas lejos, me leyó casualmente la otra tarde unos versos que hizo en honor de su director, los cuales, de bonitos que son, se me quedaron en la memoria algunos de ellos, y dicen asi:

Son los maestros de escuela
Orgullo de los humanos,
Que á los hombres enseñamos,
Aun antes que echen las muelas.

Educacion, artes, ciencia,

Todo á nosotros lo deben,

Y con esto, saber deben

Que somos por escelencia.

habia muchos mas que no me es posible recordar, pero todos eran á cual mas bonitos y bien cortados.

—¡Qué han de estar bien cortados y que han de ser bonitos! Mejores los hace *Perico el ciego*, pues por lo menos tienen gracia..... pero sobre todo, mira que me interesa á mi, cuando tengo el corazon triste como la noche, que hagan ó no hagan versos bonitos, los maestros de escuela!

—Vaya! Si siempre he dicho que con hombres sin instruccion no se puede hablar! Sea como quiera; si tu lo rehusas, me iré sola á casa de Ricardito Majon á ver lo que me aconseja que hagamos con la muchacha, y el caballero de la capa negra, que ya ha pasado dia y medio despues del lance, y no nos hemos movido todavia, siendo de tanta necesidad. Bien que el asombro y la pena no nos lo han permitido, asi como al pobre Melchor que no sé como se encontrará.

—No me hables dél, pues hasta vergüenza tengo de tropezarle. Y ¿la chica? ¿qué hace esa descorazonada que en tales aprietos me pone, y á quien no quiero ver por temor de matarla? ¿Se ha vuelto mas pálida de lo que estaba?

—¿Qué si se ha vuelto mas pálida? yo tampoco puedo mirarla á la cara sin sentir mareo; pero una vez que descuidadamente se me volvieron hácia ella los ojos, me pareció mas blanca que el lienzo que en la

mano tenia, ni mas ni menos que si ya se encontrase entre la cera.

—Dorotea..... no me digas mas, que se me vuela el sentido. Vamos, ya que te empeñas, á casa de Ricardito el salchichero, á ver si nos dá remedio para salir de este trance y volverle la vida á esa mozueta; pues, por mala que se haya vuelto, no puede uno verla morir en la flor de sus años.

Ricardito Majon era todo un señorito desde los piés á la cabeza, y ni pizca se le conocia que hubiese estado á punto de hacer embutidos como su padre. En casa vestia siempre de bata y gorro de terciopelo, enseñaba á los niños con tono doctoral y frases escogidas entre las mas celebradas de los antiguos y modernos filósofos, y estaba siempre dispuesto á sostener contra el mundo entero, el digno pabellon de los maestros de primera enseñanza. Por medio de incontrastables razones, sabia probar que ellos son los que están mas al alcance de las ciencias, asi como tambien que su mision es la mas digna, la mas alta, la mas respetable del mundo. Ricardito Majon era, en fin, uno de esos maestros á la moderna, orgulloso de su título, y está dicho todo.

Hacia versos, entendia de leyes, discutia sobre politica, moralizaba con el cura, era fuerte, sobre todo, en historia, y jamás, aun cuando se tratara del misterio de la Santísima Trinidad, dejaba de decir, arreglándose la corbata:

—Sé de todo un poquillo, y me hallo bien enterado en esa cuestion.

Arrellanado en su sillón, como un banquero, oyó con aire grave y pensativo cuanto le dijo doña Dorotea, á quien él tenía en grande estima, por ser esta señora una admiradora de sus talentos.

—Amiga mia, repuso con aire doctoral, cuando aquella hubo concluido, el caso es grave, y de seguro no hubiera acontecido lo que aconteció, si V. me hubiese enviado la niña para que yo la instruyese convenientemente..... No; no es que yo dude de que V. la educase como debia, que si directoras conozco dignas de serlo, ocupa V. entre todas el lugar preferente; pero, doña Dorotea, como los maestros de primera enseñanza manejamos hoy día cierta clase de estudios ya morales, ya científicos, ya filosóficos, que abarcan toda clase de conocimientos en la esfera social é intelectual, etc..... y que V. no ha podido adquirir todavía, con ellos y con mi táctica especial habria conseguido sin el menor esfuerzo, irle abriendo los ojos á Mariquita, para.....

—¡Ave Maria Purísima! ¿qué está V. diciendo, Ricardito? Eso es precisamente lo que yo no queria, y que desgraciadamente nos sucedió. Por cerrárselos, bien cerrados, sí que diera yo las minas del Potosí que ahora poseyera.

—Y dígame V., respetable amiga: una persona ciega, ¿puede saber á donde la llevan?

—¿Y para qué necesita saberlo, una muger que ha de tener un marido por guía?

—Bien, muy bien! ya sé que es V. doctisima en tales cuestiones; pero ¡ay! si lo que V. acaba de decir su-

cediese siempre. En la escabrosa senda de la vida, dice no sé que filósofo, hay mas espinas que flores, y casi nunca pasan las cosas, como uno quisiera que pasasen. Esto lo acaba V. de palpar de una manera lamentable, y por eso decia yo, que si V. me hubiese mandado la niña, para que con mis conocimientos y la táctica especial que me distingue, pudiese ir poco á poco abriéndole los ojos, era.....

—Nada, nada de eso, que hubiese sido V. ó el de la capa, era lo mismo.

—Pero señora, entendamonos.

—No hay que entender, Ricardito, y no hablemos mas de ello; porque me ofende y me hace daño; como que he nacido en los tiempos en que ningun hombre se atrevia á faltar á una muger, ni ella se faltaba nunca á si misma.

—Déjate de eso, Dorotea, y habla de lo que importa—le dijo su hermano muy harto ya de aquella conversacion, en la cual no habia tomado parte.

—Hombre de Dios! ¿ves qué salgamos de ello? Es el caso, Ricardito, como ya al principio le he dicho á V. que hay de por medio un caballerete rival de Melchor, y que la otra tarde, amen de estarse el muy tuno tan cerquita de ella que podia como quien dice, ofenderla con el aliento, se atrevió á cogerla una mano, delante del mismo á quien aquella mano estaba prometida. ¡No he creido presenciar en mi vida semejante escándalo! ¡Y digame V. lo que hacemos ahora!

—Señora, señora, el caso es árduo, difícilísimo, y por desgracia harto verosimil. Ya se vé, la po-

bre Mariquita, andaba á oscuras, y no sé por qué V. no me la habia de mandar, para....

—Mire V. Ricardito, que si vuelve á repetir la frase, reñimos para siempre.

—Corriente, no la repetiré, pero ¿qué quiere V. entonces que yo la diga? Si el de la capa negra le cogió la mano, y ella se la dejó coger..... en fin..... á Melchor se le habrá vuelto del día noche, y..... casualmente, le recitaré á V. unos versos que sobre un tema parecido, acabo de hacer para un librito, dedicado á la enseñanza de las niñas, dicen:

La muger que á un amante taimado,
La blanca mano le deja coger,
¡ Desdichada! pues sigue la senda,
Por donde otras muchas solieren perder.

Así, niña inocente
Muéstrate siempre dura,
Para aquel que tu mano
Incautamente asegurar procura.

El hermano de Doña Dorotea se levantó entonces sacudiendo la capa, y dijo:

—Mire V., Ricardito, lo mismo entiendo yo de versos, que de sembrar estrellas, y lo único que deseo saber, es como tengo de arreglarmé para castigar al caballero de la capa negra, contentar á Melchor, y hacer que á la muchacha se le vuelva al rostro el color que lleva perdido.

—Bah! todo es muy fácil,—añadió Ricardito sin pararse en barras—al de la capa, le busca V. bien buscando, aun cuando mala es de buscar una capa negra, y

tan pronto lo encuentre, le da V. tal zurribamba, que se le acuerde para mientras viva. A Melchor, se le dice que, aun cuando aquel caballero se atrevió á coger la mano de Mariquita, ni le quitó ni le puso por ello á la novia, tanto mas cuanto que una mano que se estrecha en medio de la calle, se suelta por temor á la luz del cielo, sin el menor detrimento. Y Melchorcillo que no sea malo de contentar, que tampoco lo es, la que consiente en ser su muger. Respecto á la pobre Mariquita. ¡válgate Dios! si V., Doña Dorotea, me la quisiese traer por aqui veriamos de....

—Vamos, Ricardito, ya hemos hablado bastante. Muchas gracias por los consejos, y hasta otro dia, en que le daremos cuenta de lo que ocurra.

—Lo has visto, Dorotea? ¿tú lo has visto, muger? decia á la vieja su hermano, al bajar la escalera,—cosa que á mi me dé el cuerpo, por algo me la dá! Mire V. cuanto tiempo perdido, para salir con el hijo de la oveja!

—Mal contento; ¿pues nó te ha dicho verdad en lo que te ha dicho?

—¡Lo que yo ya me sabia!

—Qué si quieres! Hay que buscar al de la capa, esto es lo primero.

—Pero, santa ó muger, ¿sé yo de él por ventura? Búsqueme V. uno de capa negra en Madrid! como dice el refran.

—Calla, que todavia no le hemos sonsacado nada á la muchacha, y puede que nos dé alguna luz.

—¡Nó habiamos caido en ello! cuándo por ahí de-

bieramos empezar! y no señor, que en vez de esto ni una palabra le hemos dado, ni pedido, desde que aconteció el lance. Vamos, dáte prisa, y pregúntale y sonsácale cariñosamente, que de una muchacha encaprichada mas se quita por bien que por mal. ¿Quién sabe si es inocente?

—Tambien se me ocurre á mi, que muy bien pudo no haber malicia por parte de ella, en aquello de haberle cogido la mano el caballero, porque los hombres son tan insolentes y atrevidos en el dia, que cuando atravieso por la noche la calle, siempre voy temiendo algun desman.

—Cá! muger! quien se hubiera atrevido á ti..... pero, en fin, me quitas un peso del corazon, Dorotea, y quisiera pagarte con la sangre de mis venas el bien que acabas de hacerme, prometiéndome alguna esperanza.

—No quiero mas paga sino que tu hija siga pareciéndoseme como se me parecia.

Iban á separarse los dos hermanos, cuando les salió al paso una de esas caritativas vecinas, que ni siquiera faltan en la calle de la Corredera del perro.

—Buenas tardes! le dijo ¿cómo vá ese valor?

—De todo hay, doña Mercedes, contestó el señor Perico, con un suspiro que de suyo estaba diciendo calamidades.

—¡Válgate Dios!—añadió la vecina, con rostro compungido—en este pícaro mundo para todos hay un poquito de cada cosa. Los hijos, sobre todo, desde que son grandecicos, no hacen mas que regalarle á uno pena sobre pena.

Callóse el señor Perico, como si no hubiese entendido lo que se le habia querido decir; pero doña Dorothea contestó al punto con melindre:

—No todos, doña Mercedes, porque yo á mis padres jamás les he dado ni un leve disgustillo.

—Tu! como todos, añadió el señor Perico con sornia, que yo bien recuerdo aun ciertas rabieta que por la mania de irte á pasear muchas tardes á la Virgen del Puerto, le causabas á madre.

—Mire V., señora, lo que este hombre viene á sacar ahora á colacion; yo bien digo que con personas sin instruccion, no se puede razonar. Claro está que me agradaba ir de paseo á la Virgen del Puerto, por ver los hermosos árboles que por alli crecen y sombrean el campo.

—Solo los árboles? bueno!.... bueno!.... y el novio, aquel moceton de señorito, que por alli te andaba rondando, mientras comias los anisillos colorados, de que eras tan amiga.

—Jesus Maria! lo que vá á decir.... Mire V. que ejemplo para Mariquita si nos estuviese oyendo desde la ventana!

—Es porque á mi no me gustan las personas que dicen que nunca han roto un plato. Todos hemos hecho las nuestras cuando mozos.

—Vaya..... no hay que reñir, que eso no vale nada —dijo la vecina,—ya se sabe que no hay que ir contra las cosas de la juventud, pero lo peor de todo en tales asuntos son siempre las malas lenguas, que de uno hacen veinte, como sucedió ahora con la pobre Mariquita.

—Eso no valió la pena, eso no fué nada, repuso el señor Perico con enfado, pero la vecina prosiguió impasible.

—Ya se sabe que no..... y que Mariquita es una inocentona, yo no lo dudo, pero vamos á un decir, que porque la vieron hablando á la anochecida con un caballero que le cogió la mano y no sé que mas..... pues, ya murmuran los mal intencionados que no la quiere Melchor y que Ricardito el maestro, que segun daba á entender tenia tambien por ella su caprichillo, ha mudado de voluntades. Pero lo mejor es no hacer caso de habladurias, y tan pronto le vengan á uno con esos cuentos, hacer oídos sordos, y nada mas.

—Si; despues que uno se haya tragado la píldora, repuso el señor Perico con sonrisita de ya te entiendo.

—¡Y qué se le ha de hacer! repuso con mucha compasion doña Mercedes..... que se le ha de hacer mas que decirle como se pueda y tener paciencia..... porque, señor Perico, este mundo es muy pícaro, y por donde uno menos lo espera, recibe un lanzazo. Con que hasta otro dia y salud, y no apesadumbrarse demasiado, que para todo hay remedio en este valle de lágrimas, menos para la muerte y la honra perdida.

—Pécora venenosa! dijo el señor Perico cuando la vió marchar..... ¡Asi no la haya tampoco para tí! Ya lo ves, Dorotea, mira en que lenguas anda mi pobre hija; pues aunque no fuera mas que por esto, juro que la tengo de perdonar y llevármela á donde tales gentes no sepan de ella.

—Muy bien hecho, dijo una voz detras de ellos, y cuando se volvieron para ver quien, como suele decirse

metia cucharada en su conversacion, les pareció que el caballero de la capa negra doblaba la esquina con ligereza.

Doña Dorotea y su hermano no vacilaron en correr tras él, pero la calle estaba casi desierta, y en vez del caballero de la capa negra, solo divisaron á un personaje singularísimo y que les llenó de asombro, pues calzaba unas botas azules como no habian visto otras jamás, cuyo brillo la trastornaba de tal modo, que casi se olvidaron del rival de Melchor. Pero el caballero de las botas azules dobló la esquina y ellos prosiguieron entonces sus pesquisas por la calle vecina, preguntando á cada transeunte si habian visto pasar por allí un caballero de capa negra.

—Búsquenle Vds. por Madrid, les respondia algun pilluelo, y otros les decian:

—Lo que sí hemos visto, es uno que lleva unas botas lo mas maravillosas que darse puede.

—Ah! si. ¿Quién es ese?

—Dicen que es un duende que ha aparecido en la córte, y que viene á comerse á todas las viejas que traen todavia escofieta.

—¡Vaya el insolenton en hora mala! Pícaros hombres los del dia!

De este modo fueron perdiendo el tiempo el señor Perico y doña Dorotea, mientras Mariquita, escurriéndose á sus espaldas, se lanzaba ligera como un gamo en pós del caballero de la capa negra.

Asi acontece siempre en el mundo, cuanto mas se mira, menos se vé.

CAPITULO XVIII.

Tanto habia corrido Mariquita tras del duque, que lograra alcanzarlo.

—Tu ángel guardian te envia, pobre niña,—le dijo al verla,—mucho tengo que decirte, pero será preciso que subas conmigo al coche que me aguarda á algunos pasos de aqui.

Mariquita, tan ciega como su señora tia y directora la habia criado, obedeció sin reflexionar en lo que hacia, y por la primera vez de su vida se halló bien pronto en el fondo de una magnífica carretela, cuyas ruedas se deslizaban suave y muellemente sobre la arena de un camino solitario.

La noche estaba hermosa, era una de esas noches de verano, á quien la brisa presta el misterioso lenguaje de los susurros y de los besos de las hojas, la luna su serena claridad y las yerbas de los campos el perfume que nunca se olvida, cuando lo hemos aspirado en momentos de felicidad. El último rayo del sol res-

plandecía aun en lo mas lejano del horizonte, cantaban los grillos, y la llanura blanqueaba en torno silenciosa, igual y convidando á correr por ella, hasta tocar otros mundos y otros cielos.

Jamás, hasta entonces, Mariquita habia visto realmente la transparencia del firmamento, el fulgor de las estrellas, la inmensidad del espacio y la hermosa vaguedad de la campiña alumbrada á un tiempo por la luna y el último resplandor del crepúsculo. ¡Qué hermoso le pareció el mundo!

Arrebatada en rápida carrera, suavemente mecida como un niño en la cuna, respirando ansiosa el aire fresco y embalsamado de la noche, ¿qué nombre dar al sentimiento que llenaba su corazón? ¡Felicidad inmensa!.... El sueño del poeta cuando se cree llevado por la blanca nube que pesa sobre las verdes y azuladas cumbres, ó bien resbalándose suavemente con la onda cristalina por un lecho de sonrosada arena, no es mas dulce ni mas halagador.

El duque guardó silencio contemplándola, mientras la niña permanecía inmóvil.

Mariquita escuchaba absorta revelaciones que le hablaban de cosas nuevas, de realidades veladas por la bruma de una ignorancia virginal, de otro mundo y de otro porvenir cuyas turbias oleadas parecían rodar ante ella incomprensibles, pero avasalladoras. Visiones confusas turbaban su entendimiento; Madrid euajado de palacios, sembrado de jardines, lleno de lujosas damas y rebosando alegría, se presentó de repente á sus ojos, semejante á una nube de fuego..... y despues, tal

como una brisa glacial del norte, que disipa todo calor, vió tambien la Corredera del perro, vió á su tia, con su escofieta y sus grandes anteojos, á Melchor, que vestido de gala le alargaba los brazos, y el cementerio, enlosado de tumbas uniformemente colocadas.

Presa de tan diversas emociones, el corazon de la pobre niña, podia compararse al arpa cuyas tirantes cuerdas suspiran y gimen dolorosamente á cada soplo que las hiere: sus latidos eran rudos golpes que lastimaban el pecho que les servia de nido, y el cual veia el duque agitarse con agonía, bajo los pliegues de una bata de percal.

—Desdichada niña! dijo entonces con compasion, y cogiéndole una mano que estrechó cariñosamente entre las suyas, le preguntó: Qué tienes?

—¡No sé qué cosa hay en mi, que no cabe en el mundo! exclamó Mariquita, lanzando un profundo suspiro.

—Son pensamientos locos que trastornan tu cabeza y quieren devorarte el corazon, contestó el duque, mientras al verla caer acongojada sobre los almohadones del coche, le desató el pañuelito que le sofocaba el rostro, para que el fresco de la noche la reanimase.

—¡Ya empiezas á perder los suaves contornos que son el mas bello distintivo de la juventud! le dijo: Mariquita, hablemos pronto, antes que llegue la hora, en la cual ninguna muchacha honrada debe hallarse lejos de su hogar. Que tu buen padre no tenga nuevos motivos de queja contra ti.

Estas palabras despertaron á Mariquita de su sueño. — ¡Mi pobre padre! exclamó entonces con pena. Dios mio! ¿no estoy realmente loca, cuando así me he olvidado del motivo que me trajo aquí? ¿qué mal espíritu me guía, y en donde está mi ángel guardián que no me libra del? ¡Ay! yo le he dado un gran pesar al padrecito de mi alma, caballero, pero fué sin saberlo, lo juro ¡y sin embargo acabo de permitir otra vez, que me cogiese V. la mano! Eso fue bastante para que los vecinos de la calle murmurasen de mí, y me llamasen descocada, sin vergüenza, y mala hija. Pasaban diciéndolo por debajo de mi ventana, y Doña Mercedes como V. pudo oír, habló de eso también con mi tía y mi padre, que al escucharla, tenía el rostro descolorido y ojeroso como cuando estuvo enfermo. Mas á pesar de lo que todos me despreciaban, aun dijo, que había de perdonarle á la hija de su corazón. ¡Pobre padre mio! como entonces quise arrojarme á sus pies y besárselos mil veces! pero me faltó el valor, y al verle á V. tras de la esquina á espaldas de mi tía, pensé que ninguno mejor que el que tanto mal me ha causado, podría darme remedio. Si, caballero, V. me ha cogido la mano, dígame pues que he de hacer, para aliviar la pena que mi padre siente por ello: Dios mio! Dios mio! la culpa la tuve yo en escribirle á V. la carta; pero no, la culpa la tiene V. porque..... no no; V. tampoco tiene la culpa, si no Melchor, por querer casarse conmigo.

Mariquita habló sin parar y lloró hasta anegarse en lágrimas.

No te aflijas, le dijo el duque, lleno de emoción las

gentes habrán de juzgarte otra vez honrada y tu padre volverá á creer en tu inocencia.

Mariquita miró entonces al duque con desconfianza y bajando la voz le preguntó ruborosa.

—¿Y es verdad que soy todavía inocente?

—¡Todavía!—repuso aquel sonriendo—si bien es cierto que hiciste mal en escribirme aquella carta de la cual no debes volver á hablar á nadie.

—Si, si,—murmuró Mariquita en voz aun mas baja, escondiendo el rostro bajo una punta del delantal—lo adivinaba, y por eso me llené de vergüenza cuando V. me sorprendió dentro de la sepultura en donde queria quedar dormida para siempre Oh! aun me averguenzo ahora.

Mariquita empezó á sollozar de nuevo, y el duque le hizo comprender, que no le diria lo que tenia que decirle, si proseguia afligiéndose de aquel modo.

—Bien, señor,—repuso ella procurando sofocar el llanto que la ahogaba,—haré por no llorar mas y aun cuando suspire un poco, no haga V. caso, pues es que no lo puedo remediar.

—Suspira cuanto quieras, pero óyeme atentamente. Ya te he advertido, que no debes volver á hablar de la carta, pero aun es preciso ademas que no reveles nunca, lo que ahora vamos á hablar; de lo contrario, causarías doble pena á tu buen padre y quedarias perdida.

—Oh! antes me dejaria matar que decir la menor palabra!

—Bien, ahora empezaré por asegurarte, que no te casarás con Melchor contra tu voluntad.

Mariquita miró entonces al duque con expresion investigadora y ardiente y comprendiéndola, él, le preguntó.

—Dime niña; ¿te parezco un hombre como los demas?

—Oh! no señor, ninguno me agrada tanto.

—¿Y por qué?

—¿Lo sé yo acaso?

—¡Pobre loca! y no adivinaste que un ser como yo, no puede hacer feliz á una criatura como tu?

—Al contrario, ¿con quién podria ser mas dichosa?

—Te engañas.

—¿Qué he de engañarme? ¿no sé por ventura lo que pasa dentro de mi? Cuando no le veo á V. solo tengo deseos de morir, mas, si como ahora le tengo á mi lado, ¡qué alegría siento en el corazon, que contento, en fin, pues estaria siempre así y nada mas que así!

—¡Amor mio! murmuró el duque conmovido—pero, mudando de tono, añadió en seguida, y si tuvieses que dejar de verme, si no volviese á hablarte jamas, ¿qué harias?

—Morir, quiero morir.

—Ese deseo es un crimen.

—Dios me ampare entonces y me libre de tales pensamientos, que á decir verdad me hacen sufrir de una manera horrible.

—Mas sufririas, al ver que yo solo podia darte tormentos y pesares en vez de la dicha que esperabas. Sabes lo que yo soy? Soy un duende inquieto y tornadizo que

se complace en reírse de si mismo y de los que se le parecen, un mal espíritu que no ama el reposo que una honrada medianía proporciona, ni el fuego amoroso del hogar doméstico, y que solo pasaria á tu lado breves instantes, porque iria en busca de los combates y emociones del mundo, ¿qué sería entonces de ti pobre niña? Esa alma ardiente con que has nacido y ese impresionable corazon, que, llevado al extremo de las pasiones, ó tiene que ser victima ó verdugo, se marchitaria al contacto de mis abrazos de esposo, como una tierna planta á quien el hielo ha cubierto sin compasion con sus hilos cristalinos.

Mariquita empezó á mirar con espanto la pálida figura del duque, y le preguntó con voz trémula:

—¿Por qué habia de hacerme V. tanto daño?

—Porque tu alma y la mia son distintas; ni podrian vivir unidas en la tierra, ni ocupar un mismo lugar en el cielo.

—Dios mio!.... ¿es eso cierto?

—Tan cierto, como que el mayor bien que puedo hacerte es huir de ti, y que no vuelvas á verme.

Mariquita inclinó la cabeza sobre el pecho, y abundantes lágrimas empezaron á correr de sus ojos. Ya no sollozaba como antes; aquel llanto brotaba sin esfuerzo, y se dijera que era tan frio como amargo: era el llanto del primer desengaño. El duque prosiguió diciéndole: Ademas, yo no soy siempre el mismo, y te horrorizarias si pudieras verme en las diferentes formas que toma mi extraña naturaleza. Algunas veces soy, como ahora, jóven y bello, otras me convierto en

un viejo de rostro de hielo y mirada de cadáver.....

—Dios mio!..... eso es horrible..... eso no es cierto..... exclamó Mariquita horrorizada.

—Quizá antes de separarnos llegues á convencerte por ti misma de lo que te digo.

—No, no, me moriría de miedo.

—Nada temas: voy ahora á darte un consejo.—No digas que me has hablado, porque te seguirían desgracias sin cuento. Si te preguntan á donde has ido, responde que á rezar, ó que te detuviste en casa de alguna vecina, ú otra mentirilla que Dios te perdonará, porque es para salvar tu honor. Y como han de hablarte de mi, solo debes contestar, que no me conoces, que te cogí la mano aquella tarde llamándote Dorothea.....

—¿El nombre de mi tia?

—El mismo, no te olvides; y añadirás, que te he parecido un duende, y no un hombre como los que por el mundo andan.

—En eso sí que no mentiré, los demas hombres no son asi. ¿Pero está V. seguro de que Dios me perdonará todo lo demas?

—Segurísimo, haciendo el firme propósito de no volver á escribir á otro hombre, como me has escrito á mi.

—Oh! antes quemaria las manos.....

—Ni á querer casarte con duendes, ni con ninguno que no te haya dicho antes que te quiere.

—Casarme..... ¿para qué? y querer á otro..... me parece que son muy malos los hombres!

—Tienes razon. Ahora, amor mio, digámonos ¡adios!

—¿Tan pronto, señor?

—Es preciso, al fin, y tu tardanza causaría á tu padre doble pesar.

—Adios, entonces, ¡adios! Pero, señor, ¿qué va á ser de mí? estaba aquí tan contenta, que si no fuese por mi padre, le pediría á V. que me dejase correr así un poquito mas!

—No puede ser, querida niña. Si llegase el momento de volverme viejo.....

—Viejo y todo, si era V. el mismo, ya pienso que no le temería.

—Si me vieras arrugado, cadavérico.....

—Oh no!, no quiero ver nada de eso!

—¡Adios, pues!

—Hasta cuando?..... no me abandone V. para siempre..... me siento tan triste!..... parece que la sangre se me ha enfriado toda dentro del corazon.

—¿Me prometes no visitar mas el cementerio?

—¿Y á dónde he de ir los domingos cuando quede sola?

—Unas veces á Madrid y otras á casa de tus amigas.

—A Madrid bien iria si me llevaran, pero á ver á mis amigas..... pts! tan triste es su casa como la mia.

—No importa..... el cementerio es la habitacion de los muertos, y cuando los vivos penetran allí, parece que dentro de los sepulcros se oye un eco de descontento.

—Nunca he oido nada de eso.

—No habrás puesto atencion, repuso el duque,

mientras añadía para sí:—no hay nada tan brutalmente material, como la realidad—y prosiguió diciendo en voz alta:—de cualquier modo, Mariquita, es preciso que no visites como hasta ahora el cementerio, si quieres volver á verme.

—Lo prometo.

—Pero ¿me conocerás despues de mucho tiempo?

—El día del juicio le distinguiré á V. entre todos los hombres. No, jamás me olvidaré!.....

Y Mariquita volvió á llorar. El duque no pudo menos de exclamar entonces:

—Juro que he de hacerte tan dichosa, como puedas serlo.

Y le besó la mano; pero Mariquita la retiró presurosa, añadiendo con energia:

—Eso no! no me toque V. mas; si mi padre me viera!.....

—Tienes razon, repuso el duque; perdóname, á nadie se niega una última caricia.

Paró entonces el coche, y aunque como por fuerza, Mariquita salió de él.

—Adios! le dijo otra vez el duque; tampoco me olvidaré de tí!

Mariquita no respondió: un nudo le apretaba la garganta, y aunque sintió que el carruaje se alejaba, no se atrevia á moverse.

Quando al fin se decidió á dirigirse á su casa, notó que era demasiado tarde, y cogiendo una piedra de buen tamaño, la dejó caer sobre el pié, para poder decir que se habia lastimado, y que ese habia sido el motivo que la

detuviera tanto tiempo. En efecto, el pié se le hinchó, y nadie pudo decir que Mariquita mentía, ni extrañar de que llorase.

Pobre Mariquita! no le habia valido nacer en la retirada y desierta calle de la Corredera del perro! La primer flor que habia brotado en su alma, nació y murió en el torbellino de una tempestad, sin que quedase de ella ni cenizas. Solo quedó el recuerdo. ¡Y en verdad que la memoria de Mariquita no era de las que se olvidan presto!

CAPITULO XIX.

— Como si me fuese posible creer en la duracion de los sentimientos humanos, le hubiera dicho ahora á esa pobre niña: ¡detente á mi lado, amor mio, y no nos separemos jamás! Pero despues de la alborada de ilusiones que ahora llama tan afanosa á las puertas de su corazon, despues de este primer dia de esperanzas, de sueños y de velados deseos, que el pudor y la ignorancia mas casta embellecen, ¡qué abismo de ambiciones! ¡qué seguro arrojé para marchar por las oscuras sendas de la vida, en las cuales la planta se detiene apenas por temor á la mirada implacable, escudriñadora y siempre alerta con que la sigue el mundo! ¡Qué eterna batalla, entre el duro y frio razonar del entendimiento y el ciego empuje de las pasiones! ¡Pasa.... pasa.... mentira candorosa, que como todas, has de convertirte en olvidado recuerdo! Aquel ¡ya fué! que es tumba desolada de cuanto en el mundo ha existido, re-

sonará tambien para tí en su hora..... y, ay! ¿qué hubieras sido entonces para el ser descontentadizo y turbulento, en quien los primeros albores de tu amor primero han venido á reflejarse! *una Mariquita* y nada mas.

Razonando de esta manera, tan propia de los *héroes de nuestro tiempo*, y envuelto en la ya conocida capa negra, llegó el duque de la Gloria á casa de Melchorcillo, á cuya puerta llamó suavemente. El mismo mozo, pálido y demudado, salió á abrir, como tiene que hacerlo el que no puede pagar porteros ni criados; mas á la vista de su rival, á quien reconoció, á pesar de que iba embozado hasta los ojos, retrocedió lleno de horror. El duque, con tono afable, aunque sin descubrir el rostro, le dijo:

—Crea, amigo, que mi visita es de paz, y aun provechosa para alivio de los males que le afligen.

—¿Qué podía venirme de V. que me fuese provechoso? repuso Melchor con abatimiento y reconcentrada desesperacion.

—¿Podemos hablar solos un momento? le preguntó el duque sin hacer caso de sus palabras.

—Sí viene V. á hablarme de ella, bástele saber que ya no la quiero.

—No puedo creerlo.

—Hace V. bien; en verdad, la quiero todavia, la querré siempre, pero no nos casaremos.

—Y por qué?

—¡Se atreve á preguntarlo! murmuró el pobre Melchor con profunda amargura. Clavó despues en su

rival una mirada terrible, y con ceño tan adusto, que convertía en fiero y casi salvaje, aquel rostro comúnmente lánguido y doliente, añadió:

—¿Se imagina V. que no le conozco?

—Lo creo, que es aun mas. ¿Por ventura, me ha visto V. nunca, si no fué una vez al caer de la tarde? ¿Y esa vez pudo distinguir siquiera mi fisonomia ó saber mi nombre?

—Cierto que no, pero tampoco lo he menester.

—Es mucho decir, amigo, ¿Quién puede asegurar en este pícaro mundo engañoso, que no ha menester de esto ó aquello, aun cuando aquello ó esto sean nuestro propio enemigo?

—Por lo que veo, tiene V. mucha gana de conversacion, y es lástima, porque se encuentra muy débil mi cabeza. Mas, si quiere V. algo de mi, venga á buscarme en mejor ocasion, que aunque siempre fuí enemigo de contiendas, á fé que no he de negarme esta vez.

—No se trata de eso, hombre de Dios. ¿Cómo se lo he de decir? mi visita es de paz. ¿Será preciso advertirle que no me alejaré sin que hayamos hablado?

Despues de reflexionar algunos momentos Melchor, entreabrió la puerta de su cuarto para que pasara el duque.

Vió este entonces con asombro que aquella habitacion humilde esteriormente, era en el interior, no rica, pero hermosa y elegante, una especie de oasis escondido en el desierto de la calle de la Corredera del perro. Cuadros, flores, pájaros, mariposas y perfumes se hermanaban en ella, con tal gusto y armonia, que el

duque creyó contemplar alguna de esas viñetas, en que la mano del artista se dejó correr, guiada por la mas fantástica inspiracion.

—Es V. pintor? le preguntó.

—Soy sacristan, respondió el mozo secamente.

—Ahora comprendo porque ella no le ama. Nunca los sacristanes han sabido conquistar corazones; pero lo que no puedo comprender, es que un hombre que debe hallarse ocupado la mayor parte del dia en tocar campanas, pueda habitar en tan delicioso nido.

Tornóse sombrío el semblante de Melchor al oir estas palabras, y con el mismo aire feroz, que antes habia cambiado su doliente fisonomia, dijo:

—Abusa V. indignamente de mi posicion. Me hallo débil, enfermo, lleno de pesadumbre..... me cuesta, en fin, trabajo sostenerme en pié; mas juro que otro dia contestaré, como es debido, á tales insultos.

—Me alegro infinito de que se halle V. débil y enfermo hasta el punto de no poder tenerse en pie.

—¡Caballero!

—Si hombre, me alegro, porque esto nos evitará un lance desagradable, que ciertamente no deseo.

Por única respuesta, Melchor miró en torno suyo como si buscase alguna cosa, suspiró despues profundamente y lleno de desaliento, se dejó caer al fin sobre un diván.

El duque comprendió entonces, cuan profundamente heria con sus palabras aquel corazon ya lacerado.

—Amigo mio,—le dijo con acento franco y afectuoso, mientras tomaba asiento á su lado,—tenga V. la pacien-

cia y la bondad de escucharme algunos momentos mas, que aunque mis palabras son comunmente burlonas, no soy tan malo como parezco. Yo he venido aqui, para probarle de una manera indudable, que las sospechas que abriga V. contra ella.....

—¡Sospechas! rugió sordamente el mozo.

—Si, que esas sospechas son completamente infundadas.

Al mismo tiempo que esto decia, el duque dejó caer el embozo de la capa, descubriendo un rostro viejo, escueto y acartonado. Melchor retrocedió lleno de asombro.

—¿Es que no le parezco á V. bastante jóven y hermoso para ser amado por una niña de diez y seis abriles? le preguntó el duque riendo. En verdad, prosiguió, que tampoco hubiera yo tenido tal pretension: pero las apariencias, nos sumen muchas veces en la desventura, si es que la casualidad no viene á alejarnos del error, y ¡esto es precisamente lo que yo quiero que no le suceda! He aqui, lo que ha pasado. Vuelto á Madrid, despues de una ausencia de cuarenta años, y al entrar lleno de alegría en la calle de la Corredera del perro, veo una linda niña, hacia la cual corri, apoderándome al instante de una de sus manos, que estreché entre las mias con ciega pasion. Habia creido reconocer en aquella criatura á mi dulce, á mi encantadora Dorotea, por lo mucho que se le parece; mas no era ella, sino su sobrina, que huyó con enojo, asombrada de mi osadia. ¿Comprende V. ahora el error en que todos nos hemos visto envueltos?

—Pero, señor, digerase que todo eso es un cuento, ó sueño, del cual no acierto á despertar. Doña Dorotea es tan vieja, que fuera imposible confundirla con.....

—Oh! le interrumpió el duque, para V. y para el mundo es vieja Dorotea, mas no para mí, que la veo fresca y jóven como en sus mejores tiempos. Yo la contemplaré siempre igual, hasta que me la robe el sepulcro. Veo que mis palabras producen en V. grande estrañeza, pero al menos le devolveran, como deseo, la paz que involuntariamente le he arrebatado. Si, mi Dorotea es hoy á mis ojos tan bella, que Mariquita no la excede en hermosura, si bien existe entre ambas esa marcada semejanza, que me ha obcecado por un momento. En vano, sin embargo, hablaríamos de estas cosas que V. no comprende, y únicamente le advierto, para que se sorprenda y asombre menos, de lo que vaya viendo y oyendo, que no soy un hombre como los demas.

—Ya se conoce.

—Bien. No le ocultaré á V. ahora, que como tengo una recta conciencia, me hallaré intranquilo, mientras no remedie el mal que involuntariamente he causado á la inocente niña que V. ama. Si, por mi vida! antes que todo, quiero dejar las cosas en el mismo lugar en que se encontraban y aun mejor si es posible. Tratemos, pues, de esto.

El duque tomó entonces un tono grave y con pausado y misterioso acento añadió.

—Como nada se oculta á mi penetracion, yo sé que la sobrina de mi Dorotea, no consentia gustosa en casarse con un sacristan. Los cabellos rasurados y los ros-

tros sin barba, no enamoran demasiado á las mugeres.

—Ay! lo sospeché un dia, en que se burló de mi con sus compañeras, ¡pero yo la amaba tanto! y por otra parte, ¿qué determinacion tomar?

—Hacerse amar. Si un hombre se empeña, á la corta ó á la larga, se hace al fin dueño del corazon de una muger.

—Oh! para amar de ese modo se necesitan sin duda fuerzas que no poseo; jamás podre ser mas de lo que soy ahora.

—Gravísimo error! Veamos, ¿no acertaria V. á vestirse con tan delicado gusto, como el que ha tenido para adornar esta hermosísima habitacion?

—Oh! todo esto lo habia comprado y hecho para ella con lo que he ganado por los lugares vecinos.

—¿Quizá tiene V. entonces otros medios de ganar la vida, mas que los que ha dicho ya?

Antes de responder Melchor vaciló algunos momentos; pero lleno de cortedad dijo por fin.

—Hago flores y santos de cera, que vendo despues por donde puedo.

—Ola! soy tambien aficionado á esas cosas, y precisamente me convendria comprar algunas, si fuesen de mi agrado. ¿Podria V. enseñarme sus trabajos?

—He ahí lo que tengo por ahora, dijo Melchor señalando en torno.

El duque le miró por algunos instantes, como sino lo hubiese comprendido, mas no pudo dudar al fin de lo que realmente veia. Aquel ser humilde y lánguido como una muger, era sin duda uno de esos artistas naci-

dos para asombrar á los siglos con sus obras inmortales.

Todas aquellas flores, al parecer frescas y llenas de rocío, que tapizaban, como en un sueño de hadas, las blancas paredes; todo aquel agrupamiento de brillantes y entrelazadas hojas, que convertian en misteriosa gruta aquella habitacion engalanada para el amor..... eran obra del inimitable artista..... éranlo asimismo las guirnaldas que caian graciosamente en torno de cada ventana; éranlo aquellas mariposas que parecian agitar coquetas las brillantes alas, rivalizando en sus finisimos colores con los de las rosas, y éranlo, en fin, los pájaros y todo cuanto el duque habia creído fruto de la hermosa naturaleza.

Melchor no pareció, sin embargo, sentir halagado su orgullo, al ver que el duque habia cambiado en respetuosa admiracion, la compasiva deferencia que antes le demostrara.

De alma afectuosa y sencilla, aquella extraña criatura, cuya única ambicion se cifraba en ser amado de Mariquita, y cuyo genio de artista habia nacido y desarrollado á la sombra de la soledad mas olvidada, ni comprendia aun las aspiraciones de gloria, que lastiman el corazon á la par que lo engrandecen, ni los arrullos de la lisonja resonaban en sus oidos, sino como una música extraña, que escuchamos sin comprenderla.

Grande lo encontró el duque en medio de aquella ignorante sencillez, que habia apartado de su alma de artista, el pecado de la vanidad; por eso, con una expresion casi paternal, le dijo:

—Permítame V. que estreche esa mano. Es V. mas digno de Mariquita de lo que yo creía; pero será forzoso, que abandonando la Corredera del perro, viva V. en Madrid y trabaje allí algun tiempo para volver regenerado ante ella.

—Alejarme de la Corredera del perro..... es decir, no verla ya! ¿qué dice V. caballero? eso es un delirio..... ni puedo hacerlo, ni lo haria aunque pudiera.

—¿Por qué no? Madrid está á un paso, allí llevaria V. á cabo magníficos trabajos, que rivalizasen con las mas alabadas obras de arte, y en ello ganariamos V., ella y yo.

—No comprendo.....

—Oigame V. con atencion. La sensatez de los mortales puede caber á veces en la cáscara de una avellana, no hay que extrañar, pues, que las mugeres se enamoren casi siempre, la mitad del rostro de un hombre, y la otra mitad de su vestido.

—Oh! eso es insoportable.

—Y bien, amigo, son flaquezas humanas. A nosotros que, segun se asegura, no hemos nacido frívolos, nos pasa lo mismo respecto de ellas. Comprenderá V. así, que Mariquita, al verle elegantemente vestido, ya no podria reirse ni del pantalon color canela, ni del chaleco verde, que ahora se interponen entre V. y su amor. La envoltura, dice un adagio, si no lo es todo, ayuda; y á mi ver, digo yo, que el amor vive á veces revoloteando como un fuego fátuo en torno de algunas apariencias mas vanas que una sombra. Inútilmente se apela entonces á la lealtad, á los juramentos y á las

eternas promesas para retenerlo con cadenas. Dejémosle al principio tan inseguro como se presenta, vagando aquí y allá, como errante llama que busca á donde asirse, despues que esa llama haya prendido realmente, sea por donde quiera, lo que antes era menos que un sueño, se realizará por fin.

—Esas ideas me confunden y lo que veo al través de ellas parece darme alguna esperanza, mientras por otro lado deja vacío dentro de mi corazon un hueco que yo llenara con ilusiones y creencias bien distintas por cierto.

—Eso le pasa á cada hombre cien veces en la vida. La existencia no es mas que un cielo que presenta á cada instante diferentes celajes, cuya eterna mudanza nos sorprende al principio, pero á la cual nos acostumbramos al fin. Valor, pues, amigo mio. Trasládese V. al centro de la córte, dése á conocer alli, por sus relevantes dotes de artista, vístase con la elegancia propia de un hombre de mundo, y Mariquita amando al mismo Melchor, contemplará en V. extasiada un hombre nuevo. Respecto á mi, podré proporcionarme de ese modo magníficos modelos que añadir á la rara coleccion de ciertos objetos artísticos que ya poseo. Hé aquí como V., ella y yo ganaremos á un tiempo con que V. se aleje de la Corredera del perro.

Hablando de este modo, el duque casi llegó á convencer á Melchor, cuya imaginacion se exaltó por fin, con la idea de que llegaria á ser realmente amado, y á hacer rica y feliz á Mariquita.

—No me alejaré de aqui, añadió el duque despues

de haber observado detenidamente los trabajos de Melchor, sin que V. me venda estos dos magníficos rami-
lletes, con los cuales adornaré mi chimenea. He aquí
doce mil reales. Si le pareciese á V. poco.....

—Poco!..... repuso Melchor asombrado; mis rami-
lletes no valen tanto, ni la tercera parte siquiera.

—De cualquier modo, podrian valerlo para mi, y
aun cuando fuesen realmente caros en ese precio, lo
que no creo, mañana podria cobrarme en los demas
trabajos que espero ha de hacerme. Dos cosas voy
ahora á pedirle antes de retirarme. Deseo que sepa
el mundo la inocencia de Mariquita, aunque sin
mentar para nada el nombre de mi Dorotea, y
que se sepa asimismo que V. sigue amándola como
siempre; puede V. añadir, sin temor á ofenderme, que
el caballereite, que por equivocacion la detuvo en medio
de la calle, era viejo y feo como las muecas de un
ogro. Lo principal en esto, es que la honra de Mari-
quita quede tan limpia como lo merece.

—Eso corre de mi cuenta.

—Gracias..... mas otra corre de la mia, y es que
para indemnizarle los daños que involuntariamente
he causado á esa pobre niña, quisiera que para el
dia en que esta se case, sea con quien fuere, re-
serve su tia esta pequeña bolsa. Ni tengo hijos, ni
parientes cercanos, y siendo dueño de una inmensa
fortuna, no me parece fuera del caso hacer este pe-
queño dispendio en favor de la sobrina de mi amada.

—Caballero, veo que es V. generoso, mas no sé si
doña Dorotea consentirá, y valiera mas que V. mismo...

—No me he atrevido á presentarme delante de ella, por el lance de Mariquita. Sin embargo, entréguele V. la bolsa, y dígale que si en compañía de V. quiere presentarse en el palacio de la Albuérniga el domingo por la noche, le daré esplicaciones que á ambos nos convienen.

—A esa hora recelará acaso.....

—Por mi honor que no debe recelar. Hasta entonces no me hallará en Madrid, y despues de esa noche, en la cual me visitarán tambien otras personas, me ausentaré otra vez no sé por cuanto tiempo. Tal es la causa que me obliga á pedirle tan gran sacrificio.

Aturdido Melchor con lo que le pasaba, consintió en cuanto le propuso el duque, que se despidió al fin, añadiendo:

—Y díganle lo que quieran de cierto duende que trae revuelta la córte, no olvide V. que ese duende tiene un corazon noble, y que su dinero es realmente dinero contante y sonante.

CAPITULO XX.

El duque llegó á su casa, y tendiéndose fatigado sobre un divan, dijo:

—¿Acabará esto pronto? á fé que me voy cansando de reirme. Felices nuestros primeros padres, que pasaban la vida alabando á Dios, cuidando de sus rebaños y vestidos con pieles de oveja; ¡maldito el efecto que les hubieran hecho mis botas azules! Mas tu poder, querida Musa, solo alcanza á añadir nuevas locuras y vanidades á las vanidades y locuras de los hombres. El dia que les hicieses cambiar un palacio por una cabaña, te volverian la espalda murmurando que habias discurrido una moda inconveniente. Pero mándales que sobre un palacio edifiquen otro, que intenten levantar una nueva torre de Babel, y exclamarán unánimes: *jeste si que es un bello adelanto!* Diles, en fin, á algunos, que, calzando unas botas azules, harán el primer papel en el mundo ó la primera figura, siquiera sea esta la mas ridícula entre todas; y hé-

telos con botas azules anunciándose por donde quiera con un cascabel. ¡Aun no he perdido completamente la vergüenza, Musa, aun existe dentro de mi un resto de amor propio que me hace ruborizarme, aqui en donde nadie me vé!..... Lo conozco: yo mereciera el primero, ser arrojado en el pozo de la moderna ciencia en compañía de las *historias inspiradas*, de los malos versos, de las zarzuelas sublimes, y de las novelas que se publican por entregas de á dos cuartos. Concluylamos de una vez!

El duque agitó el cascabel de la varita negra y apareció Zuma, á quien dijo:

—Es preciso acabar pronto la tarea..... me aburro ya de mi poder.....

—Todo se ha arreglado, dueño mio. Las librerías se hallan casi vacías, los sótanos están llenos, el jardín admirablemente dispuesto, y el señor de la Albuérniga al borde de la desesperación. En vano ha viajado, en vano ha ido buscando los lugares mas apartados: en todas partes le salían al encuentro para preguntarle por el singularísimo duque de la Gloria *su particular amigo*. Siguiéronle además en su camino, agentes de policía, empleados del gobierno, hombres de negocios, zapateros y fabricantes de corbatas, editores y escritores. Exigíanle los unos revelaciones que al buen señor no le era posible hacer, secretos que no conocia, y pedíanle otros cartas de recomendación y *su influencia* para con el hombre mas poderoso. Así importunado, vigilado, perseguido, volvió á tomar el camino de la corte, esperando hallarse en ella mas tranquilo que

en todos esos pueblecillos y ciudades á donde ha llegado ya la fama del duende azul. Aquí le tenemos, pues, lleno de desaliento, aburrido, y desconfiando de volver á recobrar la perdida felicidad.

—Es decir que el fruto ha madurado..... perfectamente. ¿Y la de Vinca-Rua?

—*La tertulia económica* progresaba rápidamente. Damas hubo, amo mio, que llevaron la sencillez en el vestir, hasta el extremo de presentarse con gruesas batas de lino, mientras brillaban en sus cabezas aquellas herraduras de diamantes, con cuyo modelo la de Vinca-Rua, fué en el Prado, un día memorable, el asombro de todos. Pues bien, ninguna quiso en esto desmerecer á su lado, y se empeñaron fincas y se pidió dinero á un interés ruinoso, á fin de rivalizar con ella dignamente. *La tertulia económica*, exigía en verdad este sacrificio, pues la diadema era el distintivo mas digno de las que formaban tan moralizadora sociedad. Nadie se negó á asistir á ella, pues, segun decian, era preciso que las damas de alto rango enseñasen á las gentes la modestia en el vestir: así, se desterrarían las exageraciones del lujo, y las clases acomodadas, aprenderían de ellas la virtud del trabajo. ¡Hé aquí, pues, porque para todo esto, se reunían y hacían calcetas, cuyo producto, despues de vendidas, debía dedicarse á los necesitados, y á los establecimientos de beneficencia!

—Sociedad celestial!....

—Cuando el misionero, vuestro amigo, les hizo comprender que mejor que hacer calcetas, y vestir ba-

tas de lino, hubiera sido ceder, para bien de muchos desgraciados, el importe de las diademas, las damas no ocultaron lo indiscretas que les parecian semejante indicacion. La de Vinca-Rua tomó, pues, la palabra para atajar aquellos murmullos, y dijo: «Padre, cuanto dice es muy santo y muy bueno, mañana nos reuniremos para deliberar sobre ello, y le daremos parte de lo que hayamos acordado» Y en efecto; diéronle parte al otro dia de que, por indisposicion de varias damas, no habia podido efectuarse la reunion..... Las señoras siguieron indispuestas por algunas semanas, y la tertulia económica, economizó asi sus reuniones, hallándose casi estinguida, como lámpara sin aceite.

—Ese era su destino:..... ¿Y las de la calle de Atocha?

—No hay nada comparable á su despecho, cuando recuerdan que han sido humilladas por el hombre mas notable del siglo. Sueñan, no obstante, con los gorros de dormir, ¡si pudiesen calcetarlos sin que lo supieran las gentes, que magníficos vestidos estrenarian con los miles de duros que el poderoso duque de la Gloria ofrece por ellos!....

—Hé ahí como es incurable la enfermedad de esas criaturas..... mas se arraiga en su corazon, cuanto mas se procura arrancarla..... Los hombres no saben hacer perfectos actos de contricion, sino cuando van á morir, es decir, cuando ya no les es posible pecar mas..... Oh! Dios..... si no fueras tan misericordioso!.... ¿Y las viejas?

—Viven cada vez mas atormentadas por el demo-

nio de la curiosidad, y ellas que desde su magnífico escondrijo murmuraban de las locuras de sus semejantes, darán al fin su resbalon, y ya no se conceptuarán mas dignas de ser respetadas que las demás mugeres. Asistirán al convite con la librea, amo mio, y aun consentirán en bajar al infierno, por saber los secretos que encierra la vida del señor duque. Respetto á los editores, se arrastran casi á mis pies, para que les revele algo de lo que el gran libro encierra; mas yo fiel á mi magnifico señor, hago lo que debo, mostrándoles el tesoro y escondiéndolo cuando se imaginan que van á tocarlo.

—Mereces mis alabanzas.

—¿Qué mas puedo ambicionar?

—Bien; dame ahora las llaves. Es preciso que hoy vea á mi mejor amigo.....

—Helas aquí, amo mio..... ¡pobre señor!....

—Aspero es el camino de la gloria.

CAPITULO XXI.

—Ay! si pudiera convertirme en asesino del que me roba la paz y el sosiego! Mas diome Dios una conciencia justa, y ella no sentencia á muerte á mi verdugo. Solo Dios es el árbitro de la vida. Y hé aquí como, cuando pensaba acabar mis dias en la calma y el reposo, reconcentrándome en mi mismo para gozar mejor la paz prometida á los hombres de espíritu tranquilo, tengo que concluir diciendo con todos los humanos: «No es este mundo lugar de descanso, si no pasage penoso en donde inquietudes y temores nos van abriendo el sendero de la tumba. No huyas, pues, miserable mortal, de conocer como tus hermanos las espinas sembradas para todos en el camino de la vida. Tus plantas quedarán al fin ensangrentadas, y tarde ó temprano tendrás que llevar sobre los hombros el pesado hatillo, patrimonio del peregrino que camina hácia la eternidad.» ¿Nos estará prohibido, á pesar de esto, llorar las pasadas dichas? No; que propio es del cora-

zon del hombre alegrarse con la felicidad y gemir con la desventura. Y yo tambien gimiera, si asi el llanto como la alegria no fuesen un esceso, al cual mi madura sensatez, no me permitirá jamás abandonarme. ¿Quizá no es bastante haber perdido lo que mas amamos sin que hayamos de añadir la inútil cuanto amarga ocupacion de llorarlo? Pero, ¡qué dulces, qué serenos pasaba mis dias! ¡qué apacibles, qué tranquilas mis noches antes de haberle visto! y ahora no puedo estar nunca seguro de que no aparecerá delante de mi..... No hallo lugar en donde no me hablen dél, en donde no me busquen por causa suya. Su recuerdo, su sombra me seguiria hasta la eternidad, y hasta no podria morir tranquilo, lo confieso, antes de saber de que son hechas aquellas botas, y lo que significan aquel cascabel y aquella corbata maldita..... esta idea no me abandona. ¡Triste condicion la del hombre! Un ángel vela á su derecha, un demonio á su izquierda; y aun cuando yo no habia llegado á creer sino en el primero, siento ahora que el segundo se hallaba traidoramente escondido dentro de mi para sorprender mi buena fé y presentármeme mas tentador y mas invencible. No; yo no me hubiera entretenido como Fausto en querer comprender la esencia de la vida, el espíritu que anima el universo, el mas allá de la tumba, ni en evocar la sombra de la encantadora Elena, ó hacer morir de amor á la inocente Margarita; pero mi demonio se mete en una corbata y en unas botas azules, y héme aquí loco, atormentado y sin sueño. Y creia, ¡necio de mi! no pertenecer al siglo XIX!

Así, medio sepultado en un gran sillón y con la cabeza oculta entre las manos, se lamentaba el señor de la Albuérniga de su azarosa, cuanto cambiada suerte. Y no es que hubiese exageración en sus palabras, porque su bello rostro estaba pálido y ojeroso como el de una jóven que se muere de amor. De cuando en cuando volvía los lánguidos ojos hácia el lecho de bronce que se veía á algunos pasos, y los apartaba despues con expresion doliente y repitiendo con triste voz estos versos:

¡ Oh si como algun tiempo en tí durmiera!

¡Feliz y venturoso me llamára!

¡Oh si tal dicha recobrar pudiera!

La aguda voz del reló dejó oír las tres, y allá por una gran ventana que desde la misma habitacion del caballero se veía, á través de varias entornadas puertas, en el fondo lejano de una galeria, empezaba á notarse una leve claridad, que bien pudiera ser producida por el postrer resplandor de la luna ó por el primer rayo de la aurora. Creyó entonces el buen señor que podria tomarse la libertad de descansar un momento y se hizo desnudar por uno de sus imponderables servidores. Solo ya, habia metido entre las sábanas la pierna derecha, cuando oyó decir muy cerca:

—En vano es cerrar las puertas á un amigo, con el cual se ha hecho un contrato sagrado, y en verdad que no podré desearle á V. buena noche ó buena mañana, hasta que hayamos tenido un instante de conversacion.

La pierna que el de la Albuérniga acababa de des-

lizar suavemente entre las sábanas, volvió á caer al lado de su compañera con dolorosa lentitud.

—¡Qué fardo pesado es la conciencia! exclamó el de la Albuérniga con voz sorda; y volviéndose hácia el duque, añadió: ¡qué cosa me fuera mas fácil que quitarle á V. la vida!

—Tan fácil, como á mi me seria quitarle á V. la suya, porque no hay barro mas propenso á quebrarse que este de que somos hechos los mortales. Pero no se trata ahora de esas cosas, se trata de que ha llegado el momento en que necesito de un aliado.

—¿A estas horas? replicó el de la Albuérniga con el amargo acento de la victima que se vé obligada á hacer concesiones á su verdugo.

—Por el espacio de tres días y tres noches, será preciso que V. se convierta en un ser activo, y dispuesto á todo lo que pueda sobrevenir.

—Está visto que quiere V. convertirme en asesino.

—Siempre he huido de eso, así como también de verme en la dura necesidad de dejar sin vida, al que como V. sabe aprovecharse tan perfectamente de las delicias que la suya le proporciona. Pero estas son palabras inútiles y el tiempo urge. Caballero, V. no podrá olvidar que le he dado cumplida satisfacción por los que juzgaba agravios premeditados; no soy, pues, exigente, al pedir lo que me ha sido prometido y me pertenece de derecho; desde un principio he pensado elegirle á V. como columna de apoyo para mis triunfos, y V. ha consentido. Además, solo accediendo á

mis deseos, podrá V. gozar despues el perdido sosiego, y saber de que son hechas esta corbata y estas botas azules, que no ha de volver á ver lo mismo que al que las lleva.

—No volverle á ver..... y saber de que son!—murmuró el de la Albuérniga lleno de gozo.—¿me lo promete V. bajo solemne juramento?

—Si no cumpliese lo que digo, le doy á V. el derecho de castigarme como lo desee.

—Dispuesto estoy á todo, pero ¡una hora ó dos de reposo antes de empezar la lucha! ¿No vé V. que las vigilias y la inquietud me han vuelto pálido y flaco? ¿qué sufro?

—¿Quién sin penitencias y sufrimientos ha podido ganar el cielo?

—He ahí unas palabras que no he comprendido hasta ahora, murmuró el de la Albuérniga con reflexiva lentitud.

—Pues aun no es tarde, añadió el duque gravemente; pero no olvide V. que la hora se acerca.

Y se alejó del caballero, quien en vano quiso entonces dormir para olvidar por un instante sus pesares. Volvió, pues, á vestirse, y para distraer la amarga inquietud que le devoraba el alma, se sentó en un sillón, y se puso á leer lo mas devotamente que pudo, en las *Consideraciones sobre la brevedad de la vida humana*.

Esta lectura le dejó sin duda mejor dispuesto, á cumplir la penitencia que le habia impuesto el duque. «¿Quién vive sin pesares? ¿quién no encuentra algunos

abrojos sembrados entre las rosas mas bellas? ¿quién no ha sentido pesar alguna vez sobre su corazon, la mano de la fatalidad ó del dolor?»

—No hay duda, concluyó pensando el caballero, *esa vez*, llegó tambien para mi, y en vano es oponerse al destino! ¡Sea pues, lo que ha de ser!

CAPITULO XXII.

Y sucedió, que en una de las calles mas principales de la córte, se presentó cierta mañana un ciego de semblante enjuto y marmóreo. Acompañándose con una guitarra, cantaba ó recitaba en son extraño y monótono, lo que sigue:

Oid! oid! y meditad despues.

Yo soy el nuevo profeta de lo que se desea y se siente, aunque no se conoce.

Y soy el que ha escrito con letras de oro el libro de los libros y los triunfos de un nuevo porvenir.

Cuando ese libro aparezca, yo habré muerto, pero queda un heredero de mi ciencia, que estenderá por la tierra los frutos de mi sabiduria, empezando por las tierras de Occidente.

Ese hombre llevará en pós de sí la atencion de las gentes, porque en sus pasos brillará el resplandor del cielo, y ostentará en su pecho el simbolo del espíritu que le anima.

El hará lo que ninguno ha hecho en nuestros tiempos.....
¡El es! reconocdle y buscadle....., apresuráos á reuniros en torno suyo, para ver lucir la nueva aurora que ha de salir de las tinieblas.

Asi un Moravo, profundo
Sábio, y profeta eminente,
Dijo á la morava gente
Antes de irse al otro mundo.

Y al acabar el recitado y la copla, rascaba el ciego de tal modo las cuerdas de la guitarra, que se dijera queria rascar asimismo los oidos de cuantos le rodeaban.

—Jesus! exclamaban algunos, tiene garras y no uñas el hombre. ¡Y vaya con lo que reza!.... ¿quién le entiende?

—Oh!.... mucho quiere decir con lo que dice, añadía otro, y de buena gana le haria yo preguntillas, á no haber aquí tanta gente que las oyera. ¿Habrás visto tanta boca abierta?

—Lo mismo que la de V. que á fé no se ha quedado corta, respondia chillando alguna muger, que se daba por aludida.

Multitud de damas y caballeros, se apeaban tambien de sus carruajes para oir al dichoso ciego, diciendo despues que le habian examinado de cerca:

—Preciso será que llamemos á este hombre para que nos explique el significado de sus palabras: ademas, parece que su rostro no es desconocido aquí.

De este modo, la fama del ciego cundió aquel mismo dia por toda la corte, mientras el periódico *Las Tinieblas* decia á la tarde, con su acostumbrada malicia, que encontraba cierta afinidad directa entre el ciego y el duque de la Gloria; notabilidad única en su

género, y muy semejante en su aparicion á la inven-
cion de los fósforos.

Ninguna prueba aducía el periódico *Las Tinieblas*, para afirmar tan extraña suposicion; pero las gentes creyeron sus palabras, y el ciego fué buscado aquella misma noche y presentado en varios círculos políticos y aristocráticos, en donde se le aguardaba con una impaciencia digna de mejor causa. El ciego era al parecer mas taimado que aquel á quien servia el lazarillo de Tormes.

—Poseo secretos, decia, que no me los arrancarian ni el fuego ni el hierro. Pero el que ha de ponerle el cascabel al gato los publicará sin esfuerzo ni violencia, bajo el dominio de su absoluta voluntad.

—Y, ¿quién es el dichoso que ha de poner el cascabel al gato? le preguntaban.

—Es el que el Moravo anuncia.

—Pero, ¿quién es ese que el Moravo anuncia?

—Es el que anuncia.

—Por supuesto; mas su nombre ¿cuál es?

—El lo sabe.

—¿El? ¿quién es el?

—El que el Moravo anuncia.

—Si querrá burlarse? Amigo, gringo se llama tal juego de palabras, y no contestaciones: diga si quiere, si es verdad, como se asegura, que conoce V. al duque de la Gloria.

—El Moravo si.....

—O es loco de atar, ó malicioso como una zorra.
¡Dejémosle!

En efecto; era imposible luchar contra la mala intencion, ó la falta de juicio de aquel hombre cuyo semblante, lleno al mismo tiempo de una misteriosa impasibilidad, imponia respeto, casi miedo al que lo contemplaba.

—Aquí hay misterio, decian algunos, temerosos de su propia sombra. Lo que el ciego dice de ese libro maravilloso y del Moravo y del que ha de poner el cascabel al gato..... es sospechoso: ¿por qué dejar ese hombre en libertad?

Mas á pesar de todo esto, el ciego se alejaba tan libremente como habia venido, y no bien salia de un sitio cuando ya le aguardaban para conducirle á otro.

Celebrábase aquella noche una de las reuniones literarias mas brillantes y escogidas. En ella, escritores mimados por la gloria, rendian culto á editores, que se dignaban mostrarse amables con aquella juventud, mina inagotable de su risueña prosperidad, y directores de periódicos, cuya posicion social era cada vez mas respetable, ostentaban su poderío en medio de *su corte* de redactores, gente ilustrada y tan generosamente modesta, que aparentaba no notar siquiera, como su digno director hacia pasar por propios ajenos pensamientos. ¡Sin duda creia que en sus labios parecerian mas delicados y profundos, ó que el que compra un escrito, se hace absoluto posesor de la idea que ese escrito entraña!

Todo era animacion y entusiasmo. Habíanse leído muchas poesías, buenas y malas, aunque siempre aplaudidas, y varios trozos de novelas que ponian á prueba el empedernido corazon de los editores. Pero

atentos estos *al buen éxito* mas bien que al mérito de la obra, guardaban una prudente reserva, por aquello de que nunca el que compra debe alabar los géneros del mercader.

—Lo pensaré—decia alguno, con diplomática sonrisa al infeliz que imploraba una esperanza—tengo grandes compromisos con el autor de *La muger honrada* y *El amor sacrificado*, del cual estoy imprimiendo ahora, *La pobreza sin mancilla*. Oh!.... es un éxito fabuloso, el que estas novelas obtienen. Casi todos los maestros y maestras de primera enseñanza, casi todas las obreras de Madrid, se han suscrito, sin contar las directoras del Hospicio, de la Inclusa y de otros colegios particulares, que las compran para que las niñas, al mismo tiempo que se entretienen los dias de fiesta, con su amena lectura, se instruyan y aprendan en ellas á ser virtuosas.....

—¡Desgraciadas niñas!.... ¿No hubiera sido mejor un catecismo? respondia el paciente con ironía.

—No hay catecismo mejor, que las novelas de..... ademas de estar llenas de escenas tiernas y conmovedoras, ademas de que el movimiento y la accion no cesa en ellas ni un instante, encierran al mismo tiempo una moral que la misma inquisicion no hubiera reprobado.

—Quizá; pero, en cambio, la gramática reprueba su lenguaje, y el buen sentido, sus dislates, reñidos con la bella literatura.

—¿Qué importa todo eso? aprensiones!.... Las mugeres que son las que realmente aman y se impresio-

nan con esa clase de libros, no saben gramática en nuestro país, y muy pocos son los hombres que tienen buen sentido desde que han muerto los Cervantes y Quevedos.

—No tanto: aquí estamos viendo una juventud que promete.

—¡Oh! vaya V. á aventurarse con lo que *promete!* Y por otra parte, amigo mío, no está probado que los buenos libros hagan los buenos negocios. Pero aun cuando yo desee mas que mi propia conveniencia, ilustrar al país, no siempre las circunstancias que me rodean, son favorables á mis patrióticos deseos. En fin, mas adelante, se servirá V., si gusta, pasar por mi casa, y hablaremos largamente.

El desdichado se iba entonces con la música á otra parte, ó lo que es lo mismo, hacía otro grupo en donde se peroraba de este modo,—sin duda para ensayarse en la oratoria.

—Señores, difícilmente, aun en aquellos tiempos oscuros en que la literatura se hallaba en mantillas, y se esforzaba el poeta en dar una forma, á las nebulosas creaciones de su fantasía, pudieran verse abortos literarios, como los que hoy se admiran, vilipendio del arte y de las musas. ¿Por qué ese criminal silencio, por qué esa injusta tolerancia con todo lo que es malo? ¿Por qué los hombres de verdadero talento, no lanzan sus anatemas, contra los dislates y aberraciones de ciertos entendimientos? Pero en vez de esto, señores, la moda, ó mas bien dicho, el mal gusto, hace á todos los escritores, buenos ó malos, *¡distinguidos!*

esta es la palabra sacramental. Por favor, señores y amigos míos, jamás me hagan Vds. *distinguido*, lo pido en nombre de mi dignidad. Tampoco me digan Vds. *inspirado*! por qué, desde que ecisten ciertos libros *inspirados*, me parece abominable esta palabra. Ya no les basta á algunos, que falte el buen gusto por completo en sus obras, ni que la idea sea tan pobre y mezquina, que se pierda á cada paso, entre la despilfarrada acumulacion de ampulosas frases, sino que, traspasando los limites de la paciencia humana, se ven aparecer descaradamente y sin pudor,—y lo que es mas—con pretensiones de ser conservados para mejores tiempos, libros cuyo monstruoso conjunto, pudiera llamarse el sueño de un demente; libros escritos en una especie de gerigonza, que no pertenece á ningun idioma, ni dialecto, y cuyas frases incoherentes y *retorcidos* giros,—no podemos hallar una palabra que espresese mejor aquel estilo sin nombre—pueden compararse por su desaliño, al sonido de un instrumento roto. En cambio, llenan otras páginas y páginas, de no sabemos que insustancial clasicismo, indigno de corazones poetas, y que pudiera decirse inspirado por una momia egipcia: mas es lo cierto que unos y otros, pretenden sin pudor, ocupar los primeros puestos, reservados á los genios inmortales! ¡Irritante iniquidad, contra la cual es preciso que se proteste con energia! Hablo de este modo señores, porque me ha indignado la reciente lectura de una novela desconocida, que lleva por epigrafe: *El caballero de las botas azules*. En ella, una gracia bellaca, como diría Cervantes, unas pretensiones que se pierden

en lo infinito, una audacia inconcebible, y un pensamiento, si es que alguno encierra, que nadie acierta á adivinar, se hermanan lastimosamente con una falta absoluta de ingenio; he leído la mitad, y no puedo saber todavía en que capítulo empieza, puesto que es en todos á la vez.

—¡Singular ocurrencia! Sin duda el autor habrá juzgado mas cómodo no acabar nunca, método que no dejarán de seguir algunos.

—Leeré esa novela, y con su crítica, divertiré á mis lectores ávidos siempre de cosas nuevas, dijo Pellasgo.

—No admite crítica, replicó el orador. Solo puede decirse de tal novela, que le falta todo para serlo. Argumento, pensamiento, moral..... en fin es una simple monstruosidad, lo peor entre lo peor.

—Solo por ser tan mala, la leeré, añadió otro; casi la prefiero á muchas otras que no salen nunca de su pasito clásico..... ¿y *Las Tinieblas* le echó su andanada?

—Ayer, decia de ella entre otras cosas. «Érase una novela, titulada *El caballero de las botas azules*, éranse unas botas azules en los pies de un caballero, érase un caballero, que no se sabe lo que era. Oh! ¡qué espíritu burlon debe animar á quien discurrió todo eso, cuando no vaciló en ridiculizar su propio ingenio con tan mala caricatura!

—Está bien, ya que lo merece. ¿Y qué mas dice?

—Se ocupa con preferencia del nuevo libro anunciado por el ciego, que llamó hoy la atencion de Ma-

drid con su rostro de mármol, sus salmodias y su Moravo, que antes de irse al otro mundo, les dijo á sus compatriotas no sé qué profecias, sobre el que, despues de su muerte, habia de publicar el libro de los libros, y ponerle el cascabel al gato. Y añaden *Las Tinieblas* que el ciego, el Moravo y el duque de la Gloria, son una cosa muy semejante al laberinto de Creta.

—Y tiene razon, pues si Madrid tuviese una sola cabeza, ya se la hubieran vuelto loca.

—Háblase de semejante libro desde que ese señor duque apareció en el palenque de las notabilidades del siglo, como campeón invencible. El buen caballero, hace, deshace, rompe cuando quiere con las costumbres sociales, se burla descaradamente de ellas, habla á las mugeres como un sultan á sus concubinas, y á los hombres como si tuviese el poder de vencerlos con su sola palabra.

—Mentira! digeron algunos á una voz; ninguno ha logrado todavia tener con él una pequeña conversacion: no dá audiencias á nadie, absolutamente á nadie.

—Es íntimo amigo del de la Albuérniga.

—O su enemigo, pues, segun cuentan, no le deja reposar tranquilo, y el apacible señor se halla con esto fuera de sí..... ya es otro hombre.

—En efecto, aseguran que el duque de la Gloria maneja al rico sibarita como se le antoja.

—A nó verlo, no lo creyera; pero ese duque es un verdadero duende, puesto que no hay medio de descubrir el misterio que le rodea. Grandes diplomáticos y personajes de diversas naciones, celosos de su popu-

laridad, que amenaza hacerse universal como su gloria, han ofrecido ya cantidades fabulosas al que haga unas botas y una corbata como las suyas. Mas ninguno se atreve: todos confiesan su impotencia para el caso.

—Entre esos personajes se cuenta un lord inglés y un cercano pariente del emperador de las Rusias.

—Item mas, un título francés que dará al contado cincuenta mil francos al que consiga hacerse editor, y saber antes de su publicacion lo que contiene el gran libro que va á publicar el duque; pues no es otro, señores, el que el Moravo anuncia en su profecia.

—Negocio no despreciable, dijo uno.

—Renuncio al premio y á la gloria de adquirirlo, repuso con cándida indiferencia cierto editor descontentadizo.

—Tampoco aspiro á tamaña honra, repuso otro sonriendo irónicamente.

—Ni yo—añadió un tercero—temeria que esa fabulosa fortuna, á imitacion de las que, segun dicen, proporciona el diablo, desapareciese de entre mis manos al tocarla.

—¿Cuál será entonces el que se digne recojer la piña de oro que tantos desprecian?

—Aqui traigo quien puede saberlo, gritó una voz alegre. Y se vió entrar á un jóven de esos que llevan la travesura pintada en el semblante, dando el brazo á un hombre muy alto y envuelto en una capa burda.

—Es el ciego!.... el ciego!.... exclamaron todos. ¿A dónde le ha ido á buscar el demonio de Jorge?

—A dónde pudo, replicó el jóven, que pertenecia

á esa clase de criaturas siempre dispuestas á hacer algo que no aciertan á hacer los demas. Y dirigiéndose al ciego le preguntó:

—Buen hombre, ¿podrá V. decir á estos señores quien es el editor del libro que anuncia?

—Sábelo él, repuso el ciego con su acostumbrado laconismo y severidad.

—¿Y quién es él?

—El que ha de poner el cascabel al gato.

Al oir estas palabras, Pelasgo, que las tenia grabadas en su corazon, se levantó de un salto, y acercándose al ciego le dijo:

—Bien venido el amigo del que ha de poner el cascabel al gato.

—Bien hallado el gato, repuso impasible el taimado ciego.

Esta respuesta produjo grandes carcajadas y aplausos, que partieron de un grupo en donde se hallaba Ambrosio, quien añadió al punto:

«Nacen en opuestos polos,
Y los acerca el destino.»

—Pelasgo, añadió en seguida, en donde menos lo esperamos, nos sale al paso un adversario.

—No los temo, dijo el crítico con byroniana ironia, y dirigiéndose otra vez al ciego prosiguió:—á través del blanco de los ojos ¿puede V. verme, amigo?

—Si el ciego no vé, siente cuando le arañan.

—¡Ola! porque comprendí que era el ciego el cabo de una madeja que quiero desenredar, fué porque le dejé sentir mis uñas.

—Pequeñas son, contestó el ciego pausadamente.

—Las tengo mayores. Se lo probaré á V. si lo desca.

—Al ciego?... es ridículo.

Al decir esto, el ciego se rió de tal modo, que cuantos le miraban experimentaron cierto rubor, semejante al que nos cubre el rostro cuando un enemigo invencible se burla de nosotros traidoramente, sin que podamos tomarle por ello satisfaccion. Despues de haberse reido, el viejo añadió:

—El que ha de poner el cascabel al gato, sabe resistir las garras de los leones.

—¿Es domador de fieras? contestó Pelasgo, con grandes deseos de arrojarle sobre el ciego.

—Y de hombres, repuso aquel.

—No me domará á mi....

—El lo dira.

—¿Por qué no ha declarado que era gitano, y le hablaríamos en su gerga?

—Todos los gatos la hablan.

No bien el ciego acabó de pronunciar estas palabras, cuando en la puerta del salon apareció un lacayo con librea azul, diciendo:

—El muy alto y magnífico señor dnque de la Gloria se conceptuará muy honrado, si los individuos de esta reunion se dignan asistir á una cena que dará esta noche en el palacio de la Albuérniga.

Y dejando algunos cientos de papeletas de convite sobre la mesa, se alejó, saludando respetuosamente. La reunion se deshizo al punto, mientras un leve chubas-

co rociaba las calles y templaba el calor de la atmósfera.

Uno de aquellos editores que habian hablado con desdén del gran libro del duque de la Gloria, se acercó entonces al ciego, y le dijo:

—Mi amigo, no permitiré que V. se moje. Sirvase entrar en mi coche, pues tenemos que hablar.

—¿Quién es V., señor?

—Uno de los editores mas ricos y conocidos en la corte. Soy N.....

—Ah!.... pues no acepto. ¿Hé de ir yo en coche, cuando tantos literatos esperan humildemente en el portal á que pase el chubasco?

—¿Qué tiene V. que ver con ellos? cada uno cuida de sí.

—No es precisamente por ellos, sino por mi, el que yo no acepte.

—Pues, cómo?

—Un ejemplo—replicó el ciego, con el rostro mas impasible y severo que nunca,—así peca el usurpador, disfrutando lo que no es realmente suyo, como el que le ayuda á disfrutarlo.

—¡Insolente! murmuró el editor, justamente indignado, y poniendo el pié en el estribo del carruaje que partió al galope, dejó plantado al taimado ciego en medio del arroyo.

CAPÍTULO XXIII.

Eran ya mas de las dos de la mañana y no se notaba en el palacio de la Albuérniga la animacion precursora de una espléndida cena, sino que brillaba sombrío semejante á una guarida de conspiradores que tal parecian los convidados, al penetrar sin que nadie los anunciase, en el vasto salon de mármol negro que, iluminado por lámparas opacas, los recibia en silencio, como las tumbas reciben á los muertos.

—¿Qué significa esto? se preguntaban unos á otros en voz baja. Pero todo era soledad, todo reposo, y parece que el sueño, tendidas las negras alas sobre su predilecta mansion, les decia al oído: «Aun que os creéis despiertos, dormis y soñais.»

Los convidados miraban á todos lados, recelosos, y sino se alejaban, era por temor á que se dijese de ellos que eran unos cobardes.

Y en verdad, que el aspecto que presentaba el salon, era imponente. Abiertas de par en par las gigan-

tescas ventanas que daban al jardín mas silencioso de la tierra, no se oía otro rumor que el de la fuente, mientras el diáfano y amarillento resplandor de la luna, viniendo á mezclarse con el de las lámparas y reflejándose sobre el negro mármol, formaba una luz en extremo fantástica y de un colorido indescriptible. Al mirarse unos á otros los convidados, casi se temian mutuamente.

—¿Sí será esta una cena de Neron? decian.

—Neron no recibia á obscuras á sus huéspedes, si no que los hacia morir entre ánforas de vino, coronas de flores y mugeres hermosas. Pero nada de eso se vé aquí.

—Aquí, no se vé nada. ¿Quién nos ha mandado aceptar el convite de un duende? Esos hijos de las sombras, aman la noche, y he ahí por que nos tiene á obscuras.

Como una respuesta dada á tales palabras, las negras paredes de aquel salon inmenso, reflejaron de repente multitud de luces, que como las figuras de los convidados, parecian vagar, en un fondo sin fondo.

No hubo, quien al pronto, no se sobrecojiese de terror, pero al notar que aquella viva claridad venia del jardín, se agolparon á las ventanas para contemplar iluminacion tan hermosa como inesperada.

Todo era resplandor, en donde hace un instante, reinaba la noche. Miles de luces parecian brotar á un tiempo, del aire, de las yerbas y de las flores, mientras la ninfa de la fuente graciosamente dormida sobre una roca que con ella se reflejaba en las aguas, cre-

yérase que iba á despertar ruborosa y sobrecojida por tan súbita claridad. En torno de la fuente, se veian multitud de mesas artísticamente colocadas entre las flores, y pagecillos vestidos de azul, iban y venian por aquel laberinto encantador. El cuadro era tan sencillo y tan bello, que no pudieron menos de exclamar todos á una voz:

—¡Bien por el duque de la Gloria! aun cuando muchos aprensivos, creyeron desde luego, que el duque era realmente un duende, como dél se murmuraba, y no pudieron menos de dar á conocer sus recelos, diciendo:

—El señor duque quiere hacernos contemplar bellos efectos de luz, por mas que esto no sea muy divertido para personas que no han cenado todavia.

—Es harto plebeyo demostrarse hambriento, repuso una voz desconocida, y momentos despues el ciego de la guitarra entró en el salon, diciendo con el tono impasible que le era peculiar:

—El duque de la Gloria, ruega á sus convidados que se dignen seguirme.

—¡Vaya un mensajero que el tal señor nos envia! pensaron todos, al tiempo que seguian en silencio al taimado ciego.

La luna se habia ocultado entre densas nubes, y una parte del jardin, cual si lo cubriese un enlutado velo, se hallaba tambien sumido en negra obscuridad. Pero esto mismo hacia mayor contraste, con las luces de májico resplandor que iluminaban las mesas del convite. Solo entonces fué posible admirar la suntuosa

sencillez con que se hallaba dispuesto el banquete.

Los platos estaban servidos y cubiertos por una fina gasa que dejaba ver sin esfuerzo el oro, el cristal y las rosas, los dorados vinos y las frutas de lejanos países. También se veían allí frescas ostras, tiernos espárragos y pescados tan finos, como desconocidos en la corte, aromáticas fresas, y *urracas* de almizclado aroma y gratisimo sabor: todo traído por la primera vez, de la hermosa y fecunda Galicia, tierra incomparable para el delicado paladar del gastrónomo, y bella como ninguna en todas las estaciones, para el poeta y el artista.

Los convidados se deleitaron con tan agradable perspectiva, admirando el génio sublime que así sabia distinguirse en las cosas mas triviales de la vida, y, casi reconciliados con el malicioso duende azul, ninguno dejó de confesar que el duque de la Gloria era un conjunto de bellos y admirables misterios.

No tardó este en aparecer vestido como tenia de costumbre; mas, predispuestos como se hallaban los ánimos, produjo con su presencia una impresion mas profunda que nunca.

Con un atento saludo, contestó á las entusiastas aclamaciones con que le recibieron, y pasando al lugar que debia ocupar en el convite, habló á sus huéspedes en estos términos.

EL DUQUE. Empiezo dando gracias á los señores que me honran con su presencia, por haber comprendido que se hallan en el palacio del reposo.

LOS CONVIDADOS. (Sin saber que contestar.) Oh! oh!

EL DUQUE. Contra mi voluntad me hice esperar este corto tiempo que ha debido parecer á Vds. demasiado largo y enojoso, señores.

LOS CONVIDADOS. ¡Nada de eso! oh! al contrario.

EL DUQUE. Es demasiada bondad. Pero el señor de la Albuérniga dormia, aun duerme, y dormirá segun su costumbre y regalia, hasta que lo juzgue conveniente. Nos será pues forzoso cenar sin él, aunque cabiéndonos la grata esperanza, de que al final del banquete, vendrá á llenar nuestras copas. (Murmillos de sorpresa entre los convidados) y á brindar, asi por esta digna y escogida concurrencia, como por el que ha escrito el gran libro entre los libros, el libro por excelencia sábio, y destinado á abrir nuevas y venturosas sendas al pensamiento humano. (Vacilacion general, dudas, sobresaltos.) El señor de la Albuérniga, mi mas distinguido amigo, será el primero que dé la señal para que se descorra el velo, y mane la fuente, hasta llenar el gran pozo de la moderna ciencia, como una copa cuyo licor rebosa. (Mayores vacilaciones y murmullos.) Por eso este jardin será desde hoy un lugar de útil enseñanza y de palpitantes recuerdos, y el que quiera saber en lo futuro, la moral que ciertos libros entrañaban, sus bellezas y sus glorias, vendrá aqui y obtendrá una elocuente respuesta. (La incertidumbre se halla pintada en todos los semblantes.) Ya solo una advertencia me resta que hacer, señores, es esta la primera y última cena que doy á tan distinguidos personajes, asi como mañana será el último dia que el bello sol de España, alumbre al duque de la Gloria. (Grandes

muestras de asombro.) Sí, señores, despues de ese día que pronto asomará por el oriente, mi mision quedará cumplida, y nada me restará que hacer en esta hermosa region del mundo, á quien he dado una preferencia cariñosa. (Grandes aplausos.) Esta cena viene á ser pues, un anuncio y una despedida, una especie de simulacro, con el que me complazco en abrir la marcha de la mas grande de las victorias, despues de las de Alejandro y de Napoleon I. Asi lo anuncia el Moravo. Será, pues, servida á mi estilo, esta cena memorable, y Vds. se dignarán dispensarme tal libertad. Cada pais tiene sus usos, y cada hombre sus gustos, y yo, señores, que jamás di al olvido las propias costumbres, no he vacilado en ocasion tan solmne, en obsequiar con una cena á *lo duque de la Gloria* á los que se dignan acudir á mi llamamiento. (Tempestuosas aclamaciones—los aplausos duran mas que el discurso.)

Despues de una breve pausa, en la cual se restableció el silencio, el duque agitó el cascabel de la varita negra, y Zuma apareció trayendo un alto taburete de terciopelo blanco, en el cual colocó el duque los pies. El brillo deslumbrador de las botas azules se reflejó insolentemente en todos los rostros. Mas ¿por qué enojarse? los pies del duque, no eran pies si no dos objetos cuya cubierta exterior estaba elevada á la categoria de maravilla incomparable, y digna por lo mismo de ocupar el mas alto puesto. Las botas azules, quedaron, pues, presidiendo el banquete.

Colocáronse los pages en torno de las mesas, levantaron las gasas que cubrian los manjares, llenaron las

copas, y dió principio el festin. Al mismo tiempo, la cortina de una de las grandes ventanas que hacian frente á las del salon negro, se corrió con suavidad, y tras ella, en lontananza, tal como ilusion óptica, dejose ver la bella y reposada figura de un hombre que sepultado en una especie de tumba carmesí, dormia, al parecer, tranquila y profundamente. ¡Era el señor de la Albuérniga!

—Todavía descansa; pero nos preside desde el lecho,—dijo el duque.

El asombro de los convidados llegó á su colmo. Indudablemente iban á cenar con un duende; mas ¿qué importaba? Despues de todo, les convidaba de una manera régia. Oh! si los duendes se divirtiesen en dar cenas como aquellas!

Las cosas del diablo, tienen siempre esa apariencia engañosa y seductora que encanta á los mortales, y quizá por eso, los vinos del duque, tenían asimismo, un sabor añejo que alegraba locamente la cabeza y el corazon. Podemos decir, que se bebia sin miedo al infierno, y que se comia con ardiente apetito, aun cuando los manjares, aparte de algunos, conocidos solo por inteligentes catadores, eran lo mas raro que imaginarse puede. He aqui, sino, una lista de muchos de ellos, que nos parece curiosa.

«Amarguillos á la verdad.

»Soplillos de gabinete.

»Esperanzas de aire.

»Alfileres dulces.

»Pronto hecho.

- » Pronto comido.
- » Pechugillas de dama, en salsa á lo jefe.
- » Pollos al amor, salteados.
- » Cangrejos á lo ministro.
- » Pavos de salon en papel.
- » Escombros á lo ama de casa.
- » Palos de sorpresa.
- » Caracoles al diputado.
- » Revueltos á la moderna,
- » Alondras al minuto.
- » Pasteles de banquero.
- » Pepitorias á lo editor.
- » Agujetas clásicas de limon, á lo literato.
- » Mermelada de general.
- » Manzanas infernales.
- » Puding supremo de la victoria, á lo botas azules.»

Como se deja ver, el duque se habia esmerado en dar una cena, de esas en que, apurado el discurso en la eleccion de manjares, hasta llegar á lo absurdo y lo ridículo, traen á la memoria, las de los emperadores romanos. Mas, para que todo llevase alli el sello de lo raro y de lo inverosimil, para que todo fuese contradiccion y estravagancia en el singularísimo duque, él fué el primero á reirse de aquella tan exajerada como inútil complicacion de guisos, fricandós, revueltos y pasteles, diciendo que para su alimento cotidiano le bastaba un buen trozo de ternera y algunas copas de Jerez.—Asi, añadió con una naturalidad y franqueza llenas de gracia, no podré tomar siquiera, despues de esto, ni unas agujetas clásicas, ni una mermelada de general, porque de seguro se me indigestarian.

Muchas botellas se habian escanciado, mucho se habia hablado y reído; en una palabra, reinaba ya en el convite esa franca y loca alegría que hace olvidar todo, y que al calor del vino, semejante á un río que engrosa su corriente, crece y crece sin cesar, hasta desbordarse. Es entonces cuando una cabeza fría y pensadora puede contemplar á su gusto el contraste que ofrece la vanidad de las criaturas y la inmensidad de sus miserias; es entonces cuando puede preguntarse á sí misma, si el hombre, ébrio siempre, ya de orgullo, ya de amor, ya de vino, siempre cayendo aquí y arrastrándose acullá, puede envanecerse de sus pasajeras victorias, puede creerse mejor que sus semejantes, y atreverse á maldecir faltas de que cada uno en particular se hace reo á cada paso.

Las palabras del duque, insolentes acaso como todas las que pronunciaban sus labios, pero dulcificadas por su armoniosa voz, hicieron en los convidados el efecto que hace el primer relámpago que rasga de repente un cielo negro y tempestuoso. Resonaron simultáneamente interminables carcajadas, chocáronse con estrépito las copas, levantáronse todos para brindar nuevamente por el mas extraordinario y admirable de los mortales, y fueron tan grandes las exclamaciones y los aplausos, tan entusiastas los vivos, que el ruido de un cañonazo, no hubiera podido apagar aquel otro ruido, mas poderoso que el del trueno. Madrid debió oírlo, tal como Roma oyó sin duda el lejano rumor de pisadas de las legiones bárbaras, cuando se acercaban para derribar su soberbio imperio.

Aturdido y casi asustado, abrió los ojos el de la Albuérniga, comprendió que se acercaba el momento supremo, y después de elevar al cielo una mirada, en la cual le ofrecía acaso su cruento sacrificio, se incorporó lentamente en el lecho, y se dispuso á saltar al suelo. Corrióse en esto la cortina, como lo exigía la decencia, y el duque dijo:

—Mi querido amigo se ha levantado al fin. ¡Dichoso él! Activo y puntual como ninguno le ha conocido todavía, hoy le veremos hacer la señal para que mane *la prodigiosa fuente*, le veremos llenar nuestras copas en compañía de dos nobilísimas damas, y sonreírnos con la cordial benevolencia de un hombre que se reconcilia con sus semejantes. Me alejo por un instante, señores..... También deben venir á amenizar el banquete algunas hermosas esclavas, hijas del Oriente, y es preciso que con mis propias manos abra su encierro.

Desapareció el duque, y entre los convidados creció la ansiedad y la confusión. Muchos creían ver ya ante los turbados ojos á las hermosas desconocidas, á quienes el duende azul iba á dar libertad con su mano sedosa y mágica; otros cantaban é improvisaban himnos en honor de aquella noche feliz, y algunos, en fin, inmóviles y sombríos, en medio del bullicio general, parecían vigilantes demonios que acechasen el momento de llevar á cabo una venganza con ánsia esperada. Entraban en este número, Pelasgo y otros críticos á quienes la sola presencia del duque lastimaba su orgullo, y exaltaba sus nervios, eran Ambrosio y varios

poetas satíricos, eran, en fin, los envidiosos de todo poder; siquiera ese poder se ostente á costa de la dignidad y del respeto que cada hombre se debe á sí mismo, y eran, en fin, algunos editores de índole aviesas, á quienes sin duda habian sentado mal las pepitorias, y que veian en pésimo camino la cuestion del gran libro. Respecto á ciertos novelistas, se hallaban completamente satisfechos de si mismos, y sobre todo contentos del buen vino.

—Hé aquí á Neron con sus extravagancias y necias burlas, murmuraron del duque los mal humorados, cuando aquel hubo desaparecido. ¿Por qué nos dejamos engañar con tan insulsas supercherias? ¿Nos hemos convertido en estúpidos?

—El diablo puede mucho, y el duque es el diablo. Ni Mefistófeles sabria reirse tan descaradamente de todo lo risible, empezando por él mismo.

—Oye pagecillo, le preguntaba uno de los mas alegres al que le servia, ¿qué sabes tú del duque?

—Que ha tenido la buena idea de regalarles á sus servidores de una noche, este lindo traje y dos monedas de oro.

—Es magnífico, como si nada le costase serlo. Tambien lo fuera yo asi.

—¿Qué te atreves á murmurar á espaldas de un demonio? repuso otro mas cauto, pero no menos alegre. A fé de hombre, como le temo á ese duque con botas azules, cuando le miro de cerca, y aun esta noche, se me figuraba ver tres duques en vez de uno.

—Los efectos de su magia; mas, ¿qué es aquello que

se descubre allí? Un nuevo panorama. ¡Caspita! ¿si estaremos sin saberlo, en una cueva encantada?

Todos los convidados volvieron á un tiempo la cabeza para contemplar un alto monumento cubierto de letreros, y perfectamente iluminado, que se levantaba en la parte del jardin antes sumido en tinieblas. Tenia la forma de una fuente, cuyo ancho caño de bronce, suavemente inclinado sobre el profundo pozo del jardin, parecia dispuesto á dejar paso á un torrente.

Los convidados iban á levantarse para contemplar de cerca la nueva maravilla, y leer los misteriosos letreros, cuando el señor de la Albuérniga apareció tranquilamente, dió un golpe en el gran caño, con el puño de su baston, y una, como extraña ó impetuosa corriente saliendo del ancho agujero, empezó á caer, en el hondo abismo de aquel pozo profundo.

—¿Qué es aquello que cae?—prorrumpieron todos á la vez.—parecen libros, ¿no es verdad? libros nuevos, completamente nuevos.

—Lo parecen, mas debe ser ilusion nuestra.

—Son libros.

—No son libros.

—Libros son.

—Señores, mas tarde hablaremos de eso, dijo el de la Albuérniga, que habiéndose retirado algunos momentos, se adelantaba ahora hacia los convidados, con aire risueño, y llevando del brazo á dos damas, cuya fealdad sin ejemplo, nos ahorra, por esta vez al menos, el necio pecado de las comparaciones. Eran horribles y basta, aun cuando en esta ocasion, nos resta añadir,

que venian honestamente escotadas, que traian vestidos de gasa blanca con adornos azules, y que su frente y sus mejillas, estaban teñidas asimismo, del color del cielo. Oh! purisimo eter, como fuistes entonces profanado!

Los convidados hubieron de apartar la curiosa mirada, de la mágica fuente, para fijarla en aquellos espectros, el uno arrugado como manzana de invierno, y el otro, hinchado como higo no maduro todavía, segun habia dicho Zuma.

—He aqui estas nobles damas que vienen á honrar el convite, en obsequio al duque de la Gloria, dijo el de la Albuérniga presentando á sus compañeras.

—¡Dos Locustas! ¡es demasiado!—murmuraron los convidados con asombro—¡esto pasa de chanza! y para que el cuadro sea completo, el cielo á va regalarnos con una tempestad, pues ya algunos relampagos rasgan las nubes.

—Pero miradlas bien, ¿no son esos espectros, las monjas caseras, las chupadoras de aromáticas pastillas, las egoistas, hermanas gemelas del caballero de la Albuérniga, las viejas Cienfuentes en fin?

—¡Cómo! presentarse ellas aqui, tan coquetas, tan fantasticas, ellas, para quien no existe en la tierra nada verdaderamente bueno ni honesto? ¡Imposible! Serán sus sombras acaso.

—¿Es decir que estamos en el mundo de los espíritus? mas, hé aquí las otras. Las maravillas se multiplican. Sin duda son estas las esclavas hijas del Oriente. ¡Qué fantásticas tambien, pero que hermosas al mis-

mo tiempo! Pasó la muerte, y ahora viene la vida. La juventud y la belleza son como el primer rayo del alba: todo se alegra en torno cuando aparecen.

En efecto, las esclavas, hermosas como la alegría, acababan de entrar por diferentes puertas, arrastrando largas túnicas de seda blanca, que las cubrían desde el cuello hasta los pies y llevando en la cabeza una gorra jokey, cuya enorme visera, les ocultaba el rostro teñido de azul, como el de los espectros.

Difícil, casi imposible, era percibir sus facciones, pero la verdadera hermosura, esa hermosura soberana, que empieza desde el ensortijado y sedoso cabello, hasta terminar en el diminuto pie, puede decirse que tiene su fulgor particular como las estrellas, y su perfume como las rosas: en todo se deja adivinar, y es imposible que permanezca oculta.

Los convidados conocieron pues, al ver á las esclavas, que eran mugeres admirablemente hermosas, y mas vivo interes despertó en ellos, el notar que aquellas misteriosas criaturas, esquivaban toda mirada, y vacilaban en sus pasos cual si se hallasen poseídas de temor, puesto que buscando la amiga sombra, no habian osado penetrar entre los curiosos que fijaban en ellas sus ojos medio turbados por los vapores del vino.

Afortunadamente para tan singulares hermosuras, cuya mortificacion crecia á medida que se aumentaba en los que las rodeaban el empeño de conocerlas, el duque de la Gloria apareció de nuevo en el jardin. Cogida de su brazo venia otra muger, mas singular si cabe que las que alli se hallaban, pero menos fantástica.....

De duro aspecto, descomedidamente alta, y sobrado enjuta, cubria su cabeza con aquella escofieta blanca y almidonada, que dejaba reconocer sin esfuerzo á la directora del colegio de la Corredera del perro, á doña Dorotea. Pero lo mas singular del caso, era que el duque, inclinándose dulcemente hácia ella, le hablaba despacio y con el aire amable y galante de un hombre enamorado.

Ni la fuente misteriosa, ni las viejas Cienfuentes, ni las damas jokeis, produjeron tanto efecto en los convidados como esta última pareja, y las damas jokeis, las viejas Cienfuentes y el señor de la Albuérniga, así como los demas convidados permanecieron con los ojos fijos en ella, aun cuando no pudiesen oir con toda claridad lo que se decian mutuamente.

—No extraño que no me reconozcas al pronto—murmuraba el duque, con aire y acento apasionados al oido de la gigantesca anciana—el tiempo todo lo borra ¡ay! pero no ha borrado tu imágen de mi corazon! Hace cincuenta años que te ví por la primera vez bajo uno de los copudos árboles que rodean la ermita de la Virgen del Puerto, y.....

—Pero, caballero, ¿qué está V. diciendo? ¿cómo puede ser eso, si V.....? la Virgen del Puerto..... ¡oh! quien puede saber.....

—Solo yo y tu lo sabemos, porque soy como una tumba, y nunca ha salido de mis labios ese secreto tan amado. ¿No te acuerdas? yo soy aquel..... el mismo que era entonces..... un joven como la eras tú y sigues siéndola para mi.

—¡Dios me valga! ¿como puede ser eso, si..... caballero..... ¿quiere V. volverme loca?

—Por piedad, Dorotea mia, no me atormentes y hablemos de tan dichosos dias.

—Y aunque eso sea..... aqui entre tanta gente.....

—Ninguno se atreverá á dudar de tu virtud.... escucha.... Estabas sentada aquella tarde bajo del árbol cuya suerte yo envidiaba, y cuando acerté á pasar, procurando tocar con mi larga capa la falda de tu vestido, te entretenias en romper con los mas lindos y pequeños dientes anisillos colorados.

—Si, eso es verdad. ¡Dios mio! ¡yo me siento desfallecer!

—Es la emocion, amor mio, ¿no te acuerdas? por mi parte no pude olvidar jamás tus promesas.

—Hable V. despacio..... ¡ay!

—Aquel cuello blanco como la nieve, y.....

—¡Santo cielo! será V. realmente mi..... pero si ha muerto, y ademas, lo confieso, yo he debido haber variado bastante desde entonces, porque los años....

—No existen los años, para los hombres de mi temple; por eso te veo hermosa como en el primer dia. Ni yo he envejecido, ni tu dejarás de ser nunca jóven para mi, ¿cómo, si no, podria confundirte con aquella niña? Voy á contarte lo que me pasó hace pocos dias. Acababa yo de llegar á Madrid, despues de una ausencia de cuarenta años, y lo primero que hice, fue preguntar por mi querida Dorotea á cuantos encontraba. Digeronme que vivias en la calle de la Corredera del perro, me encamino hácia alli, y lo que veo al entrar, es una

jóven en quien creí reconocerte, la alcanzo presuroso, y cogiéndola una de sus manos, la estrecho entre las mias con loco frenesí. ¡Ay! pero no eras tu, y la jóven huyó ligera, mirándome con espanto.

—¡Mi sobrina! ¡ay! ahora lo comprendo todo; Melchor tenia razon. Pero, por otra parte, V. no puede ser él. Dios mio, se me trastorna la cabeza. Esos cabellos son los mismos, si, pero los ojos no eran asi tan brillantes.

—¡Qué pequeñeces, amor mio! Dorotea, soy el mismo que te ha amado, y te amará siempre, soy el que realmente ha muerto, pero que no ha muerto al mismo tiempo, por que.....

—Dios mio, mi Diego, viene á hablarme desde la eternidad..... ¡misericordia!

Estas últimas palabras fueron á resonar distintamente en los oidos de los convidados, haciéndoles crisar los cabellos, sobre todo cuando vieron que el duque se reia con la ironia acostumbrada, mientras la vieja se desmayaba realmente.

—No hay que asustarse, señores, añadió el duque, dejando á doña Dorotea reclinada sobre un asiento y rociándole despues con agua el rostro. Los ancianos y los niños se asustan de todo, y se impresionan con un soplo. Solo con haberle recordado á esta buena señora algunas escenas de nuestra juventud, se ha sentido desfallecer.

Los criados llevaron al momento á doña Dorotea; pero los convidados no pudieron tranquilizarse. La velada, el vino y las sorpresas con que les regalaba el duende azul, les tenian trastornada la cabeza: ya ningun-

no distinguia bien cada objeto ni estaba seguro de si cuanto veia era ilusion ó realidad. Algunos, no pudiendo dominar su inquietud, se levantaron de la mesa; pero valiera mas que no lo hicieran. Pelasgo fué uno de ellos, y al volver al lado de sus amigos, despues de haberse acercado á la misteriosa fuente, traia el rostro demudado y pálido como la misma muerte.

—¿Tambien quieres convertirte en fantasma? le dijeron.

—Aquí se nos ha llamado para escarnécernos, murmuró con sordo acento; hoy vá á haber sangre.

—¿Por qué?

—¿Veis esa fuente? ¿veis lo que de ella se desprende?..... es nuestro honor, que se desploma en el abismo..... esta cena será memorable..... ese demonio burlesco, lo ha dicho.

Al oir esto, el ánimo de los convidados llegó á un grado de exaltacion indescriptible. Ya nadie permaneció en su asiento. Los brindis cesaron: á las risas y los gritos, substituyó un eco sordo y amenazador, que se confundia á veces con el de la tempestad que empezaba á rugir en el cielo, y aunque ninguno sabia como iba á concluir tan singular comedia, todos se hallaban dispuestos á la lucha.

El duque hizo oir su voz en medio de aquellos sordos rumores, diciendo:

—Se ha dicho muchas veces, señores, que el mundo es una comedia; pero, ¿se sabe acaso hasta donde esa comedia puede llegar? El Moravo ha intentado probarlo en el libro de los libros, y el mundo juzgará ma-

ñana, si pudo conseguirlo. Mas observo, señores, que la tempestad empieza á sentirse y que el dia nos sorprenderá pronto en nuestros esparcimientos nocturnos..... apresurémonos, pues, á echar los últimos brindis.

Y dirigiéndose al de la Albuérniga, añadió:

—Ha llegado el momento. Tu que te hubieras extinguido como llama que no dá calor, á no haberme tropezado en tu camino, haz conocer al mundo que has entrado al fin en la senda de la actividad. ¡Oh filósofo hasta ahora inalterable! dá una muestra del poder de nuestra alianza, llenando en union con tus compañeros las doradas copas del festin: despues de esto, vuestro nombre vivirá con el mio, os habreis regenerado comprendiendo que todos los hombres han sido hechos de lodo y sabreis lo que anhelais saber.

El de la Albuérniga y las viejas dieron principio á su tarea con una prontitud y ligereza digna de todo elogio, mientras el duque decia á las esclavas:

—Venid ahora vosotras, esclavas mias, hermosas hijas del libre pensamiento, que luchais por romper unas cadenas que solo desata la muerte; valientes amazonas que no vacilais en medir vuestras fuerzas con el gigante invisible que os vence..... acerçaos para rendirme homenaje!.... mis botas os esperan!...

Las esclavas vacilaron un instante, y aun retrocedieron como si rehusasen obedecer, pero, al fin, una tras otra se inclinaron á los pies del poderoso duende.

Entre los convidados se levantaba en tanto un murmullo de desaprobacion que crecia por momentos.

—El que esto permite, es tan miserable como el que lo hace, decían.

—Son ellas..... Casimira y la condesa Pampa..... y aquella..... Marcelina la criolla.

—¿Se habrán rebajado y atrevido á tanto? Las ricas, las orgullosas..... ¡no puede ser! Todo esto es magia, ilusion.....

—¡No importa! De cualquier modo, es preciso, que, hombre ó demonio, muera hoy el duque. Tanto insulto no puede quedar sin venganza.

—Que muera..... Esa fuente vierte en un pozo profundo, el fruto de nuestras vigiliás. Dramas, novelas, historias, periódicos, versos, la mayor parte de lo que constituye la moderna literatura, va á pudrirse en semejante abismo. Esos letreros dicen los nombres de los autores, cuyas obras se hallan destinadas á llenar el pozo de la moderna ciencia. ¡Irrision sin ejemplo! y ¡todos esos autores, se hallan aqui! ¿Comprenden Vds. esto? Es el insulto mas sangriento, que ha podido hacerse á los escritores en tiempo alguno. Todos tenemos derecho á descargar nuestras iras sobre ese demonio, y morirá.

—Atencion! las esclavas han besado las botas..... ¡Vergüenza! veamos como quiere concluir la fiesta.

El duque fingió no oír cuanto se murmuraba en torno suyo y apenas las esclavas se inclinaron ante él, tendió las manos sobre sus cabezas, y les dijo:

—Hé aqui, como en vez de ser fuertes como la encina, os mostrais débiles como la hoja marchita á quien el viento mas liviano arrebatá á donde quiera, ¡todas

lo mismo! Será, pues, forzoso que os devuelva la libertad, mas no sin deciros que la muger, asi en Oriente como en Occidente, asi en la civilizada Europa, como en los paises salvajes, solo podrá vencer, sabiendo resistir, idos en paz.

Las esclavas se alejaron tambaleándose como si fuesen á caer y el duque volviéndose hácia los convidados añadió:

—Esas pobres hijas de la esclavitud, aman la libertad como el mayor bien de la vida, pero no han comprendido todavia la manera de alcanzarla. Compadezcamoslas no obstante: toda muger es digna de compasion, solo por serlo.

De entre los convidados se adelantó entonces hácia él un jóven de noble aspecto, quien con voz trémula y al mismo tiempo llena de amarga ironia, le dijo al duque.

—A esas mugeres, les bastaba haber sufrido en su patria los horrores de la esclavitud sin que tuviesen que soportarlos tambien en un pais libre, y le advierto al señor duque, que ningun hombre insulta de tal modo, en mi presencia á una muger cualquiera, que no me dé por ello una satisfaccion.

—A ellas debia pedirsela V., caballero, pero estoy pronto á darsela en su nombre, cuando y como V. quiera, repuso el duque sonriendo de una manera, que desesperaba á cuantos le contemplaban.

Pelasgo se interpuso al punto entre Cárlos, que era el que habia hablado primero, y el de la Gloria, diciendo.

—Amigo Cárlos, V. me perdonará, pero este caballero, ha contraído conmigo hace largo tiempo una deuda, que va á pagarme en seguida.

—¿Quién es V., amigo mio?—le preguntó el duque mirándole de tal modo, que algunos no pudieron menos de soltar la carcajada—¿su nombre de V. se hallará inscripto, en esa fuente, cuyo recuerdo ha de pasar á la posteridad?

—Se lo diré á V. ahora con la punta de una espada, gritó Pelasgo ciego de ira. Los convidados se agruparon en torno de ellos.

—¡Vaya!—repuso el duque con una naturalidad que contrastaba notablemente con el trágico aspecto de cuantos le rodeaban—no me he engañado..... V. ha escrito novelas terriblemente histórico-españolas, de las muchas que están llenando el pozo de la moderna ciencia..... lo conozco por lo de la espada..... pero no estamos en los tiempos de Bayardo, y las espadas son demasiado pesadas para los hombres de hoy, que solo saben manejar estos instrumentos de niño;—y sacó al mismo tiempo de los bolsillos dos magníficos revolvers que puso á la altura de todas las miradas y que volvió á guardar tranquilamente, diciendo á los que se habían retirado un paso llamándole cobarde:

—No hay que asustarse señores; no soy duende asesino.....

—Con esas armas nos batiremos V. y yo si antes no le matan mis amigos, gritó Ambrosio frenético.

—Lástima es, que en vez de estas botas azules tan encantadoras no tenga yo cien vidas para pagar tantas

deudas—replicó el duque riendo—y añadió:

—Estoy pronto á dar esta misma noche y en este mismo sitio, cuantas satisfacciones se me exijan; mas sepan Vds. antes porque les he llamado: ello es al fin muy curioso. Les he llamado á Vds., señores, fin á de que presenciasen un acto importante y trascendental para España, y de buen ejemplo para la Europa entera en una época en que tanto se escribe..... cuantos ejemplares he podido encontrar de las obras de..... y de..... (el duque empezó á nombrar rápida y distintamente infinitos nombres de varios autores, muchos allí presentes) se han acumulado en esa fuente, para que en presencia de todos, llenasen con acompasada y solemne gravedad—el pozo que ha de llamarse de la moderna ciencia.—Hélo allí, que rebosa ya....—Señores, la obra está cumplida! la humanidad se vé libre de un peso inútil, ya no tropezará con escorias en el camino de la sabiduría; ya no leerá artículos distinguidos, ni historias inspiradas, ni versos insípidos, ni novelas extravagantes, ni artículos críticos, cuya gracia empalagosa trasciende á necio..... Hélo ahí todo reunido en un punto de donde no saldrá mas, y mañana el gran libro, aparecerá como un astro brillante en medio de una atmósfera limpia y pura, en donde sin estorbo podrá esparcir la lumbré de su gloria. Brindo señores por la nueva aurora! ya al fin se le ha puesto el cascabel al gato!.... Ahora á batirnos.

La voz del duque se habia hecho tan poderosa y burlona, que se oia sobre todos los murmullos, semejante al agudo sonido de un instrumento de metal.

Mas al acabar su discurso creció de tal modo el tumulto, que las viejas Cienfuentes casi se demayaron de espanto, y el duque hubo de repetir con voz mas enérgica y vibrante:

—Silencio! para matar ó morir, no se necesita graznar como los cuervos.

Habló despues á Zuma, que se alejó en seguida con el señor de la Albuérniga y las viejas Cienfuentes, y dirigiéndose á los que le habian desafiado, añadió:

—Si, señores; se trata de matar ó morir, cosa la mas sencilla y natural del mundo, cuando se mata y se muere cada dia, lo mismo que se come y se duerme..... mas ¿saben Vds. lo que es morir? Morir, es hacer la mueca mas fea, que puede verse en la cara de un hombre, y á V. caballero (se dirigia á Pelasgo que era algo obeso y aceitunado) debe sentarle muy mal: quién no es hermoso de vivo, ¿cómo parecerá de muerto?

Al oir estas palabras, muchos se rieron, ¡somos tan malos los hombres! otros prorumpieron en amenazas, pero el duque, sin cuidarse ni de las amenazas ni de las risas, proseguia diciendo con increíble rapidez.

—Por eso debe V. encargar á sus testamentarios, que le cubran la cara tan pronto como haya espirado, pues sino, habrán de reirse mucho de ella las gentes, y ya no podrá V. levantarse para escribir ningun artículo, reivindicando su fealdad ultrajada.

El primo de la condesa Pampa, que era de noble y recto corazon, dijo entonces al duque con dignidad:

—No ha sido nunca de hombres de honor burlarse en tan graves momentos. Eso se llama unir el insulto á la bajeza.

—Esto se llama tratar como lo merecen vanas quisquillosidades, hijas de la mas hueca vanidad y contra-sentido, á los cuales suele llamarse leña de vergonzosas afrentas..... pero, ahí llega Zuma con las pistolas y el médico. Vayan Vds. eligiendo padrinos y quitándose el frac para no acongojarse demasiado, pues el caso es de suyo apuradillo..... El duelo va á ser á muerte y á seis pasos. Ahí están las pistolas, que á buen seguro no errarán el tiro.

En efecto, reconocidas por los padrinos, se vió con satisfaccion que estaban perfectamente cargadas, aun cuando esta clase de padrinos suelen ser á veces muy exigentes. Buscóse en seguida un lugar á propósito, y se discutió cual de los tres habia de ser el primero á batirse. Pelasgo y Ambrosio se empeñaban en cederse su vez para morir; mas el que realmente deseaba el duelo por hallarse herido en el corazon, propuso que se echasen suertes.

Tocóle esta á Pelasgo, y dióle el duque la enhorabuena por su fortuna, añadiendo:—Solo tiene V. un inconveniente, y es que el señor Ambrosio vá á reirse el primero de la mueca de V.

Temblando de miedo y de cólera, Pelasgo murmuró que era tiempo de acabar.

—Segun parece, le corre á V. mucha prisa su viaje al otro mundo,—decia el duque colocando bien el aguilucho que por corbata llevaba, y el cual parecia que-

rer lanzarse sobre Pelasgo,—pues tenga V. por seguro, prosiguió, que alli no se usa escribir malos libros, sino atormentar á los que los han escrito en esta vida.

—Acabe V. ó disparo.

—¿Como? no hay para que..... ya estoy. ¿Y V. está? corriente. Contemos ahora, yo no necesito para esto de ayuda..... uno, dos, tres..... derecho, amigo..... frente á frente..... cuatro, cinco, ¡seis!..... ¿qué es eso? ¿tiembla V.? no..... no hay que fingir serenidad, tiene V. el rostro tan blanco como la camisa: el médico nos pondrá al corriente de como se encuentra ese ánimo.

—¿El médico? ¿qué está V. diciendo? por mi vida que le asesino como á un perro.

—V. es muy dueño de tener tan mala intencion, que á mi nada me importa, porque sé que no ha de pasar de intencion; mas, por mi parte, no he pensado todavia en asesinar á nadie, y por eso no me bati-ré sino con aquel cuyo pulso lata tan pausadamente como el mio en este crítico momento.

—Cobarde! esa es una disculpa infame.

—Compóngaselas V. para permanecer sereno, y se efectuará el duelo.

—Ningun hombre puede estarlo en tal momento, ¡mentira!

—En ese caso, el duelo es una embriaguez de orgullo y de ira y no puede justificarse. Si yo le mato á V. en medio de la turbacion que ahora siente, soy un verdadero asesino y no podré nunca vivir tranquilo. Nada, caballero; no vale ningun hombre, ninguna

venganza, el remordimiento que eso me causaría. Hágase V. matar por otro, si lo desea. Adios, señores; supongo que la mano de Vds. temblaría como la de este caballero: es condicion de todo hombre temer á la muerte. ¡Hasta mañana..... me hallo satisfecho de haberle puesto el cascabel al gato, y ya veo al Moravo que me sonríe desde el otro mundo!

El duque lanzó la mas sonora carcajada y..... ¡buenas noches!

El jardin quedó de repente sumido en tinieblas, y como el cielo estaba completamente cubierto, la mas profunda oscuridad se sucedió al fulgor de las luces.

Rugidos, maldiciones, risas, esto se oyó en confuso en el jardin.

—¿En dónde está la puerta? ¡mil centellas! ¿quedamos enjaulados? ¡muera el diablo!

—Me parece que hay aqui una salida, decia una voz, y la salida era el pozo de la moderna ciencia.

Pero aun no bastó esto, sino que un estrépito insufrible de cascabeles empezó á resonar por todas partes.

—¿Qué es esto? ¡Santo cielo! una serenata de Lucifer..... ay! mi cabeza!

Y aqui gritaban otros:

—Eh! ¿quién me abraza? ¡que me ahogan!

Y acullá exclamaban:

—Parece que acaban de echarme un dogal al cuello. ¡Malditos cascabeles, malditas botas, y el que las lleva, maldita esta obscuridad! Luz, ó pienso que me hallo en el infierno..... ay! me he roto la cabeza!

—Y yo un pié, ¿quién me acude?

Una gran puerta, alumbrada apenas por un farol agonizante, se abrió al cabo en una esquina del jardín, y fué de ver, como se magullaban y estrujaban para salir todos á la vez. Pero, ya en la calle, observaron que el ruido de los cascabeles les seguia todavia. Era que cada uno llevaba un collar de ellos colgado al cuello.

Ahora pregúntesele á los convidados si la dichosa cena fué realmente una cena, ó si soñaron que lo era, y á buen seguro que no acertarán á responder, por parecerles el caso demasiado fantástico é incoherente para ser verdad, y demasiado verdad para ser puramente fantástico.



CAPITULO XXIV.

Serian las ocho de la mañana, y ya se notaba en Madrid una animacion desusada á tales horas. Los coches rodaban en todas direcciones, en cada ventana aparecian multitud de cabezas, la gente se apiñaba en las calles y algunos agentes de policia, recorrian los puntos mas centricos.

—¿Hay revolucion? preguntaban algunos con sobresalto.

—No se sabe lo que va á suceder, mas es indudable que se espera *una cosa*.

—¿Qué cosa?

—¿Ignora V. lo que esta noche ha pasado?

—Por completo: he dormido como un patriarca.

—Pues amigo, el duende de las botas azules, ha hecho una, memorable.

—Pero ¿qué ha sido?

—Por poco se lleva al infierno, á cuantos malos escritores hay en Madrid.

—Poca cosa..... de ir hoy á ir mañana, poco va.

—Es que tambien ha querido llevarse á su amigo de V. aquel escritor de zarzuelas.....

—¿Cómo es eso?

—Y al autor de aquella novela que le hace á V. llorar á mares.

—¡Habrase visto! pues si ese escritor, es de los buenos que hay en el mundo.

—Pues si señor..... fue de los primeritos que hubieron de conocer á Lucifer.

—¿Por qué no le ponen grillos á ese duque?

—Y vaya V. pensando en donde ha de esconder aquellas tonterias que se llaman *El amor culpable* y *El hijo generoso*, y aquellas otras que hablan del castillo de la dama negra, etc.

—¿Tiene V. ganas de chanzas?

—Lo dicho dicho. Cuantos libros de esos se vendian en las librerias, los ha comprado el duque, y enterrado en un pozo que asombra por su profundidad. Para mayor desgracia, se asegura ahora, que está dispuesto á escamotear cuantos quedan en poder de los aficionados, para hacerlos desaparecer por completo.

—¿Y el dinero que me han costado?

—¿Quién le ha mandado á V. emplearlo tan mal?

—¡¡¡Tambien V!!!

—Tambien. Por mi nombre, como ya me canso de tan estupendas mentiras como por ahí se escriben para engañarnos; de tantas espadas y puñales, y de tantos avaros que siempre se alumbran con un candil, y de aquellas virtudes que siempre estan gimiendo porque

quieren casarse con quien no quieren los demas, y de aquellos millonarios que reparten dinero, como si fuesen granitos de anís, en fin, ¡otras cosas! otras cosas! que esas empalagan ya. Dicen que va á aparecer ahora un libro, cual no se ha visto otro todavia..... por ese, por ese aguardo yo.

—¿Por donde va á venir? preguntaban otros.

—Por Recoletos.

—No señor, que es por Atocha.

—¿Qué Atocha, si me consta que es por Fuencarral?

—¿Te ha mandado parte?

—Como á ti, por no desairarme pero ¿que es ello?

—Lo sabremos cuando suceda, pues, por ahora, nada se trasluce.

—Vaya, vaya, me parece que andamos buscando el hilo, cuando aun no se ha hilado el lino.

—Todos estamos aguardando á ver que sale.

—Tambien aguardaremos á que nos zurren como han zurrado ayer á los malos escritores que hay en Madrid. ¿No sabeis? dicen que fue lo que hubo que ver. Los dejaron á obscuras en una cueva, y mientras ellos chillaban, á mas no poder, caia sobre sus costillas cada palo, como una torre.

—Buenas..... buenas.

—Y dicen que eran tantos los malditos..... Ya se vé, hoy todo el mundo quiere escribir su librito y asi sale ello..... Veremos ahora, con que va á venir hoy ese demonio de duque.

—¿Sabeis que tarda? ¿Si pretenderá pegarle otro chasco á Madrid?

En efecto, ya iba andada la mañana, y el duque no parecia; pero acostumbradas las gentes á sus extrañas chanzas, se habian propuesto perder el dia, como decirse suele, y no cesaban de pasear las calles, aguardando la bienvenida.

Su empeño fue en vano. Llegó la tarde, y agotada la paciencia del pueblo, que no queria, fuera de cuaresma, darse al ayuno, cada cual se retiró para refrigerar el desfallecido estomago, murmurando del duque de la Gloria, como del ser mas perverso y burlon que pudiera existir.

—Que se ria de los malos escritores, decian, y de otras cosas que lo merecen, está muy bien hecho; pero de nosotros, gentes honradas que ahora queriamos divertirnos con algo nuevo, esto si que no se tolera..... nada! nada! aun cuando ahora pasase por debajo de estas ventanas, no nos moveriamos para verle.

Sin embargo, estaba escrito que el duque venceria en la lucha, y que la curiosidad arrastraria á las gentes en pos suyo. No bien habian tomado algunos las primeras cucharadas de sopa, cuando se oyeron resonar tres fuertes cañonazos.

—Esta si que es la señal..... esta es!

Y todos volvieron á lanzarse á la calle con el estómago vacio. Empezaron entonces los atropellos y las corridas, cada cual caminaba á prisa y sin saber á donde. Los polizontes eran arrollados por los grupos, y muchos gritaban: ¡A las armas!

En medio de esta confusion vino la noche, sin que apareciese el duque: cerráronse las tiendas y no pudieron encenderse los faroles.

La indignacion contra el engañoso duende, creció entonces en la multitud, que determinó buscarle por donde quiera para vengarse dél.

—¡Al palacio de la Albuérniga! ¡Al palacio! gritaron.

Y cuando allí llegaron los primeros, vieron ya que el palacio resplandecía, de tal manera, que semejaba un vasto incendio, y que desde los balcones se arrojaba á la muchedumbre multitud de pequeños objetos, que caian en torno de ella, semejantes á una granizada interminable.

—¡Hurra! ¡Hurra! gritaban mientras recogian en tropel lo que caia á sus pies.

Eran libros del tamaño de tres pulgadas, encuadernados en terciopelo y con broches de oro.

—«Hé ahí el libro de la sabiduría..... recójalo el que quiera..... el libro de los libros, hélo ahí..... A él; á él!»

Así les decia una voz por medio de una bocina, y la muchedumbre cogia y cogia sin parar y sin que la edicion se agotase.....

Hubo con esto, cabezas rotas, magullamientos, riñas..... vino la guardia..... mas, ¿quién contenia aquella oleada de furiosos? los libritos encuadernados en terciopelo y con broches de oro, encerraban un encanto irresistible para todos..... ¡Cómo que eran tan lindos, y se daban de balde!

Las puertas del palacio se abrieron despues de par en par y comprendiendo la multitud que se abrian para ella, se precipitó dentro como una horda salvaje.

Las habitaciones se hallaban solitarias y despojadas

de sus muebles, pero en cambio, estaban llenos de aquellos libritos tan ricos y preciosos.

La curiosidad que es en este mundo la palanca de Arquimedes, arrastraba á todos aquellos hombres, que á traves de galerias y corredores, subieron, bajaron y volvieron á subir hasta que la suerte los llevó al gran salon de mármol negro..... ¡oh! lo que entonces se presentó á sus ojos!

Sobre un elevado catafalco, se hallaba tendida la imágen del duque de la Gloria, pero sin corbata y sin botas. A sus pies se veia un enorme gato con una pluma en los dientes y un cascabel colgado al cuello, y á su cabecera, un gran letrero escrito con letras blancas sobre fondo negro, que decia así:

«Todo lo malo, ha sido confundido en *Las Tinieblas*, y el espíritu del duque de la Gloria en compañía de la varita mágica, y de las botas azules, acaba de remontarse en alas de su corbata, á las elevadas regiones en donde habita el Moravo, para decirle, que la necia vanidad ha sido burlada por si misma, que los malos libros se hallan sepultados en el abismo, y que su obra prevalecerá en la tierra.»

.....

¡Oh! Musa incomparable! El librito de tres pulgadas y con broches de oro, ha obtenido una fama universal, causando la desesperacion de los editores avaros, curando á los brutos y á algunos listos del mal de escribir, y haciendo la felicidad del universo. ¡¡ Ay! ninguno ha sido mas leído en la tierra que aquel libro feliz!!

PUBLICACIONES
DE LA CASA EDITORIAL-TIPOGRÁFICA DE SOTO FREIRE.

SILVA DE VARIA LECCION
ó
ENSAYOS LITERARIOS,
DE
DON GUMERSINDO LAVERDE.

Consta de cinco cuadernos de 96 páginas cada uno, en 4.º, con buen papel é impresion compacta.—El precio de cada cuaderno será de 5 rs. en toda la Península y 4 reales fuertes en todas las posesiones de Ultramar.—Cada mes, á contar desde el 1.º de Agosto próximo, se publicará un cuaderno.—Los suscritores que prefieran recibir la obra completa serán servidos.

HISTORIA DE GALICIA

POR
MANUEL MURGUIA.

Se publica por entregas de ocho páginas en 4.º, con escelente papel francés satinado, impresion clara y compacta con tipos nuevos, á 50 céntimos cada una.

Está concluido el primer tomo, y se halla de venta á 45 rs. para los señores suscritores.

Van publicadas veinticuatro entregas del segundo tomo.

HORAS DE INSPIRACION.

POESIAS

POR

DOÑA EMILIA CALÉ Y TORRES DE QUINTERO.

Se publica por entregas de ocho páginas en 4.º, en hermoso papel francés satinado.

Toda la obra constará de 24 á 30 entregas, á 50 céntimos en España y 75 en Portugal.

Las personas que al suscribirse paguen 12 reales en España y 15 en Portugal, recibirán gratis todas las entregas que escedan de 24.

DESCRIPCION

HISTÓRICO — ARTÍSTICO — ARQUEOLÓGICA

DE

LA CATEDRAL DE SANTIAGO,

POR

D. JOSÉ VILLAMIL Y CASTRO.

Un tomo en 8.º de 200 páginas con un plano de la Catedral y un diseño iconográfico del Pórtico de la Gloria, 10 reales.

DEVOCIONARIO INFANTIL,

EN VERSO.

POR

DOÑA NARCISA PEREZ REOYO Y SOTO,

dedicado á S. A. R.

EL SR. PRINCIPE DE ASTURIAS.

Un tomo en 8.º, 8 reales.

PREPARACION PARA LA MUERTE

POR

S. ALFONSO M. DE LIGUORI,

traducida por

D. ROBUSTIANO PEREZ DE SANTIAGO.

Un tomo en 8.º, 6 reales.

BIBLIOTECA PARA LOS NIÑOS.

La imagen de la Virgen.—Conversion de un libertino.—La niña enferma.—Vida del Apóstol Santiago.—La colegiala.—El gorrion.—Perdon y olvido ó los tulipanes.—El holgazan corregido.—Ambicion y arrepentimiento.—Enrique ó el joven pescador.—Los pobres huerfanitos.—Los niños pendencieros.

Un volumen en 16.º, 6 reales.

OBRAS EN PRENSA.

CANTARES GALLEGOS

POR

ROSALIA CASTRO DE MURGUIA.

SEGUNDA EDICION AUMENTADA.

Se publicará por entregas de 16 páginas en 4.º;
precio de toda la obra 20 reales.

RUDIMENTOS

DE

ARQUEOLOGIA SAGRADA

POR

DON JOSÉ VILLAMIL Y CASTRO.

Un volúmen en 8.º, 12 reales.

IMPORTANTE.

Los señores que gusten valerse de esta casa editorial-tipográfica para publicar sus obras, pueden contar con la prontitud y esmero en la ejecucion, con la seguridad de no perder y con un éxito seguro, gracias á la especialidad y condiciones de esta casa.





110

2111

(418/1) Eng